HE'S NEVER STRUCK OUT. UNTIL HER.

DIRTY CURVE

USA TODAY BESTSELLING AUTHOR

MEAGAN BRANDY

El presente documento es una traducción realizada por **Sweet Poison**. Nuestro trabajo es totalmente sin fines de lucro y no recibimos remuneración económica de ningún tipo por hacerlo, por lo que te pedimos que **no subas capturas de pantalla a las redes sociales del mismo**.

Te invitamos a apoyar al autor comprando su libro en cuanto esté disponible en tu localidad, si tienes la posibilidad.

Recuerda que puedes ayudarnos difundiendo nuestro trabajo con discreción para que podamos seguir trayéndoles más libros.

Al que se mira al espejo y ve solo lo que hablan los demás. Que la niebla se disipe y revele lo que siempre has esperado pero dudado.

Que tú, amigo mío, eres más que suficiente.

DIRTY

SINOPSIS

¿Has visto que en la universidad está ese chico que todos quieren ser?

Ese soy yo.

Soy el líder.

El número uno.

El gran hombre del campus.

Algunos dicen que esas cosas son victorias sólidas, pero mi nueva tutora no está de acuerdo.

Mi título no significa nada para ella.

Mi estatus pasa desapercibido para ella.

¿Y mi mente? Esa tonta está pegada a ella.

Le dijeron que hiciera de nuestras sesiones una prioridad sobre todo, que dejara todo cuando yo la necesitara y viniera a mí, y ella lo hace.

Pero ya no quiero robarle el tiempo, quiero ganármelo.

Y si alguien puede hacer eso, soy yo.

Soy Tobias Cruz, el rey de la bola curva. Nunca pierdo, no en el juego, y seguramente no con la chica.

Pero poco sabía yo que esta chica tiene un secreto... y es la curva más sucia hasta ahora.

MEAGAN CURVE BRANDY

SWEET POISON

1

Tobias

Anatomía.

Que jodida broma.

Se suponía que esta clase sería mi pase libre, mi A fácil.

Mi clase de "llegar tarde, salir temprano, y hacer lo que me dé la gana".

Es decir ¡Por favor! *Es anatomía.*

Sé todo lo que hay que saber sobre el cuerpo humano. Sé lo que lo hace funcionar, cómo llevarlo al límite y mantenerlo ahí, tambaleándose, temblando, justo antes de que se rompa.

Conozco el *cuerpo* humano.

¿Pero esta mierda?

¿Quién diablos es Vesalius?

Como si nombrar a gente reconocida de la que nunca he oído hablar no fuera lo suficientemente malo, el profesor "Besa Mi Trasero" comienza a hablar de posiciones. Naturalmente me animo con esto e incluso me siento más derecho en mi silla de plástico provocadora de calambres.

¿Posiciones? Las conozco bien: horizontales, verticales, en un ángulo de noventa grados, inclinadas sobre el asiento de un estadio. Dame una hora con una porrista y te inventaré una mierda nunca intentada, pero ¿distal y proximal?

¿Qué demonios?

Oh, pero conseguiré mi A... en forma de *un*[1] dolor en el culo que, a partir de esta mañana, me fue asignada con instrucciones claras de "usar mi cabeza, la que está pegada a mis hombros".

Estoy bastante seguro de que esas fueron las palabras exactas de mi entrenador.

Me pierdo algunas clases y el hombre me lanza el guante. Tengo tutoría obligatoria para mantener mi culo en el buen camino, como si hubiera jodido demasiado las primeras tres semanas del semestre, y tuviera que compensar la diferencia. No lo hice, pero a la mierda.

El entrenador siempre sabe que es mejor.

Es por eso que, en este hermoso martes por la noche, el único día de esta semana que mi equipo no está en el campo, me veo obligado a hacer una carrera rápida para encontrarme con la chica que se supone que me ayudará a pasar.

Es una noche fría como la mierda, así que me pongo una sudadera, una gorra y salgo por la puerta.

El centro de atletismo está un lado de nuestros vestidores y está a diez minutos a pie desde el nuevo apartamento, por lo que no tardo mucho en llegar. Una vez en el edificio, giro a la izquierda y sigo avanzando por el largo pasillo en forma de túnel, observando las dos pancartas de campeonato que cuelgan de las tuberías.

La primera es de 1969 y la segunda del año pasado, mi primera temporada como pitcher titular en Avix U. Llegué en primer año con una camiseta roja, lo que significaba que me vi obligado a quedarme en la banca y demostrar que podía hacer el puntaje requerido de un atleta universitario. Solo se me permitió practicar, pero no jugar esa primera temporada, así que eso fue lo que hice.

Practiqué todos los jodidos días, tres veces al día, con y sin el equipo.

Su hombre principal en ese momento supo al instante lo que se avecinaba, por lo que hizo lo que haría cualquier pelotero inteligente y se

[1] Juego de palabras. 'A' en español significa 'Un' y también es la nota máxima.

transfirió antes de que su lugar en la lista pasara de ser pitcher titular a relevo.

Le prometí al entrenador el día que me inscribí que le conseguiría el título en esa pancarta, y él prometió hacer lo que fuera necesario para conseguirme un contrato con la MLB[2]. Él hizo su parte, y ahora que soy junior, haré la mía.

Una vez que termine la temporada, finalmente seré elegible para el draft[3] y seré transferido.

No hay ninguna maldita duda.

Es por eso que este asunto de la tutoría, si bien es extremadamente nauseabundo y seguramente será un maldito momento horrible, sin mencionar que me quita tiempo, es irritantemente necesario.

Estoy bastante seguro de que el entrenador también dijo eso.

Doy un salto golpeando el tapiz azul y dorado, y sigo moviéndome, pero mis pasos se vuelven más lentos cuando los ecos silenciosos de una discusión rebotan en las paredes de concreto.

—Dime que esto es una broma —una chica sisea.

—¿Suena como si estuviera bromeando? —El entrenador Reid, siempre sin bromear una mierda, responde en un tono mucho menos preocupado que el de ella.

—Tengo otros estudiantes, *yo* soy una estudiante. Tengo otro trabajo y tengo…

—Olvídate de eso aquí. Él es la prioridad —le dice.

—Prioridad, wow. —La voz de la chica baja, un poco más desesperada—. Esto es lo último que hubiera esperado.

[2] Grandes Ligas de Béisbol.

[3] El draft es el mecanismo principal de la MLB para asignar jugadores de béisbol aficionados de escuelas, universidades y otros clubes de béisbol amateur a sus equipos profesionales.

—¿Y eso por qué? Si a mí me preguntas, creo que es seguro decir que las preocupaciones que tenías cuando te transfirieron a mi departamento ya no existen.

Sigue una risa ahogada, y no es feliz.

—No puedo ser tutora de Tobias Cruz.

Me animo cuando dice mi nombre y una sonrisa se extiende por mi rostro mientras me apoyo contra la pared para escuchar un poco más.

Escuchémoslo, chica.

—Puedes y lo harás. —El entrenador establece la orden—. En cuanto a tus problemas respecto al tiempo, tendrás que descubrir cómo administrar esto y tus otras obligaciones o haré que servicios estudiantiles retire tu contrato y busque tutores externos que sí *puedan.*

Hay un momento de pausa, y luego ella vuelve a hablar:

—No pido *nada* de ti, pero te pido que se lo asignes a otra persona. Por favor.

Ella sigue, pero dejo de escucharla, y me río de lo predecible que es la situación y termino la frase en mi cabeza...

No puedo enseñarle, es demasiado guapo.

Me enfoco de nuevo a tiempo para escucharla decir: "Esto es increíble".

Me rio de nuevo...

Pensar en él me vuelve loca, será vergonzoso tener que sentarme a su lado y...

Un grito ahogado me saca de mis pensamientos y me doy la vuelta para encontrar a una chica con una bola de pelo desordenado en la cabeza mirándome fijamente, con el cuello estirado para poder mirar afuera de la oficina del entrenador, y el cuerpo todavía dentro.

—¿Dije eso en voz alta?

Sonriendo, me separo de la pared y doy un paso hacia adelante, pero ella no se endereza de donde está para ofrecerme su sonrisa más atrevida, no se desliza más hacia el pasillo y espera a que me acerque o se dirige hacia mí.

Ella no hace ninguna de esas cosas.

La chica se mete precipitadamente en la oficina, dejándome solo en el túnel.

Y quiero decir, eso es un poco grosero.

Con el ceño fruncido me dirijo a decírselo, pero antes de que pueda llegar a la entrada, la chica sale volando por la puerta con la barbilla pegada al pecho.

Pongo mi mejor sonrisa y espero a que levante la cabeza a medida que se acerca, a que me mire, aletee las pestañas y se disculpe por tratar de rechazarme, y luego me ruegue que la deje compensarlo haciéndome una mamada, pero tampoco hace ninguna de esas cosas.

Ella sigue caminando, como si nada.

No trata de frotarse contra mí.

No camina más lento con la esperanza de que la complazca con más, ya sea una conversación rápida o una *invitación improvisada.*

La chica ni siquiera mira en mi dirección y, de repente, ya no está.

Todo mi cuerpo se tensa con su rápida salida, ahora viendo hacia la dirección en la que desapareció.

Confundido, inconscientemente agarro la visera de mi gorra y la levanto una pulgada, todo para volver a colocarla en su lugar.

¿Qué demonios acaba de pasar aquí?

2

Avix Investigador:

El semestre de primavera está en pleno apogeo y, gracias a nuestro propio Pitcher Playboy, también lo está la temporada de béisbol de 2021. ¡Vamos, Sharks!

Tobias

—Tobias.

Mirando las puertas ahora cerradas, me lamo los labios tentado a seguir a la chica, pero el entrenador Reid vuelve a llamarme por mi nombre, así que entro en su oficina.

Se deja caer en su silla, arrojando su teléfono sobre el escritorio con un resoplido exasperado.

—Lo lamento, tenía la esperanza de hablar con ella antes de que llegaras, pero olvidé que tu reloj interno es como el de un anciano y llegas media hora antes a donde sea que vayas.

—Sí. —Frunzo el ceño, inconscientemente mirando hacia el pasillo de nuevo—. Todo está bien, entrenador. Ella, eh, parece divertida.

Cuando miro hacia adelante, lo encuentro frunciendo el ceño en mi dirección, y mis labios se levantan hacia un lado.

—No es mi culpa que lo hayas malentendido. Estaba pensando con la cabeza sobre mis hombros, lo juro.

Se burla, negando con la cabeza.

—Sí, será mejor que lo hagas, y no te preocupes, ella hará lo que le digan.

—¿Estás seguro? Porque eso sonó como un caso de coerción y no vi la parte de la sumisión.

Se ríe, frotándose las manos por el rostro mientras se inclina hacia adelante.

—Confía en mí, hijo. Está resuelto, y dado que ella se fue, continúa y regresa a lo que sea que estoy seguro que ya habías planeado.

—¿Por qué se fue?

Sus ojos se clavan en los míos.

—¿Qué?

—Entrenador, ella realmente salió corriendo. No me dijo una palabra.

El entrenador Reid mira hacia un lado mientras toma sus llaves del cajón.

—Lo que le falta en habilidades sociales, la chica lo compensa en cerebro. Eso es todo lo que necesitas saber.

Un ceño se forma sobre mi rostro.

—Está bien.

—Está bien —repite—. Ahora vete, pero no me llames para limpiar cualquier desastre —bromea el hombre.

—Sí, parece que te vendría bien un par de días de sueño.

—Dormiré en julio cuando termine la temporada.

—Y cuando yo esté en camino a los entrenamientos de primavera.

—Exactamente, hijo. —Se ríe, se pone de pie y me guía hacia la puerta—. Ve a divertirte, te enviaré lo que necesitas saber.

Asintiendo, giro sobre mis pies, despidiéndome al salir.

—Gracias, entrenador. Te veo mañana.

Salgo, y con mi cabeza todavía atrapada en la tierra de nadie, un lugar mítico donde una humilde chica me mandó volando. Me dirijo a casa para reunirme con mis compañeros de equipo y pasar un rato relajado.

En el interior, encuentro a mi amigo más cercano y compañero de casa, Echo, apoyado contra la pared charlando con un par de chicas. Nuestros tercera y primera base, Xavier y Neo, hermanos en todo lo que cuenta, ocupan la mayor parte del espacio en el sofá, y reconozco una cabeza de cabello rubio teñido sentada entre ellos.

Nuestro hogar es agradable, discreto, y trabajamos duro para mantenerlo así.

Es un apartamento de soltero de tres dormitorios justo enfrente del campus, cortesía del entrenador Reid, que resulta ser el director deportivo en AU, y el hombre que le dio un propósito a mi vida cuando no tenía ninguno.

Es un buen apartamento con todos los gastos pagados y un jacuzzi en la parte de atrás. Él me consiguió un espacio en el lugar cuando accidentalmente me metí en una situación difícil que estaba en contra de las reglas de la fraternidad. ¿Quién se iba a imaginar que el manual decía claramente, en letras grandes y negritas, que la lucha libre en bikini con gelatina no estaba permitida en el campus?

Yo no, eso es malditamente seguro.

Ahora, sin embargo, estamos libres y viendo candidatas para las contendientes de este año en nuestro Festival de gelatina anual del Día de los Caídos.

Claro, técnicamente va en contra de las reglas que una escuela financie a sus atletas más allá de la matrícula, pero la NCAA hizo un cambio en sus pautas este año. Los estudiantes atletas ahora pueden ganar dinero con patrocinios y cosas por el estilo, por lo que nadie sabe realmente quién paga las cuentas. El hombre nunca me da un dólar *directamente,* así que si no hay daño, no hay falta.

Mi entrenador sabe lo que valgo, y dejó en claro desde el primer día que hará cualquier cosa para asegurarse de que me sienta cómodo y que pueda concentrarme en donde ambos queremos: en el campo, donde él me necesita.

No tener cargas financieras me permite hacer eso, y es parte de la razón por la que me pidió que no aceptara ninguna oferta de patrocinio. Dice que siempre piden más y lo que puedo dar ya está limitado a casi nada. No puedo permitirme poner mi energía en ningún otro lado, y él lo entiende mejor que nadie. Probablemente le pagaría a alguien para que hiciera mi tarea por mí también si hubiera una manera de hacerlo que no implicara traer a otra persona, y eso es demasiado arriesgado.

Es como dije, el entrenador siempre sabe lo que es mejor.

También sabe que sin mí, todo su programa estaría jodido.

No es broma.

El equipo se burló de Echo y de mí cuando empezamos a empacar, tirándonos mierda sobre cómo nos estábamos convirtiendo en dos viejos listos para ser domesticados. Estaban jodiendo, enojados con los fiesteros, como les gustaba llamarnos, nos iríamos y ya no podríamos ser una moneda de cambio que pudieran usar para invitar a las casas de hermandades.

Sabíamos que todos los hijos de puta del equipo estarían encantados de ocupar la tercera habitación que teníamos si se los permitiéramos. ¿Quién elegiría vivir en un apartamento con veinte tipos, durmiendo de dos a cuatro en una habitación dependiendo de la influencia, en lugar de una casa de tres habitaciones que les diera su propio espacio? Nadie, ese es el puto quién.

Especialmente cuando todavía tenemos acceso completo a la casa del equipo, así que cuando tenemos ganas de divertirnos, lo hacemos.

Echo me ve cuando cruzo el umbral de la sala de estar.

—¿Qué pasó, viejo? —Se separa de las chicas y se une a mí en la cocina—. Regresaste antes de lo que pensé.

—Sí, fue un montón de mierda. —Abro el refrigerador y busco un agua vitaminada—. ¿Quieres algo de beber?

—Sí, una maldita cerveza —resopla.

Lo entiendo en eso, el entrenador tiene una estricta política de no beber que comienza después de las vacaciones y se mantiene hasta el final de la temporada. Los sábados por la noche son técnicamente nuestros únicos días libres para emborracharnos y esas mierdas, eso y los viernes ocasionales cuando terminamos nuestros juegos de la semana, pero eso es teniendo en cuenta que en esos viernes al entrenador le gusta hacernos correr hasta el cansancio en la práctica, como una forma de descartar que alguien salga de fiesta demasiado fuerte en la noche. Eso y la revisión del video del juego los sábados por la mañana.

Quiero decir, *yo* bebo cuando quiero y me regañan por eso, pero es todo para aparentar, para que vean que el entrenador es justo y todo eso.

Verás, soy un pitcher. *El* pitcher

Soy el número uno en el país, o por lo menos, en lo que a pelota universitaria se refiere. Tengo el récord de más strikes consecutivos lanzados y soy uno de los pocos pitchers en el nivel D1 que no usa un bateador designado.

Sí, mi entrenador trató de discutir conmigo sobre eso, pero perdió.

Todos pierden cuando se trata de lo que quiero, aunque no es que el entrenador Reid haya dado mucha pelea.

En pocas palabras, el equipo me necesita, la escuela me quiere y el entrenador luchó muy duro para conseguirme, así que si alguna vez hay un pase libre que dar, es para mí.

Si le preguntas al mundo que me rodea, me entregan las cosas en una jodida bandeja de plata con una guarnición de besos en el culo.

Supongo que día tras día el dolor en mis músculos por el sobreesfuerzo no significa nada.

A la gente no le importa saber sobre el trabajo que implica lo que hago, solo el resultado y desde que entré en el centro de atención por ser el pitcher titular, el equipo pasó de las reposiciones nocturnas al horario de máxima audiencia. Tenemos a MLB Network transmitiendo nuestros juegos en vivo, buscando obtener unos minutos de desempeño impecable, algo que saben que puede suceder cuando estoy en el montículo, y no lo digo por engreído, son los hechos. Es por eso que me pagan para estar aquí en lugar de que *yo* pague para estar aquí.

Es mucha jodida presión, pero vale la pena.

Nunca dejes que te vean sudar.

Con una fuerte inhalación, acerco mi bebida a mis labios y miro alrededor de la habitación, notando que él primo de E no está.

—¿Dónde está Drew?

—No pudo venir, tenía una tarea de mierda de bio. —Echo se encoge de hombros—. ¿Cómo es que la mitad del equipo está atascado con

alguna jodida materia de ciencias este semestre, y nosotros somos los raros sin nadie más en nuestras clases con quien compartir la carga?

—No lo sé, pero mi clase de anatomía es una basura.

—Prueba la clase de física, hermano.

—Sí, bueno, eres una especie de puto genio, sacarás una A al final. —Con el ceño fruncido, saco mi teléfono de mi bolsillo y abro el mensaje que el entrenador me envió con la dirección de correo electrónico de mi tutora, saltando rápidamente los otros dos mensajes que ahora iluminan la pantalla, uno de Melanie y el otro de Vivian, que está sentada en el sofá de mi sala de estar.

Levanto mis ojos hacia Echo, mostrándole mi pantalla, y él se ríe.

—Jodidamente sabía que ella te estaba esperando —dice en voz baja—. Neo se ha estado esforzando, pero esa chica aún no quiere morder.

—Es curioso, por lo que recuerdo, le gusta morder. —Mi boca se levanta en la esquina.

—¿Vas a aceptar su oferta?

Asiento, sabiendo que probablemente lo haré.

Echo niega con la cabeza, sonriendo como un idiota.

—Será mejor que tengas cuidado con esa o pensará que te gusta.

—Ella me gusta.

Su cabeza gira en mi dirección otra vez, pero lo hago esperar diez segundos completos antes de encontrarme con su linda sonrisa de niño.

—Quieres decir que te gusta follártela.

—Se podría decir que es al revés.

Él sonríe, mirándola de nuevo.

—Claramente.

—Créeme, es genial, dulce e inteligente, del tipo que volaría rápido si me pusiera en modo novio.

—Si tú lo dices. —El hijo de puta intenta burlarse—. Entonces, ¿qué pasó con la tutora? ¿Por qué regresaste tan rápido?

—Se suponía que iba a ser un encuentro y un saludo, pero no llegamos a la parte del encuentro.

Echo mira en mi dirección.

—¿Por qué no?

—Ella estaba en la oficina del entrenador Reid cuando llegué ahí, diciéndole que no podía ser mi tutora.

Sus cejas saltan.

—¿De verdad?

—De verdad.

—¿Por qué?

—No lo sé. —Me encojo de hombros—. Pero tan pronto como se dio cuenta de que yo estaba en el túnel y la escuché, se asustó. Agarró su mierda y salió por la puerta, y escucha esto, la chica mantuvo la cabeza agachada todo el tiempo, ni siquiera hizo un movimiento rápido de sus ojos en mi dirección, y créeme, lo esperé. Prácticamente salió corriendo por el pasillo.

Sus ojos se estrechan, y le daré algo de crédito a su trasero punk: aprieta los labios para al menos intentar contener la risa, pero se le escapa.

—Ella suena como una verdadera demente.

Me lamo los labios para ocultar mi sonrisa.

—Eres un idiota.

—Y tú eres un hijo de puta pomposo. —Sonríe cuando lo empujo con el hombro y paso a su lado, diciendo—: probablemente estaba nerviosa. Tienes una mano larga.

—Dos manos largas, si estamos siendo técnicos.

Él se burla, levantando la comisura de su boca.

—¿Cuándo te reunirás con ella?

—El entrenador dijo que me estaría esperando en la biblioteca el viernes después de la práctica. Mesa número dos, pero estoy a punto de enviarle un correo electrónico para arreglar otra cosa. —Lo miro—: ¿Te encontrarás con la tuya hoy?

Mueve la barbilla.

—Es la misma chica que tuve el semestre pasado, no me importa pasar el rato con ella y sabemos cómo trabaja el otro, por lo que debería ser bastante fluido.

—¿Alguna vez has hecho un movimiento con ella?

—No, hombre. —Sus ojos se abren—. Meterla en esto sería un tipo cruel de tortura. De ninguna manera ella disfrutaría de nuestro equipo.

Asiento, exhalando un largo suspiro por mis fosas nasales cuando Vivian me lanza una sonrisa coqueta por encima del hombro.

—Parece que ha llegado mi hora.

Echo se ríe, empujando mi hombro mientras se aleja, y voy por la rubia del sofá.

Envuelvo mi brazo alrededor de sus hombros.

—¿Me estás esperando, hermosa?

—Sabes que sí. —Ella sonríe, guiándonos hacia mi habitación sin hacer una pausa.

—¡Dulces sueños, Cruz! —Neo canta, así que canto de vuelta.

—¡Que te jodan, Calavera[4]!

—Oh, así será, chico. ¡Dos veces! ¡Quizás incluso aquí mismo en tu sofá!

Vivian se ríe, quitándose los zapatos mientras asomo mi cabeza hacia el pasillo.

—¡Demasiada información, hijo de puta! —grito, cerrando y trabando la puerta—. Demasiada información.

[4] Dicho en el original en español.

Me giro para encontrar a Vivian que ya se está quitando el vestido, sin requerir ni desear mi ayuda. No está interesada en el juego previo, ni en la diversión coqueta ni estimulación previa apasionada.

Trago un profundo suspiro, me quito la gorra y tiro de mi sudadera sobre mi cabeza.

Típico puto martes.

Meyer

—Tu pantalla está negra.

Parpadeo, volviendo a concentrarme en mi computadora abierta en mi regazo, y efectivamente, se ha puesto a dormir, como desearía poder hacerlo yo. Debo haber leído el correo electrónico del "pitcher estrella" de la Avix University, como él etiquetó el asunto, una docena de veces desde que llegó.

¿De verdad piensa que mi tutoría significa que puede enviarme su tarea para que yo la haga por él?

Pongo una pequeña sonrisa y me volteo hacia mi mejor amiga.

—Hola.

Bianca está de pie en la puerta del baño con un par de mis pijamas y una toalla en la cabeza.

—¿Cuándo volviste?

—Tal vez hace diez minutos, me encantó tu versión de "Work It", por cierto.

—Te lo dije, cómo es que *The Voice* rechazó mi cinta de audición, no tengo idea. —Ella bromea, se aleja de la puerta, y al instante está en la sala de estar.

Este lugar es literalmente una habitación.

Cuando cruzas el umbral de la puerta principal, encuentras a la izquierda la cocina de una sola encimera, con espacio suficiente para pasar del lavabo a la estufa; o si giras a la derecha, encuentras dos puertas, una conduce al baño sin tina, y la otra a una habitación diminuta que es apenas más grande que un armario estándar; pero si no giras, sino que caminas derecho, estás en la sala de estar, también conocida como mi dormitorio.

Tengo una cómoda convertida en mueble para TV y un sofá que se convierte en cama, mi único gasto elegido.

Gracias a Dios por Rent-A-Center.

El lugar es una miniatura y, a veces, después de días muy calurosos o cuando no hay flujo de aire, huele un poco rancio, las viejas alfombras debajo del tapete se hacen notar. Tengo que limpiar las ventanas constantemente para ayudar a que no entre el moho, pero es cálido, seguro y no está demasiado lejos del campus.

Bianca viene a sentarse a mi lado en la "cama", toma mi computadora portátil de mis manos y la coloca al otro lado de ella.

—Habría votado por ti, ¿sabes? —La miro asintiendo con la cabeza y las dos nos reímos.

Es una cantante horrible, algo que encuentra divertido porque su abuelo es una leyenda viviente, y sus padres cantaron durante años, pero no deja que eso le impida subirse al escenario en las noches de karaoke en Trivies, uno de los pubs locales a poca distancia del campus.

—Tú y nadie más, chica, pero basta de desviar el tema. Cuéntame. ¿Por qué estabas distraída? Tus pequeños dedos nunca dejan de escribir en esa cosa.

Bianca es mi mayor confidente y la única persona que conoce algunos de los problemas a los que me enfrento, siendo la palabra clave *algunos.*

Le compartí lo que nunca podría decirle a nadie más, pero mientras que ella no me oculta nada, yo he tenido que guardarme un par de detalles.

La amo y confío en ella, pero cuando estás en guerra con tus propias decisiones, no es inteligente compartir tu espada.

—No sé cómo pasaré este año, y mucho menos otro. —Me trago un suspiro—. Ya estoy agotada y apenas estamos empezando el semestre, solo se va a poner peor.

Con una potencial pesadilla catastrófica a seguir.

Cierro los ojos y respiro hondo mientras Bianca cae a mi lado.

—Estás tan cerca —dice en voz baja—. Tan cerca, pero definitivamente necesitas un descanso. Nos tomaremos unas vacaciones de un mes en el paraíso, y nos iremos en el momento en que terminemos los finales. ¡Bikinis y Bailey todo el día!

Me giro hacia ella con una pequeña sonrisa y desliza su mano en la mía.

—Te obligaré a hacer a eso.

—Perra, *yo* te obligaré a *ti* a hacerlo. —Se ríe.

Ella y yo somos similares en algunos aspectos y polos opuestos en otros.

Ella es alta y delgada, mientras que yo soy baja y actualmente tengo más de diez kilos por encima de mi peso, que es aún más pesada de lo que ella podría llegar a ser. Yo estoy en el lado más tranquilo y me mantengo sola, ahora más que nunca, mientras que ella puede tener un lado un poco salvaje a veces. Es segura de sí misma, extrovertida y, sin darse cuenta, el alma de la fiesta.

A ella y a mí nos asignaron la misma habitación en el primer año y, al principio no pensé que seríamos más que compañeras de cuarto, pero estaba equivocada, nos hicimos grandes amigas y lo hemos sido desde entonces.

Es la persona más genuina que conozco y la única que realmente se quedó cuando mi vida cambió.

—Gracias por ayudarme en las noches, estaría tan jodida sin ti.

—En serio, deja de agradecerme. Ya te lo dije, estar aquí funciona para mí tanto como para ti. Necesito el tiempo de inactividad lejos de todo el drama de la hermandad, y este es el único lugar donde puedo sonreír más.

—Aww, ¿este es tu lugar feliz? —bromeo, pero con un graznido agradecido, uno que ella detecta.

Me guiña un ojo cuando un suave zumbido me llama.

Me levanto, camino hacia esa pequeña habitación en la esquina y empujo lentamente la puerta para abrirla por completo.

Mi estado de ánimo sombrío desaparece instantáneamente y entro con una sonrisa que coincide con la que me devuelve la mirada.

—Hola, bebita.

3

Tobias

Hoy me siento jodidamente fantástico. Me desperté al cuarto para las cinco como de costumbre, salí a correr e hice mi rutina matutina de ejercicios. Después de eso, fui a la tienda de comestibles del pueblo y debido a mi buen humor, decidí hacer el famoso chorizo casero de mi mamá para el desayuno. En lugar de usar las sobras para preparar la comida para los próximos días como lo haría normalmente, dejé todo para que los chicos lo coman cuando finalmente decidan abrir los ojos.

No soy el tipo de persona miserable y depresiva, más bien soy de los que sonríen, que jodidamente silba cuando camina la mayoría de los días, pero salir de dos juegos sin que nos anoten carreras tiene algo que me lleva de un siete a un diez.

Así que sí, me siento bien... hasta que llego al último escalón de las escaleras que conducen a la biblioteca y no veo ningún moño desaliñado.

Me meto el último bocado de mi burrito de desayuno en la boca, miro mi reloj y frunzo el ceño en mi frente.

Okey, para ser justos, son las siete y cuarto a partir de este segundo. Técnicamente, no llegué exactamente a tiempo cuando debería haber llegado antes, pero mi cuerpo se sentía bien esta mañana, así que fui por esos cinco kilómetros adicionales.

De cualquier manera, no es tarde, pero ¿dónde diablos está ella?

Tengo clase en cuarenta y cinco minutos, y claro, el edificio de ciencias está a poca distancia de aquí, pero no suelo llegar tarde, y ella tampoco debería hacerlo, especialmente cuando es su trabajo.

Ahora tendré que correr ahí sin tener tiempo para detenerme y charlar con amigos en el camino, o darles a las chicas tetonas la atención por la que le pagan al Doctor *Doble D* un buen dinero.

Eso es simplemente desconsiderado.

Miro la hora de nuevo.

No hay manera de que llegara más de un minuto o dos tarde, ¿verdad? ¿Tal vez ella está aquí en alguna parte y no la vi a primera vista?

Trato de rebobinar mi cerebro para recordar cómo se ve, y no encuentro nada más allá del moño que una sudadera gris desteñida, del tipo que tu abuela te compraría en Kmart para Navidad todos los años, holgada, aburrida y que pica por dentro después de una lavada.

A mi izquierda hay varias chicas, cada una agachada sobre unos papeles y mierdas así, pero no parece que estén esperando a nadie, y a mi izquierda hay… bueno, diremos que un grupo que se perdió de camino a un rodeo, o miembros de Futuros Granjeros de América. Seguro que hay mierda seca de caballo en al menos un puñado de sus enormes botas.

¿Eso es piel de serpiente?

Con un resoplido, miro a mi alrededor de nuevo.

¿Dónde está esta chica?

Entro en la biblioteca y me dirijo directamente a un escritorio que parece que es para gente que sabe una mierda aquí. Como equipo, tenemos nuestra propia sala de estudio, así que este es un territorio extraño para mí.

Le lanzo una sonrisa grande y brillante a la pequeña cosa sentada detrás de él.

—Espero que puedas ayudarme.

Las mejillas de la chica se vuelven de color rojo cereza y mis labios se curvan más arriba.

Los dientes siempre las atrapan.

—Necesito encontrar a una chica.

Ella asiente, con los ojos muy abiertos.

En realidad dan un poco de miedo, del tipo *te apuñalaré mientras duermes, y luego te abrazaré toda la noche mientras te desangras*. O tal vez del tipo que se esconderá debajo de tu cama como una mierda de leyendas urbanas.

—Es una tutora.

—Okey, seguro. —Se aclara la garganta y saca un pequeño portapapeles con un montón de nombres escritos—. ¿Cuál es su nombre?

—No lo sé. —Me encojo de hombros.

—Correcto. —Suelta un suspiro y su flequillo vuela en el aire—. Bueno, parece que solo tenemos cuatro chicas esta mañana, así que no debería ser demasiado difícil averiguarlo. ¿Cómo es ella?

Cuando no respondo, sus ojos de asesina en serie se fijan en los míos.

—¿No sabes su nombre o cómo es?

—Solo he tenido una vista de la parte superior de su cabeza. —Apoyo mis antebrazos en el mostrador con una sonrisa, sabiendo que está leyendo mi declaración de la manera más sucia posible—. Su cabeza llega a la altura de mi barbilla, con cabello castaño o rubio, tal vez. —Me encojo de hombros—. No estoy tan al tanto de los detalles aleatorios.

Ella asiente lentamente, mordiendo sus labios ligeramente.

Conozco esa cara, está sintiendo un sabor amargo en la boca, siempre sucede cuando no les doy entrada y no les ofrezco la oportunidad de hundir sus dientes en el cebo.

Ella está a punto de deshacerse de mí ahora, sin interés en ayudarme ya que yo no estoy interesado en ayudarla a *ella* a quitarse la ropa.

El rostro de la chica se arruga y se deja caer contra el asiento.

—Ve al centro de tutoría al lado del edificio de desarrollo estudiantil. Deberían poder decirte quién te fue asignado, pero asegúrate de llevar tu identificación de estudiante.

Se me escapa una risa baja y golpeo el mostrador mientras me alejo.

—Adorable, eso es adorable, chica, pero gracias.

Dándome la vuelta, sonrío y me dirijo directamente hacia donde me indicó.

El centro de tutoría está dos edificios más allá, así que no debería perder mucho más tiempo, pero faltan veinte minutos para mi primera clase del día, lo que me estresa muchísimo.

Necesito obtener mis tareas de esta chica y poner mi trasero en marcha.

Con más fuerza de lo que pretendía, abro la puerta de un tirón, lo que hace que se cierre de golpe a mi espalda, y que la cabeza del tipo detrás del mostrador se levante de golpe.

—Hola, necesito el nombre de mi tutora.

Hace una doble toma, tirando una pila de papeles que debe haber sacado de la impresora.

Sí, incluso los tipos me buscan.

Le sonrío.

—Mi tutora. ¿Quién es y dónde está? Se suponía que se reuniría conmigo hace media hora en la biblioteca.

Antes de que termine de hablar, sus dedos comienzan a volar a ciegas por el teclado.

Necesito mi identificación, dijo la chica. ¡Ja!

—Eso no puede ser correcto. —Mirando hacia arriba, el tipo se sienta erguido en su silla con ruedas, y tomo nota del cambio en su expresión. Su rostro está un poco más tenso, un poco más concentrado, y mucho más como *dime que ella no está pasando horas a solas con este dios de hombre.*

Todo se vuelve claro en ese momento y lugar.

Él niega con la cabeza.

—Ella nunca trabaja antes de las doce y nunca faltaría a una cita.

Mi ceja izquierda se levanta ligeramente y sonrío.

—¿Es tu chica?

Su piel blanca se vuelve tan rosa como su polo, y se defiende.

—¡No!

—Pero quieres que lo sea.

—Es mi amiga, es todo —jura, como si realmente me importara.

—Apuesto a que tienes el número de tu *amiga.* —Ladeo la cabeza y creo que podría estar listo para hiperventilar—. ¿Puedes decirle que venga aquí, ahora? Necesito… —Mierda. No puedo decírselo y arriesgar mi posibilidad—. Necesito hablar con ella, rápido.

El tipo da un trago intenso y habla.

—Lo siento, Tobias, pero tendrás que volver esta tarde, e incluso entonces, puede ser difícil. Ella no trabaja en la oficina, solo viene a imprimir y a agarrar cosas. Puedo enviarle un correo electrónico y pedirle que se comunique contigo, pero eso es todo lo que puedo hacer.

—Sí. —Niego con la cabeza lentamente—. Eso no va a funcionar para mí, amigo mío. ¿Puedes darme su número?

Tropieza con sus propias palabras.

—No puedo dar su información personal. Su preferencia se establece como correo electrónico. Puedo ofrecerte eso, pero como dije, sus mañanas están ocupadas. No tiene tutorías. No…

Chasqueo con la lengua.

—Mira… —Echo un vistazo a su placa de identificación, leyendo Jonny—… Jonny Boy, *necesito* ese número —le digo mientras le envío un mensaje de texto al hombre que hace que todo suceda.

La respuesta llega incluso antes de que mire hacia arriba, y cuando lo hace, sonrío, apoyo mi cuerpo contra el mostrador y espero.

El chico me mira, inseguro, pero su teléfono no tarda mucho en sonar. Con una expresión cansada responde, y tres, dos, uno...

—Sí, señor. Me haré cargo de eso. —Aprieta los ojos y asiente como si la persona del otro lado, también conocido como el entrenador Reid, pudiera verlo a través de la línea—. Lo haré, gracias, señor. —Después de colgar, abusa un poco más de su pobre teclado y aparece un papel.

Rodando hacia atrás, lo agarra y rueda hacia adelante, golpeándolo frente a mí.

Y Tobias Cruz vuelve a ganar.

Lo agarro, anunciando mi salida.

—Gracias, Jonny Boy.

Afuera, le envío un mensaje de texto a mi tutora.

Yo: *Soy Tobias. Te he estado esperando, Tutora girl. ¿Dónde estás?*

Miro mi teléfono y luego miro un poco más.

Me desplazo hacia arriba, me aseguro de que se haya enviado, verifico dos veces el número y luego levanto mi teléfono en el aire por si acaso.

No pasa nada.

Pasa un minuto completo y aún no hay respuesta.

¿De qué se trata esto?

¿Pagué mi cuenta de teléfono?

Sí, lo hice. El entrenador respondió al instante, como se suponía que debía hacerlo.

Como *todos* lo hacen.

Con el ceño fruncido, aguanto y llamo al hombre, sabiendo que no tengo mis tareas para entregar, así que ir a clase no es una opción.

Él contesta al primer timbre.

—¿Tienes el número, hijo?

Sonrío, asintiendo con la cabeza a una chica que pasa con un mono rosa. Me encantan esos, son muy fáciles de quitar.

—Cruz.

—Sí, lo siento. —Miro hacia adelante—. Lo tengo, pero creo que es el número equivocado.

Se oyen algunos movimientos antes de que hable de nuevo.

—¿Por qué dices eso?

—Ella no respondió y ya pasaron... —Miro a mi pantalla—. Casi cinco minutos. Es extraño, ¿no?

—Cinco minutos enteros, ¿no, chico? —Él se ríe—. ¿Por qué la necesitas tan temprano, tienes un examen hoy o algo así?

—No, no tengo un examen. —Paso las yemas de los dedos sobre mi desvanecimiento en el cabello—. Ella tiene algo... tiene mi tarea.

—¿Qué quieres decir con que ella tiene tu tarea? —Cuando no respondo, suspira en la línea—. Maldita sea, Tobias.

Un sabor agrio cubre mi boca, y entrecierro los ojos ante el sol.

—Lo siento, entrenador.

Debería haberme resignado y hacerla yo, idiota.

—Está bien. —Me lo imagino dejándose caer contra su silla y tirando su gorra sobre el escritorio—. Yo me encargaré de esto y me pondré en contacto con tu profesor, pero Tobias... no más mierda de última hora, ¿entendido?

Asiento con la cabeza.

—Sí, entrenador.

—Bueno, ahora sal del campus por unas horas para que pueda poner una excusa. Te veo en el campo.

—Yo seré el de blanco. —Sonrío ante mi propia broma: todo el mundo odia nuestras camisetas de local.

Cuelgo y me alejo con un poco de energía extra en mi paso gigante.

Sabía que el entrenador me ayudaría.

Siempre lo hace.

Strike uno, pequeña tutora.

Meyer

Llevo la taza de regreso a la cocina después de volver a llenar el humidificador por lo que debe ser la quinta vez hoy, y me tomo un segundo para apoyarme en la encimera laminada. Cierro los ojos para respirar profundamente, deseando un momento de calma, pero los veinte segundos de silencio que he tenido en las últimas treinta horas son interrumpidos por un zumbido.

Con un suspiro, dejo la taza vertedora en el lavabo y me deslizo hacia donde mi teléfono está conectado al cargador. Hay docenas de llamadas y mensajes de texto perdidos, varios de Tobias, uno de Bianca y otro de Garret Jones.

Primero leo el de Bianca y tomo un respiro mientras paso por los de Tobias.

Es fácil ver cómo pasó de ser un humano seminormal a un ególatra: cuatro minutos y tres mensajes de texto.

Definitivamente no puedo manejar la pesadez que viene con él en este momento, no cuando estoy funcionando sin haber dormido y con nada más que unas cucharadas de mantequilla de maní.

Primero le respondo a B, haciéndole saber que puede venir como ella pidió, y que la amaré para siempre si compra algo en el camino.

Luego, abro el mensaje de Garret, pero justo cuando empiezo a escribir, suena el teléfono y contesto accidentalmente, congelándome cuando una voz profunda comienza a hablar.

¡Maldición!

Apretando los ojos, lo levanto a mi oreja.

—¿Estás tratando de perder este trabajo, Meyer? Porque como sabes, puedo hacer que eso suceda.

Odio cuando amenaza mi posición de esta manera, como si yo no hubiera obtenido este trabajo de tutoría por méritos propios, pero como él me llevó a su departamento, ahora *tiene* control total sobre mi principal fuente de ingresos.

Mantén tus garras afiladas, pero ocultas.

—Solo tenía dos citas hoy y ambas fueron reprogramadas anoche.

—Déjate de tonterías, Meyer, ¿de acuerdo? Sabes exactamente de lo que estoy hablando. Escúchame bien, cuando llame Tobias Cruz, contesta. Si te envía un mensaje de texto, responde. Si quiere una sesión improvisada, haz que suceda.

—Actúas como si yo fuera la que canceló nuestra primera sesión, y ni siquiera sabía que trató de llamarme hasta hace cinco minutos. —Ni siquiera mencionaré el gran paso en falso de que le dieran mi número—. Apagué mi teléfono anoche porque Bailey... —Trago saliva—. Acabo de tener una larga noche.

—Este es tu trabajo, hazlo o encontraré a alguien más que pueda.

Hago lo mejor que puedo para luchar contra las sensaciones abrumadoras que amenazan con tomar el control, pero la humedad se acumula en mis ojos de todos modos, y culpo a mi estado de agotamiento. Lo que no permito es que mis sollozos se escuchen a través de la línea. No le daré el gusto.

—¿Nos entendemos?

Muevo mi mirada al techo.

—Sí, *entrenador*.

Se queda en silencio un momento antes de volver a hablar.

—Bien. Lo llamaré y le diré que estás enferma, solo por esta vez, y *tú* lo contactarás mañana.

No sé si estaba esperando un gracias, pero no lo recibe.

—Entendido, pero asegúrate de hacerle saber a tu protegido que no haré la tarea de nadie. Nunca.

Él no responde, pero sé que me escuchó.

Cuelga y agacho la cabeza derrotada, sin molestarme en levantarla mientras leo el mensaje de texto que llega segundos después, una advertencia amenazante del hombre para que *nunca lo obligue a tener que llamarme de nuevo.*

Porque él no me llamaría si no tuviera que hacerlo.

Las lágrimas que contuve caen sobre mis pies descalzos, impregnándose de nuevo en mi piel recordándome que nadie más tiene el trabajo de atraparlas.

Bailey jadea desde la sala de estar, un lamento por el dolor que su pequeña tos ronca le causa a sus vías respiratorias inflamadas.

Mi bebita enferma.

Me levanto de la encimera, rápidamente salpico mi rostro con un poco de agua fría y la seco en mi camiseta mientras camino hacia la sala de estar.

Me acomodo en la cama al lado de donde ella yace y la levanto en mis brazos, meciéndola mientras llora en mi oído. Apenas puede mantener los ojos abiertos, está muy inquieta. La pobre no puede dejar de toser el tiempo suficiente para dormir de verdad.

La abrazo contra mí y respiro hondo.

La escuela y el trabajo pueden esperar.

Ella es todo lo que importa.

A la mierda el agotamiento.

4

Tobias

—Aw, mierda. ¿Qué haces aquí, Cruz? —Neo grita en el momento en que entro al gimnasio.

Dejo caer mi bolso, levanto una ceja y empiezo a quitarme la ropa para poder ponerme mi equipo de entrenamiento.

—Acabo de poner a tu hermana en un autobús de regreso a casa, ella dijo que necesito trabajar en mi respiración, así que aquí estoy.

Xavier niega con la cabeza, pero Neo salta del cable tan rápido que me sorprende que su trasero no tropiece con sus propios pies.

—No seas un asno.

—Entonces déjame en paz.

Nos miramos al mismo tiempo, ambos sonriendo.

Echo se sienta en la prensa de piernas, siguiendo cada uno de mis pasos, mientras que los demás vuelven a sus rutinas de ejercicios de media mañana. Opto por subirme a una caminadora para que mi corazón lata con fuerza, y Echo hace exactamente lo que sabía que haría y se dirige hacia la que está a mi lado.

Él lanza una mirada rápida a su alrededor antes de mover sus ojos en mi dirección.

—¿Qué está pasando, saliste temprano o algo así?

—Nunca llegué a clase. —Me encuentro con su mirada entrecerrada—. ¿Esa pequeña tutora mía? No apareció con mi mierda hoy.

Su cabeza se mueve hacia atrás.

—¿De verdad?

Asiento, presionando el botón para aumentar la velocidad de esta cosa.

—No llegué temprano, pero llegué a tiempo, y ella no estaba ahí. Fui al centro de tutoría y todo, pero no pude rastrear su trasero, así que tuve que llamar al entrenador.

Echo silba a mi lado.

—¿Le dijiste que ella estaba haciendo tu tarea por ti?

—Le dije que ella la tenía. —Me encojo de hombros—. Entonces, supongo que lo dejé para su interpretación.

Se burla y sigue mi ritmo.

—Eres un imbécil, metiendo a esa pobre chica en problemas, deberías haberte sentado con ella y hacerla tú.

—Sí, lo haré ahora. —Frunzo el ceño.

—¿Incluso le preguntaste si podía hacer tu mierda por ti o solo le ordenaste que la hiciera?

—Es la misma mierda, hombre. Es su trabajo asegurarse de que yo apruebe, y no aprobaré sin mi tarea. —Me río, pero Echo no me sigue, así que apago mi caminadora y lo miro.

Por supuesto, él hace lo mismo.

Las arrugas entre sus ojos son suficientes para saber que hoy está de mal humor otra vez, alguna mierda de la que no está listo para hablar lo devora.

Le gusta desquitarse conmigo, y me gusta dejarlo porque si no soy yo, es otra persona, y si es otra persona, bueno, entonces terminamos en una pelea de dos contra dos. Puede valerse por sí mismo, pero es mi amigo, así que nunca tendrá que hacerlo solo, no cuando estoy cerca.

—Ese fue un movimiento idiota. —Él me mira.

—No actúes como si fueras inocente, eres tan idiota como yo.

—Lo sé, pero mierda, hombre, calificaremos para el draft después de esta temporada. No nos jodas a los dos dejando caer la pelota en clase.

—Lo estoy manejando, y en cuanto al draft, estaremos jodidamente bien. —Me acerco, ampliando los ojos—. Tenemos años por delante en esta mierda y en el mismo equipo, si estos cazatalentos saben lo que les conviene. Somos el maldito dúo dinámico, hermano, tú y yo. —Asiento con la cabeza, y mi sonrisa crece, pero él no muerde mi tranquilizante y vuelve a disparar.

—Esa es la mierda de la que estoy hablando, Cruz. —Niega con la cabeza, aferrado a eso—. Cualquier cosa puede pasar hoy o mañana, nada es jodidamente seguro. Nada. Es hora de aclarar las cosas y al menos pretender que el béisbol no existirá para siempre. —Retrocede, agarra su mierda y se dirige a la salida, pero no antes de agregar—: La temporada es todo lo que tenemos en este momento, así que no la cagues.

En el momento en que sale por la puerta, inconscientemente me froto el codo.

Él no sabe de lo que está hablando.

El béisbol es todo lo que hay.

Todo lo que importa.

Soy el maldito Tobias Cruz, el mejor pitcher universitario que jamás haya existido. Tengo el récord de strikes consecutivos lanzados en este nivel, y la temporada pasada me convertí en el primero en lanzar un juego sin hits consecutivos en un juego de campeonato universitario.

Estaré viajando por todo el país el próximo año sin nada que me detenga, viviendo como un maldito dios.

Lo haré porque reprobar no es una opción.

A la mierda la escuela.

Y a la mierda la pequeña tutora que me ignoró como si ella pudiera hacerlo.

Haré lo que se supone que debo hacer sin su ayuda porque, como dije, reprobar no es una opción.

Me las arreglé para mantener la cabeza en el juego, mi pene envuelto en la goma más fina y mis calificaciones a la altura en los últimos dos años y medio.

¿Qué es un semestre más para llegar al draft? Nunca planeé quedarme aquí más allá de mi tercer año de todos modos.

Puedo hacerlo.

No voy a reprobar.

—Estás reprobando. —El entrenador Reid me mira.

Mierda.

—Yo no diría que estoy reprobando. —Sonrío—. Puede que me haya atrasado una semana o dos, pero entrenador…

—Te quedarás sentado en el partido del viernes.

Una risa sale volando de mí, pero cuando el entrenador mantiene su expresión seria, inclino mi cabeza hacia un lado y doy otro paso hacia su oficina.

—¿Cómo dices, entrenador? La ducha debe haber metido agua en mis oídos o algo así, porque de ninguna manera te escuché bien. —Sacudo la cabeza, añadiéndole mi propia mierda y enviando las gotitas remanentes de mi cabello volando por todas partes.

Se inclina hacia adelante, imperturbable.

—Han pasado dos semanas y aún no te has reunido con tu tutora. ¿Por qué?

—No lo he necesitado.

Él asiente.

—Interesante, porque recibí un correo electrónico de tu profesor que dice que nunca repusiste las tareas que no hiciste. Ya sabes, ¿las que *yo* le prometí que harías cuando te cubrí el trasero hace dos semanas?

—Voy a jugar el viernes, entrenador.

Levanta la barbilla, haciendo clic y abriendo su bolígrafo.

—Tu calificación es del sesenta y seis por ciento, tienes que tener al menos un setenta para entrar al campo, y lo sabes. Mi equipo, mis reglas.

Es mi equipo, ambos lo sabemos, pero le seguiré el juego.

No hay manera de que me quede sentado, pero hoy está de humor para usar su gorra de autoridad, así que le pregunto en lugar de decirle claramente el hecho del que ambos somos conscientes.

—¿Me dejarías sentado, entrenador?

Duda un segundo, y luego entrecierra los ojos.

—Haz la mierda, hijo, y hazlo para que puedas estar en ese campo.

—Es miércoles.

—Soy consciente.

—Eso solo me da esta noche para hacerlo, y mañana para entregarlas.

—Así es. —Asiente—. No te preocupes, dejé en claro que tus profesores deben calificar todo de inmediato y hacer las actualizaciones necesarias. Todo lo que tienes que hacer es tener la tarea lista para el mediodía.

—Dijiste profesores.

—Así es. —Me mira—. Aquí dice que no solo tienes dificultades con anatomía, sino que estás reprobando historia y arruinaste tu ensayo de inglés.

—No planeo convertirme en maestro.

—¿Planeas terminar la temporada en el campo o en el banco? —me responde—. Sabes que una vez que estás por debajo de cierto punto, mis manos están atadas.

Paso mi lengua por la parte de atrás de mis dientes.

¡Mierda!

Está bien, de acuerdo. Puedo hacerlo, tengo dos días, eso es lo que dijo.

Respiro profundamente, asintiendo.

—Lo haré, pero tal vez la próxima vez debas comenzar con eso, ¿eh? —Me río.

—Me gusta jugar contigo, mantiene tu fuego encendido. —Se sienta con una sonrisa—. Lo tienes todo, hijo. Mantén esta última parte de la escuela en orden, tu vida se establecerá y oficialmente tendré una leyenda que crecerá directamente salida de mi programa.

Asiento y golpeo mis nudillos en su escritorio.

Lo que la mayoría de la gente no sabe es que el entrenador Reid me salvó el trasero de la misma manera que yo salvé el suyo. Lo estaban jodiendo a diestra y siniestra. Si bien la mayoría de los deportes en Avix continuaron en auge, su programa de béisbol estaba fallando. Recortaron los fondos debido a la falta de progresión y las temporadas fallidas, pero cada dos años, él mismo hacía el trabajo, localizaba un semental sólido en el campo y, en la misma temporada alguna escuela importante olía el éxito, venía y se llevaba al bastardo. El entrenador Reid se estaba preparando para perder su trabajo, al igual que yo me estaba preparando para perder mi última oportunidad.

En mi último año de preparatoria, mis padres lanzaron una bomba; decidieron que no me permitirían usar los ahorros para la universidad, que establecieron para mí una década antes, si era atleta. Sabían que eso era todo lo que yo quería, y mis calificaciones no me darían una beca, así que así fue como intentaron atraparme en la vida que ellos querían para mí.

Empecé a meterme en peleas sin sentido en donde siempre defendía al tipo más débil, y me expulsaron del equipo de la preparatoria arruinando mis posibilidades de una temporada ganadora. Todo en mi vida se había derrumbado, las universidades que mostraron interés en mí me eliminaron de su lista de prospectos y, para colmo, estaba al borde de la expulsión, en riesgo de reprobar mi último año.

Fue entonces cuando apareció el entrenador Reid.

Me ofreció una rama que nadie más estaba dispuesto a darme, ni siquiera mis padres, y me agarré a esa perra de la raíz.

Me cubrió la espalda cuando todos en mi vida me dieron las suyas, incluidos mis padres, y ha estado aquí para mí desde entonces, incluso cuando no me lo merecía.

Me enferma pensar en eso, pero también cometí errores aquí en Avix, algunos de los mismos que cometí en casa. Aunque en lugar de enviarme de regreso, me sentó, haciéndome saber que entiende, recordándome que nadie cambia de la noche a la mañana y que siguiera trabajando.

No importa lo que fuera, él estaba ahí para rescatarme, y literalmente lo hizo en una ocasión de celebración en la que se me pasaron las copas.

El periódico escolar realmente tuvo una fiesta con eso.

Siempre lo hacen cuando se trata de las partes negativas de quién soy.

En pocas palabras, haría cualquier cosa por el hombre frente a mí, al igual que él lo haría por mí.

—No te decepcionaré, entrenador. —Asiento con la cabeza—. Haré esto por los dos.

—No tengo ninguna duda, hijo. —Su sonrisa es fácil, pero breve, mientras nos lleva al siguiente paso—. Haz de tripas corazón y llama a la tutora. Obtén ambas calificaciones por encima de setenta para el viernes y por encima de ochenta para Boston.

—Puedo hacer eso.

—Claro que puedes, usa a la maldita chica, para eso está. Aprovecha cada puto minuto que tiene si es necesario. Para eso le están pagando.

—¿Qué pasa si ella no tiene tiempo?

—Eres mi mejor atleta, y ella es la mejor tutora de la escuela.

—¿Qué tipo de calificaciones implica ese título? —bromeo.

El entrenador se ríe.

—Ella tiene una excelente tasa de aprobación y es la sabelotodo más solicitada. La chica tenía una lista de espera continua de una milla de largo. Me costó mucho traerla aquí, pero ahora es exclusiva de los atletas, su trabajo es asegurarse de que alcancen y se queden donde deben estar.

—Suena bien, entrenador. —Asiento con la cabeza.

—Escucha, por cada sesión que tiene contigo, gana tres veces lo que gana con cualquier otro estudiante. —Me inmoviliza con una expresión mordaz—. Nunca le digas que eres consciente de esto, pero quiero que sepas que es algo que ella no puede rechazar.

Frunzo el ceño ligeramente, pero el entrenador me despide mientras contesta su teléfono, así que vuelvo al vestidor para terminar de vestirme, pensando en lo que acaba de decir.

Entonces, ¿Tutora Girl recibe mucho dinero para ayudarme?

No es de extrañar que ella no hiciera mi tarea, sabe que tengo que llamar eventualmente, y cuando lo haga, estará controlando nuestro tiempo juntos.

Tomando mi teléfono del casillero, planto mi trasero en el banco y le envío un mensaje de texto.

Yo: *Hola*[5]*, Tutora Girl. Requiero de tus servicios. Esta noche. Unas buenas dos horas de eso.*

Sonrío ante mi elección de palabras y considero agregar un signo de dinero, pero el entrenador dijo que no le dijera que lo sé, así que seré un buen chico y solo esperaré a que ella responda.

Y luego espero un poco más.

Abro TikTok, me desplazo por un par de videos en los que me etiquetaron del juego de anoche y luego vuelvo al hilo de mensajes. Puedo ver que ya lo leyó; tiene una pequeña cosa en la parte inferior que me lo dice, pero aun así, no responde.

Tomo una captura de pantalla de su "visto" y lo encierro en un círculo rojo, incluso agrego una pequeña sonrisa al lado y se la envío.

[5] Dicho en el original en español.

Agarro mi bolso de mi casillero y lo lanzo sobre mi hombro justo cuando suena la canción de Power Rangers, haciéndome saber que ha llegado un mensaje.

Sonrío, haciéndola esperar hasta que esté afuera para abrirlo y leerlo.

Esa sonrisa mía desaparece en el momento en que mis ojos aterrizan en mi pantalla.

Tutora Girl: *Comunícate con el centro de recursos para estudiantes si deseas programar una cita para recibir tutoría. Un correo electrónico con mi horario de oficina seguirá este mensaje.*

Oh, ella quiere jugar a ser pretenciosa, ¿eh?

Sí… no.

Le envío un mensaje de texto de nuevo.

Yo: *Este amable señor llamará a su entrenador de confianza y compartirá tu captura de pantalla.*

Me río para mis adentros y envío otro.

Yo: *Creo que él te ha pedido que me "atiendas" cuando sea necesario.*

Sonriendo, me dirijo hacia la biblioteca. Ella solo necesitaba un pequeño empujón y ahora que involucré a su jefe, recordará que ayudarme pone más dinero en su bolsillo.

Los tres pequeños puntos aparecen en la parte inferior, desapareciendo dos veces antes de que finalmente aparezca un mensaje.

Tutora Girl: *¿Qué hora tenías en mente? Veré lo que puedo hacer.*

Yo: *ahora***.**

Tutora Girl: *necesito al menos 40 minutos.*

Cuarenta minutos, dice ella.

Con una sonrisa, niego con la cabeza. Supongo que tiene que arreglarse para nuestra pequeña sesión.

Meto el teléfono en el bolsillo y asiento para mí mismo, sintiéndome un poco más ligero, sabiendo que hice la primera parte de lo que el entrenador me pidió.

Me dirijo a la biblioteca y, adivina, la mesa número dos está libre, así que tomo asiento y espero.

Todavía estoy en la universidad y otros ya están ganando dinero con mi nombre.

Me sonrío a mí mismo.

Sí, convertirse en profesional será lo máximo.

5

Meyer

A toda prisa, me recojo el cabello a ciegas, tomo el plato de cereal del suelo y lo dejo caer en el lavabo: Cornflakes, cena de campeones.

—¿Estás bien, chica? —Bianca se burla—. Sé que siempre estás canalizando a tu Barry Allen[6] interior, pero has estado mirando el reloj cada cinco segundos con un nuevo tipo de temor, más de lo habitual.

Trago el picor que me sube por la garganta y sonrío.

—Odio las sesiones de última hora. Me gusta tener todo listo para que podamos comenzar de inmediato y no perder el tiempo, pero ni siquiera tengo tiempo para ir al centro de tutoría o al departamento de atletismo para imprimir lo que necesito. Tendré que dividir mi pantalla, mirar las cosas una a la vez, y eso es molesto.

—Te entiendo. —Bosteza.

—Bailey comió hace una hora, y ha estado dormida durante unos veinte minutos.

—¿Sigues usando el humidificador a pesar de que ella está mejor?

—Solo durante la noche, así que no te preocupes por eso. Lo encenderé más tarde. —Me pongo el suéter sobre una camiseta sin mangas, sin molestarme en quitarme los leggins—. Gracias por llegar aquí tan rápido.

—Claro, estaba planeando venir antes del trabajo de todos modos.

—¿Estás segura de que no estarás demasiado cansada más tarde?

[6] Alter ego de Flash, súper héroe cuyo poder consiste principalmente en la super velocidad.

—No tan cansada como tú. Además, tienen suerte de que los ayude a cerrar cuando me cambiaron a las mañanas. —Se encoge de hombros—. Entonces, ¿quién es esta noche? ¿El mariscal de campo? ¿El armador?

—Ojalá —murmuro—. El pitcher.

Sus cejas saltan.

—Ah, ¿el Tobias Cruz alto, bronceado y de aspecto sabroso?

Me doy la vuelta, frunciendo el ceño ante mis botas peludas mientras me las pongo, y rápidamente vuelvo a atar mi cabello en la parte superior de mi cabeza.

—Ese debe ser él.

—¿Todos los atletas universitarios son malos en sus clases, o qué? —Se deja caer en el sofá cama que nunca tuve la oportunidad de plegar esta mañana, y yo la sigo.

—Ni de cerca.

—Entonces, ¿por qué te llaman tan desesperadamente, querida amiga?

—Porque tengo algo que todos quieren y no se cansan de… —Sigo el juego y Bianca y yo nos miramos.

Ella mueve las cejas mientras yo toco mi sien.

—¡Uf, claro! —Ella gime en broma, empujando mi pierna con la suya—. Una genio nadando en una piscina de proteína en polvo.

—Mezclada, no batida —agrego con una risa baja, encogiéndome de hombros contra el cojín—. Honestamente nunca tengo demasiados problemas con mis alumnos. Algunos se esfuerzan bastante, así que los ayudo a encontrar formas de concentrarse, y luego están los que solo me usan para echarle un segundo ojo a sus tareas y esas cosas. Siempre es una mezcla, pero por cada bolsa de manzanas que me tiran, siempre hay una con el corazón podrido.

—Vi a Tobias un par de veces cuando salía con Cooper. —Ella finge vomitar ante la mención de su ex—. Aunque no fue suficiente para tener una opinión del chico, está bien, pero ¿pensamos que el *Pitcher Playboy de Avix U* está podrido hasta la médula?

Un suspiro entrecortado se me escapa y me pongo de pie, metiendo mi computadora portátil en mi bolso. Mientras lo abro, mi teléfono vibra desde su lugar en el cargador.

No tengo que mirar la pantalla para saber de quién es el mensaje, pero lo hago cuando lo recojo.

Estudiante T. Cruz: *Estoy aquí, Tutora Girl. ¿Es lo suficientemente rápido para ti?*

Miro el nombre con el que lo he programado, tratando de ocultar mi ceño fruncido mientras miro a Bianca.

—No tengo idea de qué pensar.

—Bien. —Blanca se ríe—. Supongo que estás destinada a averiguarlo.

¿Lo estoy?

Tobias

Mi cabeza se levanta cuando un voluminoso bolso se coloca lentamente sobre la mesa.

Sigo la mano pálida que duda en soltar la cosa para encontrar a una chica de piel pálida con el cabello oscuro despeinado y ese suéter de gran tamaño que recordaba, sentada en el asiento frente a mí.

Siempre el chico paciente, espero a que me diga hola, haga contacto visual o reconozca mi presencia de alguna manera, pero no lo hace. En vez de eso, pone su atención en sacar un montón de mierda: bolígrafos, papeles, bloc de notas, malditos *resaltadores*. No olvidemos la computadora portátil vieja.

Me enfoco en su rostro de nuevo, y mientras ella todavía tiene que traer sus ojos a los míos, los míos completamente conscientes de la chica están fijos en los suyos. Un tinte de color ilumina sus hermosas mejillas.

Sonriendo, me hundo un poco más en mi silla.

La chica está nerviosa, y con razón.

Es como Echo dice, soy un poco intimidante: cabello oscuro con unos ojos que rivalizan con el Océano Pacífico, como le gusta decir al Avix Investigador. Tengo lo que mi mamá dice que sería una sonrisa de un millón de dólares si no la hiciera tan torcida, pero poco sabe ella que eso funciona a mi favor.

Puede que no sea enorme como Hulk, pero tengo el cuerpo como el Capitán, delgado y en forma con poca o ninguna grasa corporal que digamos.

Tengo ropa limpia y me manejo bien, gracias al entrenador.

Soy un jodido buen partido.

No es que quiera que me atrapen, *no, mierda, no,* pero entiendo la atracción que sienten las mujeres hacia mí, y hago todo lo posible para brindarles la atención que desean, incluso si no es del tipo que esperan. A veces, sin embargo, una sonrisa recorre un largo camino.

—Okey, no estoy tan preparada como debería. No tengo tu lista de tareas a la mano, así que si tu profesor ha tenido la oportunidad de ingresar una tarea reciente, necesito que me digas en qué tenemos que trabajar hoy. —Abre su computadora portátil y comienza a escribir—. Tengo poco tiempo esta noche, así que tenemos que parar justo en la marca de las dos horas.

Ella quiere ir al grano.

Lo entiendo, entrar y salir, ¿verdad?

Pero la chica aún no ha levantado la vista y ahora me estoy molestando.

—Tutora Girl... —digo arrastrando las palabras, ladeando la cabeza hacia un lado—. Mírame.

Sus hombros se ponen rígidos y se da un segundo extra para pasar la lengua por sus labios rojizos antes de acomodarse en la silla. Mete la barbilla hacia adentro y un poco hacia la derecha, levantando lentamente sus ojos hacia los míos.

Es como si tuviera miedo de mirarme a los ojos, pero ahora que se obligó a hacer el movimiento, no se acobarda ni los aparta rápidamente.

Ella me mira, estoy bastante seguro que sin respirar, y yo le devuelvo la mirada.

La chica tiene un rostro de apariencia suave, como si usara loción o algo así, y sus ojos son de un marrón extraño, como un día lluvioso, un juego pospuesto, como el marrón de la tierra mojada.

De un marrón rojizo, como sus labios.

Le vendría bien un par de días de sueño con las ojeras debajo de los ojos y tal vez una hamburguesa o algo de sol. Su cuerpo está oculto, así que no puedo decir si solo hay huesos debajo de todo ese desastre o si tiene curvas atractivas.

Ella se inquieta e incapaz de mantener el contacto visual, mira hacia otro lado, pero yo sigo mirándola, viéndola ponerse más nerviosa, más inquieta, y entonces me golpea.

Oh, diablos, no.

—¿Eres una adicta?

Sus ojos cortan los míos.

—*¿Qué?*

—Me escuchaste.

Su boca está abierta, pero rápidamente la tuerce de ira.

—¿Estás bromeando? —ella sisea en un susurro.

Levanto mis manos.

—Mira, entiendo que te contraten a través de la universidad, pero no puedo tener a una drogadicta a mi alrededor, por la mala prensa y todo eso. Ya tengo suficiente mierda del periódico escolar tal como está.

—Te lo aseguro. —Ella sostiene mi mirada con fuerza ahora—. *No* estoy drogada.

—¿Ni siquiera un poco de fentermina para ponerte en marcha? —Levanto una ceja oscura. Sus mejillas son un poco huecas...

Sus labios se tensan en una línea apretada y lucha contra mi mirada, poniéndose su gorra de profesional cuando, visualmente hablando, parece cualquier cosa menos eso.

—Gracias por tu interés en si tomo o no píldoras de dieta altamente adictivas como dulces, pero si ya terminaste con tu forma pasivo-agresiva de señalar que no soy talla cuatro, ¿podemos continuar?

—Wow. —Me sacudo hacia adelante en mi silla—. Eso *no es* lo que quise decir. Solo estaba diciendo…

—No me importa —me interrumpe—. ¿Podemos empezar o no?

Golpeando mi palma sobre la mesa, frunzo el ceño. No quise ofender a la chica, era una pregunta legítima que, bueno, probablemente podría haber dicho de otra manera, pero puedo decir por la pequeña interacción que hemos tenido, que no está interesada en una disculpa. Para ser honesto, no estoy convencido de estar fuera de lugar aquí, pero tengo un juego en dos días, así que...

—Si, todo bien. —Me inclino hacia adelante, apoyando mis antebrazos en la madera falsa—. Comenzaremos, pero muy rápido, saquemos esto del camino, ¿sí? —El tirón en sus cejas me dice que está prestando atención y tal vez incluso un poco más nerviosa que antes.

»Realmente tengo que terminar con esta mierda, así que ¿puedes tratar de dejar este acto de "Prefiero cagar Flamin Hot Cheetos que estar aquí contigo" hasta que estemos al menos a la mitad del camino? No estoy seguro de poder decir que no en este momento: los días de juego me animan y me vendría bien la ayuda.

Ella me mira con los ojos muy abiertos, y luego una risa rápida e inesperada sale de su boca.

¿Y sabes qué? No es una mala risa.

Sonrío.

De repente se detiene, y sus dedos vuelan a su boca como para mantener el sonido dentro.

Sus ojos se fijan en la pantalla mientras se aclara la garganta y comienza a escribir.

—Está bien, tengo el plan de estudios de la clase, pero tenía razón y no puedo ver lo que falta. Tendría que ir a checar en el centro de tutoría o de atletismo, pero están cerrados a esta hora de la noche.

—Son las seis.

—Y cerraron a las cinco.

—Tal vez no seas tan buena tutora como crees si no puedes volar cuando te dan alas.

Sus ojos saltan a los míos y abre la boca para hablar, pero la cierra lentamente.

—Nah, nah, Tutora Girl. —Inclino mi cabeza a un lado con una pequeña sonrisa—. Habla.

Ella duda un momento, pero solo por un momento.

—Programo con anticipación para poder idear un plan de juego y asegurarme de darte todo, para que sientas que tienes a alguien a tu lado en cada etapa del proceso y que nunca te fallará. De esa manera, al final, si nunca vuelves a poner un pie en ese campo de béisbol, no tienes a nadie a quien culpar sino a ti mismo.

Esta chica o bien se toma en serio este asunto de la tutoría, o es una muy buena fanfarrona, pero ninguna de las dos es importante. Todo lo que necesito es llegar a la línea para poder jugar la pelota.

—Eso suena… genial en el manual, pero para que lo sepas, no estoy interesado en estudiar. Necesito hacer mi tarea y entregarla, eso es todo.

—¿Y cuando tengas una prueba? ¿Exámenes parciales? ¿Tus finales?

—Entonces nos preocuparemos por eso.

Ella se deja caer en su asiento.

—Eso es trabajar al revés. Puedo enseñarte a aprender sobre la marcha, para que no sea tan abrumador para ninguno de los dos cuando lleguen los exámenes.

—Tengo mucho en mi plato, Tutora Girl, y puede sonar como una mierda, pero lo que te abruma no es algo por lo que pueda preocuparme.

—Soy consciente. —Instantáneamente sale volando de su boca. No es duro ni condenatorio; de hecho, es suave y casi un susurro, pero por la forma en que sus ojos se abren un poco, creo que desearía no haber dicho una palabra.

Mantenemos el contacto visual, pero no puedo leer lo que está pasando detrás de ella, sus ojos son demasiado cautelosos, así que para avanzar, estiro la mano y empujo mi lista de tareas hacia ella. Al principio, no la mira, y se forman pequeñas arrugas a lo largo de sus cejas mientras sus ojos recorren mi rostro, tal vez sin que ella se dé cuenta. Con cada movimiento de su mirada, las líneas a lo largo de su frente se profundizan hasta que finalmente parpadea y cuando sus ojos se vuelven a abrir, están en los papeles frente a ella.

Lo escanea y rápidamente me mira.

—Hay dos materias aquí.

—¡Oh! Cierto. —Me inclino, agarro mi bolso del suelo y saco la tercera hoja, colocándola encima de las otras.

Ella parpadea.

—Tres clases.

—Tres clases.

Comprobando dos veces algo en su pantalla, dice:

—Te tengo apuntado para una, no creo que tenga espacio para una carga de trabajo tan pesada.

—Eso no tiene sentido, Tutora Girl. Estamos aquí, acabemos con la mierda.

Ella niega con la cabeza.

—Tengo que trabajar en bloques de dos horas, cada crédito son dos horas de tiempo de estudio. Cada clase tiene cuatro créditos en promedio, lo cual son ocho horas y eso se traduce en…

—Cuatro sesiones a la semana, lo tengo. Las matemáticas no son mi área problemática.

Se sienta más erguida en su asiento y, por primera vez desde que llegó, veo el contorno de un pecho. Parece que puede haber algo escondido debajo de esa sudadera fea, después de todo.

—Esto es serio, si te acepto… —cuando sonrío, ella me frunce el ceño—… tendré que dejar a otro estudiante y eso no es justo. Simplemente... tendremos que trabajar en la clase en la que tengas la calificación más baja.

—No va a funcionar para mí.

Ella retrocede y puedo decir que está a punto de discutir, así que me pongo en modo Aladdín y digo las palabras mágicas, obligándola a jugar al Genio.

—Órdenes del entrenador. —Eso, ahí mismo, la aclara.

Literalmente.

Su columna vertebral se cuadra mientras todo su cuerpo se pone rígido, y todos los signos de estrés desaparecen de su rostro. De hecho, cualquier signo de vida desaparece por completo de ella.

—¿Él te dijo que te daría tutoría en ambas?

Mi sonrisa es lenta.

—Me dijo que aprovechara cada minuto libre que tuvieras, Tutora Girl. Comenzando justo en este segundo y terminando en el momento en que suene la campana en el último día del semestre, metafóricamente hablando, por supuesto.

La chica rápidamente se pone de pie, excusándose para ir al baño.

Y no me invita a unirme a ella.

—Está bien, se acabó el tiempo por hoy.

Levanto la vista de la pantalla de mi computadora portátil con el ceño fruncido, mirando rápidamente la hora en mi teléfono.

Son las 8:03 en punto, tres minutos después de su marca de dos horas.

—Pero no he terminado.

Ella me ignora y comienza a apresurarse a guardar sus cosas.

—Terminamos todas las tareas de anatomía atrasadas y dos de historia. Todo lo que te queda es una hoja de preguntas de la sección para esa clase, y en inglés no tienes tareas nuevas en la lista todavía. Deberías poder terminar en casa.

—Eso no funcionará.

—¿Por qué? —pregunta, sin mirarme, solo me ha mirado un puñado de veces desde que estamos aquí y es molesto.

—Porque es para mañana.

—Y tienes el resto de la noche.

—Vivo con otro tipo que, a estas alturas, tiene invitados, así que tan pronto como llegue a casa, toda la sangre de mi cerebro bajará a mi polla y no terminaré mi mierda.

Sus mejillas se colorean una vez más.

—Lo siento, pero no puedo quedarme.

—De nuevo, no va a funcionar…

—Mira. —La chica finalmente toma la decisión consciente de mirarme, pero sus ojos marrones se ven frustrados—. Entiendo por qué crees que tomas todas las decisiones, considerando que la mayoría de la gente te lo permite, pero *tengo* que irme en este momento. Puedes quedarte todo lo que quieras si ir a tu casa te distrae, incluso revisaré tu ensayo en algún momento de esta noche si me lo envías por correo electrónico, lo prometo, pero *realmente* tengo que irme.

Hay una súplica en sus ojos, incluso si no se escucha en su tono practicado.

Ahora estoy curioso.

—¿Por qué la prisa?

Sus labios se juntan y rápidamente termina de meter su mierda en su bolso.

¿Qué *pasa* con esta chica?

Aquí estoy, haciendo lo que las chicas esperan que haga e iniciando una conversación, pero ella sigue fingiendo no estar interesada.

No es que *yo* esté interesado, pero ella debería estarlo.

Guardo mis propias cosas y le digo:

—Tienes que reunirte conmigo mañana.

—Okey, mañana a las tres, aquí mismo.

—Nop. —Me aseguro de hacer estallar la P como un idiota—. Tengo que tener todo esto antes del mediodía, o esto no tiene sentido. Mañana a las diez.

Sus hombros caen y niega con la cabeza.

—No puedo, no puedo estar aquí antes de las doce y media.

—No es mi problema, Tutora Girl. Mejor dile a quien sea al que le guardas tus mañanas que sus días felices estarán en pausa hasta junio. —Ahora que estoy de pie, me encojo de hombros y paso junto a ella, obligándola a girar y seguirme. Empujo la puerta para abrirla, permitiéndole pasar primero, pero solo para poder verla a la espalda y gritar—: Soy la prioridad número uno, ¿recuerdas?

Y luego me voy.

¿Tutora Girl cree que puede decidir cuándo nos vemos?

Eso no va a suceder, y me aseguraré de eso.

Su amigo de la mañana puede irse a la mierda.

Me pregunto quién es.

Y ahora me pregunto por qué diablos me importa.

6

Avix Investigador:

El Pitcher Playboy fue visto subiendo los escalones de la biblioteca. Sabemos que no está limpiando los libros, así que tal vez "limpiando" algo más. Apuesto veinte dólares a que ha descubierto el rincón oscuro y polvoriento que llamamos Rincón para retozar. Pobres bibliotecarios.

Tobias

Justo a tiempo, un bolso se estrella contra el escritorio, y no con una leve vacilación como antes.

—Buenos días para ti también. —Sonrío, levanto los ojos hacia ella y frunzo el ceño cuando lo hago.

Se ve peor que anoche. Lleva el cabello mojado en una bola sin arreglar en su cabeza e incluso los círculos son más oscuros debajo de sus ojos, pero esta vez, parecen ligeramente hinchados y rojos, como si no solo no hubiera dormido mucho, sino que tal vez hubiera llorado un poco. Lleva otra vez la misma sudadera de mierda y esta vez tiene una mancha, probablemente cerveza derramada, justo a lo largo de su seno derecho que no estaba ahí ayer.

—¿Noche difícil?

Ella se tensa, y un rubor sube por sus mejillas de porcelana, pero no dice nada.

Tiene que haber algo mal con esta chica, y por mucho que quiera hablar, tengo clase pronto, así que es hora de ponerse en movimiento.

Aparentemente, ella también piensa lo mismo, porque pregunta:

—¿Por casualidad bajaste algo de tu tarea pendiente anoche?

—Lamento decepcionarte, pero yo no *bajo*.

Sus manos se congelan sobre su teclado por un momento, pero de nuevo, no llega ninguna respuesta.

Hombre, ella no es divertida. No suelta una risa o un comentario coqueto de "oh, pero yo sí" como una oferta no tan sutil.

Nada[7]*, naaaada.*

Se le forma un ceño fruncido.

[7] Dicho en el original en español.

—Hice las primeras dos preguntas antes de distraerme.

Anoche, cuando llegué a casa, Echo y Drew tenían compañía, como sabía que tendrían, y como buenos compañeros de equipo, se aseguraron de que hubiera extras.

Esperaba una reacción, en realidad es la única razón por la que se lo dije, para molestarla un poco, para ponerla ansiosa o nerviosa o mierda, no sé, que se sonrojara, que mostrara signos de la chica de la vida real que tiene que estar ahí y reduzca un poco el modo robot en el que está atrapada.

Aunque por supuesto, no consigo nada.

—Está bien. —Asiente—. Un poco de esfuerzo es mejor que nada.

¿Poco esfuerzo?

¿Poco esfuerzo?

Me inclino hacia adelante y golpeo mis nudillos en la mesa justo en frente de ella.

Sus ojos se disparan para encontrar los míos enojados y molestos.

—Claramente, odio la escuela, odio el trabajo en clase, pero *yo* me las arreglé los últimos tres años y medio *por mi cuenta.* No soy un imbécil sin motivación. Me levanto a las cinco todas las mañanas para hacer ejercicio *antes* de entrenar con mi equipo. Practico mi profesión, de alguna manera, todos los jodidos días. Veo los videos del juego, estudio las estadísticas. Cada. Jodido. Día. Tengo récords por la mierda que he logrado porque trabajo duro y ahora soy jodidamente bueno como resultado de *ese* esfuerzo. A pesar de lo que leíste en el periódico, princesa, ese no soy yo. Entonces, no me trates como un jodido chico de fraternidad.

Sus cejas se juntan, y sus dedos se curvan en su palma. Es como si ella estuviera tratando de resolver algo, pero lo que es, se me escapa. No puedo evaluar a esta chica por nada.

Finalmente, ella asiente. Es lento, pequeño, pero está ahí.

Estoy seguro de que eso es todo lo que habrá de eso, pero luego sus ojos se encuentran con los míos, y el brillo en ellos hace que mi ira se desvanezca.

—No quise decirlo de esa manera —casi susurra, sin mirar hacia otro lado como lo hizo cada cinco segundos anoche—. Sé cuánto trabajo pones en tu profesión, no quise insultarte. —Sus rasgos se tensan, como si estuviera luchando de alguna manera, con qué, no lo sé—. Ser un atleta es una vida que consume y se supone que debo estar aquí para ayudar, no para estresarte o agregar nuevos problemas, así que si está bien, comencemos. No tengo mucho tiempo esta mañana.

Qué curioso, lamenta su comentario, pero no se retracta de la declaración, ¿eh?

—Te tengo por dos horas.

—No nos llevará tanto tiempo, esperaba… —Se detiene y vuelve a hablar—. Imprimí todas las hojas que necesitamos y resalté los términos clave de las preguntas, así que todo lo que tenemos que hacer es leer y repasar.

—Te tengo por dos horas.

—Tienes que entregar esto, en dos horas.

—No me importa mucho en este momento.

Suspira y deja caer la cabeza, frotándose las sienes con la punta de los dedos.

—¿Podrías por favor comenzar a trabajar?

—¿Cuál es tu problema? —Me cruzo de brazos y me dejo caer contra mi silla—. Nunca te había visto antes de nuestra primera sesión, pero actúas como si me tuvieras pegado a ti y no puedes soportar la idea de ayudarme.

Una expresión extraña y compleja se apodera de ella, como si estuviera en una batalla con su propia mente y no tuviera idea de lo que está pensando, por lo que es imposible para mí adivinarlo.

Y me siento como un imbécil.

Tutora Girl quiere que me dé prisa, ¿eh?

Empujo mi silla hacia atrás para ponerme de pie y sus ojos siguen cada uno de mis movimientos.

—Voy a tomar un café. Vuelvo enseguida.

Ella comienza a decir algo, pero no espero a escucharlo. Camino hacia el frente de la biblioteca, donde se encuentra una cafetería.

Desafortunadamente, no toma tanto tiempo como esperaba, y vuelvo a nuestra temida mesa en minutos.

Dejo el café frente a ella y lo mira como si fuera lo mejor y lo peor que hubiera visto en su vida.

Sus cejas se juntan y arrastra las siguientes palabras.

—Realmente no debería…

—¿Estás preguntando o diciendo?

—Definitivamente no preguntaré —dice con una risa suave, mirándome mientras envuelve sus manos alrededor del vaso de papel—. Gracias, eso fue... considerado de tu parte.

¿Considerado? ¿Yo? No estoy seguro de que nadie me haya llamado así, ni siquiera estoy seguro de por qué le compré un café en primer lugar, pero ella estaba alterada, así que cuando llegué al mostrador dije: “dos cafés elegantes que sepan bien” en lugar de uno. Es extraño, ya que no soy exactamente un bebedor de café.

Sí, lo sé, eso no tiene ningún sentido, que ella me enoje y trate de deshacerse de mí no debería hacer que quiera comprar su mierda, pero lo hice, y ya está.

Quizás ahora se descongele un poco.

Toma unos pequeños sorbos, sus ojos se cierran mientras lo hace y cuando los abre, es con una pequeña contracción en sus labios. Repasamos las preguntas y resaltamos los puntos clave de cada una y luego ella se acomoda en su silla.

—Está bien, ¿por qué no comienzas mientras reviso mis correos electrónicos y las revisaré a medida que avanzas?

O tal vez no, y ahora estoy irritado de nuevo.

—Entonces, ¿la tutoría consiste en que tú haces tu mierda en tu computadora y supervisas mientras el estudiante hace su tarea solo?

No sé por qué estoy discutiendo. No quiero estar aquí más que ella, ¿verdad? Ella es la que no quería ser mi tutora, y claro, yo podría haber hecho esta mierda en casa y evitar toda esta sesión, pero ¿por qué debería hacerlo?

Espero que me conteste, pero no lo hace.

En vez de eso, me ofrece una pequeña sonrisa y cierra suavemente su computadora portátil.

—Tal vez aún no hemos trabajado lo suficiente juntos para eso.

—Entonces, cuando te sientes cómoda, ¿simplemente haces lo tuyo y cuentas los dólares que ingresan? —¿Por qué estoy siendo tan idiota?

La chica toma aire por la nariz.

—No estoy tratando de hacer esto más fácil para mí, lo juro. —Niega con la cabeza—. Pero ya repasamos las instrucciones, el siguiente paso es leer y eso es trabajo independiente. Estaré leyendo cada respuesta para asegurarme de que tenga todo lo que necesita y ayudarte a llegar ahí si no es así. Obtendrás todo el crédito por esto, lo juro, pero depende de ti leerlo.

Mi ceño se profundiza, pero ella continúa.

—Cuando tengas un examen o un ensayo, las cosas serán muy diferentes, tendremos que ser extremadamente colaborativos, pero este no es ese tipo de tarea.

—Lo que sea. —Dejo mi café después de un solo sorbo y empiezo las malditas preguntas.

A pesar de su afirmación anterior, ella está completamente involucrada en toda la tarea. No soy idiota, pero puedo admitir que me cuesta concentrarme en el trabajo escolar cuando el tema no me interesa, algo que ella parece entender.

—Esto es bueno y debería ponerte por encima de la marca para jugar mañana. Incluso podría permitirte un poco de libertad en el próximo examen, pero eso dependerá de tu profesor. Es posible que quieras recordarles a tus maestros que necesitas que se califique de inmediato.

—Oh, ellos lo saben. El entrenador Reid se aseguró de eso, el hombre siempre nos cubre las espaldas.

—Cuando es conveniente —murmura para sí misma, pero se sabe que tengo una audición supersónica.

—Te das cuenta de que solo tienes este trabajo gracias a él, ¿verdad? Es el director deportivo, tú eres la tutora de los atletas.

Ella se pone de pie, con un poco de descaro que no esperaba ver.

—He estado trabajando para la escuela desde mi primer año. Entré como tutora de estudiantes, de hecho, mucho antes de que me trasladaran al departamento de atletismo. Así que sí, ahora trabajo estrictamente con atletas porque que ellos aprueben de alguna manera se volvió más importante que el tipo que intenta sacar notas para mantener su beca o una madre soltera que no puede darse el lujo de reprobar porque apenas tiene tiempo para estar aquí en el primer lugar.

—¿Y los atletas no tienen esos mismos problemas?

—Algunos los tienen, sí. —Lanza su bolso sobre su hombro—. Al igual que algunos no, y no veo cómo un atleta que no tiene ningún deseo de hacer otra cosa más que ser profesional después de la universidad, lo que significa que tirará todos sus años de aprendizaje y algunos están aquí sin costo alguno para ellos, es prioridad sobre los que queremos más en la vida, pero los deportes son el paraíso y el entrenador Reid es Dios, entonces, ¿a quién le importamos los pobres campesinos?

Con eso, se marcha furiosa y encuentro mi trasero sobre mis pies, siguiendo el suyo.

—¡Oye! Espera un minuto. —Me muevo para alcanzarla, lo que solo toma unos pocos pasos ya que mis piernas son el doble del tamaño de las suyas—. Te dije que esperaras.

Se detiene en el segundo escalón y yo me coloco frente a ella, bajando un par de escalones, de modo que estamos a la altura de los ojos.

Agarro suavemente su brazo para mantenerla ahí, pero cuando sus ojos se disparan hacia los míos con innegable preocupación, rápidamente la suelto.

—Mira, siento haber dicho todo eso, ¿de acuerdo? Pero no aprecio que hables mal de alguien que es como familia para mí.

Su mandíbula se aprieta, y sus labios se presionan con fuerza.

—Puedo... respetar eso. —Traga—. Evitaremos el tema para eliminar el problema —dice en voz baja, sonríe con los labios apretados y pasa de largo.

Me doy la vuelta y la veo alejarse, lo cual es una total pérdida de tiempo, ya que no puedo distinguir la forma de su trasero oculto por todo ese algodón.

Es enloquecedor, ¿y sabes qué? Ella también.

Juro que hace todo esto para irritarme los nervios.

Habla pero no dice prácticamente nada.

Mira fijamente pero oculta todas sus emociones.

Usa esa estúpida sudadera de mierda.

Es casi como si la chica viviera en una especie de caja invisible, una que mantiene cerrada con llave alrededor de ella, y si yo intentara atravesarla, me encontraría con una triple capa de maldito vidrio a prueba de balas y mis nudillos se reducirían a fragmentos fracturados al primer intento.

No es que quisiera intentarlo.

Sin embargo, si lo hiciera, ya sé que simplemente seguiría haciendo lo que me molesta.

Exactamente lo contrario de lo que espero que haga.

Meyer

Me alejo de Tobias lo más rápido posible, mordiéndome el interior de la mejilla para mantener mis emociones bajo control. Emociones que parecen estar por todas partes.

Tener que sentarme y escucharlo elogiar a su amado entrenador no es algo que quiera escuchar, ni es algo que pueda digerir.

Estaba claro justo ahí en esos ojos azules suyos. Su entrenador significa mucho para él, el hombre es obviamente una parte importante de su vida.

Apuesto a que lo apoya y lo anima, tal vez incluso es una figura paterna para él, como lo sería un buen entrenador.

Como lo sería un buen hombre.

Me pregunto qué diría si lo supiera, si su opinión cambiaría.

No es que importe.

La realidad es tan triste como serena.

Hablando del diablo, me llega un mensaje de texto exigiendo mi presencia en la oficina del hombre, así que me dirijo hacia allá.

Por supuesto, está hablando por teléfono cuando entro y me deja esperando ahí durante varios minutos sin siquiera reconocer que he entrado en el espacio.

Estoy a varios metros de distancia del escritorio de madera, luchando contra el ceño fruncido mientras miro la placa que se muestra con orgullo en el borde.

Entrenador Thomas Reid se lee en letras doradas gruesas, *Entrenador del año* impreso en cursiva justo debajo.

La única calificación debe haber sido por tener una temporada ganadora.

—Meyer —espeta, y mi cabeza se levanta de golpe.

—¿Qué?

—¿Me estás escuchando? —pregunta, pero no está buscando una respuesta, un odioso suspiro le sigue rápidamente—. Dije que te quité a algunos de tus chicos y se los di a esa otra chica.

Mis músculos se tensan y doy un paso más cerca.

—¿Qué quieres decir con que me quitaste a algunos de mis chicos?

—Quiero decir, te quité a algunos de tus "estudiantes" y los asigné a la chica que me recomendaste.

—Dijiste que necesitabas a otra persona dedicada en tu departamento. Nunca la habría recomendado si hubiera sabido que tomaría parte de mi agenda.

—Necesitaba a alguien, y ahora la tengo, y le daré lo que yo quiera.

Tomo una respiración profunda, miro el único lado positivo potencial aquí y espero que tal vez...

—Tobias tendrá prioridad. —Él mata mi pensamiento rápidamente—. A los otros los puedes acomodar en donde sea, siempre y cuando aprueben sus clases y puedan jugar, pero tenías demasiados días ocupados para las horas que requiere mi pitcher. —Arroja un papel en mi dirección.

Se cae a mis pies, así que me agacho para recogerlo y me doy cuenta de que Tobias está anotado conmigo ahora de lunes a sábado, duplicando nuestro tiempo juntos.

—Esto… —La ansiedad comienza a acumularse, haciendo que mi piel se caliente y me pique—. Esto no es normal, este es más tiempo del que se les asigna a los estudiantes con problemas de aprendizaje.

Se encoge de hombros, desafiándome a objetar.

Rápidamente escaneo a lo largo de la hoja, con mi cabeza temblando frenéticamente.

—Me quitaste cuatro. —Mis ojos se lanzan hacia los suyos—. ¿Me estás cortando cuatro estudiantes para acomodar a uno?

—El tiempo fue llenado.

—¡¿Tiempo?! Me pagan por estudiante, si lo tengo seis días a la semana, pierdo una cuarta parte de mis ingresos. Tendré que encontrar otro trabajo y… —Me detengo abruptamente.

Se inclina hacia adelante, con sus ojos azul claro duros y disgustados.

—No es mi problema, ¿verdad? Tu trabajo es darle clases particulares a los chicos que necesito que les des, para eso te inscribiste, y necesito que le des clases a Tobias Cruz. Nuestra agenda se está volviendo más difícil, tenemos a Cal Poly[8] en tres semanas y necesito saber que la escuela no será estresante para él.

—Esto va más allá de tu habitual falta de precaución.

La comisura de su boca se levanta en una sonrisa desagradable.

—Aquí no hay riesgo porque eres quien eres, y *él* es quien es. Nunca estarás en su radar sin la cerveza que se necesita para llegar ahí, cariño, y continuamente tendrá las manos llenas con algo mejor.

Wow.

Quiero gritar y llorar, exigirle que se disculpe y empezar de cero.

Pero sobre todo, estúpidamente, desearía que me mirara como solía hacerlo.

Incluso si yo *nunca* pudiera hacer lo mismo.

Es con ese pensamiento en mente que me voy a casa, abro mi computadora y hago lo que debería haber hecho hace meses.

Presento mi solicitud de transferencia a la Universidad de Florida.

[8] Universidad Politécnica Estatal de California.

7

Tobias

—Está bien, esa fue la última pregunta. Ahora podemos adelantarnos en tu ensayo de investigación de historia. Tienes algunas semanas, pero si podemos reducir lo que planeas escribir y planificar los materiales, es posible que podamos cancelar una de nuestras sesiones.

La miro fijamente, esperando que levante la vista, pero por supuesto, no lo hace.

Ella *nunca* lo hace.

Nos hemos visto durante dos semanas, ocho sesiones en total, y esta chica todavía se aferra a su acto de "soy más fuerte que tú". Quiero decir, ella es una muy buena actriz, casi creería que realmente no quiere estar aquí si no fuera por esos grandes ojos marrones suyos.

Me mira de vez en cuando, *tiene* que mirar hacia arriba y tiene que asegurarse de que estoy prestando atención y todo eso, pero cuando lo hace, en el segundo en que su mirada se fija en la mía, sus labios se separan, solo un poco, y aspira una pequeña bocanada de aire.

Es como si mis ojos tiraran de algo en ella, probablemente los hilos de su coño. Me agrada.

Justo anoche, la chica tetona que me esperaba después de clase dijo que quería que mi noche fuera suya, todo para poder ver el tono azul que toman mis ojos cuando me enciendo.

Es real, las chicas hablan de eso todo el tiempo.

Así que sí, mi pene es grande y mis ojos tienen el veredicto vaginal: follar o no follar, esa es la pregunta... que solo tiene una respuesta.

No es que aceptara la oferta de la chica.

Esta chica, sin embargo, le doy crédito, es buena para ocultar su falta de control.

Apuesto a que está enterrada debajo de esa sudadera.

—¿Me estás escuchando? —Su cabeza se levanta.

¿Ves? Si no contesto, tiene que mirarme.

Labios separados, diminuto jadeo...

No contesto, inclino la cabeza en un intento de meterme debajo de su piel y hacer que me pregunte en qué estoy pensando, pero ella mira hacia otro lado, de vuelta a sus malditos libros.

¿Qué demonios?

No es que *quiera* que ella me desee, pero es muy raro que no lo haga.

Solo quiero molestarla, provocarla, tener la ventaja como se supone que debería, pero ella sigue... educándome.

—Está bien, te estoy enviando una lista de opciones por correo electrónico. Revísala y la eliminaremos en base a…

—Tengo hambre.

—Acabas de comer.

—Me comí un sándwich.

—Tenías *dos* sándwiches, una bolsa de carne seca y un agua vitaminada.

—Tengo hambre.

Ella resopla, poniéndose de pie sin quejarse verbalmente, así que me levanto de un salto y empiezo a guardar mis cosas mientras ella guarda las suyas.

—¿China o mexicana? —pregunto, viendo hacia ella, mirándola con el ceño fruncido. No dice nada, así que lo repito en caso de que esté asombrada por mi invitación y necesite que le asegure que no se lo imaginó—. ¿China o mexicana?

Tira de su bolso sobre su hombro, dándose la vuelta.

—La lista está en tu correo electrónico. Intenta revisarla antes del jueves si tienes oportunidad, ¿okey?

Jueves.

Esta chica me hace enojar.

Me cruzo de brazos, amplío mi postura y la miro.

Ella mira de mí a mis pies y de regreso.

—No seas pesado.

Una sonrisa lenta se extiende por mi rostro, y *otro* profundo suspiro se le escapa, y sus hombros caen una pulgada.

La chica ya sabe lo que voy a decir.

Solo llevamos aquí una hora y diez minutos, la tengo por otros cincuenta.

—¿China o pizza?

—No tengo hambre.

—¿Pizza o pasta?

—No tengo hambre.

—Eres una maldita mentirosa, tu estómago ha estado gruñendo durante veinte minutos. ¿Comiste algo hoy? —Todavía es la chica pálida que era, pero a veces parece que ha descansado y otras veces parece que estuvo de fiesta toda la noche, y diablos, tal vez lo haya hecho.

—No es que sea asunto tuyo, pero sí, comí.

—¿Qué?

—¿Qué de qué?

—¿Qué comiste?

Sus mejillas se vuelven ligeramente rosadas y evita mi mirada, como siempre.

—Me comí un sándwich de mantequilla de maní.

Mis ojos se estrechan.

—¿Sin mermelada?

Se quita la pelusa falsa de los jeans.

—Sin mermelada.

—¿Por qué no?

—Oh, Dios. —Se da la vuelta y pasa junto a mí, pero, por supuesto, yo la sigo—. Métete en tus asuntos.

—Bueno, debería saber si mi tutora se está matando de hambre porque cree que está gorda. —Jadea—. Que no lo estás, por cierto, así que si mi comentario insensible y de mierda sobre la fentermina te hace cortar las comidas, no lo hagas, necesitas comer.

Ella frunce el ceño.

—Te dije que ya comí.

—No te creo.

—No me importa.

—Necesitas china.

—No *quiero* china.

—Bueno, entonces comerás…

—¡Detente! —Se gira hacia mí con resolución en sus ojos, pero algo más profundo detrás de ellos—. Por favor, solo… saldré por la puerta ahora. Te veré el jueves.

Lentamente, con cautela, se va.

Y yo la sigo.

Nadie me dice que me pierda o lo que sea que esté diciendo. Yo soy el que dice eso, no ella.

Le doy una pequeña ventaja, la dejo creer que está libre y luego me coloco a su lado.

—¿Podrías irte? —susurra mirando a su alrededor mientras caminamos sobre la hierba.

Tardo un segundo en darme cuenta, pero cuando mira a un lado por millonésima vez, barriendo los alrededores con movimientos bruscos, está claro como el maldito día que se está asegurando de que nadie nos esté viendo.

No hay modo de que ella esté tratando de evitar que la vean conmigo.

Extiendo la mano, agarro la parte superior de su brazo y salto rápidamente frente a ella.

Ella no se lo esperaba y da un paso en el momento exacto en que mis pies se plantan frente a ella, estrellándose justo contra mí. Todo su cuerpo está jodidamente pegado a mí y sí, hay algunos milagros importantes debajo de este jodido trapo que usa.

Me pregunto si son reales. Están en el lado más firme, llenos, pero aún ofrecen ese apretón natural contra mi cuerpo, como si pudiera agarrarlos bien y con fuerza y a ella le gustaría.

¿Le gustaría?

Sus ojos se agrandan, y sus manos suben para empujar mi pecho, pero agarro su otro brazo, manteniéndola ahí, justo donde está.

Inhala a través de su pequeña y estrecha nariz, haciendo que sus tetas presionen más fuerte contra mí. Esos grandes ojos color arena suyos, me miran rogándome que la suelte.

No quiero.

Alguien la golpea con su mochila mientras camina y ella se acerca, su cadera roza la erección que salió de la nada y sin invitación, pero que está dolorosamente presente.

Su barbilla baja lentamente, y mientras hace todo lo posible por no permitirlo, sus ojos la siguen. Ella está mirando mis jeans, y con el nuevo ángulo, el aroma de su cabello recién lavado asalta mi nariz.

Mierda, esta chica huele a helado de vainilla, y resulta que *me encanta* un poco el helado de vainilla.

—Tobias —susurra, mirando hacia otro lado.

—Es la primera vez que dices mi nombre.

Sus cejas se juntan.

—¿Qué?

—Ajá. —*Oh, también es esa vainilla especiada*—. Pensé que tal vez le tenías miedo.

Su cabeza gira, y me doy cuenta de que me las arreglé para alcanzar y sostener un mechón caído de su cabello castaño dorado.

—¿Qué estás haciendo? —me pregunta.

—¿Qué estoy haciendo? —La aprieto aún más cerca—. Me pregunto por qué quiero follarte de repente, y *por qué* todo lo que haces es esforzarte mucho por alejarte de mí. —Ella traga, pero la ignoro—. ¿Por qué te preocupa que te vean conmigo, Tutora Girl? Las mujeres ruegan por mí, estar cerca de mí podría ser bueno para una chica como tú. Eso haría que te notaran más.

¿Por qué yo querría eso?

¿Por qué yo no querría eso?

Algo la vuelve atrevida después de eso y endurece su columna vertebral.

—Sí, bueno. Nunca he sentido la necesidad de ser notada. Ahora, si me disculpas, tengo que irme. —Se libera de mi agarre, pero la atrapo por la cintura porque me está haciendo enojar.

—No respondiste la pregunta.

—Suéltame —susurra.

—¿Por qué intentas que no te vean conmigo?

—No lo hago…

—No mientas.

Ella suspira y finalmente encuentra mi mirada de nuevo.

—No somos amigos.

—¿Y?

—Vivimos vidas diferentes.

—¿*Y*?

—¿Por qué me haces preguntas para las que realmente no quieres las respuestas?

—¿Qué diablos significa eso? —Observo esta pequeña cosa frustrante frente a mí.

—¿Cuál es mi nombre?

Abro la boca para responder, pero me veo obligado a hacer una pausa por un segundo y sus cejas se levantan como si estuviera demostrando su punto.

—¿Bien, cuál es?

Se aclara la garganta.

—Es Meyer.

—Me gusta. —Asiento con la cabeza.

Una risa tensa la deja y asiente, frunciendo el ceño al suelo.

—Somos desconocidos, Tobias. —Una pizca de abatimiento cruza su rostro—. Estás aquí porque tienes que estarlo, y yo te estoy enseñando porque es mi trabajo y estoy obligada. Eso es todo.

—Por centésima vez... ¿y? —pregunto, mientras la irritación sube por mi piel. Sé que hay más.

Sé a dónde va esto, y sus siguientes palabras lo confirman.

—Y no puedo permitir que se difundan rumores sobre mí.

—Porque soy un rumor esperando a suceder, ¿verdad?

Ella se esfuerza por dirigir mis ojos en la dirección en que apuntan los suyos, donde se encuentra una pila de Avix Investigador, con una foto mía saliendo del vestidor después del partido del martes impresa en ella.

—No finjas que no lo eres.

No puedo controlar lo que escriben, pero ¿cuál es el punto de decirle eso?

Probablemente piensa que me gusta esa mierda, que quiero la patética etiqueta de chico malo y la prensa que viene con eso.

No quiero eso, pero los periódicos lo crearon de todos modos, y una vez que me di cuenta de que nunca se detendrían, hice lo único que podía: acepté el papel.

Pueden decir lo que quieran, no importa, porque el día del partido tienen la boca cerrada o abierta. No hay nada negativo que puedan decir sobre mi juego, y mi juego es todo lo que importa.

Ni las chicas que llevo o no a casa, o los hijos de putas a los que he noqueado. Se trata de la bola rápida, el desplazamiento y mi maldita curva sucia.

Meyer se aclara la garganta, vacilando brevemente.

—Debería irme.

—¿Por qué tengo la sensación de que es lo contrario de lo que quieres hacer?

Instantáneamente, su barbilla cae sobre su pecho.

—Envíame un mensaje si me necesitas antes del jueves y haré lo que pueda.

Mi mano se contrae contra su espalda.

—¿Y si te dijera que te necesito ahora?

—Estarías mintiendo.

—No soy un mentiroso.

—Entonces supongo que no lo dirás —susurra, levantando los ojos hacia los míos.

Suavemente tira de mi agarre y, esta vez, la dejo porque toda esta situación no tiene sentido para mí.

Ofreciendo una pequeña y ansiosa sonrisa, ella se aleja, dejándonos a mí y a mi erección para valernos por nosotros mismos.

No es que quisiera que ella se quedara para manejarlo.

Ni siquiera un poquito.

Miro hacia abajo, frunciendo el ceño ante el obvio bulto en mis jeans.

Sí, mi polla discrepa.

—¿Qué se te metió por el culo?

Escupo una semilla por la comisura de mi boca y me inclino hacia adelante para descansar mis antebrazos en mis rodillas, viendo a estos malditos idiotas intentar parecer un equipo de béisbol que vale una mierda.

—Nada.

—Sí, claro. —Echo se seca el sudor de la frente con un trapo y luego lo tira a un lado—. Por eso tu gorra está en tu mano y tu pelota y guante están en el suelo porque no pasa nada, maldito mentiroso. —Me arroja algunas semillas.

—Vete a la mierda.

El imbécil se ríe entre dientes, haciendo una mueca cuando golpea una pelota, apenas salta más allá y se precipita hacia el jardín central.

—Maldición. —Sacude la cabeza.

—¿Verdad? —Me dejo caer contra el banco—. Gavin no puede batear ni una mierda, Shea no puede atrapar una maldita pelota para salvar su vida y el jodido jardín central ni siquiera puede ver nada. ¿Cómo esperan tiempo de juego cuando juegan como maricas?

—¿Eso es lo que pasa?

Confundido, lo miro.

Levanta una ceja.

—¿Es porque no has tenido tiempo de juego con ningún coño, mi hombre?

Me burlo y vuelvo al juego.

—Como si nuestras paredes fueran gruesas, mi hombre.

—Oh, escucho tus gruñidos… de frustración. —Se ríe, deslizándose por el banco cuando extiendo mi brazo para golpearlo.

—Voy a patearte el trasero, Ech.

—En serio. ¿Qué te tiene irritado?

Miro más allá de Echo para ver que nadie está prestando atención, y él se inclina.

—La mierda se está poniendo pesada, hermano. Los juegos son cada vez más extensos, la parte más difícil de nuestro calendario está malditamente cerca de aquí y con eso, los malditos exámenes parciales se están acercando. —Niego con la cabeza—. Es como si la mierda se acumulara en todas direcciones y es frustrante.

—¿Estás reprobando?

—Todavía no, pero necesito toda mi concentración para estar aquí en el campo.

—Si tan solo funcionara de esa manera.

—Es una mierda, ¿verdad? —resoplo—. Gracias a Dios este es el último año de esta mierda.

Vemos hacia el campo cuando el crujido de la madera resuena a nuestro alrededor, viendo como la pelota flota por el jardín central, un out fácil fallado, y nos miramos el uno al otro.

—¿Tu tutora no está ayudando?

Frunzo el ceño al pensar en ella.

—Ella me pone de los nervios, todo el tiempo está seria, y es aburrida, nunca quiere coquetear para hacer las cosas menos miserables, no hará una mierda por mí y se va en el momento en que acaba el tiempo.

Cuando Echo no dice nada, me volteo hacia él.

—¿Quieres decir que no está haciendo todo lo posible para satisfacer todas tus necesidades? —El bastardo sonríe.

—Mierda, desearía que lo hiciera, y si hubiera una chica que pudiera satisfacer todas mis necesidades, mi hombre, le rogaría ser su perra. —Me rio, agarro mi guante del asiento y me pongo de pie—. No pretendas que tú no harías lo mismo.

Le doy una palmada en el hombro cuando el entrenador Leon, uno de los asistentes del entrenador Reid, da la señal para que rotemos.

—Salgamos y mostrémosles a estos tontos cómo se supone que debe ser el béisbol.

Juntos, salimos del banquillo, golpeándonos los guantes al separarnos, y tomamos nuestras posiciones.

Me mira fijamente, solo la línea de sus ojos es visible a través de su máscara de catcher, y yo le doy toda mi atención.

Justo aquí es el único lugar donde los tipos como nosotros tenemos el control, dignos de más de lo que parece.

Aquí no soy el *Pitcher Playboy,* el chico fiestero en busca de fama que la gente ve, no soy el buen rato del viernes por la noche o una historia para compartir con amigas en el camino. No soy un premio que perderá su brillo o un recuerdo sin valor que se desvanecerá en la nada.

Aquí, no soy el hombre que los tabloides han decidido que soy, un imbécil egoísta que busca anotar en más de un sentido.

Aquí, soy Tobias Cruz, el *verdadero* Tobias Cruz.

El niño de doce años que se levantaba antes del amanecer para correr seis kilómetros antes de la escuela, el chico de quince años que ató una vieja llanta Honda a su cintura y la arrastró de arriba abajo por la calle para ganar velocidad. El chico de diecisiete años que se perdió las actividades escolares porque estaba ocupado arrojando lanzamiento tras lanzamiento en una carpa sellada con cinta adhesiva que compré en Goodwill. El joven de dieciocho años, que todavía estaba tratando de aprender a ser uno, pero que preocupaba y decepcionaba a sus padres regularmente porque no tenía tiempo para amigos y tenía un solo objetivo en la vida.

Ser el mejor en lo que hacía.

Para llegar a donde estoy parado ahora, en este campo.

Soy un hombre que sabe lo que quiere y trabaja duro para conseguirlo, quién entiende que no hay limosna cuando se trata de perfeccionar tu profesión, no hay atajos, no hay medias tintas.

Quien sabe que no hay otra manera que la difícil. La rutina. El enfoque. El sacrificio.

Y sí, a veces eso incluye permitir que la gente de afuera te mire y vea a un tonto porque la energía que se necesita para hacerlos cambiar de opinión no vale la pena, no cuando la tuya se necesita en otra parte.

Aquí, conmigo en el montículo y Echo en su posición detrás de la caja de bateo, nada más importa. Sabemos quiénes y qué somos.

Echo es el tipo que toma la decisión y yo soy el tipo que hace que suceda.

8

Tobias

Yo tenía razón. Sabía que la tendría.

La temporada avanza, estamos arrasando y rompiendo récords escolares.

Es intenso, jodidamente increíble, pero estamos muy dentro del semestre y la mierda es difícil.

Historia no me está pateando mucho el trasero, pero anatomía está hundiendo mi promedio general.

¡Anatomía!

Es jodidamente ridículo.

No hablaremos de inglés.

Doblo mis palmas alrededor de la parte posterior de mi cuello, inclinándome hacia adelante con un pesado gemido.

—Esto no tiene ningún puto sentido.

—Lo conseguirás, solo lleva tiempo.

—No tengo tiempo, Tutora Girl. La prueba es en dos días. Mi nota es de sesenta y siete por ciento en este momento. Si fallo esto, mierda, si saco menos de una puta B, estaré en aprietos, mi entrenador me pateará el trasero.

—Te estás poniendo demasiada presión. —Arruga su pequeña nariz, y el juicio sangra por sus próximas palabras—. Deja de pensar en el béisbol y en lo que alguien más quiere de ti y piensa en lo que *necesitas* hacer.

—*Necesito* jugar en ese maldito juego —le digo con el ceño fruncido.

—No. *Necesitas* pasar esta prueba.

—Okey. *Necesito* pasar esta prueba… —Mis cejas se levantan mientras mis ojos se abren—… para poder jugar en el juego.

Con un suspiro, Meyer se deja caer contra su silla.

Hemos estado estudiando para esta prueba de anatomía durante tres sesiones y aun así, no puedo entender "la anatomía del corazón".

Su atención cae sobre la mesa y se muerde el labio inferior, hace eso cuando está pensando mucho.

Es una distracción como la mierda.

—Escúpelo.

Sus ojos saltan a los míos y me mira por un momento antes de levantarse lentamente de su silla.

—Wow, wow, *wow.* —Salto de mi asiento, irritado—. No hemos terminado. De hecho, acabamos de empezar. Yo…

—Relájate. —Estoy bastante seguro de que escucho una sonrisa en su tono, pero nunca deja que toque sus labios—. Tengo una idea. Vamos.

—¿Vamos? —repito.

—Sí. —Sus cejas oscuras se levantan ligeramente, casi convenciéndome de que es capaz de mostrar humor—. Vamos. Recoge tus cosas, esto nos llevará el resto de nuestro tiempo.

No estoy convencido, pero no tengo otras opciones para elegir, así que hago lo que dice la chica y guardo.

Esta semana, su lugar de elección son las mesas de picnic del jardín detrás del salón de ciencias. Ella está en silencio todo el tiempo, guiándome a lo largo de la cerca, alrededor del edificio de matemáticas, y solo entonces me doy cuenta exactamente a dónde se dirige.

—¿El campo? —Me quejo, dejando caer mi cabeza hacia atrás para mirar al cielo—. ¿En serio?

Ella, de verdad, no entiende cómo funciona la mente de un atleta.

Meyer se acerca a la puerta, así que me acerco a ella y la empujo para que pueda pasar.

—Mira, sé que quieres ayudar, pero ahora *de verdad* no podré concentrarme.

—Ni siquiera sabes por qué estamos aquí.

—No importa. —Miro a mi alrededor, y el juego del martes ya se está desarrollando en mi visión.

Meyer deja caer su bolso y se dirige al montículo, *mi* montículo.

—Cuidado, Tutora Girl. Ese es un precioso pedazo de tierra en el que estás parada.

Empiezo a caminar hacia ella.

Su mano se dispara, y ella señala.

—Ve al plato de home.

Arrugo la frente.

—Pero ese montículo en el que estás parada es mi lugar.

—Vamos. —Ella rueda los ojos—. Sígueme la corriente.

Maldita pérdida de tiempo.

Pero hago lo que dice.

—Está bien —me grita—. Vamos a decir que el home es una base.

—Eso es como llamar cupcakes a las magdalenas, suena bien, pero técnicamente no lo es.

Se cruza de brazos, con su pequeña cadera inclinada hacia un lado.

De acuerdo, la pequeña mamá habla en serio... y tiene personalidad.

¿Quién lo iba a imaginar?

Abriendo mis pies, levanto mi barbilla.

—Está bien, Tutora Girl, te seguiré la corriente. Tenemos cuatro bases.

Sus ojos turbios se encuentran con los míos y asiente.

—Cuatro bases.

—Eso es lo que dije.

Y esa cadera sobresale un poco más.

¿Me pregunto si tiene doble articulación?

—¿Cuántas cámaras tiene el corazón?

—Ni puta idea, ¿por qué crees que dije que esto era un desperdicio… —me corto en seco.

Bueno, santa mierda.

Una sonrisa lenta se extiende por mi rostro y ella no puede contener la suya en este momento. Veo como esos gruesos labios suyos tiran hacia un lado.

—Cuatro, el corazón tiene cuatro cámaras.

Ella asiente.

—*Cuatro* bases, cuatro cámaras. Bien. —Se baja de mi montículo y me indica que tome su lugar.

Con una sonrisa llena de efecto, me dirijo hacia ella, deslizándome hacia la arcilla cubierta de tierra. Levanto los brazos y ella niega con la cabeza, rápidamente dándome la espalda.

Creo que lo hace para ocultar una sonrisa.

Siento que ella está sonriendo en este momento.

—De acuerdo. —Gira, caminando hacia atrás ahora—. ¿Quién, en términos generales, tiene el control del juego?

—Yo.

—¿*Quién?*

—El pitcher.

—Correcto, el pitcher tiene el control del juego. Entonces, si pensamos en tu posición como el núcleo, como lo que mantiene vivo el juego, podemos tomar a los demás y sus trabajos, y conectarlos…

—Las cuatro cámaras del corazón y las funciones que desempeñan. —Escaneo el campo, repasando la configuración que acaba de darme.

—Bien, digamos que se hace el lanzamiento y se golpea la pelota…

—*Si.* Si se golpea la pelota.

Ella suspira, pero es de un tipo diferente, un tipo juguetón, se está ablandando.

—Trabaja conmigo aquí, Señor Perfecto.

Sonrío.

—Está bien. Se hace lanzamiento, y se golpea la pelota.

—Entonces, el bateador corre a la primera base... —Ella asiente, alentándome a que siga.

Tiro de mi labio inferior entre mis dientes, entrecerrando los ojos en la primera línea de base.

—A la derecha, entonces... ¿la válvula pulmonar envía sangre al ventrículo derecho?

—¡Sí! —La boca de Meyer se curva, se forma una amplia y orgullosa sonrisa y no me jodas...

Quiero tener razón de nuevo.

Trabajamos en los siguientes pasos, cada respuesta es más fácil que la anterior y luego estamos en el paso final.

—A tus pulmones.

—Sí. —Ella pisa fuerte, emocionada—. Exactamente. ¡Bien hecho!

En mi cabeza, vuelvo a repetir los pasos, mirando de una posición a la siguiente, sin tener que hacer una pausa y pensar. Ella me enseñó esto en cuestión de minutos, me trajo aquí y trabajó duro para hablar mi idioma, a mi nivel.

Me volteo hacia ella con una sonrisa y me devuelve la mirada un momento, pero una mirada que no puedo explicar se apodera lentamente de ella.

Se aleja de mí.

—Está bien, se acabó el tiempo. Creo que lo harás muy bien.

—No tan rápido. —Corro junto a ella y saco mis llaves, mi guante y la pelota de mi mochila, siempre mantengo una conmigo.

Curiosa, sigue cada uno de mis movimientos, pero le guiño un ojo, apresurándome a abrir y entrar en el área del banquillo. Abro el contenedor naranja, agarro un bate y vuelvo corriendo, empujándoselo en la mano sin darle la oportunidad de decir que no.

—Tú me enseñaste algo, ahora déjame enseñarte algo.

Sostiene mi mirada un momento y luego deja caer la suya a la madera dura en su mano.

—Tobias…

—Vamos, inténtalo. Seré fácil contigo.

Ella se burla, haciéndome sonreír, y cuando duda, agrego:

—No tengas miedo de que te enseñe, Tutora Girl.

Meyer se lame los labios, mira por encima del hombro y me mira antes de tomar posición en el plato.

Estoy a punto de enseñarle sobre cómo pararse cuando lo hace sola, alineando sus pies con el plato, su postura a la altura de sus hombros, con el bate en alto en el aire.

Okey, entonces ella no ha mostrado interés en lo que hago, ¿pero tiene buena postura?

Mmm...

Ladeo la cabeza, pero la chica simplemente me mira fijamente, claramente consciente de que tengo preguntas, pero sin querer divulgarlas, así que le muestro la pelota, haciéndole saber qué viene y se la lanzo suavemente.

Meyer se pone de pie en toda su altura, todo el metro cincuenta y algo de eso, y nuevamente, ladea esa cadera.

—¿Qué? —Mis hombros se elevan inocentemente.

—Me tienes parada aquí con un bate, lo menos que puedes hacer es darme algo para golpear.

—Okey, experta —bromeo—. ¿Quieres un poco de calor?

Su rostro se sonroja un poco, pero no retrocede y se prepara una vez más.

Lanzo la pelota con un poco más de potencia.

Ella golpea y falla, un pequeño gruñido se le escapa, pero no digo una palabra, y recoge la pelota, lanzándomela de vuelta.

Al próximo lanzamiento le pega, enviándolo más allá del corto y hacia el mediocampo. La observo irse, luego me giro hacia ella con la ceja levantada expectante, pero la chica simplemente se encoge de hombros, apoya el bate en su hombro y espera.

Una risa baja me deja, y me apresuro a ir por la pelota y regreso.

—Otra vez.

Seguimos durante unos buenos diez minutos, los dos sudando a pesar de la fría noche de marzo.

Cuando Meyer lanza el bate, mis hombros caen.

Admito que me estaba divirtiendo. Por otra parte, siempre lo hago cuando tengo una pelota de béisbol en mis manos.

Supongo que se acabó la diversión.

O tal vez no...

Mis ojos se posan en ella mientras camina hacia la pequeña puerta frente al banquillo, frente a donde dejó su bolso, comienza a levantar ese horrible suéter, revelando su figura por primera vez y *maldita sea.* Es como abrir la vieja caja de Cracker Jack de mi abuelo y encontrar una tarjeta de novato de Mickey Mantle.

La chica ha estado escondiendo algunos tesoros.

Está lejos de ser piel y huesos, como su rostro esbelto te hace creer.

Por suerte para mí, ella está mirando hacia otro lado, con su trasero redondo, alegre y completamente inesperado, burlándose de mí sin su conocimiento. Torturándome podría ser una mejor manera de decirlo.

Mis dedos se contraen al instante, rogando por apretarlo y golpearlo, sostenerlo en mis palmas y observar la forma en que se mueve cuando lo tocan y lo provocan, pero no puedo imaginarlo por mucho tiempo, porque la chica se mueve un poco, compartiendo aún más.

Caderas anchas y gruesas, hechas para agarrarse.

La tela gruesa y barata finalmente llega a su pecho, y me paso la lengua por la parte posterior de los dientes con repentina anticipación.

Ella tira la cosa sobre su cabeza y jódeme...

Tan regordetes, tan... llenos. Están listos para derramarse, no lejos de salirse de la camiseta que lleva puesta, pero como podría haber adivinado, ese no es su estilo. Ella tira de la camiseta tanto como lo permite la tela.

Haría pucheros si fuera un hombre inferior.

Sin embargo, trato de mirar bien, pero ella solo me mira a medias, y luego trata de matarme.

Meyer se quita el lazo del cabello de la cabeza y lo deja caer de su desorden habitual.

Un culo lleno y un cabello largo y jalable es mi punto débil, y el de ella le llega a la mitad de la espalda.

Es mayormente marrón, pero hay un toque de cobre que refleja el sol, algo así como el toque dorado de sus ojos.

Pasa sus dedos a través de él antes de que sus pequeñas manos se envuelvan alrededor de la longitud, girando y girando de nuevo, y mis ojos siguen la cuerda, enfocándose en su pecho mientras el mío se eleva con mi propia inhalación.

Para ver si me atrapa, levanto la vista rápidamente, pero ella no me está prestando atención, solo mira fijamente, perdida en sus propios pensamientos, así que vuelvo a echar un vistazo.

Todavía no puedo decir si son falsos o no, no es que importe, porque los amo a todos.

Grandes, pequeños, reales, falsos, llámame doctor Jodido Suess, y en este momento, el doctor quiere jugar, ¿lo son o no?

Quiero tocarlos, lamerlos, chuparlos, follarlos y luego hacerlo todo de nuevo.

En el momento en que fuerzo mis ojos hacia arriba, Meyer salta para encontrarse con los míos, y no desvío la mirada. No puedo.

No quiero.

Ella lo hace, sin embargo, y lo sé, Meyer de repente no está segura de lo que está haciendo y por qué está aquí. Todo está ahí, escrito a lo largo de su frente.

Es raro y no lo entiendo, pero ella es rara y realmente no la entiendo, así que a la mierda.

Me preparo para lanzar.

Meyer agarra el bate y jugamos unas cuantas veces más. Una viene volando hacia mí y la atrapo con una sonrisa, lanzándola hacia arriba y atrapándola en mi palma.

—Debes ser una visitante frecuente en las jaulas de bateo, y no quieres decírmelo. —Giro la pelota en mi palma, alineando mi dedo medio con la costura derecha para servirle una curva lenta mientras se prepara para ella—. Deberíamos ir.

Levanto la pelota, pero antes de que pueda soltarla, su rostro cae, y tira el bate.

Corre hacia su bolso, arrancando su teléfono del bolsillo delantero.

Esta vez, sé que hemos terminado de verdad, así que me muevo para volver a colocar todo en el contenedor, cerrarlo con llave y hacer mi camino hacia donde ella está parada.

—Sabes, lo hiciste bastante malditamente…

—Me tengo que ir —me interrumpe, corre a agarrar su sudadera de la cerca y se la pasa por la cabeza antes de levantar su bolso del suelo.

Me sorprende cómo lo dejó caer ahí mismo sin preocuparse, nunca he conocido a una chica a la que no le importara la suciedad de esa manera.

Con su bolso en un hombro, mete su teléfono en el bolsillo de su sudadera y comienza a alejarse.

—Creo que lo entendiste, solo recuerda las posiciones y conecta los términos correctos.

Oh. ¿Voy a ser descartado, ignorado y olvidado hasta la próxima vez, como si no nos estuviéramos divirtiendo hace cinco segundos?

¿No fue genial y relajante para ella?

¿No la sacó esto de esa caja oscura de depresión, también conocida como la biblioteca, y le dio un poco de vitamina D, algo que necesita desesperadamente?

¿Por qué me importa?

—Hombre, Tutora Girl, eres una chica completamente diferente fuera de la biblioteca —digo, siendo nuevamente el chico que ella ve cuando me mira, porque ¿por qué no? Ya terminó conmigo de todos modos, excedió el intervalo de tiempo en el que me anotó, y restableció mi necesidad de meterme bajo su piel, aunque solo fuera para recordarle que yo no quería estar aquí de todos modos. Que, sea lo que sea, estoy obligado a estar cerca de ella tanto como ella está obligada a estar cerca de mí—. ¿Primero te desnudas para mí, luego hablas de conectar y posiciones? ¿Qué diría el entrenador Reid sobre tal comportamiento?

Su rostro se suaviza por completo, sus verdaderos pensamientos se ocultan y me da ese tono robótico suyo que odio.

—Revisa tu guía de estudio una vez más esta noche, pero no la vuelvas a mirar después de eso, ni siquiera justo antes de la prueba. Te enviaré un correo electrónico con el desglose de la sesión de hoy más tarde esta noche.

Ella se da vuelta y se aleja, directamente fuera de la puerta.

Y como el carrusel en el que parecemos estar atrapados, yo soy el idiota que la sigue cuando debería dejar ir a la chica.

Pero, ¿cuál es su maldito problema?

—Entonces, aquí es donde Tutora Girl, un poco fría y menos tensa, vuelve a ser aguafiestas —señaló.

Ella no reacciona y estoy bastante seguro de que eso es lo que quiero, debe ser así porque sigo adelante.

—Y pensar que casi parecías normal ahí por un segundo.

Acelera su ritmo.

—Entonces, ¿qué es, eh? ¿No puedes soportar estar cerca de mí tanto tiempo, porque hace que fluyan los jugos?

No se detiene ni me mira, pero ahora hay un pequeño ceño fruncido en su rostro.

Bien, la tengo casi ahí.

Quiero que se rompa, que grite o llore. Que me dé algo.

Pero ella no me da nada.

—Sí, me di cuenta. ¿Sabes?, realmente deberías tomar parte del dinero que estás ganando de mí e invertir en un par de leggins más gruesos que usas como pantalones, algunos que oculten mejor las manchas húmedas.

Ella jadea, su cabeza se sacude en mi dirección, y una mirada rota cubre sus rasgos.

Sonrío, ladeo la cabeza y miro directamente a esos ojos marrones suyos.

Sí, lo sé, el sudor cubre el interior de sus muslos: es gruesa en los mejores jodidos lugares y el sol te hace pagar por la bondad de la naturaleza al proporcionar curvas perfectas.

¿Soy un imbécil por mencionar sus leggins desgastados y su transpiración inevitable? Por supuesto que lo soy, y más tarde esta noche, me sentiré como un imbécil por avergonzarla, pero aún no.

Aún no lo hago porque se detuvo en seco y sus ojos están en los míos. Mirando, buscando, contemplando...

Sus ojos están en los míos.

¿Por qué quiero mantenerlos ahí?

Ella traga, susurrando:

—Tengo que irme.

—¿Tienes o quieres?

Sus labios se presionan y su cabeza comienza a girar hacia otro lado, pero mi mano decide volar y sostenerla justo donde está, frente a mí.

Mi mirada cae donde mi piel toca la suya y el calor se acumula en mi ingle.

—¿Por qué no intentas meterte en mi cama?

Casi se ahoga, trata de escapar, pero la detengo y sus cejas se derrumban.

—Soy tu tutora.

—Eso no es una respuesta. —Lamo mis labios—. Puedo darte lo que quieras, hacer lo que quieras. Soy un hombre generoso, seré bueno contigo, lo prometo. —No me doy cuenta de que me estoy deslizando más cerca hasta que ella retrocede, con un pensamiento enredado destellando en sus ojos.

—Nos vemos el viernes, Tobias. —Más rápido de lo que la hubiera creído capaz, se va.

Y yo estoy duro como una puta roca.

Por mi tutora *con forma de diosa,* desordenada, mojigata, de ojos molestos y bonitos.

La única chica aparentemente inmune a mi encanto.

No lo entiendo, pero quiero hacerlo.

Quiero conocerla, entenderla.

Solo quiero hablar con ella un rato.

¿Qué clase de mundo retorcido es este?

9

Tobias

Con un breve asentimiento, doy mi aprobación, acomodo mis hombros, levanto mi rodilla hasta mi cintura y giro mi brazo alrededor con el poder de un relámpago. La pelota llega y se va, golpea la mano de mi hombre con una fuerza que podría romper la palma de un hijo de puta más débil, pero no la de Echo.

La multitud se vuelve loca, incluso antes de que el árbitro tenga la oportunidad de decirlo oficialmente, porque no hay una persona aquí que pueda malinterpretar o estar en desacuerdo con ese lanzamiento, la mierda fue pura perfección.

Strike tres, perra. Sonrío.

Fuera de mi casa, de mi zona.

Como sabíamos que sería, se cantó a mi favor y el maldito hijo de puta, con unos tristes tacos[9] talla siete, tira su bate al suelo, pateando su triste trasero hacia el banquillo de los visitantes.

Ni siquiera le hice un cambio de velocidad. Tres strikes, justo en medio, y *aun así* este tipo, que no se ponchó ni un solo turno al bate la temporada pasada, no me golpeó una mierda hoy.

Ninguno de ellos lo hizo.

—¡Síííí, hombre! —Echo aparece, tirando su máscara de catcher al suelo, y avanza hacia mí.

[9] Zapatos deportivos especiales para béisbol.

Cuando está a más o menos un pie de distancia, salto en el aire, al igual que él, y chocamos los hombros antes de golpear los guantes en celebración.

—¡Otro más! —grita con una sonrisa—. ¡Este es nuestro maldito año, Cruz!

Llegan más gritos y nos giramos para aceptar los golpes de puño y las palmadas en la espalda de nuestros compañeros de equipo, pero me deslizo a través de los jodidos alborotadores y sonrientes, directo al hombre que aún no ha dudado de mí.

El entrenador Reid sonríe ampliamente, inclinando la barbilla en un gesto de orgullo.

Le lanzo la pelota con una sonrisa propia.

—¿Qué tal el juego, entrenador?

Él asiente, sujetando mi hombro con fuerza.

—Buen jodido trabajo esta noche, hijo. No podría pedir más que eso. Lleva a tus chicos a Trivies y diles que te envié yo, va por mi cuenta esta noche.

Cuando mi sonrisa se ensancha, sus ojos se estrechan.

—La práctica sigue siendo a las siete de la mañana. No exageres, y contesta un par de preguntas de entrevista con la reportera de la escuela antes de irte, esa chica es persistente como el infierno.

Con una risa leve, le doy una palmadita en el brazo, le doy un saludo de agradecimiento y luego me apresuro al túnel con el resto de mi equipo.

No tardo mucho en estar fresco y limpio. La reportera, Kari, Karley, o algo por el estilo, estaba demasiado dispuesta a hacer preguntas desde el interior del vestidor, estoy bastante seguro de que las pollas que se balancean y cuelgan la persuadieron: la chica me hizo dos preguntas antes de que el lento balanceo de la polla de nuestro jardinero central llamara su atención sobre su paso deliberado y pausado junto a nosotros en nada más que su traje de Adán, con una toalla colgando alrededor de su cuello.

Sí, el vestidor de hombres no es para los débiles.

Se necesita ser un hombre fuerte para pararse al lado de otro cuya polla está afuera cuando él mismo está mostrando sus miserias.

—¡Oigan! —Golpeo el metal más cercano a mí mientras me dirijo a la puerta, ganando la atención de los demás—. Diríjanse a Trivies desde aquí, muchachos, los alimentos están cubiertos, pero si quieren beber paguen esa mierda ustedes mismos o el entrenador lo sabrá. —Algunos gruñen, algunos están de acuerdo, y algunos aceptan con una sonrisa.

Con eso, salgo con Echo a mi lado.

Saca las llaves de su bolsillo, lanzándolas al aire.

—Entonces, ¿pagaremos nuestra propia cerveza?

—No.

—Amo al entrenador. —Compartiendo una risa, saltamos a su "Stang"—. ¿Iremos a follar esta noche?

—Iremos a follar.

—Puedo sentirte a través de tus jeans.

Me llevo la cerveza a los labios y le doy una mirada de reojo a la chica tetona.

—Claro que puedes, has estado arañando con tus uñas mi cremallera durante los últimos diez minutos. —Echo la cabeza hacia atrás, termino la botella y vuelvo a mirar a la chica—. Si aún no está dura, no lo estará, bebé, mejor suerte la próxima vez.

Se toma un segundo, decidiendo si se va a ofender o no, pero cuando mis muchachos en la mesa a nuestra izquierda comienzan a reírse, fija sus ojos en su próximo objetivo de la noche y felizmente lleva su hermoso trasero hacia ahí, aunque es un poco flaco para mi gusto, pero bueno de todos modos.

Aunque mi pene no estuvo de acuerdo y él lo sabe mejor.

La que sigue.

Muevo la cabeza al ritmo de la música, le doy un vistazo a la habitación en busca de la figura perfecta para esta noche, necesito algo suave para jugar.

Para ser lo más productivo posible en mi búsqueda del placer, sigo el largo de la pared, pasando algunos reservados antiguos y baratos y una vieja barra de madera. No se actualizan mucho aquí, solo el licor y la música. Siendo uno de los dos bares que tenemos a una corta distancia a pie del campus, supongo que es porque conocen la multitud que reciben: un grupo de estudiantes alborotadores que buscan enterrar el estrés y desahogarse.

Sin embargo, la comida es buena y las cervezas están frías, por lo que el aspecto del lugar no importa.

Una chica con una sonrisa asesina me guiña un ojo y me enderezo un poco cuando inclina su cuerpo para mostrarme su perfil. Tiene muslos gruesos, como me gustan, como si hubiera jugado softball toda su vida, pero no está en el equipo. Esas chicas no vendrán aquí.

No hay nada más que problemas si mezclamos nuestra ventaja competitiva con la de ellas, suelen ir a Screwed Over Rocks con el equipo de fútbol. Aparentemente, los chicos del béisbol somos exagerados y difíciles de manejar.

La chica agita sus dedos en mi dirección y lentamente, con determinación, se lame los labios carnosos. Eso por sí solo debería ponerme duro, pero mi chico ni siquiera está sacudiéndose, y esta es la belleza número dos.

El partido de hoy fue intenso. Supongo que necesito relajarme más, disminuir la adrenalina antes de acelerarla de nuevo, así que le hago una señal al cantinero para que me traiga otra bebida, y la chica se voltea hacia sus amigas.

La tercera cerveza no me hace nada, así que me pongo de pie, pero no queriendo rendirme tan pronto, examino la habitación una vez más. Como era de esperar, ni una maldita cosa despierta mi interés, al igual que nada lo hizo anoche o la noche anterior o la puta semana anterior.

Estoy fuera de mi juego.

Mi juego de polla, al menos. La pobre hija de puta no ha visto el sol ni un jodido minuto.

Es triste como la mierda, como una mala mamada donde no hay fuego sobre mi ingle y mis dedos de los pies no se encrespan en mis Timbs.

Sí, los dedos de los pies de los chicos se curvan igual que los de las chicas.

Si los dedos de los pies de un tipo no se curvan cuando sus pollas bajan por una garganta cálida y agradable, está obteniendo el ochenta por ciento y necesita pedir más dedicación.

Funcionará, con el tiempo, pero no va a satisfacer.

Incluso si encontrara una chica que me ayudara, todavía tendría que ir a casa y masturbarme o irme a la cama con dolor.

Ya nada me satisface.

El tono perfecto de marrón dorado parpadea en mi mente, y si no fuera muy consciente de dónde estoy, juraría que puedo oler un toque muy específico de vainilla. Del tipo especiado, con una sudadera holgada.

Trago un suspiro de frustración, y mis ojos se entrecierran en la nada.

Necesito jodidamente controlarme.

Echo y Xavier se dirigen a la salida cuando los alcanzo, y juntos salimos al frente.

—Una vez más, mi hombre se va con las manos vacías. —Echo sonríe.

Le hago una seña con el dedo medio y él se ríe.

—Vamos a la casa del equipo, ¿vienes?

—¿Por qué diablos no? —Me encojo de hombros—. No tengo nada mejor que hacer.

—Oh, estoy conmovido, imbécil. —X se ríe, metiendo su teléfono en su bolsillo y sacando sus llaves.

—¿Por quién, por Neo? —bromeo—. Sabía que ustedes dos eran más que mejores amigos.

Xavier sale con una sonrisa, envolviendo sus brazos alrededor de mi cintura en un intento de derribarme, pero rápidamente salgo de eso.

Lo estoy jodiendo, todo el mundo sabe que está loco por la hermana menor de su amigo, incluso si nadie lo dice en voz alta. Solo me gusta hacerle pasar un mal rato.

—Mierda, olvidé ir por mi tarjeta con el cantinero. —Echo vuelve a entrar.

—Sí, yo necesito ir a orinar muy rápido —dice X, detrás de él a través de la puerta.

Me acerco al auto de Echo, apoyo mi trasero en él y espero.

Cerrando los ojos, dejo caer la cabeza hacia atrás con una fuerte exhalación, el largo día me alcanza, pero tan pronto como calmo mi mente, algo hace que mis ojos se abran de golpe nuevamente.

Una sombra llama mi atención más allá del estacionamiento, y entrecierro los ojos, tratando de ver mejor.

Apresuradamente, al otro lado de la calle con ambas manos llenas, va Meyer.

Algo cae de sus bolsas y se inclina, apresurándose a agarrar el artículo antes de continuar cruzando el camino oscuro, solo para dejarse caer en un banco vacío de la parada de autobús.

A las once y media de la puta noche.

Al otro lado de la calle de un bar.

Un bar lleno de jóvenes idiotas.

¿Qué clase de mierda es esa?

Me dirijo al otro lado de la calle.

Antes de que llegue a la división, Meyer se pone de pie, levanta sus bolsas y comienza a caminar hacia la escuela.

—¡¿Qué diablos estás haciendo?!

Ella grita, saltando unos buenos cincuenta centímetros, con su mierda derramándose en el suelo de nuevo.

Sus ojos vuelan hacia los míos, muy abiertos por la alarma, pero se estrechan rápidamente una vez que se da cuenta de que soy yo.

Rápidamente ignora mi presencia, recuperando sus objetos caídos una vez más.

Oookey. Sin ningún hola, supongo.

—Me alegro de verte también. De nuevo, ¿qué diablos estás haciendo?

Ella se pone de pie y camina hacia adelante.

—Ir a casa.

—Ajá. —Me apresuro a llegar a su lado y seguirle el paso—. ¿Y por qué exactamente estás caminando sola a altas horas de la noche?

—¿Por qué *tú* estás caminando solo? —me responde.

—Soy un chico.

Acelera el paso y juro que la chica pone los ojos en blanco, pero está oscuro, así que no puedo asegurarlo.

Siento que ella lo hizo.

—Hombre, tienes prisa. ¿Qué, Jonny Boy te envió a buscar algunos condones y ahora tienes que volver corriendo antes de que el efecto de Viagra desaparezca?

—Oh, sí, diste justo en el clavo. —Niega con la cabeza.

Mis cejas se juntan.

—Espera, ¿en serio?

Ella se detiene en seco, dándose la vuelta para mirarme.

—¡No, de hecho no!

Intento quitarle las bolsas de la mano, pero me las arranca, así que levanto las palmas de las manos y empiezo a caminar cuando ella lo hace.

—Quiero decir, si fuera así, deberías saber que hay máquinas expendedoras de condones en el campus. A menos que regreses de la casa del tipo... —Me giro hacia ella con el ceño fruncido—. Y sabes qué, si un hombre te obliga a caminar a casa…

—Detente.

—Lo digo en serio, deberías patearle el trasero.

—Tobias, basta.

—Okey, okey. —Miro hacia adelante—. Pero de verdad, qué tipo de chico…

—¡No hay ningún chico, Jesús! —Casi gime.

Eso no debería hacerme sonreír.

¿Por qué estoy sonriendo?

—Está bien, bien. No hay ningún chico. —Asiento para mí mismo, luego la miro desde un lado—. ¿Ni siquiera uno de mierda?

—¡Dios, Tobias! —grita, girando la cabeza en mi dirección—. Deja de hablar —dice, pero hay un poco de algo en su tono generalmente seco.

—Espera. —Inclino mi cabeza juguetonamente—. Fue eso... ¿te diviertes conmigo?

—No.

—Creo que lo haces.

—Definitivamente no lo hago.

—Oh, sí, lo haces. —Salto frente a ella, caminando hacia atrás para que podamos mirarnos—. Fue diminuto, estoy hablando de una mierdita diminuta, pero estaba ahí.

Sus labios se curvan en una sonrisa, pero los junta para tratar de ocultarla.

—¡Ja! —grito, pero luego tropiezo con un borde que ella no me advirtió que venía y caigo sobre mi trasero, y no es por el pequeño zumbido de alcohol que tengo.

Ahora, sin embargo, no se puede negar.

La chica se está riendo de mí.

A carcajadas y ¿sabes qué?

No estoy enojado por eso.

Ella es linda cuando se ríe.

Estiro mis brazos sobre mis rodillas dobladas, estabilizándome por un segundo antes de ponerme de pie.

—Elegiste no advertirme, ¿verdad?

Su encogimiento de hombros es tímido, pero baja los ojos a la hierba poco después y cuando vuelve a mirar hacia arriba, una pizca de abatimiento se apodera de ella.

Se endereza, cambia las bolsas de una mano a la otra y comienza a caminar de nuevo.

Caminamos en silencio durante dos minutos completos antes de que sus ojos se fijen en los míos.

—Deberías volver con tus amigos…

—Mira, Tutora Girl —la interrumpo con una sonrisa—. Es tarde y está oscuro, así que no caminarás sola.

Se queda callada un momento antes de volver a hablar.

—No quiero caminar contigo —susurra, y su ceño fruncido se enfoca hacia adelante.

Solo así, la diversión se pierde en la noche.

—Sí, bueno. Qué pena. —No miro en su dirección, sin saber por qué me inunda una llamarada de decepción—. Estoy caminando a casa igual ahora, así que tiene sentido que camine contigo. ¿En qué dormitorio vives?

—No vivo en los dormitorios.

—Okey, ¿en qué casa de huéspedes estás? —Camino adelante de ella esta vez, ignorando el pequeño resoplido que deja escapar—. ¿En la parte delantera o la trasera?

—Tampoco estoy en una casa de huéspedes.

Miro hacia atrás.

—Está bien, entonces, ¿dónde vives?

—No hablemos, ¿de acuerdo?

Hombre, no entiendo a esta chica.

Me ofrecí a acompañarla a casa y ella básicamente me dice que me vaya a la mierda, o eso es lo que escuché de todos modos.

¿Cómo responde uno a eso?

No tengo ni puta idea, así que todo lo que obtiene es un "lo que sea" entre dientes y caminamos las últimas cuadras en silencio. Continúo recorriendo el campus, y ella hace una pausa para preguntarle a la patrulla de seguridad, que asumo que es algo aleatorio con el único propósito de alejarse de mí, así que se la dejo a ellos.

Ahora que estoy en casa, me doy una ducha rápida y me tiro en la cama con nada más que mi traje de Adán, mi ropa de dormir preferida.

Ahí es cuando me doy cuenta y me río para mis adentros.

Por supuesto.

Es obvio ahora.

Tutora Girl se molestó y tal vez incluso se sintió insultada, por mi oferta de acompañarla a su casa porque no me ofrecí a llevarla a la mía.

Tal vez la pobre chica se sintió rechazada.

Sí, podría ser eso.

Tal vez.

También es la razón por la que le envío un mensaje de texto una hora más tarde para asegurarme de que llegó a casa a salvo.

Cuando ella no responde, decido que me importa una mierda.

Frunzo el ceño al techo manchado.

El sueño puede hacerse cargo en cualquier momento ahora.

10

Tobias

—No sé cómo ustedes se levantan antes que los gallos todos los días. —Vivian se deja caer en la cabina frente a nosotros, después de habernos visto a Echo y a mí cuando ella metió su trasero resacoso a través de las puertas.

—Cruz es el único hijo de puta que se levanta antes del sol, y odio decírtelo, chica, pero son casi las once. —Echo levanta la vista de su libro de texto, burlándose de ella.

Ella mira fijamente a la barista preparándole la bebida con estrellas en los ojos.

—Y de alguna manera todavía se siente demasiado temprano.

—Eso es porque no tienes rutina. —Me encojo de hombros—. Levántate a la misma hora todos los días y después de un tiempo, no será nada.

Ella gira la cabeza en mi dirección, con el maquillaje de anoche corrido debajo de sus ojos.

—Eres como mi papá. Lleva como diez años jubilado y todavía se levanta todos los días al amanecer, hace su café, mira las noticias, escucha pájaros, ¿y para qué? ¿Para reproducir viejos westerns o reposiciones de CSI?

Me río, llevando mi batido de proteína a mis labios.

—Suena como la buena vida.

Ella se burla.

—Sí, excepto cuando intentas colarte en casa a las cuatro de la mañana y él está sentado en tu cama.

Mi cabeza se gira hacia ella y sonrío, pero la chica detrás del mostrador grita su nombre y ella salta, haciéndonos un signo de paz mientras toma su café y sale por la puerta.

En el segundo en que ella se va, me dirijo a Echo.

—Ves, te dije que ella es relajada.

—Sabes que ahora se está follando a Neo, ¿verdad?

—Sabes que me importa una mierda, ¿verdad? —Sonrío.

Echo se ríe, empujándose para ponerse de pie.

—Vámonos de aquí, hombre, necesito ir al centro de estudiantes para imprimir algunos gráficos.

Nos dirigimos hacia el centro, pero antes de llegar a él, una bola de cabello familiar me llama la atención.

Tutora Girl y la exchica de mi chico Coop, Bianca, están subiendo los escalones del edificio de matemáticas, riéndose de algo en sus teléfonos.

Sonrío.

Tiene amigas y es capaz de sonreír sin ocultarlo como lo hace la gente normal. ¿Quién se lo iba a imaginar?

Me rio cuando Bianca aprieta sus mejillas y planta un beso donde estaba su mano antes de entrar al edificio.

Alejándome rápidamente de Echo, subo corriendo los escalones hasta donde Meyer se detiene.

Está apoyada contra la pared de piedra, así que me coloco detrás de ella.

—¿Qué pasa, Tutora Girl? Veo que todavía estás viva y respirando.

La parte superior de su cuerpo gira para mirarme y se lleva el teléfono al pecho.

—No sabía que conocías a Bianca. —Sonrío al gran edificio de piedra—. ¿Tu próxima clase es aquí?

—Tobias, hola —dice en voz baja, poniendo una sonrisa tensa y falsa para los imbéciles que no se me escapa—. ¿Qué… puedo hacer por ti?

—Wow, ¿va a ser así? —Me cruzo de brazos, frunciendo el ceño hacia ella—. En tono profesional, ¿eh?

Sus cejas se juntan y rápidamente mira a su alrededor.

¿Otra vez con esa mierda de esconderse cuando está conmigo?

A la mierda con eso.

Pongo una sonrisa, estoy hablando en serio, *voy a divertirme un poco* y doy un pequeño paso hacia adelante, riendo internamente mientras sus rasgos se ponen tensos.

Su cabeza se echa un poco hacia atrás, sus ojos se tensan con sospecha, y con razón.

—Vamos, bebé —ronroneo, diciéndolo con voz gruesa y un poco más fuerte de lo necesario—. ¿Justo anoche me estabas llamando *papi*, y ahora ya soy otra vez Tobias? —chasqueo, dando otro paso hasta que su espalda se encuentra con la pared. Ella trata de huir, pero no hay escapatoria.

—Detente —sisea, dándose la vuelta para evitar compartir el mismo aire que yo.

Lástima por ella, me agacho para alcanzar su altura.

—Creo que tus palabras anoche fueron *no te detengas.*

—Oh, Dios —susurra, dejando caer la barbilla sobre su pecho mientras los demás a nuestro alrededor fingen no estar rondándonos, con la esperanza de atrapar algo de suciedad volando.

—Creo que necesito repetir, Tutora Girl. —Deslizo mi dedo índice por su brazo, pero ese hijo de puta se congela justo donde está, en la suave parte inferior justo por debajo de su codo.

Los ojos de Meyer se cierran brevemente con mi toque, y mis cejas se juntan. Nuevamente, con esa pequeña parte de la boca, tiende a dar un pequeño jadeo, pero espera...

Miro donde descansa mi toque.

¿Eso es... *piel de gallina?*

De ninguna maldita manera.

Me preparo para hacerlo de nuevo, tirando mi cabeza ligeramente hacia atrás para poder captar cada pequeño movimiento que pueda hacer, pero antes de tener la oportunidad, mueve su hombro hacia atrás y mi mano cae a mi lado.

—Vete. —Ella niega con la cabeza, negándose a mirarme.

Quiere ignorarme, como si no estuviera reaccionando a mi toque cuando claramente lo está haciendo.

No lo entiendo y no sé qué hacer con su flagrante desprecio por mí como persona, así que hago lo que acostumbro. Lo que yo sé hacer.

Lo que todos esperan.

Juego con ella un poco más.

—Sí, lo que necesito es repetir... —Sigo adelante, me acerco más a ella y hablo aún más alto—. Tal vez no dejé mi marca, ¿no?

Sus ojos se cierran con fuerza, se abren rápidamente y se estrechan hacia mí. Hay una pesadez detrás de ellos que me hace relajarme lentamente.

Inseguro de lo que sucedió y por qué se está enjaulando aún más, estoy a punto de pedir una tregua. A pesar de lo que probablemente ella se convenza a sí misma, no estoy tratando de lastimarla. Solo estoy jugando con ella.

Pero Tutora Girl hace lo que no muchas chicas pueden. Ella me sorprende.

Meyer se empuja contra la pared, la pequeña pelota en su cabeza rebota con la sacudida repentina y borra el espacio que le devolví, alinea su cuerpo con el mío, y un repentino indicio de ira tensa sus rasgos.

—No te preocupes, *papi* —dice con convicción y una pizca de provocación sensual, pero tengo la sensación de que es para el show—. No podría olvidar nuestra noche juntos, aunque lo intentara.

Ella pasa empujándome. Se acabó la sensualidad coqueta que su postura y su voz mantuvieron durante cinco segundos completos y en su lugar hay una chica resuelta lista para repartirla.

Tutora Girl se da la vuelta y sus ojos volcánicos se clavan en los míos.

—Y créeme, lo he intentado.

Ante eso, las personas alrededor ya no pueden fingir que no estaban escuchando a escondidas, y la risa sigue rápidamente.

Sonrío y me encojo de hombros, porque ¿quién diablos es ella y qué diablos fue eso?

Una actuación falsa que básicamente saqué de ella.

Trato de no mirar fijamente mientras corre por el patio, con esas caderas balanceándose con ira, ese culo, que no puedo ver pero puedo imaginar jodidamente bien, burlándose de mí mientras se dirige a quién diablos sabe dónde, pero no puedo ayudarme. Mi atención está jodidamente pegada a ella.

Ni siquiera debería estar aquí, no hay tutoría ni clases por la mañana, eso es lo que me dijeron, eso es lo que ella sigue diciendo. Probablemente sea mentira.

Meyer se detiene para ajustar su bolso, así que pretendo no estar mirándola, esperando que encuentre una razón para mirar hacia atrás y ver si todavía estoy parado en la puerta donde me dejó, pero no lo hace.

Es jodidamente raro. Irritante.

Francamente frustrante.

Las chicas siempre miran hacia atrás, ¿verdad? ¿Y quién diablos es ella para voltear el libro de reglas y el juego que estaba jugando con ella?

¿Y por qué *diablos* estos idiotas miran en la misma dirección que yo?

Esto es una mierda.

Dos veces.

Llamé a Tutora Girl *dos veces* hoy.

Sí, la *llamé*, no le envié mensajes de texto. ¿Quién hace eso? Jodidamente nadie, eso es quién, pero cuando ella no respondió ni se molestó en abrir los cuatro o cinco mensajes que le envié; lo sé porque no hay una marca de verificación; ¿qué se suponía que debía hacer?

Tengo trabajo que hacer en anatomía y necesito que ella me ayude.

A quién le importa si es una página o dos de palabras de vocabulario fáciles. ¿Por qué debería examinarme a mí mismo cuando ella puede hacerlo por mí? es su trabajo, a ella le pagan por ayudarme, más que a nadie más. Entonces, llamé a la chica, una vez cuando llegué al estadio, y otra vez después de mi ducha posterior al partido. Ella no respondió en ninguna de las dos ocasiones.

Esta jodido.

Terminé con las clases del día, y el equipo se reunió temprano esta mañana para filmar, así que tengo otras cosas que hacer hoy además de la tarea.

Un profundo suspiro se escapa cuando me pongo de pie y salto de la mesa de picnic en la que he estado sentado durante los últimos cuarenta minutos, la mesa que está justo enfrente del centro de tutoría en donde cierta chica de ojos marrones todavía tiene que entrar o salir.

Claro, la puerta dice que cerraron a las cinco, pero apenas son las siete y puedo distinguir la forma de los cuerpos a través de la ventana, ninguno que pueda siquiera comenzar a rivalizar con el suyo, pero aun así. Ella podría haber estado en la parte de atrás o algo así.

Me llamará eventualmente. Creo.

Probablemente no, ya que nunca hace lo que espero que haga.

Tal vez si creo que no lo hará, ¿lo hará?

Que me jodan, me estoy confundiendo a mí mismo.

Molesto como la mierda, me dirijo al único lugar fuera del campo que me permite escapar, el gimnasio.

—Oh, hombre, ¿es Tobias Cruz al que veo?! —grita mi chico Noah mientras entro al gimnasio.

Riendo, me dirijo hacia donde está trabajando con pesas de mano y bandas de resistencia.

Noah es el mariscal de campo titular aquí en Avix. Es un jodido dios y humilde como la mierda. En la temporada baja nos vemos mucho aquí, pero cuando uno de nosotros está en temporada, es impredecible. No he visto al hombre desde antes de las vacaciones.

—¿Cómo has estado, hermano? ¿Ya te abriste camino a través del equipo de baile? —Sonrío.

Él niega con la cabeza, con una sonrisa fácil en su rostro.

—No exactamente, Cruz. No exactamente.

Mira, Noah no es como yo, así que le doy una mierda cuando puedo.

No se acuesta ni se come la atención, y recibe mucha. Honestamente, no creo que se sienta cómodo con nada de eso, con la atención y las faldas interminables que creen que tienen derecho a tu tiempo ya que están dispuestas a darte el suyo.

Yo tampoco, al principio, pero una vez que me di cuenta de que cualquier cosa buena que hiciera se vería negativamente en los periódicos de la escuela, seguí adelante y les di algo más de qué hablar, la única otra cosa que eligieron publicar cuando se trataba de mí.

El Pitcher Playboy haciendo honor a su nombre.

Estoy seguro de que Noah obtiene lo suyo, pero apuesto a que es con una chica, una chica que está en el mismo barco que él, alguien enfocada en la escuela y no interesada en el estilo de vida de los chicos de fraternidad.

Es un maldito buen tipo.

Tomo el espacio a su lado.

—Lo estás matando ahí fuera, matando de hambre a esos cazatalentos. —Él sonríe.

—Oye, estoy tratando de mantenerme al día con la temporada que tuviste. —silbo—. Maldita sea, Noah. Tu trasero va a quemar un gran agujero en los bolsillos de algunos hijos de putas ricos el próximo año, amigo mío. Te irás en la primera ronda, sin duda.

Mira hacia otro lado con una risa baja, pero no dice nada.

¿Ves? Humilde como la mierda.

Buen amigo, gran estudiante.

Apuesto a que a Tutora Girl le gustaría alguien como él.

Me congelo, medio extendido para levantar una mancuerna.

¿Qué mierda fue eso?

No, no.

Me importa una mierda qué haga o con quién en su tiempo libre, siempre y cuando mi trabajo sea sólido y pueda jugar a la pelota.

¡Pero! Si ella está ignorando mis llamadas porque está con un imbécil, eso no está bien.

Hijo de puta, *sueno* como una perra.

Con un gemido, levanto mi bolso del suelo e ignoro la ceja levantada de Noah.

Salgo corriendo por donde entré, con el teléfono ya en la oreja, listo para delatarla como un niño pequeño porque sí, aparentemente he alcanzado ese nivel de... no sé, ¿rencor? Molestia.

¿Decepción?

—Hola, chico —responde al primer timbre.

Miro al campus despejado.

—Entrenador.

—Hola, Cruz —se grita desde mi izquierda al mismo tiempo que el entrenador Reid pregunta—: ¿Qué está pasando?

Me giro para encontrar a Neo y Gavin, asintiendo con la barbilla.

—Recogeremos a X y nos dirigimos a Trivies. ¿vienes? —él dice, con sus manos ahuecadas alrededor de su boca.

Me detengo en seco.

Eh. Es una posibilidad remota, pero es una posibilidad.

—Lo siento, entrenador. Marqué mal. —Sonrío, termino la llamada y les grito a mis chicos—: Estoy dentro.

Me dirijo en su dirección.

Veamos si Tutora Girl se ha acostumbrado a caminar sola en la oscuridad.

Unas horas más tarde, y ahí está, cruzando la calle poco iluminada.

Quiero gritar su nombre, regañarla por su elección imprudente, y hacerlo de nuevo cuando ponga los ojos en blanco ante mi diatriba.

Pero luego se mueve, y la farola de mierda atrapa algo pequeño en el interior de su chaqueta. Una insignia de nombre. Se mueve de nuevo y distingo el logo en su top, pero no es un top.

Es un delantal de la hamburguesería que queda bajando calle.

Estaba en el trabajo.

Está caminando sola a casa, muy tarde en la noche, del *trabajo.*

No por diversión y escapadas, sino porque debe hacerlo. Caminar y trabajar, quiero decir.

Ella tampoco lo haría si no lo necesitara, ¿verdad?

Espera, ¿tiene dos trabajos?

En lugar de hacer nada de lo que estaba a punto de hacer, doy un paso más en las sombras, la sigo a cierta distancia desde mi lado de la calle y una vez que está a salvo y cruza los terrenos del campus, y el guardia de seguridad avanza en su carrito de golf a su lado, me dirijo a casa.

No sé por qué, pero hago exactamente lo mismo al día siguiente.

11

Tobias

—¡¿No es jodidamente falso?! —Los labios de Meyer se curvan hacia arriba cuando agarra el papel que estoy sosteniendo frente a ella. Lo escanea y esa sonrisa suya crece.

Riendo, repito sus palabras.

—No es falso.

—Eso es excelente para un examen sorpresa.

—Tengo una tutora "asesina".

Finalmente, sus ojos se levantan hacia los míos y mueve la boca hacia un lado.

—No repasamos esta sección, leíste esto en el autobús de regreso de tu juego de Arizona. Todo esto eres tú, Tobias Cruz. —De nuevo, con esa sonrisa—. Siéntete orgulloso.

¿Lo estás tú?

Meyer se aclara la garganta y mira a su alrededor, con un pequeño ceño fruncido a lo largo de sus cejas.

—¿Dónde está tu bolso? —pregunta, colocando un mechón suelto de cabello detrás de su oreja.

—No tuve la oportunidad de comer después de la práctica, ¿te parece bien si compramos una pizza? Hay un patio en el que podemos trabajar.

Su rostro se suaviza y mira a través de la hierba.

—Mmm.

—No te arrepentirás. Tienen la mejor salsa que hay.

Con la cabeza agachada, dice tímidamente:

—Solo tengo dos horas.

—Lo sé. —No soy tonto, está aquí porque se le necesita, pero eso no significa que tenga que seguir así, ¿verdad? Saco las llaves de mi bolsillo y camino hacia atrás hacia el estacionamiento—. Está a solo un par de kilómetros de aquí, tengo mi camioneta. —Mis ojos recorren su rostro sin maquillaje—. Te traeré de regreso a tiempo, Tutora Girl, lo prometo.

Ella comienza a mordisquear su labio inferior y respiro lentamente, deseando que mi polla se comporte.

Lo entiendo, amigo mío, estás jodidamente muerto de hambre.

Los ojos marrones de Meyer vuelven a los míos y dice:

—Está bien.

—Espera, ¿en serio? —Mi cabeza se jala hacia atrás.

—Dije que está bien. —Ella se ríe, moviendo su mirada hacia el cielo.

—Bueno, está bien. Por aquí, Tutora Girl. —Salto de la acera, desbloqueo y abro la puerta de mi Dodge Ram para ella—. Súbete a George.

Ella me mira con una expresión tonta.

—¿George?

—Así es.

—Eso es extraño.

—¿Alguna vez conociste a un George que no fuera un hijo de puta confiable? —Levanto una ceja, caminando alrededor del capó hacia mi propia puerta—. Apuesto a que no.

Aprieta los labios mientras sube al interior de la cabina y, unos segundos después, doy vuelta hacia la calle principal.

Pizza aquí vamos.

Meyer pasa los dedos por el marco de la puerta, mirando hacia el techo y hacia el sistema estéreo que aún tengo que encender.

—Esto es realmente agradable.

Sonrío.

—Ventajas de ser un pitcher.

Ella asiente, volviendo la cabeza hacia la ventana.

—Por supuesto.

Le doy una mirada rápida, pero no vuelve a mirar hacia adelante, no hasta que estemos estacionados y saliendo.

Examina el pequeño-hoy-en-la-pared, un restaurante familiar que encontré en mi primera semana aquí como estudiante de primer año. Es viejo y necesita una nueva capa de pintura, también le vendría bien un nuevo estacionamiento y un letrero, pero la comida es deliciosa, la salsa es casera y la pareja, amable como la mierda.

En el interior, Franny, la mamá del lugar, nos saluda con una sonrisa curtida y un saludo.

—¡Cómo estás, cariño, ven aquí, y trajiste a una amiga! — Rápidamente gira la cabeza y grita—: ¡Joe, ven aquí, Tobias está aquí y trajo a una amiga!

Meyer levanta la mano, disfrazando su risa como una tos baja.

Le doy un abrazo a Franny y le doy la mano a Joe cuando sale de detrás de la puerta batiente un momento después.

Joe me da palmaditas en la espalda.

—Han pasado un par de semanas, ¿eh? Pensé que nos habías cambiado por ese nuevo antro al final de la calle.

Me río.

—No yo, Joe, no yo. —Me dirijo a Meyer—. Esta es Meyer, también va a la escuela en Avix.

—Bueno, mírate. —El anciano le sonríe—. No tienes toda esa mierda en el rostro y sigues siendo más bonita que este. —Mueve la cabeza hacia mí, besa a su esposa y desaparece detrás de la puerta una vez más.

Franny se ríe, se presenta y nos hace sentar en el patio trasero.

Meyer niega con la cabeza cuando Franny se va y luego se gira hacia mí.

—Ellos son tan lindos.

—Sí, quiero ser ellos cuando sea grande. —Yo sonrío.

Ella me ve y una mirada de sorpresa cruza su rostro.

—¿Qué?

—Supongo que eso no es algo que esperaría que dijeras.

—¿Me pregunto por qué? —bromeo, sabiendo exactamente de dónde viene—. Sabes que no puedes creer todo lo que escuchas... o lees.

Su risa es ligera, y mientras baja la cabeza, esos ojos se aferran a los míos.

—¿Estás de acuerdo con pepperoni? Suena aburrido, pero Joe es fuego, lo juro.

—No te preocupes por mí.

—Vas a comer conmigo.

Su sonrisa es tímida.

—No sabía que querías salir a comer, me gusta dejar mi billetera en casa para no gastar espontáneamente.

¿Una comida rápida es gastar espontáneamente para ella?

Mientras pienso eso, una sensación de aversión se apodera de mí.

Veinte dólares tampoco fueron tan fáciles para mí siempre. Mis padres vivieron de cheque en cheque toda su vida, y lo poco que tenían lo ahorraban. Tal vez necesito recordar eso la próxima vez que vaya a la tienda de comestibles.

Sacudí mis pensamientos.

—Al contrario de lo que puedas creer, o de la impresión de mierda que di con todo el "sé mi esclava con la tarea escolar", no soy un completo imbécil. —Me inclino hacia adelante—. No te invitaría, ordenaría una pizza y esperaría que pagaras por algo de ello.

—Supongo que tendré que creer en tu palabra.

Una risa me deja, y ella sonríe ante su broma, pero la oculta concentrándose en sacar su computadora portátil de su bolso.

—De pepperoni no es aburrido, por cierto. —Me mira y levanta una ceja con una sonrisa juguetona—. Es un clásico.

Maldita sea, así es.

Un poco más de una hora después y una pizza grande dentro, mis tareas están listas. Ya hemos repasado algunas ideas para mi próximo ensayo en inglés, y oficialmente no tengo trabajo urgente que deba manejar... pero ella no ha pedido irse todavía.

De hecho, se puso de pie y conversó con Franny durante varios minutos sobre las plantas y cómo mantenerlas vivas, mientras yo la veía, terminándome los últimos palitos de pan.

Sin embargo, ahora está de vuelta en su asiento, se ha quitado esa horrible sudadera e incluso ha dejado caer una sandalia al suelo debajo de la mesa, con una de sus piernas ahora doblada en la silla.

Y justo en este segundo, está aceptando una recarga de té helado, solo después de asegurarse de que no sea una tarifa adicional.

Meyer suspira, sonriendo a su vaso mientras me mira.

—Avanzamos mucho hoy. Si haces tu lectura esta noche y tus profesores cumplen con sus horarios mañana, no tendrás trabajo mientras estés fuera los próximos dos días.

Asiento con la cabeza, mirándola, y aunque creo que quiere apartar la mirada, no lo hace.

—Todavía tenemos una buena media hora antes de que tengamos que regresar.

Por primera vez hoy, saca su teléfono de su bolso.

—Parece que sí.

—Léeme.

Sus ojos se abren.

—¿Qué?

—¿Las secciones que me quedan? Léemelas.

Su pecho se calienta, un rojo suave cambia el color de su piel blanca, y quiero estirar la mano, pasar mi nudillo por el lugar para ver si está caliente al tacto.

Apuesto a que sí.

Algo me dice que no es capaz de hacer nada a medias, ni siquiera de una dosis repentina e incontrolable de adrenalina que hace que uno se sonroje.

Ella es fuego, lo sé, y llámame maldito piromaníaco porque, maldita sea, si no anhelo la llama.

Para ser honesto, no estoy seguro de qué hacer con esta chica, es tan caliente y fría.

De acuerdo, tal vez nunca esté caliente, pero definitivamente llega a ese nivel tibio, como la botella de agua medio vacía que sacas de tu asiento trasero cuando te mueres de sed.

Pero supongo que ella podría decir lo mismo de mí. La parte fría y caliente, quiero decir.

Soy tan bueno como un latigazo cervical cuando se trata de ella, lo sé, pero ella me hace eso. Confunde mi mente y envía ondas de choque a través de mi cerebro que no calculan de la forma en que estoy acostumbrado. Mi reacción inicial siempre es hacer lo que se espera, *ser* quien ellos esperan cuando las cosas a mi alrededor comienzan a sentirse agrias o nuevas. Inesperadas.

Pero tal vez esa es la forma incorrecta de hacerlo en lo que a ella respecta.

Tal vez no espera nada de mí en absoluto.

Eso es ideal, inigualable, aterrador y *electrizante.*

Lamiendo mis labios, inclino mi cabeza un poco.

—¿Por favor?

Al principio, creo que se negará, pero Meyer se acerca, arrastra lentamente mi libro de texto de historia hacia ella y abre la página con la siguiente pestaña verde que me agregó la semana pasada.

Toma un pequeño sorbo de su té dulce y luego comienza en la línea uno.

Ella me lee sin pausa y yo la observo todo el tiempo.

La forma en que se acomoda el cabello cada par de párrafos y cómo se sonríe cuando llega a una parte que le interesa, y la forma en que su voz se eleva un poco cuando siente que ha llegado a un concepto de importancia y quiere asegurarse de que estoy concentrado.

Ambos pies ahora están descalzos y posados en la silla, con sus rodillas presionadas contra el borde de la mesa, y tiene el libro sobre sus muslos. Con cada vuelta de página, su cabeza se inclina de izquierda a derecha, y cada cinco minutos, ciegamente, baja la barbilla para tomar la pajita entre los labios del vaso que tiene pegado al pecho.

Solo cuando se hace un fuerte sonido de sorber pierde la concentración.

Sus ojos vuelan hacia los míos, avergonzados, y de regreso al vaso ahora vacío.

Una risa baja me deja, y me siento en mi silla, rápidamente echando un vistazo furtivo al reloj.

—No estoy seguro de que tengamos tiempo para otro vaso, pero apuesto a que Franny te dará uno para llevar.

—¡Por supuesto que lo haré! —Franny grita desde donde sea que esté escuchando a escondidas.

Meyer sonríe tímidamente mientras desliza sus pies en sus sandalias y se pone de pie, comenzando a guardar sus cosas en su mochila, así que yo hago lo mismo.

Antes de que yo pueda, ella vuelve a tomar mi libro y no digo una palabra, pero nos guía hacia el frente del restaurante. Franny se acerca, me pasa dos vasos grandes de unicel y le entrega una bolsa para llevar a Meyer.

—¿Qué es esto? —Meyer sonríe, mirando dentro.

—Eso es media docena de nudos de canela y no se pueden compartir con este. —Franny me da una palmada en el pecho—. Ven a vernos, ¿quieres?

—Lo haré —promete, agradeciéndole de nuevo—, y no te preocupes, no voy a compartir esto con él. Mi amiga viene esta noche para ver una película y le encantan los dulces. Le acabas de hacer la noche y ella ni siquiera lo sabe todavía.

Franny guiña un ojo y sale corriendo a contestar el teléfono.

—Regresarás en unas pocas semanas para ayudarme a terminar la terraza, ¿eh, Tobias? —Joe dice desde algún lugar en la parte de atrás—. ¡Casi hemos terminado con ella!

—Sí, señor, lo haré. Avísame una vez que se haya entregado.

—Sabes que lo haré, y trae a esa chica contigo cuando vengas, ¿eh? ¡A Franny le gusta!

Riendo, miro a Meyer.

—¡Nos vemos, Joe!

—¡Sí!

Salimos y ella se gira hacia mí.

—¿Les estás construyendo una terraza?

—Ayudando.

—¿Como un patio o…?

—Sí, como una cubierta de patio. —Volviéndome, señalo el costado del edificio—. No se puede ver desde el interior del restaurante, pero su casita está pegada a la parte de atrás. Si vas por aquí, ahí es donde está su puerta principal. Tienen una bonita mesa pequeña y algunas sillas cómodas, pero

hay que bajar unos cuantos escalones. Al final de su día en el restaurante, les duelen las rodillas, pero no les importa, salen todas las noches, al menos por un rato.

—Es su momento de tranquilidad juntos.

Asintiendo, miro a Meyer.

—Una de las veces que vine, me preguntaron si quería visitarlos un rato, así que lo hice. Lo siguiente que supe fue que estábamos en la ferretería —digo con una risa y Meyer sonríe, colocándose el cinturón de seguridad en su lugar—. Ayudé a mi papá a poner una cerca nueva hace años, así que sabía a medias lo que estaba haciendo, aunque YouTube ayudó muchísimo.

—Apuesto a que significa mucho para ellos, tener tu compañía y tu ayuda.

—Para mí también, no hay muchos lugares a los que pueda ir por aquí y quitarme la gorra, por así decirlo. —Miro en su dirección brevemente, y sus labios se contraen—. ¿Eso me hace sonar como una perra?

Meyer se ríe, negando con la cabeza.

—No, no lo hace.

Sonrío y regreso al campus.

Estoy a punto de entablar una conversación al azar en un esfuerzo por mantenerla hablando, pero entonces Meyer agarra su té del portavasos y abre mi libro una vez más.

Continúa donde lo dejó, así que reduzco mi velocidad y tomo el camino largo a casa.

Meyer

He estado tratando de abrirme camino a través de un solo capítulo de mi libro de sociología durante la última hora, pero cada pocos minutos, me doy cuenta de que estoy mirando fijamente la página, con mi mente en otra cosa completamente diferente.

Más bien como en alguien más.

Y pensar que me senté ahí completamente absorta en leerle su libro durante casi una hora. Algo me dice que no tiene nada que ver con las palabras en sí, y eso es una revelación aterradora.

¿Una revelación no deseada?

Si estoy siendo honesta conmigo misma, hoy fue agradable. Me atrevo a decir, necesario.

Han pasado semanas desde que estuve fuera del campus por cualquier motivo que no fuera obligatorio, y esta tarde, mientras técnicamente estaba trabajando, se sintió como un pequeño descanso por el que no sabía que me moría. No puedo precisar cuándo exactamente mi vida se convirtió en una rueda de hámster, pero durante mucho tiempo ha sido despertar, subir a esta rueda, lavar, enjuagar y repetir.

No me sentía así hoy. Hoy, mi mente no tenía dos tareas por delante, y tengo que agradecerle a Tobias por eso.

La breve conversación con Franny fue relajante de una manera que extrañaba. Tiene esa naturaleza de madre natural sobre ella, pero las fotos que cubren las paredes hogareñas me dieron la impresión de que tal vez nunca haya sido bendecida con el papel que le hubiera gustado.

Es fácil ver que está enamorada de Tobias, lo cual es tan sorprendente como se esperaba.

Él es más que encantador y completamente exagerado, pero estoy empezando a darme cuenta de que algo de eso no es él. La mayor parte lo es, pero no todo.

Sí, es extremadamente arrogante, pero se ha ganado el derecho. Realmente está en la cima del juego, por lo que no es como si su ego estuviera inflado en lo que respecta al béisbol, y el resto... no lo sé.

Se dice que el Pitcher Playboy es ególatra, un chico malo con buen ojo para los problemas, atado por un aire demasiado celestial para que otros lo respiren.

Él es un problema, eso es seguro, pero tengo la sensación de que no infló la burbuja que la gente dice que lo rodea. Creo que quiere que alguien se acerque un poco más, que mire un poco más profundo.

Quiere que alguien abra los ojos y mire los suyos sin prejuicios.

O tal vez simplemente no le importa lo que piensen los demás, y hace lo único que puede.

Acepta los conceptos erróneos por lo que son, más allá de su control.

Si le importara mantener algún tipo de imagen, si *encajara* en dicha imagen, Franny and Joe's es el último lugar en el que habríamos terminado hoy.

Se preocupan por él, eso era obvio, pero lo sorprendente, al menos al principio, fue que el hombre también se preocupa por ellos. Una pareja de ancianos adorables, trabajadores y sin vínculos con él.

Sin ataduras, pero una emoción sentida en común, una que conozco muy bien.

Soledad.

Suspirando, cierro mi libro de texto y tiro de la manta hasta mi barbilla.

No estoy tan segura de que haya sido bueno ver este lado de Tobias Cruz, pero tampoco estoy tan segura de arrepentirme.

12

Tobias

Cómo estos hijos de puta me dejan levantarme a batear, no lo sé.

Tal vez el chico lindo de cabello largo quiera intentar y probar un punto, ser el único hijo de puta que podría decir que ponchó al chico, pero qué idiota es.

Le dio una base por bola a Xavier, el hijo de puta más rápido del equipo, y ahora tenemos uno en tercera y primera. Ahora solo estamos arriba por uno, pero todo lo que tengo que hacer es llegar a la primera y X llegará a home, sin duda.

Entonces, cuando suena *Winner* de *Jamie Foxx* y la multitud se vuelve loca, sí, incluso los fanáticos del equipo local me aman, balanceo mi bate y me dirijo hacia la caja de bateo.

—¿Cómo estás, hijo de puta? —le digo al catcher mientras mantengo mi ojo en el hombre en el montículo.

—Que te jodan, Cruz.

—Después de tu chica, ¿sí, Hanson?

—Eres una polla.

—Gruesa y larga, mi hombre. Ahora dile a tu hombre que me golpee con esa bola rápida que parece favorecer. Mírame dejarlos en ridículo.

El árbitro da su visto bueno, el pitcher mueve la barbilla y aquí vamos.

Casi podría reírme un segundo antes de que deje su mano.

¿Realmente le está sirviendo al rey de la curva, una maldita curva?

Al diablo con la primera base, esta bola va al muro.

El choque del corcho y la goma contra el metal suena con el contacto y la pelota vuela exactamente donde se supone, demasiado jodidamente lejos para atraparla.

X entra y doy la vuelta hasta tercera, aplaudiendo como un imbécil mientras llego, sacudiéndome las rodillas como el detestable hijo de puta en el que me convierto en el campo.

El pitcher sale del montículo, así que levanto los brazos con una sonrisa, pero su entrenador grita algo desde el banquillo y el punk se da la vuelta.

Sabe que no puede ganar ahora, no cuando vamos ganando por tres con dos fuera y de vuelta al puesto cuatro en nuestra lista de bateo. No cuando están en la parte inferior de la suya y todavía estoy listo para tomar el montículo.

Sabe que nunca llego a mi número máximo de lanzamientos. Cuando empiezo un partido, lo termino, a menos que ganemos por una tonelada, entonces cambio y dejo que el número dos termine.

Este juego es nuestro, tal como sabíamos que sería.

Como ellos sabían que sería, y mañana por la mañana volveremos a ganar, arrasando en la serie.

Mi entrenador de tercera base, que resulta ser Cooper hoy, el maldito marrullero, se acerca.

—Crees que están amargados ahora, espera hasta que nos presentemos en su club esta noche y obtengamos la primera elección sobre sus chicas.

Me río.

—Los pobres bastardos están a punto de desarrollar un odio loco por los martes.

Nuestro shortstop se acerca al bate, golpea una línea que pasa a segunda y entro, pero lo atrapan en primera, así que regresamos al campo.

Dos ponches y un elevado más tarde, nos dirigimos al vestidor, con otra victoria bajo nuestros cinturones azules.

El entrenador Reid entra sonriendo con lápiz labial rojo brillante en la mejilla.

—Hay una doble de la Kardashian esperando en el túnel por el número once. —Me sacude el hombro al pasar—. Le dije que liderarías el primer grupo en salir por la puerta, hijo.

Me río, tirando de mi camiseta por encima de mi cabeza.

—Buen aspecto, entrenador.

—¿Tiene a sus hermanas con ella, entrenador? —grita Echo, azotando mi cadera con su toalla.

Los chicos comienzan a planificar la noche, hasta elegir a las inexistentes hermanas Kardashian que esperan al equipo ganador. Planeamos ir al bar del campus para comenzar la noche. No podemos beber y solo tenemos un par de horas antes de que se apaguen las luces, por el juego temprano mañana y todo eso, pero a veces eso es todo lo que necesitas. Una hora sólida.

Como dijo el entrenador, las chicas están esperando al final del túnel y no pierden el tiempo para presentarse. Miro el campo ahora vacío con una sonrisa, pero mientras lo hago, las luces del estacionamiento se encienden en la distancia, y un ceño fruncido instantáneamente toma el control.

Está oscureciendo, estoy a unos buenos ochocientos kilómetros de Oceanside, y hay una chica que podría estar caminando sola en la oscuridad esta noche.

Mierda.

Me separo del risueño grupo, tomo mi teléfono de mi bolsillo y busco el número de Meyer, pero mis dedos se detienen ahí.

Entrecierro los ojos, mirando a la gente que se amontona en sus autos y se marcha.

Ella no tiene ni idea de que la seguí a casa esas pocas noches, entonces, ¿qué diablos se supone que debo decir? Ayer no la seguí porque la oí decirle a Franny que vería a su amiga, así que sabía que no estaría trabajando. Una vez que escuché eso, olvidé recordar que hoy también me iría.

Claro, Oceanside es una ciudad lo suficientemente segura, pero hay delincuencia en todas partes, y una chica sola, en la oscuridad cerca de un

bar, es una situación que no debería existir. Especialmente si esa chica es ella. Punto.

—¡Cruz, pongámonos en marcha!

Me giro cuando Echo me llama, uno de sus brazos envuelve a una rubia, y el otro a una morena.

Morena.

Mierda.

Miro mi teléfono y presiono el botón de llamada.

Esperando completamente que lo ignore, como suele hacer, camino hacia el grupo, pero luego la línea deja de sonar y un suave y pequeño "hola" llena mi oído.

Me detengo en seco, con la satisfacción curvando mis labios.

—¿De qué se ríe ese tonto? —Neo bromea, lanzando su gorra al aire y atrapándolo en su cabeza en un intento de impresionar.

Le muestro el dedo medio y me alejo.

—¿Tobias?

—Hola.

—Hola. —Su tono es burlón.

—Eh, estoy en Arizona.

¿Qué demonios? No jodas, estoy en Arizona. Ella sabe eso.

—Ganamos. —Asiento con la cabeza—. No es que hubiera una posibilidad de que no lo hiciéramos, pero...

—Por supuesto que no. —Ella se ríe en silencio—. Pero felicidades de todos modos. Jonny tenía el partido en el centro hoy. Buen lanzamiento.

—Jonny, ¿eh? —Arrugo la frente. Ese bastardo vestido de polo rosa.

Ella duda un momento, y hay algo de movimiento en el fondo.

—¿Tú, quiero decir, hay algo que necesites? Estoy con alguien, así que solo tengo…

—¿Como un estudiante?

—¿Qué?

Me levanto un poco la gorra y miro por encima del hombro a mi equipo.

X levanta los brazos, pero yo me doy la vuelta.

—¿Le estás dando tutorías a alguien en este momento?

—Durante las próximas dos horas, sí.

—¿Quién?

Hermano, relájate. ¿Qué demonios te pasa?

Lamo mis labios.

—¿Sabes qué?, todo está bien. Tenía una pregunta, pero puedo, eh, resolverla.

—¿Estás seguro? —me pregunta—. Mi estudiante está en la fila para alquilar un libro, tengo unos cinco minutos antes de que él regrese...

Él.

Por supuesto, es un él. Probablemente él es todo él y ella es ella y mierda, amigo. Cállate, perra llorona.

—Si te llamo más tarde, ¿estarás libre?

—Normalmente no le presto atención a mi teléfono cuando estoy en casa, pero como me estás diciendo ahora, al menos puedo tenerlo cerca e intentarlo.

Ahí, dijo casa. Eso es todo lo que buscaba.

¿Verdad?

—Tobias hijo de puta Cruz, trae tu culo aquí. ¡Estas chicas tienen sed, si sabes a lo que me refiero! —Gavin grita detrás de mí.

Niego con la cabeza, y le enseño el dedo medio.

—Te dejaré ir —dice ella, con un toque de vacilación en su tono.

—¿Ya regresó tu amigo?

—No.

—Entonces, ¿por qué me cuelgas?

—¡Cruz! —otro imbécil grita, más fuerte que el resto.

—Adiós, Tobias.

Frunzo el ceño al cielo.

—Te llamo más tarde, Tutora Girl.

Espero que tengas todo lo contrario a diversión.

Sé que yo no la tendré.

El toque de queda llega rápido y estoy agradecido por eso.

Estoy agotado, el equipo estaba alborotado esta noche, y las chicas más escandalosas que nunca. Era demasiado, y estoy listo para las ventajas de ser el hombre principal: mi propia jodida habitación.

—Entonces, ¿a cuál vas a colar esta noche? ¿La belleza brasileña con acento o la muñeca Barbie con labios como un pez globo? —Echo golpea su codo contra el mío mientras subimos del Uber—. La mía es la capitana del equipo de voleibol. ¡Culo grande, hermano!

Riendo, saco la tarjeta llave y nos deslizamos por las puertas traseras.

—Nada para mí esta noche, amigo mío.

—¿De verdad? ¿Qué está pasando, sufriendo un poco más de AMONLG? —Nos miramos el uno al otro—. ¿Más de 'A Mi Polla No Le Gustas'?

Riendo, empujo su trasero y subo primero al ascensor.

Entra a continuación, bloqueando la puerta con una sonrisa.

—Lo siento, hijos de puta. Tomen el siguiente.

Nuestros compañeros de equipo gimen, maldiciéndonos mientras las puertas de metal se cierran en sus narices.

—Eres un asno.

—Lo sé. —Él sonríe, volviéndose hacia mí con ojos interrogantes—. No has estado ligando últimamente.

Me encojo de hombros.

—No estoy de humor.

—Tú no estando de humor es como conocer a un chef que odia cocinar. No estoy tan seguro de que tal cosa exista.

Las puertas del ascensor se abren y salimos al noveno piso, doblando a la izquierda hacia nuestro bloque de habitaciones.

—Entonces, ¿qué está pasando realmente? —me pregunta.

—La quiero.

—¿A quién, a mi capitana de voleibol?

Me burlo de una risa.

—No, hombre. —Con un suspiro, giro mis ojos hacia los suyos—. A mi jodida tutora.

Sus cejas saltan, y la diversión lo sigue rápidamente.

—Bueno, ahí está, hermano. Yo predije esa mierda cuando ella te aturdió al alejarse de ti sin darte la hora del día.

Me río cuando choca su hombro contra el mío.

—Sí, hijo de puta. Lo hiciste.

Entramos en mi habitación y él se apoya contra el marco.

—¿Supongo que todavía no muerde?

—Es como si no tuviera dientes.

Su cabeza tira hacia atrás en estado de shock.

—Maldita sea, ¿tal vez ella tiene un hombre?

Me dejo caer al borde de la cama, negando con la cabeza.

—¿Tú le preguntaste...? —él adivina.

Lo miro y él se empuja de la pared, entrecerrando los ojos.

—Tú, hijo de puta coño azotado. —Su sonrisa es lenta—. Le preguntaste.

—Tienes que tener coño para ser un coño azotado, imbécil.

—Eso es discutible, mi hermano. —Él se ríe—. Entonces, ¿cuál es? ¿Está libre o tomada?

Pasándome la lengua por los dientes, dejo escapar un suspiro y me giro para mirarlo una vez más.

—Definitivamente no está libre.

Echo entiende lo que estoy diciendo, y sus labios comienzan a curvarse lentamente.

Tutora Girl no tiene un hombre, pero no está libre.

Es mía.

O lo será.

Simplemente no lo sabe todavía.

13

Tobias

—Está bien, una vez más. —Meyer salta de la pared de cemento y se acerca—. ¿El sistema básico que compone el cuerpo humano incluye...?

—Una lista más larga que la historia sexual de Neo.

Ella se ríe y Neo me saca del banquillo.

Hemos estado llevando nuestras sesiones de estudio al campo los últimos dos días porque mi tiempo ha sido limitado y reducir el tiempo con ella, es algo que no quiero hacer. Eso, y si repruebo, estoy jodido.

Esta es la última prueba antes del examen parcial y puede subir o bajar mi calificación. Si me lo tiro, tengo que obtener un noventa o más en el examen parcial y eso suena condenadamente casi imposible.

Neo estaba haciendo ejercicios cuando llegamos aquí ayer, y luego apareció de nuevo hoy para algunos sprints rápidos, pero ya se está cambiando sus zapatos por los ridículos Crocs con lo que se siente cómodo.

Lanzo otra a la red, asintiendo con la barbilla hacia Neo mientras se despide.

—Adiós, Meyer —canta él, dándole su mejor sonrisa y ganándose una de vuelta.

Giro, fingiendo lanzarle una pelota a su trasero y sus manos vuelan hacia arriba, seguido de una risa descarada.

Mis labios se curvan en una sonrisa.

Imbécil.

—Vamos, nombra los primeros tres, al menos.

—Nunca voy a recordar esto. —Vuelvo a la red.

—Sí puedes, dijiste que estudias estadísticas, ¿verdad?

Mis ojos vuelan hacia los suyos, entrecerrándolos, y un atisbo de sonrisa encuentra sus exuberantes labios.

Quiero morderlos.

—Estás en lo cierto, Tutora Girl. Veo veinte minutos de videos de juegos al día.

Ella levanta ambas cejas.

—Y estudiamos durante dos horas casi todos los días, lo tienes. Nombra los primeros tres.

Cuadrando mis hombros, envío la pelota volando, y golpea perfectamente el pequeño cuadrado hecho de cinta roja. Me agacho para recoger otra, frunciendo el ceño cuando encuentro el balde vacío, pero entonces Meyer se acerca. Tiene un papel en una mano, y una pelota en la otra.

La lanza hacia arriba, atrapándola en su camino hacia abajo sin apartar los ojos de mí, con una pequeña sonrisa en sus labios.

—Nombra tres y es tuya.

Giro mi cuerpo para estar completamente frente al suyo y ella cuadra los hombros en señal de triunfo, como si no pudiera simplemente caminar con mi trasero hacia la red y volver a llenar el balde con las treinta pelotas esperando ahí, como ya lo hice una vez.

Ladea su linda cabecita mientras lanza la cosa al aire, pero yo soy rápido y lanzo mi mano para atraparla.

Meyer se lanza hacia adelante con un pequeño gruñido, empujando juguetonamente mi pecho, pero antes de que pueda retroceder, agarro su mano con la mía.

Espero que se aleje, pero no lo hace. Se queda mirando el contacto, así que entrelazo mis dedos con los suyos y ella lo permite, acercándose cuando le doy un pequeño tirón.

Sus ojos encuentran los míos y se quedan ahí.

Se quedan ahí hasta que ella saca su otra mano, arrebatando la pelota de la mía.

Mis hombros caen y ella se libera, y una sonrisa triunfante se extiende por sus labios.

—Se distrae tan fácilmente, señor Cruz.

—Chica, te lo digo, podrías respirar cerca de mí y estaría jodidamente distraído.

Ella se sonroja, apretando los labios hacia un lado para luchar contra su sonrisa.

—A menos que estés en el campo, ¿verdad?

Abro la boca, pero todo lo que sale es una risa.

—Hay una forma de averiguarlo...

Ella pone los ojos en blanco y unos minutos más tarde, estamos guardando nuestras cosas.

Más tarde esa noche, estoy acostado en la cama y no puedo dejar de pensar en ella, pero no es el mismo sentimiento de frustración que tenía antes. Al menos no esta noche.

Vi la forma en que me sonrió hoy, era diferente. No estoy seguro de qué manera, pero lo fue. Entonces, esta noche, voy a dormir bien, porque sé sin lugar a dudas que Tutora Girl también se irá a la cama pensando en mí.

Riendo, doy la vuelta sobre mi estómago, cierro los ojos y me duermo.

Meyer

Bianca entra, con una bolsa colgando de cada mano.

—Okey, tengo dos sándwiches, uno de jamón, uno de pavo, ambos partidos por la mitad y todos los dulces que ofrece el minimercado.

—¿Hay alguna posibilidad de que hayas traído una botella de, dios, algo?

—Cállate, ¿ya dejaste de amamantar? —Ella prácticamente sonríe.

Me río, pero mis hombros caen, y mi mejor amiga intuitiva deja caer las bolsas donde está parada, saltando a la cama en el siguiente segundo.

Cruza las piernas, por lo que sus rodillas tocan las mías.

—Háblame.

—Tengo un problema.

La preocupación enmarca sus ojos y asiente.

—Okey, ¿qué tipo de problema?

Aprieto la nariz.

—Uno alto, bronceado, de aspecto delicioso...

Parpadea y luego vuelve a parpadear, y luego se ríe, cayendo de espaldas y estirando la mano para jalarme con ella.

—¡Oh, Dios, pequeña perra, me asustaste! —Ella entierra su rostro en mi hombro, apareciendo sobre su codo con la misma rapidez con una amplia sonrisa—. ¿Supongo que *no* es una manzana podrida?

—Él no es una manzana podrida. —Me muerdo el labio interior—. Es... como unos dulces Sour Patch Kid, mezclado con esos Skittles blancos misteriosos.

Nos miramos y nos reímos.

—Okey, esto tengo que escucharlo. —Se voltea sobre su estómago, esperando más.

—Él es exactamente lo que se ve por fuera: hermoso, encantador y magnético. Atlético, pero es... es como si hubiera un caparazón duro de expectativas que tiene que llenar porque su empaque exterior le dice que es en el que pertenece, como el epítome de los estereotipos.

—Eso es una mierda, pero tiene sentido.

—Sí. —Asiento con la cabeza—. Pero el relleno dentro del caparazón no está hecho de las mismas cosas. —Hago una pausa, pensando en sus modales arrogantes, y lucho por sonreír—. Okey, algo de eso también está en su interior, pero son las partes honestas. Es arrogante, pero eso es porque es bueno en lo que hace y no se disculpa por eso. Es extrañamente entrañable. —Me río—. Y es encantador, pero viene de cómo se comunica. Es directo, sencillo y no tiene miedo de revelar lo que está pensando. —Mi palma cae sobre mi estómago cuando una sensación de aire comienza a arremolinarse—. Sin embargo, es extraño, porque uno pensaría que alguien que es todas esas cosas sería capaz de ignorar lo que otros dicen, y parece que lo hace en lo que respecta a los periódicos de la escuela y los idiotas del campus, pero puedo decir que no lo hace cuando lo he insultado.

—Espera, ¿qué? —Ella empuja su trasero, frunciéndome el ceño—. Tú no insultas a nadie, ni siquiera a las personas que deberías. —Levanta una ceja—. Entonces, ¿de qué diablos estás hablando?

Lanzo mi brazo sobre mi rostro con un gemido bajo.

—Lo sé, no lo sé, pero te juro que lo hago. Puedo sentirlo. Dudo que él alguna vez lo admita, pero *sé* que a veces hiero sus sentimientos, y su mecanismo de defensa es fingir que no es así, y ahí es cuando sale su Sour Patch interno. Es como si se sintiera categorizado o desairado o algo así, y entonces salta, actuando de la forma en que cree que lo están tratando.

—Meyer. —La miro—. Si se siente "desairado"... eso significa que le gustas y solo quiere que gustarte también. En este momento, parece que no está tan seguro.

Yo trago.

—Sí, lo sé.

Eso también es obvio. Al principio, estaba en sus ojos cuando me miraba, ahora, está en su toque, y siempre encuentra la manera de tocarme. Un roce de su brazo o mano, un agarre de la muñeca. O como hoy, cuando entrelazó sus dedos con los míos y me acercó un poco más.

Hoy lo dejé.

Hoy, olvidé lo complicada que es realmente la situación.

—Pero a ti… —Bianca me atrae de vuelta a la conversación, entrecerrando los ojos—. Te gusta, ¿verdad? ¿Ese es el problema alto, bronceado y de aspecto delicioso aquí?

Me gusta.

Pero no puedo, no debería.

Es egoísta e incorrecto y un desastre esperando a suceder.

Nunca podría ser honesta con él, no ahora.

Bianca percibe mis pensamientos, y una sonrisa de complicidad y tristeza se extiende por sus labios.

—M…

Las lágrimas llenan mis ojos y miro al techo, deseando que se vayan.

La situación es complicada, más de lo que ella sabe, pero creo que es hora de decirle la verdad. *Toda* la verdad.

Así que lo hago.

Pero al final, no hay revelación, no hay solución porque no cambia nada.

No puedo simplemente cortar el cordón e irme antes de que empeore, porque tengo un contrato para pasar de seis a ocho horas a la semana con el hombre, diez cuando los exámenes están cerca.

Así que básicamente, estoy jodida.

No soy tonta, sé que va a empeorar, profundamente, al igual que sé que depende de mí mantener la barrera entre nosotros en su lugar. No será fácil, pero es más que necesario.

No puedo enamorarme de Tobias Cruz, susurra una vocecita en mi cabeza, pero una más sabia y más fuerte responde, *ya lo has hecho.*

14

Tobias

Muevo mi hombro en el sentido de las agujas del reloj y luego en el sentido contrario, estirándome a través del ligero dolor antes de sacar un poco de bálsamo de tigre de mi bolso.

Meyer levanta la vista del paquete que imprimió en el centro de tutoría esta mañana y observa cómo introduzco dos dedos en el pequeño recipiente.

—¿Qué es eso? —me pregunta.

—¿Alguna vez has oído hablar de Icy Hot?

Ella asiente.

—Es algo así, pero este es un analgésico totalmente natural, calma mis articulaciones.

—¿Te duele mucho el hombro?

—Mis piernas, mis brazos, mis hombros. —Me río cuando sus cejas se disparan—. No es nada más allá de lo normal. Realmente no le doy mucho descanso a mis músculos, pero esto ayuda.

Me mira mientras deslizo el ungüento espeso similar a la vaselina sobre mi bíceps y hombro derechos, y mis labios se contraen cuando sus labios se separan un poco. Estoy pensando que ella también se dio cuenta, porque luego vuelve a mirar el papel.

—Mmm, está bien, esa es la última de las preguntas de anatomía. Destaqué las que necesitas agregar a tus tarjetas didácticas antes de la próxima sesión.

Asiento, acepto el papel cuando me lo entrega y me pongo de pie.

—Sabes, eres realmente buena en lo que haces.

Sus ojos vuelan hacia los míos, y la sorpresa en su expresión me dice que no esperaba tal cumplido de mi parte.

—Hablo en serio, tienes un don para lo que haces.

Un toque de rosa tiñe sus mejillas y mira hacia abajo.

—Gracias.

—¿Eso es lo que quieres hacer? —le pregunto, repentinamente curioso—. ¿Ser maestra, profesora universitaria tal vez?

Se le escapa una risa vacilante y se pone de pie, comenzando a guardar en su bolso como lo hago yo.

—Sí, creo que las personas llegarían un poco más alto, y creerían más en sí mismas si más personas se preocuparan por ayudarlos a comprender. Me gustaría hacer eso por alguien.

—Haces eso ahora.

Una vez más, su mirada se dirige a la mía, se forman pequeñas arrugas a lo largo de su frente, como si estuviera confundida, pero no debería estarlo.

—Lo haces.

—No sé de qué hablas, pero...

Me acerco a ella.

—Lo haces. Trabajas duro, te importa y se nota.

Ella me mira fijamente por un largo momento, y luego se encoge un poco de hombros.

—No, solo quiero tener el verano y las vacaciones libres del trabajo —se burla de sí misma.

Me río y su risa sigue la mía.

Mirando hacia el montículo, me volteo hacia ella.

—¿Quieres aprender a lanzar una curva?

—¿Qué? —Se ríe.

—Deja que te enseñe.

Se cruza de brazos, mordiendo sus labios por un lado.

—¿Quieres enseñarme cómo ejecutar tu arma secreta?

—Ah, entonces sabes un poco sobre mi juego.

Ella pone los ojos en blanco, pero es juguetón.

—Tendría que ser ciega, sorda y, básicamente, nunca poner un pie en el campus para no saberlo.

—O me acechas discretamente.

Se ríe, pasando a mi lado con un brillo vivo en sus ojos marrones, y no se detiene hasta que está en el montículo.

—Está bien, Playboy. Enséñame.

Con una sonrisa demasiado profunda para ocultarla, agarro la pelota del suelo y me dirijo hacia ella, muy consciente de que nuestro tiempo obligatorio juntos terminó hace exactamente diecisiete minutos.

Y la chica sigue aquí.

Meyer puede saber cómo golpear, pero la chica no puede lanzar una pelota de mierda.

Sonriendo, me pongo de pie de un salto y troto los cinco para recoger la pelota donde cayó.

—Te dije que no era buena.

—Te creo ahora.

Se ríe, dejando caer la cabeza hacia atrás, y mis ojos vuelan a la esbelta longitud de su cuello.

Apuesto a que es liso y suave, un punto que la enciende.

En ese momento, su mano se levanta, envolviéndola suavemente como si quisiera quitarse el calor que emana desde arriba. Está mirando hacia adelante justo cuando la alcanzo, y cuando sus ojos se encuentran con los míos, la pelota cae de mi mano.

Con un pequeño ceño fruncido, se inclina para recogerla, y mientras se pone de pie, no puedo detenerme, lanzo una mano, y la agarro alrededor de la muñeca.

Se tensa, su mirada se clava en la mía, y mientras traga, no se aparta. Entonces, la atraigo hacia mí. Estoy hablando directamente sobre mí.

Sus ojos cobrizos están muy abiertos e inseguros, un poco inquietos pero un poco más intrigados.

Me muevo un poco más cerca y ella suelta una respiración entrecortada.

Deslizando mi pulgar un poco más arriba en su muñeca, presiono justo sobre su palpitante pulso, sin perderme cómo comienza a latir un poco más fuerte.

Sus dedos se aprietan alrededor de la pelota y el calor se acumula en mi estómago.

Quiero sentirla apretarse a mi alrededor.

Que se tense debajo de mí.

Que gima *por* mí.

Ella traga.

—Debería irme.

—Debería besarte.

—Tobias…

—Podría besarte.

—Por favor, no —suplica, y ahora todo en lo que puedo pensar es en volverla loca, jodidamente salvaje, hasta que suplique por algo más.

Mis ojos van rápidamente a sus labios, mi lengua sale para arrastrarse sobre los míos.

—Hazme una promesa y no lo haré.

Sus pies se arrastran nerviosamente.

—¿Qué tipo de promesa?

—Que cuando quieras besarme, lo harás.

—Yo… —Ella mira hacia abajo, pero uso mi nudillo para traer su atención de nuevo.

—Prométemelo, y si nunca quieres, no importa.

Pero querrás hacerlo. Estoy pensando que ya lo haces...

Se muerde el labio inferior y mi pecho retumba contra el suyo.

Quiero llevármelo a la boca, que se disculpe por la tortura que me está infligiendo y luego provocar algo por mi cuenta. Tengo tantas ganas de probarla.

Las facciones de Meyer tiran, y su respuesta no es más que un susurro desgarrador.

—Okey.

Mis músculos se flexionan.

—¿Okey?

—Si, okey. —Ella asiente, intentando liberarse, pero no estoy del todo listo para dejarla ir, ni siquiera cuando intenta y falla en cambiar de tema con su próximo aliento—. ¿Sabes?, si apruebas este examen y tu parcial la próxima semana, tendrás el ochenta por ciento en esta clase.

—Como que quiero más a la chica.

Aparta los ojos, castigándose a sí misma.

—Se suponía que eras un imbécil.

Mi risa es embriagadora, y mi palma se desliza en su cabello.

—¿Te decepcioné?

A regañadientes, me sonríe, pero tiene ese toque pesado que siempre parece llevar, y lo sé.

—Te tienes que ir.

—Sí —murmura, sus dedos tiemblan debajo de los míos—. Realmente tengo que hacerlo.

Lo odio y requiere una puta tonelada de fuerza, pero obligo a mi mano a soltar la suya y doy un solo paso atrás.

—Nos vemos el jueves, Tutora Girl.

Al principio, duda, como si tal vez no quisiera o no pudiera decidirse a irse, y me pregunto si podría quedarse, pero no lo hace.

Da pasos lentos hacia atrás alejándose de mí, y luego se gira para agarrar sus cosas.

Guardo mientras ella lo hace, tratando de ignorar cómo se va sin decir una palabra más, pero justo cuando meto la última pelota en el balde, ella grita.

—No lo hiciste, por cierto.

Mi cabeza se levanta, encontrándola justo afuera de la valla, tal vez a diez metros de distancia.

Descanso mi brazo en la red, levantando la barbilla.

—¿No hiciste qué, Tutora Girl?

—Decepcionarme. —Su sonrisa está oculta, pero sus palabras son fuertes—. Todo lo contrario, de hecho.

Mi sonrisa es instantánea, pero ella se aleja antes de darme la suya.

Sin embargo, sé que está ahí.

Puedo sentirla.

Tuve que cancelarle a Meyer esta noche debido a una sesión de video obligatoria con el equipo, y nuestra próxima sesión no es hasta el domingo. Podría esperar, pero preferiría no hacerlo, así que en lugar de

esconderme en la oscuridad esta noche y asegurarme en silencio de que llegue a casa sana y salva, decido que cenaré en la hamburguesería.

La veo a través del vidrio pintado en el momento en que entro en el estacionamiento, con el moño de siempre en la parte superior de su cabeza.

Tiene una jarra en una mano y una bandeja en la otra, y en el momento en que cruzo la puerta, sus ojos saltan a los míos.

Al principio, se congela, pero lentamente, una sonrisa se extiende a lo largo de sus labios y se acerca con una sola ceja levantada.

—¿Mesa para uno o viene tu cita?

—Nah, ella no pudo. —Me encojo de hombros, acercándome a ella—. Está trabajando en esta pequeña hamburguesería en la ciudad.

Dirigiendo juguetonamente sus ojos al techo, me lleva a la parte superior de la barra frente a los cocineros, así que planto mi trasero en uno de los taburetes redondos, inclinándome hacia adelante mientras ella le da la vuelta al mostrador.

—¿Qué puedo ofrecerle de beber, señor Cruz?

—¿A qué hora termina, señorita...?, espera. ¿Cuál es tu apellido?

Sus ojos se lanzan a la cafetera que está alcanzando y la levanta de su base.

—Soy Sanders y termino a las diez.

Se dirige por el pasillo, vuelve a llenar las tazas de una pareja de ancianos antes de pasar al lado opuesto de la habitación.

Bueno, está bien entonces.

Parece que estaré aquí hasta las diez.

Decidí esperar en la camioneta después de recibir mi pedido, y debo haberme quedado dormido porque lo siguiente que supe es que ella me está tocando la ventana.

La hago rodar hacia abajo y sus manos se levantan para agarrar el marco.

—No necesitabas esperarme. —Mira hacia la calle y hacia atrás.

—Entra. —Le doy la vuelta a la llave.

Le toma un momento, pero luego le da la vuelta a la camioneta y se desliza hacia adentro.

—Sabías que trabajaba aquí, ¿no?

—Podría haberte visto con tu delantal una noche.

—Me viste... ¿dónde?

—De camino a casa.

—De camino a casa... —Ella se apaga con sospecha—. ¿Tobias?

En la señal de alto, me encuentro con sus grandes ojos castaños e inquietos.

—Regresé al bar un par de veces, ni una sola vez con la intención de poner un pie dentro.

Su pecho se eleva con una respiración completa.

—¿Por qué? —pregunta, así que le digo.

—No me gusta la idea de que estés sola por la noche, así que me aseguré de que no lo estuvieras.

—Muchas personas caminan solas a casa por la noche.

—No quiero que seas una de ellas.

Abre la boca, pero la cierra con la misma rapidez.

—Te recogeré todas las noches que pueda, si me dejas. —Una sonrisa se desliza sobre mí—. Y si no lo haces, será como la primera noche, y te seguiré de todos modos.

Ella deja escapar una pequeña risa, pero la tensión aumenta rápidamente a lo largo de sus cejas y mira hacia otro lado.

—Entonces, ¿sabes dónde vivo?

—No. —Niego con la cabeza y en mi periferia, veo que ella se gira hacia mí—. Una vez que estabas a salvo y con la seguridad del campus, me iba

a casa. —Después de responder su pregunta, me doy cuenta de algo, así que tranquilizo su mente—. Si no quieres que sepa dónde vives, puedo llevarte al campus o puedes caminar desde mi casa, que está al otro lado de la calle, en el extremo izquierdo.

No dice nada, pero comienza a jalar el dobladillo de su camisa de manga larga, así que giro hacia la calle principal que conduce al frente del campus, pero justo cuando pasamos el lado del parque, me dice que gire, llevándome por una calle estrecha del tamaño de un callejón que está bordeado por pequeñas hileras de apartamentos. Son del tipo que parecen haber sido un motel en algún momento, pero se dividieron y se vendieron en pedazos. Algunos son más agradables que otros, pero todos están como saturados.

—Puedes parar aquí —dice, desabrochándose el cinturón de seguridad y girándose hacia mí—. Gracias, por esta noche y por... las noches en las que no sabía que estabas ahí.

—¿Quieres decir que no acabo de ganar una medalla de oro en el arte del modo acosador?

Una risa brota de ella y la tensión en sus hombros desaparece.

—No, no lo hiciste. Bronce tal vez, pero ya sabes. —Levanta un hombro, con una pequeña sonrisa jugando en sus labios.

—Wow, no he sido reducido a bronce en años. Está bien, tal vez debería haberte seguido a casa.

Su sonrisa es amplia, pero se aleja, mirando hacia atrás solo con sus ojos.

—En serio, gracias. A veces es un poco espeluz…

Su cabeza se levanta bruscamente, entrecerrando los ojos por la ventana delantera, y luego, apresuradamente, abre la puerta y salta de la cabina.

—Hey ¡¿qué…?! —grito, corriendo rápidamente tras ella.

¿Qué demonios?

Ella prácticamente corre hacia adelante.

—Okey, déjame que te instale, ¿de acuerdo? —dice alguien, con la mitad de su cuerpo sobresaliendo un viejo Camry verde.

—¡Bianca! —Meyer grita—. ¿Qué pasó? —pregunta con pánico.

La chica, que ahora puedo ver *es* Bianca, sale alarmada, pero rápidamente se tranquiliza cuando se da cuenta de que es Meyer acercándose a lo que debe ser su auto.

—¡Oh, gracias a Dios! —Se aparta de la puerta—. Creo que el mimi de Bay está en tu bolso, y por mi vida no puedo encontrar el repuesto. Iba a salir corriendo y conseguir uno.

—Oh, mierda. —Las palabras de Meyer son estresadas, pero su cuerpo parece relajarse con la respuesta de Bianca y comienza a hurgar en su bolso, sacando y sosteniendo algo en la palma de su mano.

Bianca levanta las manos en un gesto de alabanza cuando Meyer pasa junto a ella y mete la cabeza en el asiento trasero.

Ahí es cuando Bianca me ve, y un chillido agudo la abandona.

—¡Qué demonios!

Me río, levantando mi gorra de mi cabeza y volteándola hacia atrás.

—Lo siento, no fue mi intención asustarte.

Al escuchar mi voz, Meyer se congela, la mitad de su cuerpo está atrapado dentro del vehículo, como si hubiera olvidado que yo estaba aquí, o no se dio cuenta de que salí de la camioneta cuando ella lo hizo.

Lentamente, la rodilla del asiento trasero se extiende, su pie izquierdo vuelve a plantarse en el suelo con el derecho y sale del auto con una manta en las manos.

Sus ojos se posan en los míos y sale de debajo de la cochera, de vuelta a la luz.

Un pequeño grito llena el aire, pero luego Meyer comienza a mover los brazos y el suave sonido se desvanece.

No es una bola de manta, es un bebé.

—Deberías irte. —Meyer asiente, girándose hacia lo que debe ser su apartamento, pero se detiene, mirándome con cautela una vez más cuando mis pies se arrastran un poco más cerca.

Mantiene sus ojos forzados en los míos mientras me acerco y se quedan ahí cuando la alcanzo, pero los míos caen sobre la suave manta blanca.

Miro a través de la pequeña abertura cerca de su pecho para encontrar una cosita diminuta. Una niña, si el chupete rosa metido en su boca me dice algo.

Los ojos de la pequeña están cerrados y la manta bien apretada, así que no puedo ver mucho más, entonces doy un paso atrás, mirando a su mamá.

—¿Te veré el domingo?

Ella me mira un largo momento, un poco congelada e insegura, pero luego asiente levemente.

Entonces, me doy la vuelta, vuelvo a mi camioneta y cuando subo, todo hace clic.

Esta es la razón por la que Meyer funciona con aire la mayor parte del tiempo, no está de fiesta o haciendo lo que sea que la mayoría de nosotros aquí hacemos. La chica está trabajando hasta la muerte con imbéciles como yo toda la tarde, y en la hamburguesería hasta la noche. Cuando no lo hace, tiene sus propias clases para hacer y cuidar a una bebé.

Su bebé.

Vete. A. La. Mierda.

No sé cómo diablos una estudiante universitaria puede tener una bebé y aun así hacer una mierda. Demonios, no sé cómo alguien puede hacer una mierda con un niño, pero parece que ella lo hace como una jefa.

Es estructurada, organizada y está en la cima de su juego de tutora.

No es de extrañar que trate de reservarse las mañanas para sí misma.

Y aquí estoy yo, el idiota que básicamente la amenazó para que me agregara cada vez que la necesitaba usando mi estrecha relación con su jefe. Ahora me doy cuenta de que esa mierda funcionó demasiado bien.

Ella nunca se queja, siempre está disponible para mí y se esfuerza por estar donde la necesito. La he tomado mañanas, tardes y noches. Entre semana y fines de semana e incluso horarios de estudio ajenos cuando es necesario. Lo sé porque he visto su calendario abierto antes, rayado en otros apellidos y el mío garabateado debajo o al lado.

Honestamente, estoy con ella más de lo que necesito porque jodidamente me gusta estar ahí.

Quiero estar ahí.

Pero ella está conmigo por obligación.

En mi camino de entrada, saco mi teléfono del portavasos y busco su nombre. Escribo un mensaje de texto cancelando la sesión del domingo que acabo de confirmar, pero antes de que pueda presionar enviar, recuerdo lo que me dijo mi entrenador.

Ella gana más cuando trabaja conmigo, así que tal vez si me atraso de nuevo, solo un poco, puedo pasar más horas con ella. Tal vez entonces pueda respirar un poco más tranquila, hacer menos turnos en su segundo trabajo y pasar más tiempo en casa con su bebé.

Borro el texto y envío uno nuevo.

Y luego miro mi teléfono, con una ansiedad inesperada en mis entrañas mientras espero su respuesta.

15

Meyer

El monitor de la bebé emite un pitido a mi lado, haciéndome saber que Bailey está comenzando a moverse, lista para su alimentación matutina. Me siento, limpiando el sueño de mis ojos y toco mi pantalla para ver la hora.

Mis costillas se contraen instantáneamente, la notificación de texto que llegó menos de diez minutos después de que Tobias se alejara anoche todavía está en mi pantalla.

Supe cuando sonó que sería él, ya que la única otra persona que me llamaría tan tarde todavía estaba aquí cuando sonó, y efectivamente, media hora más tarde cuando me atreví a mirar, fue su nombre lo que encontré.

No lo abrí.

No sé si me hacía sentir más ansiosa o asustada, pero de cualquier manera, su mensaje sigue esperando.

Y va a tener que esperar un poco más.

Me levanto de la cama y entro en la habitación de Bailey justo cuando llega su suave llanto.

—Ven aquí, bebita —susurro, levantándola en mis brazos, agarrando su chupete y su manta y llevándolos conmigo.

Ella se queja cuando apoyo mi almohada contra el cojín del respaldo del sofá cama y me siento. Metiendo mi edredón en mi regazo, bajo a Bailey y empiezo a alimentarla.

Sus ojos se acercan a los míos y le sonrío, rozando con las yemas de mis dedos el poco cabello oscuro que tiene.

—Hola, Bae, ¿estás mirando a mamá? —Le paso el dedo por la nariz y su manita se mueve, así que le doy la mía.

Ella envuelve sus dedos alrededor de mi pulgar, sonriendo a mi alrededor.

—Mi niña fuerte. —Una risa baja me abandona cuando bajo la cabeza para besar la suya—. Te estás poniendo tan grande.

Mañana cumplirá cuatro meses y el tiempo ha pasado tan rápido que es casi aterrador.

Ella sonríe, se ríe y se da la vuelta con facilidad. Su espalda se fortalece cada día, por lo que estará sentada con un poco de ayuda en poco tiempo.

Espero estar con ella cuando lo haga.

Sus ojos recorren mi rostro y cabello, y luego el área a mi alrededor, pero no pasa mucho tiempo antes de que su pequeño agarre se afloje. Se está quedando dormida de nuevo, así que la levanto hasta mi hombro, le doy palmaditas en la espalda hasta que se tranquiliza y me deslizo un poco más abajo sobre la almohada del brazo.

Mis ojos se deslizan hacia mi teléfono una vez más, frunciendo el ceño.

Lo recojo, pasando el cursor sobre la notificación.

Mis pulmones se llenan con una fuerte inhalación, y mientras leo lo que el hombre tenía que decir, el hoyo en mi estómago se hace más profundo.

Creo que esperaba que me cancelara.

Podría haber pensado que me interrogaría.

Sin embargo, una cosa es segura.

Definitivamente no anticipé que su mensaje de texto tendría una oferta, preguntándome si quería tener nuestra sesión del domingo por Zoom para poder quedarme en casa con mi pequeña, como él la llamó.

Debe haberse sentido obligado a sugerir un cambio en la rutina que tenemos y eso no es justo para él.

Por lo tanto, declino cortésmente, y solo después de presionar enviar recuerdo que solo son las cinco de la mañana.

Resoplando, dejo caer mi teléfono a mi lado.

Lo que sea, no hay nada que pueda hacer al respecto ahora, probablemente ni siquiera se dará cuenta cuando fue enviado cuando lo vea.

Un bostezo sale de mis labios, así que cierro los ojos.

Mi alarma va a sonar, muy suavemente, en unos quince minutos, y después de eso, tendré unas dos horas, si tengo suerte, para terminar algunos de mis trabajos de clase antes de que ella se despierte lista para jugar. Entonces, dejo caer mi brazo sobre la cama y cierro los ojos durante los últimos minutos de calma que tendré durante todo el día.

Antes de que haya tenido la oportunidad de respirar por completo, mi teléfono vibra en mi palma.

Dios, lo desperté.

Tobias: *¿por qué no?*

Frunzo el ceño y respondo.

Yo: *Lo siento mucho, vuelve a dormir.*

Tobias: *Lindo, Tutora Girl.*

¿Lindo? ¿Qué es lindo?

Diez segundos después, aparece una imagen y mis ojos se abren con ella.

Está bien, así que no desperté al hombre.

Es un plano rápido de la cámara girada hacia él. No tiene camisa, la gorra está al revés y la lengua le sale de la boca. Está sosteniendo su puño

frente a su pecho para mostrar el sello de distancia de cuatro kilómetros en su reloj. Está oscuro, con nada más que las luces del estadio iluminando la pista detrás de él.

No está tratando de ser sexy y no hay una pizca de arrogancia que se pueda encontrar. Es solo una foto juguetona que tomó sobre la marcha, y me gusta.

Es él.

Despreocupado, confiado.

Trazo la forma de su mandíbula, cuello y los profundos cortes de su ancho hombro. Sigo los músculos de su brazo y luego vuelvo a la forma en que sus labios se curvan, llenos y sonrojados por naturaleza.

Me sacudo cuando mi teléfono vibra de nuevo y Bailey salta.

Mierda.

Tobias: *Ya preparé el desayuno, corrí las gradas y voy por mi quinto kilómetro.*

Yo: *Estás loco.*

Tobias: *Supongo que somos dos. Yo no soy el que envía mensajes de texto antes del amanecer.*

Mis labios se curvan en una pequeña sonrisa. Touché. Concedido, mi alarma no está configurada para sonar hasta las cinco y media.

Yo: *Ya sabes lo que dicen. La primera ave se lleva la lombriz.*

Tobias: *¡Y el agua caliente, Tutora Girl! Eso es oro ahí mismo.*

Mis labios se estiran en una sonrisa.

Tobias: *Voy a terminar mi carrera y luego te voy a llamar para hablar del domingo. Dime que vas a responder.*

La culpa y la indecisión se hinchan en mi garganta.

Ya hemos estado juntos muchas veces, así que, si él fuera a recordarme, ya habría sucedido, y solo está pidiendo una llamada telefónica.

No hay riesgo, ¿verdad?

Una vocecita en el fondo de mi mente me grita que algo en su pregunta se siente íntimo, pero aparentemente esa voz no es lo suficientemente fuerte, porque estoy de acuerdo, y luego me levanto y empiezo mi día.

Quién sabe, tal vez él lo olvidó.

Mi jefe en el restaurante llamó y me pidió que intercambiáramos turnos, y como Bianca vino con el desayuno, me convenció de aceptar la oferta para que pudiera terminar de una vez.

Odio irme cuando Bailey está despierta, pero me alegro de haberlo hecho hoy. Ahora estaré libre hasta el lunes cuando el ciclo se repita de nuevo. Bueno, libre aparte del espacio de dos horas reservado para Tobias el domingo.

Hablando de...

Saco mi teléfono de mi bolso, encontrando varias llamadas perdidas y mensajes de texto.

Tobias: *Ese es el strike número dos, Tutora Girl. Cuidado, el tercero podría venir con algo de calor.*

Él sigue su mensaje con un emoji de rostro sonriente y una sensación de aire gira a través de mí.

Es juguetón, pero eso lo sabía.

El hombre, literalmente, no puede evitar la forma coqueta en que aborda todo. Es simplemente lo que sucede cuando eres atractivo, atlético y encantador sin intentarlo. No podría bajar el tono aunque quisiera, no es que él quiera.

En el camino a casa, voy de un lado a otro sobre cómo responder, pero cuando llego a mi callejón, tomo una decisión.

Simplemente no voy a enviarle un mensaje de regreso, eso es.

Nos reuniremos el domingo, como de costumbre, y él me puede preguntar sobre eso entonces. A menos que siga llamando.

La última vez que pensó que lo estaba ignorando, dejó mi correo electrónico sin respuesta durante semanas, se retrasó en su trabajo y solo volvió a comunicarse cuando su tiempo de juego estaba en riesgo. No creo que vuelva a hacer eso, pero tampoco sé si es del tipo que sigue llamando.

—Ahí está ella.

Grito, y mis manos salen volando hacia mi pecho mientras giro mi cabeza hacia la izquierda.

Tobias está sentado en la puerta trasera abierta de su camioneta con una mini hielera a su lado y Jarritos con sabor a lima medio vacíos en ambas manos.

Mi pulso salta cuando se pone de pie, sus zapatos crujen contra la grava suelta con cada paso que da.

—Y con su teléfono en la mano. —Se detiene directamente frente a mí.

Su sonrisa es torcida, lleva la gorra hacia atrás y sus ojos de un azul juguetón.

Jesús, es guapo.

—Hola, Tutora Girl.

—Tobias. —Mi voz sale espesa, y esos labios se curvan aún más.

Con la mayor discreción posible, trago saliva.

—¿Qué estás haciendo aquí?

—Me dijiste que responderías. —Se desliza medio pie más cerca—. No lo hiciste, así que tuve que sacar las armas grandes y hacer una llamada.

Mi rostro cae, temerosa de recibir un puñetazo en el estómago, pero luego Tobias revela lo que ni siquiera noté que estaba escondido detrás de su espalda... un gran vaso de unicel.

—¿Qué es eso?

—*Era* una taza gigante de té helado dulce de Franny's, pero todo el hielo se derritió y probablemente el azúcar ya se asentó en el fondo.

—¿Me trajiste té?

—Y una pizza, pero me comí la mitad mientras esperaba, así que... —Se encoge de hombros.

Una risa ligera se me escapa y su sonrisa se profundiza.

—¿Bianca no te dijo a qué hora salía?

—Mi sobrino nació justo antes de las vacaciones de Navidad, y cuando fui a casa, había una pequeña etiqueta sobre el timbre que advertía a las personas que no lo despertaran —comparte, abriendo una pajita que sacó de sus jeans con la mano libre y metiéndola en la ranura en la tapa. Sus ojos se encuentran con los míos—. No toqué por si tu pequeña estaba durmiendo.

Algo golpea detrás de mis costillas y me muevo sobre mis pies.

—Eso fue considerado de tu parte.

—Es la segunda vez que me dices eso.

No estoy segura de qué decir, así que me alegro cuando empuja la taza hacia mí.

—Pruébalo, Tutora Girl. Dime si ya no está bueno.

Alcanzando el vaso, envuelvo mi mano alrededor de la gruesa espuma de poliestireno y la suya es tan grande que mis dedos se superponen ligeramente con los suyos. Él no muestra signos de dejarlo ir, así que me inclino hacia adelante, tomo un pequeño trago y luego otro largo y completo.

Tobias se ríe, y lo miro, mi palma se eleva rápidamente cuando una gota de líquido rueda sobre mis labios.

—¿Sigue siendo de tu agrado?

Sonrío y acepto el vaso cuando finalmente me lo pasa.

—No soy exigente.

—Es bueno saberlo. —Su sonrisa es profunda.

Niego con la cabeza, echando un vistazo rápido a la puerta de mi casa.

—¿Necesitas entrar?

Asiento con la cabeza.

—Los sábados son mi único día completo en casa, o por lo general, debería decir. Normalmente trabajo de noche cuando Bailey se acuesta, pero hoy intercambié.

—Bailey —repite—. ¿Ese es su nombre?

Los músculos de mi estómago se tensan y asiento. No sé por qué le dije nada de eso, no es como si le importara.

—Es bueno que hayas intercambiado, es un día menos en que intentarás caminar sola a casa después del anochecer. —Muestra sus dientes perfectos y no puedo evitar reírme.

—¿Normalmente te levantas tan temprano como lo hiciste hoy? —pregunto lo que me ha estado rondando por la cabeza.

Él asiente, incapaz de ocultar su sonrisa y sé exactamente por qué.

Acabo de admitir que pensaba en él.

—Todos los días como un reloj. Mis días son de diecisiete horas de trabajo duro, Tutora Girl.

—Eso es agotador.

—También lo es una bebé, me imagino.

Me lamo los labios, luchando contra el calor que me recorre.

—Sí, a veces lo es. —Miro hacia la puerta de mi casa y de nuevo hacia él—. Debería entrar.

—Sí, deberías —acepta, regresa corriendo a su camioneta y regresa con lo que dijo, una pizza a medio comer—. Para usted, señorita Sanders.

Mi ceño es instantáneo, pero sonrío a través de él.

—Gracias, Tobias.

—Cuando quieras, Tutora Girl.

Se sube a su camioneta, y mientras rueda lentamente hacia atrás, se apoya en su brazo por la ventana.

Sus ojos azules brillan al sol, y se quita la gorra de la cabeza, arrojándola en el asiento a su lado.

—Te veo mañana.

—A las dos en punto.

Él sonríe, cambia a drive y dice:

—Aquí estaré —y luego arranca.

Es después de que se ha ido y estoy sacando las llaves de mi bolso que me doy cuenta de lo que dijo.

Aquí.

Mañana a las dos en punto Tobias Cruz estará *aquí.*

Se me revuelve el estómago y tengo la sensación de que no son solo los nervios.

Esto no es bueno.

16

Meyer

Bianca llamó a las siete de la mañana para decirme que se despertó enferma y que no quería correr el riesgo de pasárselo a Bailey. Dijo que estaría aquí si la necesitaba, pero dependía de mí.

Lo último que quiero es que Bailey se enferme de nuevo, o que Bianca tenga que cuidarla cuando se sienta muerta, como dijo ella, así que fue una obviedad.

Le dije que no se preocupara, que estaría bien, y luego me acordé de Tobias.

Ahora es la una y treinta y cinco y estoy ansiosa.

Estará aquí en veinte minutos y estoy considerando despertar a Bailey, ponerla en la carriola y caminar quién sabe a dónde. ¿Al parque, tal vez?

¿O podríamos ir al mercado de agricultores del centro? Es precioso por lo que podría ser relajante.

Mi teléfono suena y medio espero que sea Tobias cancelando.

Es Tobias, pero no está cancelando.

Él está aquí.

Mierda.

Tobias

Al salir de la camioneta, me encuentro con Meyer en la puerta principal.

Está inquieta, eso es obvio, y me imaginé que lo estaría. Entonces, dejo mi bolso a mis pies y saco la manta de jardín que metí dentro.

—Es agradable afuera, ¿quieres sentarte aquí en el césped?

Ella me mira por un largo momento, y luego su barbilla cae con una risa suave.

—Hay un pequeño patio en la parte de atrás, creo que estaremos más cómodos ahí.

—Creo que tienes razón. —Sonrío.

Ella retrocede arrastrando los pies, y sus labios tiemblan nerviosamente mientras me deslizo hacia adentro.

Sé que está esperando que mire a mi alrededor y explore el lugar, así que me propongo no hacerlo y, en vez de eso, miro por encima del hombro mientras señalo la puerta corrediza de vidrio.

Ella asiente, así que deslizo la cosa para abrirla, haciendo una mueca cuando chilla. Mis ojos vuelan a los suyos.

—Ella *no* tiene el sueño ligero —bromea, acercándose para empujarla el resto del camino.

Sonriendo, salgo al patio.

El suelo es de cemento y la cerca de madera es vieja, pero es alta para que nadie pueda ver, lo cual es bueno saber. Ella tiene dos sillas que no coinciden empujadas una contra otra, y una mesa redonda frente a ellas, con una vieja taza de café encima.

—Oh. —Aprieta su cuerpo contra el mío, la agarra rápidamente y quita el polvo de un par de hojas sueltas del árbol colgante—. Lo siento —murmura, y cuando levanta la vista, jadea.

Su jadeo es bajo y no intencional, pero los buenos siempre lo son.

Está cerca y no se ha dado cuenta, pero le gusta, aunque todavía no ha comprendido ese pequeño detalle.

Ella lo hará.

—Podemos mover las sillas. Las empujo juntas a veces.

Ella gira, empujando a una hacia atrás con su rodilla, pero alargo la mano, manteniéndola quieta, y sus ojos se encuentran con los míos por encima de su hombro.

—Déjalo así, podría hacer que sea más fácil trabajar juntos.

Ella se queda congelada, solo se mueve cuando una puerta se cierra de golpe en algún lugar cercano y la sacude de lo que espero que haya sido un pensamiento porno de su servidor.

Se aclara la garganta, estirando su cuerpo lo más recto que puede en un intento de pasar sin rozarme, pero solo lo logra a medias. Su pecho está demasiado lleno para ocultarlo de alguna manera, así que se desliza junto al mío con su escape.

Me dejo caer en una de las sillas, saco mi computadora portátil y no pasa mucho tiempo antes de que ella caiga en la silla a mi lado, con su computadora en la mano.

Arrastra más la mesa en medio y abre mis listas de clases.

—Que vinieras funcionó para mí hoy —dice, y nos miramos el uno al otro—. Bianca se despertó enferma, así que no habría podido verte y habría tenido que cancelar.

Mis ojos se estrechan y me inclino hacia adelante sobre mis codos.

—Casi lo haces, ¿verdad?

Ella asiente.

—¿Por qué?

—Si ella se despierta de su siesta mientras estás aquí, tu tiempo se acortará.

—¿Me harías irme?

Su ceño es instantáneo, como si estuviera confundida por mi pregunta.

—¿Te gustaría quedarte?

—Mi agenda está despejada, Tutora Girl. Eres todo lo que hay para hoy.

Al principio, creo que podría inquietarse y volver a ponerse la gorra profesional, pero no lo hace.

Se quita las pantuflas, dobla las piernas en la silla y se voltea hacia la pantalla de su computadora, pero solo le toma un total de dos minutos darse cuenta de que todo mi trabajo ya está hecho.

Ella me mira con una sola ceja levantada y una sonrisa aplastada.

No puedo evitar reírme.

—Para ser justos, lo terminé después de nuestra última sesión para poder concentrarme en el juego.

—Bueno, no creas que te librarás tan fácil, todavía tienes exámenes para los que podemos estudiar.

Gimo juguetonamente, hundiéndome más en la silla, y ella golpea su codo contra el mío.

—Vamos, campeón. Puede que sepas todo lo que hay que saber sobre béisbol, pero tienes mucho que aprender sobre vasos y venas. —Oculta su sonrisa, saca las notas que metió cuidadosamente en mi carpeta la semana pasada y comienza a repasarlas de atrás hacia adelante.

Después de una media hora, la cosa del walkie-talkie que ella trajo hace unos pitidos.

Los ojos de Meyer se clavan en los míos, y la tensión crece detrás de ellos mientras sigue un pequeño canturreo silencioso.

Para ponérsela fácil, me pongo de pie, pero su mano levanta, cubriendo la mía con vacilación en la silla, y mi sangre se calienta bajo su suave toque.

Sin pensar, giro mi muñeca, para que su palma quede sobre la mía.

—Yo... —se apaga, ahora enfocada en el contacto—. Ella querrá comer de inmediato.

—Suena como yo cuando me despierto. —Me mira una vez más—. ¿Puedo ayudarte?

—Cuando estoy en casa, ella no toma biberón. —Meyer lucha contra una sonrisa, y mis ojos se posan en su pecho.

No es falso, sino lleno. *Literalmente.*

—Correcto.

Ella se ríe, y sus músculos se relajan ante mí.

—A veces lleva un poco de tiempo.

—No tengo dónde estar.

Con una respiración profunda, asiente y se pone de pie.

Quiero que esté tranquila, cómoda y aquí con su pequeña. Es por eso que vine hoy en lugar de reunirme con ella en la biblioteca, así que trato de pensar en algo.

—¿Podría hacernos algo mientras la alimentas?

—No hay mucho ahí en este momento. —Un toque de rosa tiñe sus mejillas y desvía la mirada—. Hace tiempo que no voy a la tienda.

—Entonces, correré a casa. —Me encojo de hombros—. Ya tengo pollo y un frasco de la salsa verde de mi mamá. ¿Tienes una estufa ahí? —Muevo la cabeza.

Ella asiente.

—Entonces estamos bien, iré a mi casa y tú... —Me quedo parado frente a ella—. ¿Abrirás la puerta cuando regrese?

—Lo consideraré —bromea, con un destello de deleite en sus ojos.

—No. —Me acerco y su esbelto cuello se estira, lo que le permite mantener esos ojos en los míos—. Lo harás, ¿quieres saber por qué?

—¿Por qué?

—Porque voy a tocar el timbre una y otra vez hasta que lo hagas.

—Buena suerte con eso —juega en un susurro—. Porque no funciona.

Se me escapa una risa y enrosco mi cuerpo alrededor del suyo, retrocediendo hacia la puerta. Justo cuando la alcanzo, ese suave canturreo se convierte en un pequeño grito.

—Ve a alimentar a tu chica, mami.

Doy la vuelta y salgo.

Volveré para alimentar a los míos.

Y lo hago.

Exactamente cuarenta minutos después, estoy en su porche delantero.

Intento tocar el timbre, para ver si estaba jugando conmigo o no, pero antes de que pueda, la puerta se abre lentamente. Meyer se encuentra ahí, sin su sudadera holgada y con los brazos llenos.

Sus ojos se encuentran con los míos, y una pizca de nerviosismo la rodea, pero me ofrece una sonrisa de lado. Se desliza hacia atrás, dándome espacio para entrar, y asiente con la cabeza hacia la cocina, pero no avanzo.

Detengo un pie en la puerta, dejo mis bolsas en el suelo y doy un paso más cerca de ella.

Se queda completamente inmóvil, y la palma de la mano en la espalda de su pequeña se desliza más arriba con mi avance.

Sostengo su mirada mientras levanto mi mano, y cuando se encuentra con una piel suave, mis ojos se posan en su hija.

Todavía tiene que levantar la cabeza del pecho de su madre, pero en el momento en que siente que mis dedos rozan los suyos, ciegamente los envuelve alrededor de los míos e instantáneamente mueve nuestras manos hacia arriba y hacia abajo.

Una sonrisa se forma en mi rostro, seguida de una risa ahogada.

—Ella es rápida.

Miro brevemente a Meyer, pero solo por un momento porque el sonido de mi voz sobresalta a la pequeña y su pequeño cuerpo se agita.

Busca la fuente del sonido.

En ese momento, unos brillantes ojos azules enmarcados en largas pestañas oscuras se encuentran con los míos y no apartan la mirada. Ella me mira fijamente.

—¿Qué pasa, pequeña?

Bailey entierra su rostro en el pecho de su mamá, pero tan rápido como lo hace, trae de vuelta esos ojos azules, y esta vez con una sonrisa gomosa.

Mi risa es baja y cuando me sigue la de Meyer, mi mirada se eleva para encontrarse con la suya.

—Ella es linda como el infierno —le digo, agarrando mis bolsas del suelo. Lamiendo mis labios, jalo el de abajo entre mis dientes, pero mi sonrisa lo libera—. Igual que su mamá.

Meyer mira hacia abajo y llego a la cocina.

Sacando todo de la bolsa, miro por encima del hombro, sabiendo que Meyer todavía está de pie en la puerta, mirando.

—¿Estás bien con un poco de especias, o debo hacer la salsa ligera?

—¿Ya lo cocinaste? —La mano de Bailey se levanta, tocando la barbilla de Meyer.

—Sí.

Su sonrisa se suaviza, pero besa la frente de Bailey para ocultarla.

—Me gusta mucho el picante. —Me dice mientras se aleja.

Cuéntame jodidamente más...

Cierro los ojos con fuerza y sacudo un poco la cabeza.

No es el momento.

Sirviéndonos un plato pesado, paso de la cocina a la sala de estar.

No me permití mirar su casa antes, pero esta vez miro alrededor.

El espacio es pequeño, lo suficientemente grande para un sofá de dos plazas y un mueble para el televisor, pero hay unas cuantas puertas en la pared izquierda que deben ser algún tipo de dormitorio, ya que aquí no hay cama ni cuna. Ella tiene un pequeño tapete de juego colocado en la

alfombra frente al sofá, pequeños juguetes colgando de cosas flexibles encima y eso es todo. Está limpio y ordenado y ella ha hecho con él lo que ha podido.

—¿Te importaría comer aquí? —me pregunta.

No había mesa ni espacio para uno en la cocina, y apuesto a que ella no quiere llamar la atención sobre eso al sentarnos adentro, y no es que yo esté en contra de comer al aire libre.

Prefiero el sol cualquier día, así que le digo que sí, dejándome caer en la silla libre a su lado, con Bailey apoyándose sobre sus rodillas dobladas.

Ella me da las gracias y comemos en silencio durante unos minutos.

—Cocinaste en casa para darme tiempo con ella.

Dejo caer mi sonrisa en mi tazón, tomando otro bocado.

Es verdad.

Cuando llegué a casa, me puse unos pants y una camiseta sin mangas, agarré todo lo que necesitaba, pero solo habían pasado doce minutos, así que sí. Decidí cocinar ahí para matar el tiempo en caso de que lo necesitara.

La bebé hace un sonido de gorgoteo y Meyer le da una gran sonrisa cursi; su tenedor estaba a medio camino de su boca. Se gira hacia mí a mitad de su bocado.

—¿Dijiste que tu mamá hizo la salsa?

Asiento con la cabeza.

—Ella es una gran cocinera.

—Iba a decir que esto es realmente bueno. —Ella toma otro bocado—. ¿Eres... eres de aquí o ella te envía cosas por correo?

Me aclaro la garganta, mirando hacia el sol poniente.

—No, soy de San Luis Obispo, a unas buenas cuatro horas de distancia. Solo he estado en casa un par de veces desde el primer año, pero cuando lo hago, nunca vuelvo con las manos vacías.

—Eso es dulce.

—Sí. —Mis extremidades se tensan, pero me estiro a través de eso y dirijo la conversación hacia ella—. ¿Y tú? ¿De dónde eres?

—Oh. —Mira hacia otro lado. —De aquí originalmente, pero me crie en un pequeño pueblo en Nevada, de esos en los que todos conocen a todos y nadie sale.

Vacío mi plato, lo dejo y me recuesto en la silla.

—Parece que tú lo hiciste.

Una sensación de tristeza la inunda y mira a Bailey, quien muerde sus pequeños dedos en su regazo.

—No cuenta hasta que comienza la vida real.

—La vida real —repito, inclinándome hacia adelante para llamar la atención de la bebé. Sus ojos azules se encuentran con los míos y levanta los brazos, todo para golpear de nuevo las piernas de Meyer. Me río, pasando las yemas de mis dedos en su vientre y ganando otra pequeña sonrisa.

—Creo que ella es tan real como parece, Tutora Girl.

Meyer y yo nos miramos.

Sus ojos se mueven entre los míos, pero rápidamente los baja a su hija, así que cambio de tema.

—Bianca, ¿ella te ayuda mucho?

—Dios, sí. —Asiente—. El centro de desarrollo escolar tiene una guardería a la que la llevo cuando doy clases particulares, lo cual es increíble. El programa aquí es uno de los mejores de la zona, así que supongo que tuve suerte, pero cierran a las seis. Después de esas horas es cuando Bianca viene y se queda con ella. Estaría jodida sin ella. —Un suave grito deja a Bailey y Meyer la levanta, colocándola sobre su hombro.

Observo cómo comienza a acariciar suavemente su espalda, frotando pequeños círculos después de cada pocos toques.

—Entonces... no hay otro familiar cerca para ayudar o...

La mano de Meyer se congela a mitad de camino, su cuerpo se tensa ligeramente, pero lentamente, se relaja una vez más.

Sus ojos se mueven hacia los míos y sé que sabe lo que estaba pensando.

¿Su bebé tiene un hombre en su vida, un padre? ¿Alguien más que la ame y viva por ella como lo hace su madre?

Quiero saberlo.

—Tengo un hermano —es lo que susurra.

Me cuesta no fruncir el ceño, pero me las arreglo para contenerme.

—Un hermano. —Asiento, levantando una ceja—. Ahora el bateo tiene sentido.

Se le escapa una risa nerviosa.

—Sí, juega para una escuela más pequeña a unas pocas horas de distancia, pero solo por diversión. Él trata de ayudar, pero no lo dejo, también está en la escuela, y eso es en lo que necesita concentrarse, pero me mataría si me escuchara decir eso. —Ella se ríe de nuevo—. ¿Dijiste que tienes un hermano?

Mi ceño es instantáneo y miro hacia otro lado.

—Sí. Es... de lo que están hechos los hombres, supongo.

—¿Y qué significa eso?

Me encojo de hombros, volteando mi teléfono en mi regazo.

—Es bueno en todo lo que hace. No hay un solo hueso malo en su cuerpo, tampoco es egoísta o egocéntrico. —Dejando caer mi cabeza hacia atrás, ahogo un suspiro—. Del tipo que se esfuerza por complacer, pero no por notoriedad, sino porque su medidor de conciencia está ajustado a la perfección.

—¿Algo así como lo que estás haciendo por Joe y Franny?

Mis labios se curvan un poco, y muevo mis ojos hacia los suyos.

Su sonrisa es pequeña, como si lo entendiera, como si entendiera lo que es trabajar para lograr una cosa, pero siempre ser vista como otra.

Como alguien inferior.

O tal vez estoy siendo una perra y estoy inventando la curiosidad que ha suavizado sus ojos.

Bailey comienza a frotarse los ojos y pregunto:

—¿Se está cansando?

Meyer asiente.

—Normalmente está despierta por otra hora, pero no tomó una siesta larga hoy, así que quién sabe cómo le irá en la noche.

Mientras miro de nuevo, los ojos de Bailey encuentran los míos, cada vez más pesados por segundo, pero ella no se queja ni llora. Mete las manos y deja que se cierren, y algo dentro de mí se calienta.

Cada par de minutos, vuelven a abrirse, pero eventualmente sus pequeños dedos se relajan y su respiración se vuelve más estable.

—Creo que está durmiendo —susurro.

Cuando Meyer no responde, miro hacia arriba para encontrarla observándome, con una mirada distante en sus ojos.

—Meyer.

Ella parpadea, reenfocando.

—¿Mmm?

—Está dormida.

Asiente, empujándose lentamente para ponerse de pie mientras articula, "vuelvo enseguida".

Aprovecho el tiempo para volver a poner nuestros platos en mi bolso, mientras agarro el otro y regreso al patio, pero cuando doy la vuelta en la esquina, Meyer está de pie al pie del sofá, preparándose para sentarse.

—Tuve que poner el monitor en el cargador y se está poniendo demasiado frío para mantener la puerta abierta. —Sus labios se aprietan y extiende una mano—. El calentador es un poco patético, así que...

Asiento con la cabeza antes de que termine y me dejo caer con mi bolso en la mano antes de que lo haga ella misma.

—Bien —susurra, alcanzando su computadora portátil, pero lanzo una mano para evitar que la agarre, y sus ojos vuelan hacia los míos.

Saco el libro que tomé prestado de la colección de Echo y lo coloco en sus manos.

Lentamente, ella lo toma, y la confusión cubre su rostro.

—Escuché que no es bueno estudiar demasiado.

Ella se ríe, mirando la portada una vez más. Creo que está tratando de decidir cómo se supone que debe sentirse o reaccionar, pero de lo que no se da cuenta es que su mente ha decidido por ella.

La chica ya se ha acomodado más en su asiento, y la sonrisa en su rostro es de emoción.

—Este libro ha sido leído antes. —Ella me mira expectante.

—Se lo robé a mi compañero de cuarto, tiene unas buenas dos docenas de donde salió eso. —Mis ojos recorren su perfil—. ¿Cuándo fue la última vez que leíste por diversión?

Meyer se encoge de hombros.

—Léeme, Tutora Girl.

Ella se ríe, pero cuando no la sigo, se detiene para estudiarme. Quiero agarrarla por la cintura y atraerla hacia mí, sentir su trasero contra mi regazo mientras la miro a los ojos. Con estos oscureciéndose.

Mirarla deshacerse y ser yo quien lo haga posible.

Pero no puedo, al menos no todavía, así que lo digo de nuevo:

—Léeme, Tutora Girl.

Se muerde ese labio inferior suyo y, al momento siguiente, lo abre.

—Capítulo uno.

17

Avix Investigador:

Lectores de confianza, ¡necesitamos su ayuda!
Se dice en la calle que nuestro Pitcher Playboy está "jugando" un poco menos, pero no nos lo tragamos. Encuéntrenlo, Tiburones... los reto.

Tobias

—¡Eso sí que fue un maldito juego! —Neo grita, golpeando sus manos contra los casilleros de metal—. ¡Les pateaste el culo, Cruz!

Sonrío, tirando mi jersey en el cubo de la ropa sucia.

—¿Pensaste que no?

Neo se ríe y se gira hacia X.

—¡Y mi muchacho aquí con ese duro noventa![10] —Lo levanta sobre su hombro—. ¡Les mostraremos a los muchachos de Cal Poly cómo juegan a la pelota los verdaderos muchachos costeros!

El equipo se vuelve ruidoso, gritando mientras pisotean el suelo y golpean el metal frente a ellos.

—Vamos a pasar esta próxima serie, luego nos apiadaremos de los pobres punks que nos tienen acercándonos a ellos a continuación.

—No te cagues en nuestro desfile, Cruz, solo porque lo estás abandonando de nuevo.

—Toma una por mí, ¿okey?

—Tomaré dos por ti, mi hombre.

Echo se acerca entonces, tirando tranquilamente de su jersey por la cabeza.

—¿De verdad no vas a salir con nosotros esta noche otra vez?

—No hombre, no puedo.

Levanta una ceja.

—¿No puedes o no quieres?

[10] término utilizado en el béisbol para describir una carrera desde el plato hasta la primera base.

—¿Ambas cosas?

Se ríe, empujándome.

—Solo ten cuidado, mi hombre. Por tu bien y el suyo.

—Te escucho, mi hombre.

Él sacude su barbilla, dirigiéndose hacia las duchas, y salgo.

Doblo la esquina, sacando mi teléfono de mi bolsillo.

—¿A dónde huyes con tanta prisa?

Mis zapatos rechinan contra el suelo recién pulido y giro la cabeza hacia la derecha para encontrar al entrenador apoyado contra la puerta de la sala de equipos.

—A tutoría, entrenador.

Mira el reloj en la pared, deslizándose lentamente hacia mí.

—Sabes que tus calificaciones cayeron en dos clases según el registro del viernes, pero los libros muestran que tuviste el doble de sesiones la semana pasada... ¿estás seguro de que estás obteniendo el valor de tu tiempo?

—Sí, entrenador, lo hago.

Entrecerrando los ojos, asiente.

—Supongo que Meyer no te está dando más problemas.

—No. —Mis labios se curvan—. Se está acostumbrando.

Poco a poco, pero cada vez más y más.

—Debe haberlo hecho, ya que son más de las nueve y ustedes dos tienen una cita. —Inclina la cabeza, mirándome.

—Oye. —Lanzo mis llaves al aire, atrapándolas en mi palma abierta—. Dijiste que me tomara todo el tiempo que quisiera, ¿verdad?

—Dije que te tomaras todo el tiempo que *necesites.*

Mi frente se pellizca con un ligero ceño fruncido, pero me río cuando su sonrisa se desliza y se empuja de la pared.

—Me alegro de que seas dedicado, hijo. —Su mano se levanta, sujetando mi hombro—. Después de la UNR, se avecina un equipo duro, y seguirán los exámenes parciales.

Un pensamiento me golpea y me giro para verlo de frente.

—Sobre eso...

Meyer

Tobias se prepara y envía la pelota volando hacia la cerca que está a poco más de veinte metros antes de agacharse para recoger otra. Me lanza una mirada por encima del hombro y sonríe cuando me atrapa mirándolo.

—¿Cuánto tiempo más tenemos?

Saco mis dedos de los de Bailey y toco la pantalla de mi teléfono.

—Diez minutos para guardar, veinte hasta que tenga que estar en la escuela.

Él asiente, vuelve a lanzar la pelota unas cuantas veces más antes de apresurarse a limpiar su desorden.

Mis manos sosteniendo las de Bailey, y se para en mi regazo, saltando ligeramente sobre sus pies y haciendo pequeños gritos solo para escuchar su propia voz.

Cuando Tobias regresa, se quita el polvo de las manos en los jeans y se estira, levantándola en sus brazos y por encima de su cabeza. Él la lleva a su bolso, se inclina para alcanzar el interior y saca una pelota. Sosteniéndola frente a ella, le dice algo que no puedo oír, y sus pequeñas manos encuentran el camino hacia ella, directo a su boca.

Tobias se ríe, pero rápidamente gira la cabeza en mi dirección.

—Es una de juguete, no puede lastimarla —se apresura a decir.

Mi sonrisa es lenta, pero rápidamente me doy la vuelta, concentrándome en guardar mis cosas.

Una sensación de hormigueo recorre mis brazos y piernas.

Pensó en ella cuando no estaba conmigo, como lo hizo a los cinco segundos cuando supo que ella existía. Como lo hizo la semana pasada cuando salió en busca de este parque, que está a unos pocos kilómetros del campus, lleno de árboles con sombra y un campo vacío, un lugar en donde él puede practicar algo, me permite pasar un rato tranquilo con ella y hacer un poco de trabajo escolar mezclado, como él dijo.

Y luego, lo de anoche.

Insistió en recogerme del trabajo y, cuando lo hizo, llevaba una pizza de Franny and Joe's, con la esperanza de poder quedarse un rato. No podía, no quería decirle que no, pero cuando llegamos ahí, Bailey me escuchó entrar y se despertó. Él sabía que mi tiempo con ella era corto, así que sin que yo dijera una palabra, salió por la puerta. Me costó convencerlo, pero conseguí que aceptara llevarse la pizza con él. Por supuesto, me envió un mensaje de texto diez minutos después y me dijo que la dejó en el porche y que Franny se molestaría si la desperdiciaba.

Todo lo que pude hacer fue sonreírle a la pantalla, como me encuentro haciendo cada vez que pienso en él.

Mi cuerpo se vuelve pesado y cálido.

Para los demás en el campus y cualquier otra persona que apueste por lo que afirman los medios, él es el Pitcher Playboy con una mente única, cinturón suelto y moral más relajada. El ególatra que prospera con la prensa y la publicidad, y sí, podría ser algunas de esas cosas.

Él podría ser todas esas cosas, Meyer.

Se me hace un nudo en la garganta y trago saliva, dejando atrás el miedo y la esperanza.

Él podría ser todas esas cosas.

Podría salir, tomando todo lo que se le ofrece, y se le ha ofrecido mucho. No es ningún secreto que a las chicas les gusta presumir. Una mina de oro.

Un buen momento.

Yo lo hice.

Él podría ser todo lo que la gente dice.

Mirando por encima de mi hombro, mis ojos lo encuentran a él y a Bailey.

La tiene en un brazo, con su guante y el balde de pelotas en el otro mientras camina hacia su camioneta. Deja sus cosas en la parte de atrás, y luego su mano libre vuelve directamente a ella.

Él deja que ella empuje la pelota hacia su boca y le sigue el juego como ella quiere, fingiendo morderla y tocándole la cabeza con la visera de su gorra.

Ella suelta la pelota, obligándolo a atraparla antes de que caiga y su mano vuela hacia su gorra, golpeándola hacia abajo en sus ojos.

Su risa es fuerte, y la siento en mi estómago.

Él podría ser esas cosas.

Él podría ser mío.

Tobias gira su gorra, por lo que ahora se asienta en su cabeza hacia atrás, y luego esa sonrisa perfectamente torcida apunta hacia mí.

No estoy segura de cómo se ve mi rostro, pero de repente su sonrisa se afloja, su cuerpo se gira paralelo al mío y sigue avanzando.

Sus pasos son lentos y, a medida que se acerca, baja suavemente a Bailey sobre la manta que dejamos en el césped antes de que nos trajera aquí para alimentarla.

Salta sobre la barandilla con facilidad, quedándose una fila por delante de la que elegí, y cuando tira de su labio inferior entre los dientes, cada terminación nerviosa de mi cuerpo se dispara.

Su bíceps se flexiona cuando se estira hacia adelante, deslizando mi cabello de mis ojos con su dedo meñique.

—Ven a mi juego.

Trago saliva y levanta la rodilla izquierda, colocándola en el asiento de plástico frente a mí.

—Esa no es una buena idea.

Su cuerpo se inclina, sus manos bajan para agarrar la silla de las gradas a mis costados, y después de una breve mirada a Bailey, acerca su rostro a centímetros del mío.

—Quiero mirar hacia arriba desde mi lugar en el montículo y verte sentada ahí, observándome... animándome. —Su enfoque cae en mis labios y su lengua sale para lamer los suyos. Sus ojos azules se posan en los míos—. Ven a mi juego, Tutora Girl.

Mi estómago se hunde, y mi agarre se aprieta en el reposabrazos.

—Lo siento, no puedo.

Intenta no mostrarlo, pero se le forman arrugas a lo largo de la frente y asiente bruscamente.

—Sí. —Se empuja hacia arriba, inclinándose para agarrar mi bolso y el asiento de seguridad de Bailey—. Solo pensé por si tenías tiempo extra o algo así. Está todo bien. No se te puede pagar durante un juego, ¿verdad?

Mis cejas se estrellan.

—No se trata de eso.

—Todo está bien, Tutora Girl. —Me lanza una rápida sonrisa, pero es falsa y sus ojos están vacíos—. Te llevo a la escuela, ¿no?

Sin nada más que hacer, asiento con la cabeza, levanto a Bailey y la amarro a su asiento mientras él levanta la manta en el piso.

Regresamos a la escuela en minutos, y él se va igual de rápido.

Tobias no me llama esa noche.

Llega la noche siguiente y estoy saliendo de una sesión tardía en la biblioteca cuando me encuentro pasando junto a un grupo de chicas que deben haber llegado del juego... el juego al que él me pidió que fuera. Están vestidas de pies a cabeza con atuendos de béisbol de Avix, números pintados en sus mejillas y cintas rizadas en su cabello. Están sonriendo y

riendo, después de haber disfrutado de su noche de viernes bajo las luces del estadio.

Sigo adelante de ellas, pero reduzco el paso cuando una de las chicas pregunta:

—¿Crees que Tobias estará ahí esta noche?

—Irá si Vivian se lo dice —bromea otra.

La rubia alta y de piernas largas se ríe.

—Ese barco ya zarpó, cariño.

—Por favor, todo lo que tienes que hacer es llamarlo.

—Sí, hazlo por el bien común —bromea otra chica.

—Chicas, nunca hemos tenido citas nocturnas —bromea Vivian.

Sus amigas se ríen y de repente el aire se siente denso, así que acelero mis pasos a casa.

Bianca tiene una cita esta noche, así que me besa en la mejilla y sale corriendo por la puerta solo unos minutos después de que yo la atravieso.

Bailey está dormida y Bianca dijo que no se despertó para comer hace más de una hora, así que no se levantará hasta las tres o las cuatro de la mañana, dependiendo.

No tengo trabajo escolar que hacer ya que me quedé despierta la mayor parte de la noche adelantándolo, y ya arreglé mi agenda para la próxima semana. Echando un vistazo rápido al reloj, decido hablar con mi hermano ya que perdí su llamada, no solo esta mañana, sino también anoche, pero desafortunadamente una vez más somos incapaces de conectar horarios, y su correo de voz es todo lo que recibo.

Un largo suspiro sale de mis labios y me arrastro para ponerme de pie, con el monitor de bebé y una manta en la mano, salgo al patio trasero, me dejo caer en la silla y miro hacia el cielo que se oscurece.

Los viernes por la noche se ven muy diferentes de lo que solían ser, no es que alguna vez me gustaran las fiestas, pero salía de vez en cuando, y a veces era divertido.

Me pregunto si esa chica Vivian hizo lo que querían sus amigas y llamó a Tobias.

Me pregunto si ellos también lo hicieron.

No hay nada que diga que él no salió por su cuenta.

Giro mi teléfono en mi mano, limpiando la mancha en la pantalla.

Mis dedos están ansiosos por enviarle un mensaje de texto, una molesta necesidad de saber qué está haciendo que me pica la piel. Siempre podría enviarle un mensaje de texto para felicitarlo por otra victoria más, ver qué dice...

A la mierda.

Le envío un mensaje de texto, y en el momento en que presiono enviar, me encojo en mi silla, y mis manos se levantan para cubrir mi rostro.

Dios, Meyer. Qué patética.

No es como si un mensaje me dijera si está fuera, ¡y qué si lo está! Puede hacerlo.

Pero no quiero que lo haga.

Tapándome la boca con la manta, gimo y cierro los ojos con fuerza.

—¿Qué diablos estás haciendo, Meyer? —Me regaño a mí misma.

No seas tonta…

Mi teléfono suena y mi aliento se aloja en mi garganta.

Mi pecho se calienta con inquietud y emoción, cosas que no van juntas pero que se sienten por igual.

Mordiéndome el labio, tomo mi teléfono y lo abro para leer su mensaje.

Tobias: *Soy una bestia, Tutora Girl. Deberías saberlo a estas alturas.*

Una risa me deja, y vuelvo a caer en la silla cuando llega un segundo mensaje.

Tobias: *Lo que no sabes es que tengo una bolsa gigante palomitas de maíz acaramelado que la vendedora me guardó y la contraseña de Netflix de mi amigo.*

La anticipación se arremolina en mi estómago, creando una sensación inestable mientras espero por más, sin querer atreverme y leer entre líneas porque sé que no tengo que hacerlo. Tobias nunca se anda con rodeos y su próximo texto lo demuestra.

Tobias: *¿Qué dices, Tutora Girl? ¿Me abres la puerta?*

Mi piel hormiguea y le devuelvo un rápido sí, y menos de diez segundos después, mi teléfono suena, su nombre parpadea en la pantalla.

Respondo, pero él habla antes que yo.

—Abre, Tutora Girl.

Me levanto rápidamente en mi asiento, y mi cabeza se gira para mirar a la puerta principal.

—¿Estás aquí?

—Estoy aquí.

Él está aquí.

Ya estaba en camino.

Poniéndome de pie, me dirijo a la puerta, la abro con el teléfono todavía en mi oreja, y cuando lo hago, mi pulso se acelera.

Todavía está en su uniforme, con pintura negra todavía dibujada a lo largo de sus pómulos, su gorra todavía apuntando hacia adelante y ocultando la mitad de su rostro, pero sus ojos brillan a pesar de todo.

—Puedes colgar ahora —dice en su teléfono, que también todavía está cerca de su oído.

Una risa nerviosa me abandona y la suelto, retrocediendo para permitirle entrar.

—¿Te importa si me cambio muy rápido? Me fui rápido para evitar al equipo de noticias. Supuse que si me quedaba, estarías durmiendo para cuando yo llegara.

—No si me hubieras dicho que vendrías.

—No quería darte la oportunidad de decirme que no. —Él sonríe, desaparece en el baño y sale menos de dos minutos después.

—¿Crees que podemos abrir el sofá cama para tener más espacio? —Me mira mientras toma el control remoto de la mesa auxiliar—. ¿Haces eso y yo inicio sesión?

Asiento con la cabeza, haciendo lo que me sugirió y menos de cinco minutos más tarde, estamos presionando reproducir.

Debo haberme quedado dormida en algún momento, porque cuando me despierto, es con los suaves llantos de Bailey. El reloj marca las tres y media, y el espacio a mi lado está vacío.

Tobias se fue a casa.

Sentándome, me paso las manos por el rostro y lanzo la manta con la que no recuerdo haberme cubierto, pero luego lo escucho.

Mi cabeza se mueve de izquierda a derecha cuando Tobias entra al pasillo, y tiene a Bailey abrazada contra su pecho desnudo.

Mi corazón late el doble de rápido cuando se acerca, con una sonrisa cansada en su hermoso rostro.

—Alguien se despertó —susurra, con su atención en ella—. ¿No es así, Bailey Bay?

Mi corazón late contra mi caja torácica y no puedo apartar la mirada de él.

No cuando me alcanza, todavía fijándose en ella, y no cuando se sube a la cama a mi lado. Él la coloca suavemente en mis brazos, y solo una vez que ella está segura levanta la mirada.

—¿Eso estuvo bien? —pregunta preocupado, con sus ojos azules recorriendo mi rostro.

No confío en mí misma para hablar, así que asiento con la cabeza y él se acomoda en su lugar, pero no aparta la mirada.

Sabe por qué se despertó y me ruega en silencio que no le pida que se vaya.

No quiero que se vaya.

Muevo a mi bebé en mis brazos y levanto mi camisa sobre mi seno izquierdo para que ella pueda prenderse. Una vez que lo hace, levanta la mano, como siempre lo hace, así que tiro de mi cabello para liberarlo del coletero y lo dejo caer como a ella le gusta. Instantáneamente, sus pequeños dedos se deslizan dentro de él, sujetándolo con gentil facilidad.

La suave risa de Tobias calienta mi cuello y mi piel se sonroja.

Con una respiración profunda, lo miro y nuestros ojos se encuentran una vez más.

Completamente sincronizados, nuestras cabezas bajan sobre los cojines del sofá contra los que estamos sentados.

Pasan unos momentos, sus parpadeos se vuelven más pesados, y luego sus dedos se juntan con los míos.

Tobias se vuelve a dormir y yo me siento ahí, repasando cada uno de sus rasgos.

A primera vista, parece el jugador de pelota rudo y tosco.

Su cabello se mantiene corto y nunca pasa del punto de la barba incipiente. Su sonrisa está siempre presente, su forma de caminar es más un pavoneo lento y su cuerpo es un testimonio de largas horas de arduo trabajo. Es alto y confiado, con ojos coquetos y una sonrisa arrogante, pero lo que no ves con solo mirar es la ternura que tiene. Tobias tiene un corazón bondadoso que no puede negar, pero no permite que otros se aprovechen de él. No le da a los medios la atención que anhelan, se quita todo de un hombro y cuadra el otro.

Se enfoca en nada más que en lo que necesita para avanzar en las áreas de su vida que siente que merecen sus esfuerzos y no deja que nada se interponga en su camino.

Es admirable.

Él es admirable y trabajador.

Ahora conozco a una buena cantidad de atletas y, si bien todos tienen un grado variable de compromiso con su oficio, el suyo es inigualable.

Trabaja constantemente para mejorar, esforzándose más y dando cada paso que es capaz de dar para crecer.

Se levanta antes del amanecer, hace ejercicio y lanza la pelota, todo para volver a hacerlo una vez que su equipo esté ahí para unirse a él, y lo repite más tarde en la forma de un juego o dos prácticas diarias. Si no está haciendo eso, está viendo videos y estudiando a sus oponentes, identificando sus debilidades y formando un plan de juego para usarlo contra ellos. Él memoriza cada uno de sus giros y vueltas, la forma en que apuntan con los dedos de los pies o agarran el bate, el grado en que hacen el swing en cada lanzamiento junto con su proporción de aciertos y errores.

Cómo tiene espacio en su cabeza para la escuela, nunca lo sabré, pero hace lo que necesita y sale fuerte al campo en cada juego.

Es cierto lo que dicen en las noticias.

Tobias es béisbol.

Es su vida y lo seguirá siendo, tal y como se merece.

A estas alturas el próximo año, él se habrá ido, eso no es ningún secreto, entonces, ¿cuál es el punto de derramar el mío?

18

Meyer

En el momento en que salgo del centro de desarrollo estudiantil, me detengo de golpe.

—Jesús. —Mi mano vuela a mi pecho, y lo miro—. ¿Qué estás haciendo aquí?

—Ni siquiera un hola para mí, ¿eh?

—Hola, jefe. —Me cruzo de brazos—. ¿Qué estás haciendo aquí?

Me mira un largo momento, antes de que su barbilla se levante.

—Moví todas tus citas para los próximos dos días.

Arrugo la frente.

—¿Por qué? No tengo a ninguno de tus jugadores hasta el jueves por la noche.

—Porque no regresamos hasta el miércoles por la noche, pero de inmediato son los exámenes parciales para ellos.

—No entiendo.

—Ve a casa, empaca tu maleta, y ve esta noche al departamento de atletismo. Viajarás con el equipo a Cal Poly.

Mi rostro cae.

—¿Qué viaje?

—Mi jugador estrella ha pedido a su tutora para que lo acompañe en el viaje esta semana ya que sus calificaciones apenas se mantienen, dice que necesita toda la ayuda adicional que pueda obtener antes de los exámenes

parciales. —Sus ojos se estrechan—. ¿Me pregunto por qué cree que estarías de acuerdo con eso?

Mi cabeza palpita al instante.

—Tal vez él sabe que las elecciones no son técnicamente mías... pero le dijiste que no —agrego, segura. Por supuesto que lo hizo.

Mete las manos en el bolsillo y frunce el ceño.

—Mientras estes de viaje, tus sesiones serán virtuales. Ya se lo he hecho saber a los estudiantes.

—¿Qué? No, no puedo.

—¿Por qué no?

Lo miro boquiabierta.

—¿En serio? El hecho de que estés avergonzado de mí y de mi vida no significa que no tenga una que manejar.

Su mirada se aleja, pero regresa de inmediato, y tengo la sensación de que esto no es algo con lo que esté de acuerdo, pero el béisbol triunfa sobre todo, como de costumbre.

—Obtendrás un bono de viaje, uno para ti y otro para cubrir a tu niñera mientras no estás.

Me sale una risa burbujeante, pero es burlona.

¡¿Él realmente cree que dejaría a mi hija atrás y viajaría horas durante dos, tres días?!

No lo digo en voz alta, pero algo tiene sus ojos entrecerrados, buscando los míos.

Odio la forma en que me mira.

Aclarándome la garganta, me mantengo erguida.

—No puedo simplemente empacar e irme, tengo otro trabajo en el que necesito estar mañana por la noche. Gracias a ti, no puedo darme el lujo de perderlo faltando.

—En ese restaurante, ¿verdad?

Mi cabeza tira hacia atrás.

—No es asunto tuyo.

Se burla y comienza a alejarse.

—Llama a tu jefe y haz que suceda. Los detalles completos están en tu bandeja de entrada.

Miro la pantalla de mi teléfono con un gruñido y grito:

—¡No recibí un correo electrónico!

Él mira por encima del hombro, y sus ojos se encuentran con los míos.

—Podría haberlo enviado a tu personal por error.

Mi pecho pesa mucho, pero no lo muestro.

Desbloqueo mi teléfono y planeo enviarle un mensaje de texto a Tobias, diciéndole que esté preparado para que yo lo regañe, pero hago una pausa y voy a mis correos electrónicos en su lugar.

Hojeo la información, y mis ojos se abren desorbitados cuando llego a la información de bonificación listada.

Me está ofreciendo mil dólares por día, más cupones de habitación y comida en el hotel. Además de eso, otros dos mil quinientos para la niñera.

De repente, ya no siento la necesidad de discutir, así que presiono ignorar cuando Tobias llama menos de dos minutos después, probablemente ya escuchó que su amado entrenador me dio la noticia.

Esto me cubrirá y me dejará con un poco más para los próximos meses.

Con una respiración profunda y una sonrisa en mi rostro, camino de regreso a la guardería para firmar la salida de mi niña.

Regreso a casa en treinta minutos, empacando para el viaje que me obligaron a hacer cuando tocan a mi puerta.

Estoy esperando a Bianca, pero justo detrás de ella está Tobias, en todo su esplendor en chándal y sin mangas, con una caja de bagels en la mano.

—Ten cuidado, hay un hombre travieso en Nike que viene en caliente —canta ella mientras empuja la puerta—. Y viene con carbohidratos.

Detrás de ella, Tobias mueve las cejas, pero yo niego con la cabeza y vuelvo corriendo a la sala de estar para recoger la ropa sucia del suelo.

De camino a casa, llamé a Bianca para contarle sobre el viaje y la bonificación y, como sabía que lo haría, me preguntó si podía quedarse en el apartamento durante un tiempo de inactividad y me dijo que reclamara los honorarios de la niñera para mí. Así que lo hice, Bailey no se quedará atrás, pero la escuela no tiene por qué saberlo.

Bianca arroja sus bolsas al suelo y salta sobre la cama, arrastrándose hacia Bailey.

—¡La tía B está aquí, bebé B! —Ella le sonríe y Bailey le devuelve la sonrisa, metiéndose los dedos en la boca—. Dile a tu mamá que te deje quedarte conmigo.

Bailey hace un sonido de arrullo y Bianca se ríe.

—Dile a tu tía B que se ha vuelto loca.

Bianca y Tobias se ríen y, como si ella reconociera su voz, la cabeza de Bailey gira hacia la izquierda.

Ella busca en la habitación y cuando él se acerca, sus rodillas golpean el metal de la cama plegable, deja escapar un pequeño chillido. Sus piernas comienzan a patalear y sus brazos comienzan a moverse.

—Bueno, al menos alguien está emocionada de verme —bromea él mientras deja caer su puño sobre la cama y baja la parte superior de su cuerpo, dejándola alcanzar su gorra con movimientos torpes—. Hola Bailey Bay, ¿estás lista para un viaje por carretera?

Los músculos de mi estómago se contraen y vuelvo a apilar mamelucos en la bolsa de pañales.

Sintiendo los ojos de Bianca en mí, la miro rápidamente. Ella no revela nada, pero la conozco. Quiere sonreír tanto como quiere fruncir el ceño.

Igual, chica. Esto, sea lo que sea, da miedo.

Tobias se da cuenta de algo y mira de ella a mí mientras se pone de pie, pero Bianca se asegura de que no se cree tensión estirando la mano para enganchar la caja que él dejó en el brazo del sofá.

—Así que viene sin anunciarse y trayendo regalos. —Muerde un bagel de arándanos y habla con la boca llena—. Supongo que tiene algo que decir.

—Debería tener mucho que decir, considerando que estoy haciendo las maletas para un viaje que no sabía que iba a hacer.

Tobias se ríe, mirándome con una sonrisa gigante.

—Lo lamento.

—Ajá. —Mis ojos se estrechan—. Tu sonrisa es demasiado grande. Escúpelo.

Crece más profunda.

—El conductor del autobús me debe un favor, y el coordinador del equipo también.

—Okey...

—Me están contando en mi autobús, contándote a ti en tu autobús, y *nos* iremos juntos esta noche. Renté un auto.

Mi rostro cae y la emoción de Tobias disminuye.

—Tobias, el entrenador Reid no...

—Que se vaya a la mierda —le espeta Bianca, atrapándose así misma a la mitad de rodar los ojos—. Quiero decir... a quién le importa, ¿verdad?

Tobias frunce el ceño, pero mantiene su atención en mí.

—Él no lo sabrá. Él y Doc vuelan mañana al mediodía, el equipo sale a las ocho. Estarás en el check-in esta noche, y me reuniré con ellos en el campo mañana a las dos.

—Entonces, crees que se quedará en tu habitación esta noche, ¿verdad? —Bianca levanta una ceja.

Su sonrisa es lenta.

—Como dije, el coordinador del equipo me debe una.

—Eso no es un no. —Bianca lucha contra una sonrisa y la de Tobias crece.

Le lanzo un pañal y ella lo arroja a la bolsa con los demás mientras se pone de pie.

—Date prisa y sal de aquí. Estoy lista para tener este lugar para mí sola, más o menos uno.

—Mejor que ese uno sea Coop —bromea Tobias.

Ella se detiene en la puerta del baño, girando para mirarlo con las manos en el marco.

—Coop estará contigo, a cuatro horas de distancia. —Sonríe, encerrándose en el baño.

Tobias se voltea hacia mí.

—Ella te dijo eso a propósito.

Se ríe, pero su expresión se vuelve ansiosa y emocionada.

—¿Qué?

—Nada.

—Eso fue un nada rápido. —Mis ojos se estrechan con sospecha, pero él solo sonríe más ampliamente, girando hacia mi gigantesca pila de "imprescindibles" que se necesitan para viajar con una bebé.

Aplaude y luego comienza a cargar todo.

—¡Viaje por carretera aquí vamos!

—Okey, conocido por su sociedad materialista, Lycurgus fundó *¿qué* alrededor del 800 a. C.?

—AC/DC.

Me río, cayendo hacia atrás contra la cabecera.

—"Highway to Hell", "Let There Be Rock", "Back in Black". —Él sonríe.

—¡Vamos! Esa es la tercera consecutiva que no contestas. ¡No más conocimiento de estrella de rock! Tienes que sacar un noventa o más.

—Tal vez no quiero.

Pongo los ojos en blanco, jugando un rápido juego de escondidas con Bailey mientras ella trata de llevarse el pie a la boca.

—En serio. —Él mira por encima—. Tal vez quiero tanto tiempo de Meyer como pueda.

Lo empujo y él sonríe, poniéndose a mi lado.

—Ya estamos estudiando una cantidad ridícula de horas.

—¿Quién dijo algo sobre estudiar? —dice con un ligero rugido, levantando a Bailey para que pueda empujarse de puntillas.

—Cierto. —Me río—. Bueno, este pequeño viaje al que me obligaste logró darme mi primer día libre completo en una eternidad.

—¿Ah, sí? ¿Eso significa que vendrás a mi juego? —Él sonríe, pero su tono es dolorosamente esperanzado.

Niego con la cabeza y él mira hacia otro lado, pero no antes de que su ceño fruncido se haga cargo.

—Estoy trabajando los dos días que estaremos aquí, pero supongo que la escuela está obligada a dar un permiso de veinticuatro horas después del viaje del personal, así que el jueves estoy libre y no puedo esperar.

—Supongo que deberías agradecerme por hacer que esto suceda —bromea, burlándose de Bailey con la visera de su gorra, y luego se la arranca rápidamente, pero a ella no le importa. Sus manos todavía van directamente a su cabeza, sus pequeñas palmas frotan los mechones oscuros, y ni un segundo después, se inclina hacia adelante, intentando morderlo.

Tobias sonríe, tirando de ella hacia atrás, y sus ojos se lanzan en mi dirección, yendo directamente al moño en la parte superior de mi cabeza. Ella salta de nuevo, lista para agarrarlo, pero me inclino hacia atrás.

—Oh, vamos, ella quiere el tuyo ahora. —Hace un puchero, sacudiendo un poco a Bailey—. ¿Está siendo mala, Bailey Bay?

Con un suspiro juguetón, me suelto el pelo y lo dejo caer a mi alrededor, y Tobias no pierde el tiempo, agarra ciegamente un largo mechón y lo levanta, haciéndole cosquillas y provocándola.

Ella trata de agarrarlo, pero él lo mueve lo suficientemente rápido como para que ella no pueda, y comienza a saltar en su agarre, sonriendo y riendo como loca.

Su risa es cálida, y cuando mi cabeza gira para mirarlo, la suya le sigue. Sus ojos azules se encuentran con los míos, con una ternura escrita dentro de ellos. Su boca se curva un poco más arriba, pero es diferente a su sonrisa habitual, es expresiva de una manera que hace que mi garganta se seque.

Pero todos se ríen cuando un bebé les sonríe, y Bailey no ha parado.

Ella deja escapar un grito emocionado y una risa me deja.

Mis labios tiran hacia un lado.

—Ella quiere que le devuelvas tu atención.

Los ojos de Tobias se mueven entre los míos, y ahora su sonrisa está llena de presunción.

—Por supuesto que sí. —Él le da lo que quiere, centrándose en ella—. Todas lo hacen. —Se inclina hacia adelante, haciendo muecas ridículas que ella parece disfrutar—. Todas menos tu mamá, Bailey Bay.

Mi estómago da un brinco en mi pecho y él lo sabe, una risa traviesa se le escapa.

Empujo su hombro con el mío antes de bajarme de la cama como una excusa para mirar hacia otro lado, y camino hacia mi bolso, sacando un cepillo para peinar y me siento en la silla del tocador, cepillando los enredos de mi cabello ya que acabo de quitarme el lazo. Mientras agarro todo en mis palmas, girándolo para levantarlo de nuevo, mis ojos se mueven en el espejo.

Tobias está apoyado contra las almohadas, medio acostado y medio sentado, con el pecho de Bailey sobre el suyo. Está mirando algo en su teléfono, con su otro brazo envuelto alrededor de la espalda baja de la bebé para asegurarse de que no se caiga.

Bailey le da palmaditas en la mandíbula, le aprieta la nariz y le pasa las manos por el rostro para pellizcarle la boca. Tobias inclina su barbilla, permitiéndole explorar su forma como quiera, pero esa ni siquiera es la parte que crea el dolor en mi pecho. Es la forma en que sus labios se fruncen un poco, como si le estuviera besando los dedos con adoración, si es que se da cuenta.

No creo que lo haga.

Creo que es natural.

A él le gusta ella.

En ese momento, sus ojos vuelan en mi dirección, instantáneamente encuentran los míos en el espejo, y mi estómago se hunde.

Él no aparta la mirada, y no estoy segura de cuánto tiempo mi mano permanece congelada en el aire con mi cabello medio retorcido, pero ninguno de los dos sale de eso hasta que Bailey comienza a quejarse.

Su inclinación se desliza cuando ella entierra su cabeza en su cuello, y comienza a frotarse los ojos mientras un pequeño grito falso la abandona.

—Creo que alguien tiene hambre, mamá.

Asiento, dejando que mi cabello caiga hacia abajo, y su mirada sigue los movimientos.

Tobias se pone de pie y yo giro en el tocador.

Cuando está dando su último paso hacia mí, finalmente recuerdo ponerme de pie, recordándome respirar mientras lo hago.

Me pasa a Bailey, pero sus manos no caen a su lado, sino que instantáneamente se estiran hacia adelante, empujando mi cabello sobre mi hombro, con sus dedos demorándose cerca de mi clavícula expuesta.

Su mandíbula se flexiona, y sus ojos se elevan hacia los míos mientras trae un mechón hacia atrás, entregándoselo a Bailey.

—A ella le gusta sostenerlo cuando le das de comer, ¿verdad?

La presión cae sobre mis costillas, pero logro mover un poco la cabeza.

Se queda en silencio otro momento, y luego da un paso atrás, señalando con la barbilla hacia su habitación.

—Voy a darme una ducha, tal vez pediré servicio de habitaciones después...

—Okey —susurro.

Creo que quiere que le diga más, para confirmar que no me voy a la cama o para pedirle que me ordene algo a mí también, pero no me atrevo a decir una palabra más, así que se dirige a su habitación, cerrando mi puerta, pero no del todo.

Me acomodo en la cama para alimentar a Bailey, preguntándome qué diablos estoy haciendo y completamente consciente de que estoy al borde del no retorno.

No sé qué hacer, pero sé lo que quiero hacer, y no es la opción moralmente correcta.

Es la egoísta, solitaria, sin esperanza.

Tobias

—Si se despierta, la oiremos. Si no es porque está a tres metros de distancia, es por esto. —Meyer levanta el monitor y lo sacude.

Observo la puerta de conexión.

—¿Qué tan efectivas son esas cosas? Porque este es un hotel gigante y hay otra puerta que lleva a esa habitación.

—Dos si cuentas la otra puerta lateral.

Mi cabeza se precipita hacia la suya y Meyer se ríe.

—Oh, Dios, la puerta está literalmente entreabierta. —Lucha contra una sonrisa cuando mi mirada se profundiza—. Bien, okey. Puedo encender esto, caminar todo el camino hasta mis botes de basura en el callejón, y escucharla bien. No lo hago… pero puedo. Lo probé con la horrible voz de canto de Bianca. —Sonríe.

Me recuesto en la cama, mirando a través del hueco de la puerta.

—¿Qué estás haciendo? —Se burla.

—Si me recuesto un poco más… —Mi espalda se estira, y mis manos agarran el borde del colchón—… creo que puedo ver el borde del corral… ¡oh mierda!

Me deslizo por el borde de la maldita cama, mis papas fritas caen y se derraman a mi alrededor.

Meyer comienza a partirse de risa, levantando la mano para cubrirse la boca.

—Será mejor que dejes de reírte —le advierto, pero la chica se ríe aún más fuerte—. Oh, crees que es divertido, ¿eh? —Sonrío.

Niega con la cabeza, tratando de decir un "lo siento" pero no puede parar de reír. Su palma cae sobre el edredón, así que rápidamente levanto mis brazos del suelo, agarrándola por la muñeca.

La jalo, agarrando su otra muñeca mientras cae justo encima de mí. Sus palmas se aplanan sobre mi pecho y se ríe, casi ahogándose, pero luego levanta la cabeza, con su cabello aún suelto y cayendo frente a ella.

Su risa muere en sus labios y se aclara la garganta.

Puedo verlo en sus ojos. Quiere coquetear, pero más que eso, quiere que coquetee con ella.

Y luego quiere lo que sigue.

El tirón en su núcleo, el calor entre sus piernas, del tipo que solo quema profundamente con el toque de un hombre.

Un hombre que la desea demasiado.

¿Qué te detiene, bebé?

Su barbilla se hunde y me mira a través de sus pestañas.

—Te importa si uso tu ducha, no quiero despertarla después del largo viaje de hoy.

Asiento con la cabeza, la idea de ella desnuda en mi habitación envía una sacudida a través de mí.

Mi pene se espesa, endureciéndose debajo de ella, así que rápidamente la giro sobre su espalda, levantando mis caderas para que ya no toquen las suyas y antes de que pueda sentirme crecer.

Me levanto de un salto, ofreciéndole mi mano y sonriendo por la forma en que sus labios se han separado.

—Pon tu mano en la mía, Tutora Girl.

Una risa embriagadora la deja y hace lo que le pido, permitiéndome levantarla.

—La ducha es toda tuya, Tutora Girl —gruño, dejándola ir.

Se cuela en su habitación y regresa en silencio con algo de ropa y una bolsa de supermercado con sus jabones. Sus ojos se deslizan hacia los míos cuando llega a la puerta del baño, pero rápidamente la abre, encerrándose dentro.

La ducha se abre, y dejo escapar un largo suspiro, dejándome caer en mi cama mirando hacia el techo.

Mierda, esta chica.

Golpeo mi cabeza contra la almohada, riéndome de la ironía de la situación.

Yo, Tobias Cruz, el playboy de la prensa sensacionalista, durmiendo en una habitación de hotel con una chica a la que ni siquiera puedo rogarle que me toque. Por supuesto que ella es la que quiero que me toque.

Quiero que entre en la ducha, y luego me llame para unirme a ella, permitiéndome el placer de follarla empapada, de *hacerla* chorrear, la tendría tan mojada.

Tan encendida.

Se quemaría de adentro hacia afuera, como yo.

Mi mirada cae con mi exhalación, congelándome cuando mis ojos se encuentran con el largo espejo en la pared... directamente frente a la puerta del baño, la puerta del baño *esmerilada.*

Lentamente, me empujo hacia arriba mientras Meyer, al otro lado, se quita la ropa.

No puedo ver su cuerpo, pero su forma es clara, es una silueta perfecta.

Es curvilínea y suave y una maldita mujer perfecta.

Y esa mujer deja de moverse, dudando donde se encuentra por quién diablos sabe qué razón, y mi cuerpo juega conmigo, se tensa, se flexiona y duele, la anticipación jodidamente me quema hasta el centro.

Sin embargo, solo dura un momento, y luego suena el chirrido de la puerta de la ducha, y su figura desaparece cuando entra.

Mis ojos se cierran y me sintonizo con el sonido del agua cayendo, con la forma en que se vierte más fuerte y luego más suave, lo que me permite crear una imagen de sus movimientos exactos en mi cabeza. Antes de que me dé cuenta de lo que estoy haciendo, mis músculos se tensan, y mis párpados se abren para encontrar mi pene duro y en mi mano.

Mi pecho sube y baja rápidamente, y aprieto mi eje, desesperado por aliviar el dolor que me ha creado el mero pensamiento de Meyer. Gimo, bombeándome en mi mano una, dos veces, y mi cabeza cae hacia atrás.

Me imagino el hueco de sus pechos y el ancho de sus caderas, de su culo alegre e imagino la sensación suave como la seda de deslizarme entre ellos.

Mi pene palpita, y mi respiración se entrecorta cuando empujo mi mano, pero luego mi cuerpo se congela y me sobresalto, mis manos vuelan a mi cabeza y me froto la cara.

Demasiado mortificado para girar mi cuerpo, dirijo mis ojos hacia esa segunda habitación donde duerme una pequeña.

La vergüenza me inunda, y me lanzo hacia el pequeño segundo fregadero, rápidamente salpicándome agua en el rostro.

Golpeo mi frente mientras agarro la encimera, doblándome por la cintura.

Tomando una respiración profunda, me enderezo, girando sobre mis pies, y justo cuando lo hago, la puerta del baño se abre y Meyer sale.

Y que me jodan, una camiseta vieja nunca se vio tan bien. Una que es demasiado larga para que sepa qué hay debajo, si es que hay algo.

Su cabello está suelto y colgado a un lado sobre su pecho, las puntas chorrean, justo donde se asoman sus pezones.

Se detiene bruscamente cuando se da cuenta de que estoy justo aquí, a no más de dos pies frente a ella, y esos ojos marrones suyos se elevan.

Suelta una risa nerviosa.

—Me asustaste.

Mis dedos anhelan tocarla, acercarla más, y creo que lo sabe, porque la esquina de sus ojos se arruga un poco.

Tiene miedo, pero no de mí, sino de lo que pueda pasar después.

Su lengua se asoma, deslizándose ansiosamente por sus labios, y de repente estoy duro de nuevo.

—Se está haciendo tarde, realmente deberíamos ir a la cama —apenas susurra.

No tiene idea de la efectividad que tiene su tono accidental, es rico y gutural, sexy. Un indicio involuntario de su deseo no tan bien escondido.

Me está sintiendo, y quiero que se rinda.

Que ella solo acepte, porque, fóllame, estoy listo para dárselo.

Le daré todo lo que quiera si pone esos labios sobre los míos.

Yo haré todo el trabajo, solo necesito que ella haga el movimiento.

Haz el movimiento, bebé...

No lo hace. En su lugar, gira su cuerpo para que pueda deslizarse a mi lado sin siquiera rozarme, pero antes de que pueda desaparecer en su

habitación, me giro, lanzando mi mano para agarrar su muñeca, manteniéndola ahí.

No me atrevo a girarme hacia ella, no si el despido es lo que encontraré ahí, así que mientras miro el lugar donde ella estaba, digo:

—Dime que te gusto.

Cuando su muñeca se contrae en mi palma, mis ojos se encuentran con los suyos, aunque mi cuerpo permanece de espaldas.

—Tobias... —Sus hombros se encogen.

—Solo... —Mierda. Me giro hacia ella, entrando pero sin cruzar el umbral de nuestras puertas comunicadas—. Al menos dime que no odias estar aquí.

Ella se ablanda ante mí. A su lado, su mano comienza a alcanzarme, tal vez incluso inconscientemente, porque en el último segundo se da cuenta y la vuelve a bajar a su costado.

—No odio estar aquí —murmura, su barbilla baja mientras sus ojos sostienen los míos.

No me pierdo el toque de color que se eleva a lo largo de su cuello, o la forma en que los dedos de sus pies comienzan a enroscarse en la alfombra debajo de sus pies.

Mi sonrisa es lenta.

—Te *gusta* estar aquí, ¿no?

Su risa es ronca y baja, y ahora una pequeña sonrisa juega en sus labios.

—Buenas noches, campeón.

Muerdo la mía, sin querer apartar los ojos de ella.

—Buenas noches, Tutora Girl.

Serás la protagonista de mis sueños esta noche.

19

Tobias

—Okey, ¿qué pasa? —Meyer pone el libro de texto boca abajo, con cuidado de no perder la página en la que estamos.

—Son casi las ocho.

—Lo sé, lo siento, por lo general ya se hubiera vuelto a dormir. —Echa un vistazo a su corralito, y los ojos de la pequeña están empezando a cerrarse—. Una vez que se duerma, esto irá un poco más rápido. Deberíamos tener al menos una hora sin interrupciones.

—¿Qué? No. —La inmovilizo con una expresión fija—. Eso no es en absoluto por lo que dije eso. En todo caso, ella está evitando que me desmaye por aburrimiento.

Una breve carcajada deja a Meyer.

—Okey...

Mierda. Okey.

—¿Hay alguna posibilidad de que pueda dormir en su asiento de auto, solo por un corto viaje de veinte minutos?

Ella inclina la cabeza, sospechosa.

—No tengo que estar en el campo por unas horas.

—Soy consciente.

—¿También sabes que Poly está en San Luis Obispo?

—¿Soy consciente de en qué ciudad estoy en este momento? Eso sería un sí. —Lucha contra una sonrisa—. ¿Qué pasa contigo?

Sostengo su mirada, y después de un momento, la suya se amplía.

Comienza a negar con la cabeza, pero yo ya estoy asintiendo con la mía.

—Tobias, no.

—Vamos.

—De ninguna manera.

—Por favor, acabas de decir que tenías hambre, pero el servicio de habitaciones apesta. Este es el desayuno gratis.

—No…

—Necesito una razón para irme al poco tiempo de llegar —sale volando de mi boca antes de que pueda siquiera pensarlo, y ahora Meyer me mira con recelo. Me encojo de hombros—. ¿Me ayudas, Tutora Girl?

Se muerde el labio, mirando a Bailey, y cuando sus ojos vuelven a los míos, sé que la tengo.

A casa de mis padres vamos.

A la maldita velocidad de Dios.

Meyer

Cuando nos detenemos frente a una pequeña casa pintoresca a solo un kilómetro de la playa, los nervios comienzan a erizar mi piel.

Esta no es una buena idea. De hecho, es horrible.

Se van a hacer una idea equivocada.

Tengo una hija y vengo aquí con su hijo, un hombre al que le faltan unos meses para firmar un contrato de no menos de un millón de dólares, y eso es ser increíblemente humilde. Si la simple vista de mí no grita cazafortunas, no sé qué lo hace.

—Tal vez esto es una mala idea. —Me giro hacia él, pero estoy un poco sorprendida cuando encuentro la misma expresión tensa escrita en sus cejas—. ¿Tobias?

—¿Podríamos encontrar un restaurante en algún lugar en su lugar? —dice, mirando de la casa a mí—. Podría decirles que se me acabó el tiempo o… —Suspira, dejando caer la cabeza contra el asiento.

No tengo la oportunidad de decir nada más y nuestra ventana para alejarnos desaparece cuando en ese momento se abre la puerta principal y una mujer de cabello oscuro, tal vez de cincuenta y tantos años, se revela del otro lado.

Tobias me mira, y la ansiedad dibuja arrugas a lo largo de su frente.

Como dije, probablemente sea una idea horrible, pero no es que seamos una pareja y este sea un gran paso.

No es que haya un propósito más profundo en mi venida aquí con él hoy.

Da la casualidad de que estoy de gira con él, como su tutora, y él está siendo amable al incluirme.

Si conocen a su hijo, y estoy segura de que lo hacen, deberían verlo por lo que es.

Entonces, desabrocho mi cinturón de seguridad, y esas arrugas a lo largo de la frente de Tobias crecen, pero él hace lo mismo, y luego las sacude.

Fuera de la camioneta, desengancho el asiento de seguridad de Bailey de su base y la jalo hacia el borde del asiento, pero Tobias aparece de repente, sacándome del camino. Él la agarra suavemente, extendiendo su mano para tomar la pañalera también.

Nos saluda en la puerta su mamá, quien le sonríe alegremente a su hijo y lo toma en sus brazos.

—Hola, mamá.

—Mírate, tan grande y fuerte. —Ella le aprieta los brazos y él se ríe, luego, sus ojos se posan en el asiento de automóvil en sus manos y sonríe—. Oh, vaya, ¿quién podría ser? —Su palma cae sobre su pecho.

Mis ojos se lanzan hacia Tobias, dándome cuenta de que no le dijo que íbamos a venir, pero él también está mirando a Bailey. Ella está profundamente dormida, con su lazo rosa todavía en su lugar, en una combinación perfecta con su vestido de sandía y sus botines.

—Tan pequeña —canturrea su mamá antes de voltearse hacia mí y saludarme—. ¿Ella debe ser tuya?

—Así es. —Sonrío y le ofrezco mi mano, pero ella me atrae para darme un abrazo rápido. Me río nerviosamente y paso a su lado cuando nos hace entrar, pero no antes de ver el pequeño cartel sobre el timbre del que Tobias me había hablado.

El lugar es luminoso y acogedor, las paredes son de un gris suave y las persianas de un blanco cegador, todo está abierto para dejar entrar el poco de sol que el día tiene para ofrecer.

Su mamá llama a gritos a su esposo y rápidamente me señala con su sonrisa.

—Está mirando la estufa.

Tobias se aclara la garganta.

—Mamá, ella es…

—Su tutora —me apresuro, por si acaso.

Su mamá mira de mí a su hijo.

—Mi tutora —repite lentamente, y puedo sentir el peso de su mirada, aunque lo ignoro—. Cuyo nombre es Meyer, y esta pequeña dormilona es Bailey, su hija.

Su mamá sonríe.

—Soy Olivia, y este es mi marido, Garro. —Ella agita una mano hacia el hombre que se une a nosotros.

Es tan guapo como su hijo, alto con la misma línea de mandíbula fuerte, pero su cabello, aunque es igual de oscuro, está salpicado de gris y sus ojos son de color marrón oscuro.

El azul viene de su madre.

—Es un placer conocerlos a ambos.

—Igualmente, y el desayuno está listo. —Oliva asiente—. Solo necesito terminar algunas tortillas más.

—¿Puedo ayudar en algo?

—No, no, cariño. Ven a la mesa cuando estés lista. —Ella sonríe, desapareciendo en la cocina.

Su esposo se adelanta para abrazar a su hijo, mencionando algo que no entiendo, y paso mis manos por mis pantalones, girándome para agarrar a Bailey como una excusa para hacer algo.

Tobias, por supuesto, no suelta el asiento para autos, pero le dice a su papá que entraremos enseguida y me lleva a la esquina de la sala de estar, donde suavemente coloca la silla.

—No quería que me interrogara y…

—Shh —lo interrumpo, buscando en la pañalera los monitores para bebé y colocando uno en la pequeña mesa al lado de Bailey—. No quiero que suene como si estuviéramos chismoseando.

—A mi mamá le encantan los chismes, solo pregúntale.

Sonrío, y con uno a juego, señala con la cabeza hacia la puerta por la que pasó su madre. Siguiéndolo, entramos en la habitación de al lado, y elijo un asiento frente a él en la mesa estilo picnic.

En el centro se encuentran tazones de cebolla recién cortada, cilantro y algunos tipos diferentes de salsa. Su papá baja las proteínas frente a nosotros mientras su mamá trae un recipiente lleno de tortillas calientes.

—Espero que te gusten los burritos de desayuno. —Ella sonríe.

—Sí, gracias.

Todos se acomodan, se sirven y comenzamos a comer, Tobias y sus padres se ponen al día con las cosas que se han perdido.

Se ríen de algo que sucedió durante su última visita y su madre le cuenta sobre los proyectos que su padre tiene en casa y comparte actualizaciones sobre su sobrino.

Tobias se lo come todo, sonriendo y haciendo preguntas a medida que surgen en su cabeza mientras disfruto de la comida frente a mí.

—Sabes que tu hermano terminará su residencia este invierno, ¿no es emocionante? —dice su mamá, llamando mi atención.

—Wow, eso es increíble.

Los ojos de Tobias se clavan en los míos y sus codos se apoyan en la mesa mientras vuelve a concentrarse en su plato.

—¿No es así? —Olivia sonríe, alcanzando el tazón de papas fritas—. Tobias, ¿me escuchaste?

—Sí, mamá. Te escuché. Genial.

Los ojos de Olivia parecen entrecerrarse.

—Entonces, ¿cuándo crees que…?

—Cariño. —Su padre interviene suavemente.

—Solo iba a preguntar cuándo cree que será el momento de dejar de jugar un juego de niños y tomar la escuela en serio.

Mi aliento se aloja en mi garganta ante su tono alegre, ella lo dijo como si fuera la pregunta más inocente.

Como si no fuera un completo y total insulto para el hombre que está frente a mí, que se niega a levantar la vista y participar en la conversación, que debe haber sentido a dónde iba en el momento en que se mencionó a su hermano.

Estoy bastante segura de que mis ojos se están saliendo de mi cabeza.

—Quiero decir que ni siquiera vienes a vernos, estás tan ocupado saltando de ciudad en ciudad, faltando a clase mientras lo haces, ¿y para qué? ¿Para lanzar una pelota, y buscar peleas con personas como en la

preparatoria? —Ella niega con la cabeza—. Si tu hermano no me hubiera llamado para decirme que ibas a estar en la ciudad, probablemente no te habría visto hasta Navidad, si es que hubieras venido. Sé que solo hiciste el viaje el año pasado porque querías conocer a tu sobrino.

—Vendré para Navidad, mamá. —Bebe un trago, todavía con la cabeza agachada.

Y entonces sucede lo peor. Olivia se voltea hacia mí.

—Meyer. —Tobias se tensa como yo—. Entiendes la importancia de la escuela, ¿verdad? ¿Eres estudiante también?

Asiento con la cabeza, deseando que deje de hablar.

—Meyer tiene un promedio de 4.0, lo tiene desde el primer año —comparte Tobias, y sus ojos saltan a los míos brevemente, feliz de alejar la conversación de él.

Pero creo que solo alimenta aún más el punto de su madre.

Sus manos se levantan en el aire y él asiente brevemente.

—Por supuesto que sí, porque sabes lo que se necesita para tener éxito en la vida. Trabajo duro y dedicación. —Ella mira a Tobias—. Tu hermano también lo sabía. Trabajó duro y entró en la escuela de medicina. Viste el tiempo que dedicó a sus estudios, y pensé que aprenderías algo al presenciar eso.

—Mamá, por favor.

—Tobias, lo digo en serio, cariño. —Lo triste es que su tono muestra verdadera preocupación—. No hicimos todo lo que pudimos para asegurarnos de que pudieras ir a la universidad…

—Tienes razón, mamá —la interrumpe con un tono firme, pero respetuoso—. No lo hiciste. Si recuerdas bien, yo lo resolví con la ayuda de alguien que realmente creyó en mí.

El monitor emite un pitido y, antes de que pueda siquiera intentar ponerme de pie, Tobias lo hace. Dado que su necesidad de escapar es mayor, me quedo sentada, ofreciéndole una sonrisa tensa cuando realmente quiero mirarlo.

No pierde el tiempo, se aleja pisando fuerte, pero se relaja cuando llega a Bailey, su voz no es más que tierna y paciente a través del monitor.

—Te tengo, bebita.

Los ojos de su madre caen sobre la mesa y solo unos momentos después nos llega el sonido de la puerta principal.

—Apuesto a que la llevó a ver las gallinas. —La sonrisa de su padre es preocupada mientras se pone de pie—. Iré a hacerle compañía.

Su madre se pone de pie y comienza a llevar los platos a la barra, así que me levanto para ayudarla.

Se queda callada durante varios minutos, y estoy más que feliz de seguir sus pasos, así que trabajo a su lado en silencio.

Una vez que todo está guardado, Olivia agarra una bandeja de tostadas con canela y la sigo a la sala de estar.

—¿Sabes que mi esposo lo entrenó cuando era joven? Bueno, hasta que Tobias fue demasiado terco para escuchar una palabra que su padre tenía que decir. —Sus labios se contraen, pero rápidamente se sacude el sentimiento—. En la preparatoria, era tres veces más problemático que Talon. Era tan testarudo y no podía importarle menos las cosas que no le interesaban. Estuvo en pelea tras pelea, con poco o ningún esfuerzo donde se debía. Si no era béisbol, ni siquiera le dedicaba un pensamiento.

Fuerzo una sonrisa con los labios apretados, descruzando y cruzando las piernas mientras la ansiedad sube por mi garganta.

—Oh, olvidé con quién estoy hablando. —Ella niega con la cabeza, rompiendo una esquina de su postre—. Eres su tutora, ¿verdad?

Asiento, sin confiar en mí misma para hablar en este momento.

—Entonces sabes de primera mano lo que quiero decir.

Mis piernas comienzan a rebotar y miro hacia otro lado, pero mi cabeza tiembla antes de que pueda detenerla, y luego las palabras se derraman de mi boca sin permiso.

—De hecho, no. —Mi voz es baja, pero se escucha.

Sorprendida, levanta la vista de su taza.

—¿Disculpa?

Ya lo dije, así que no puedo retractarme ahora. Hago todo lo que puedo, le ofrezco una sonrisa tensa y continúo.

—Lo siento, pero no sé a qué se refiere.

Sus ojos se estrechan un poco, y se sienta en su silla.

—Tobias tiene problemas con la escuela, claro, pero no en todas las clases y nunca hasta el punto de reprobar. Trabaja muy duro para mantener su promedio general y si comienza a bajar, hace lo que tiene que hacer para recuperarlo.

—Sí, cariño, para mantener su promedio general. —Asiente—. Así puede permanecer en ese equipo olvidado de Dios, no lo hace por su futuro.

—El béisbol es su futuro.

—El béisbol es un juego, un pasatiempo, no una vida. —Empuja hacia el borde de su asiento, con un toque de insulto en su tono.

—Lo siento, señora Cruz, pero está equivocada.

Tobias

Al pasar por la puerta trasera, encuentro que la mesa de la cocina ahora está vacía.

Deben haberse instalado en la sala de estar.

Palmeando la espalda de Bailey, nos dirigimos hacia ellas, pero luego la voz de mi madre viaja a través del monitor de bebé que no se apagó, y me detengo donde estoy mientras Meyer le dice:

—Lo siento, pero no sé a qué se refiere.

Trago, rebotando un poco cuando Bailey comienza a moverse, preguntándome qué quiere decir con eso, pero no tengo que preguntarme mucho.

—Tobias tiene problemas con la escuela, claro —le dice—. Pero no en todas las clases y nunca hasta el punto de reprobar. Trabaja muy duro y mantiene su promedio general y si comienza a bajar, hace lo que tiene que hacer para recuperarlo.

Mis labios se contraen.

—Sí, cariño, para mantener su promedio general. —Mi mamá casi se burla—. Así puede permanecer en ese equipo olvidado de Dios, no lo hace por su futuro.

—El béisbol es su futuro. —Meyer responde al instante.

—El béisbol es un juego, un pasatiempo, no una vida.

Un agudo pinchazo atraviesa mi pecho.

Maldita sea, mamá.

—Lo siento, señora Cruz, pero está equivocada —le dice Meyer, y mis músculos se calientan.

—Mi hijo se niega a mirar el futuro como debe hacerlo un hombre. Tuvo un modelo a seguir en su padre y luego en Talon. Su hermano va a ser médico, por el amor de Dios. Eso es algo para celebrar.

Sacudo la cabeza y empujo la puerta, pero una mano en mi hombro me detiene y miro para encontrar a mi papá parado ahí.

—Tobias. —La sonrisa de mi padre es de arrepentimiento, pidiéndome en silencio que no lo guarde en contra de ella, pero antes de que pueda decir otra palabra, Meyer lo hace.

—¿No ve que Tobias es de lo que están hechas las leyendas? —Meyer le dice con el más suave de los tonos, y yo inconscientemente me inclino más cerca de la puerta—. Él es la definición de trabajo duro y determinación. Empuja, no solo su mente, sino también su cuerpo más allá de los límites naturales, a veces casi hasta el punto de ruptura, y lo hace con una sonrisa porque lo ama. Le apasionan sus habilidades, lo que

está haciendo por el deporte hoy será recordado en los próximos años, y eso solo se duplicará cuando ascienda, y él ascenderá.

Mi pulso se acelera, y trago el nudo en mi garganta.

—Señora Cruz, se espera que Tobias pase a la primera ronda en el draft de este año, y en caso de que no entienda completamente lo que eso significa, permítame decirle…

—Entiendo que mi hijo tuvo la suerte de tener una segunda oportunidad, ingresó a una escuela con un empujón de ese hombre, y en lugar de trabajar duro como su hermano, lo está tirando todo.

—No quiero restarle valor a lo que ha logrado su otro hijo —responde rápidamente—. Porque es asombroso lo que está haciendo, pero más de veintiún mil estudiantes son *aceptados* en la escuela de medicina cada año. Aceptados. No sé si sabe esto, pero poco más de mil doscientos atletas son reclutados en las mayores cada temporada. Mil doscientos de cincuenta y dos *mil* aspirantes y se espera que *su hijo* sea elegido *primero.* Uno entre cincuenta y dos mil, o uno entre mil doscientos, dependiendo de cómo quiera verlo.

Hay una larga pausa, y mi pecho se contrae con mi mano en la espalda de Bailey.

—Eso es algo para celebrar. *Eso*... es algo de lo que estar orgulloso —casi susurra Meyer.

Pasa un momento y luego la puerta se abre, y Meyer y yo nos encontramos cara a cara. Ella se detiene bruscamente, y juro que sus ojos están nublados.

Ella traga y quiero extender la mano y tocarla, arrastrarla más cerca y mantenerla ahí, pero se acerca a Bailey antes de que haga un movimiento, atrayéndola suavemente hacia sus brazos.

—¿Te importaría llevarme de vuelta al hotel? Tengo una llamada para la que debo estar ahí y Bailey pronto tendrá hambre.

Todo lo que puedo hacer es asentir.

Meyer agradece en silencio a mis padres antes de salir por la puerta principal, y yo no me quedo atrás.

El viaje al hotel es silencioso, pero mi mente está gritando.

De vuelta en la habitación, deja a Bailey en su corralito e intenta pasar al baño, pero le bloqueo el camino antes de que pueda.

—Tobias…

—¿Quisiste decir todo lo que dijiste?

Ella mira hacia abajo, pero usando mis nudillos, traigo esos ojos marrones de vuelta a los míos.

—¿Quisiste decir lo que dijiste?

—No dije nada.

—Dijiste una tonelada, Meyer, diciendo nada en absoluto. —Mi pecho arde, y mi sangre está caliente y fluyendo al doble de velocidad.

—Tu hermano siempre es el que les avisa cuando vienes a la ciudad, ¿no es así?

Un ceño cae sobre mí, y miro hacia otro lado.

—Mis padres no siguen mi carrera, pero está bien.

—Y no les dices cuando estás en la ciudad porque todas las conversaciones llevan al mismo lugar…

—¿Te refieres al dominio de la triste decepción? Sí. —Oculto el escozor en mis omoplatos levantando uno—. Pero estoy acostumbrado a eso.

—No deberías estarlo —susurra, con una suavidad en su voz de la que no estoy seguro que sea consciente.

—Me sigue a donde quiera que vaya, Tutora Girl —le digo, forzando la comisura de mi boca a curvarse hacia arriba—. Hago algo bueno, algo de lo que puedo estar orgulloso y alguien más viene a derribarlo, a hacerme repensar cada maldito paso que doy.

La comprensión amanece en ella y una tristeza nubla sus ojos.

—Lidias con eso en casa y en la escuela.

—No sé qué es, pero no puedo escapar de eso. —Me encojo de hombros—. Pensé que sería diferente en Avix, nueva ciudad, nuevo

equipo, nueva multitud. Más viejo, más sabio y todo eso, pero luego el periódico se enteró de mi situación, un adolescente con un historial de un kilómetro de largo que acaba de obtener una beca completa, después de haber sido eliminado de la lista de prospectos de todos los demás D1 en el país, e instantáneamente me convertí en el *Pitcher Playboy*, el chico malo en el campus. Es como si tuvieran sed de alguien en quien concentrarse y se enfocaron en mí. Hago alguna mierda, lo exponen. Hago algo bueno, lo tuercen.

»El año pasado ayudé a una chica a mudarse de su departamento después de que sus compañeras de cuarto la abandonaron con todo el alquiler, y el periódico publicó una historia sobre cómo arruiné los sueños de una chica pobre, obligándola a abandonar la universidad. —Me burlo, negando con la cabeza—. ¿Sabes la parte más mierda de eso? Rompí un récord escolar esa misma semana, y por alguna razón estaba emocionado, como: mierda, sí, ahora tienen que decir algo bueno, algo que podría mostrarles a mis padres, pero no publicaron nada sobre eso.

Su mano cae sobre mi pecho, y sus dedos se extienden mientras inclina su cabeza un poco más hacia atrás, con sus ojos tensos y fijos en los míos.

—Lamento que tengas que lidiar con eso —susurra—. Si supieran quién eres en realidad... —Niega con la cabeza.

—No me importa lo que piensen los demás, ya no. No si tú me ves de la forma en que te escuché. —Extiendo la mano, apartando el cabello de su rostro, cada músculo de mi cuerpo se tensa mientras sus ojos se oscurecen ante mí—. Todo lo que dijiste antes. ¿Realmente son esas las cosas en las que piensas cuando piensas en mí? ¿Piensas en mí?

La mano en mi pecho se contrae, sus pupilas se hacen más grandes, agitándome profundamente hasta la médula.

Estoy jodidamente adolorido.

Por ella.

Por esto.

Por nosotros.

Da un pequeño paso hacia adelante, pero lanzo mi mano, atrapándola por el bíceps, y la mantengo justo donde está.

Ella jadea y un ruido sordo sube por mi pecho.

—Acércate más, bebé, y sentirás la prueba de lo que me haces.

Su garganta se balancea, las arrugas se forman a lo largo de su frente, y lo admito, duele cuando sus pies se arrastran hacia atrás, alejándose de mí.

Dejo caer mi barbilla, la idea de enfrentar su rechazo es jodidamente demasiado, pero luego su pequeña mano se desliza hacia abajo.

Mi pulso salta detrás de mis costillas, fuerte, rápido e instantáneo mientras mis ojos cortan los suyos.

La acompaño hacia atrás, a través de nuestras puertas unidas y no me detengo hasta que sus hombros tocan la pared de mi habitación. Cuando traga, deslizo mi pie entre los suyos, moviéndome hasta que su pecho roza el mío.

Estoy duro como una roca por ti.

Sus muslos se aprietan, y un gemido bajo se me escapa, mis músculos se flexionan cuando su pequeña mano se atreve más al sur.

Siseo cuando pasa por mis abdominales, deslizándose debajo de mi camiseta para encontrar el borde de mis calzoncillos.

Su cabeza cae sobre mis pectorales, y su mano comienza a temblar de necesidad.

—Te deseo —le digo y lo juro por Dios, ella gime—. Sé que puedes percibirlo, sentirlo. —Me inclino hacia adelante, apartando los mechones sueltos de cabello de su rostro con la punta de mi nariz, con mis labios rozando su oreja—. Apuesto a que lo sabes desde hace semanas, pero he sufrido desde hace más tiempo.

Ella se estremece y mi pene se contrae de nuevo.

—No tengas miedo, Tutora Girl —gruño, frotándome ligeramente contra ella.

Instantáneamente, su cabeza cae hacia atrás para encontrarse con la pared, con los ojos entrecerrados y ansiosos. Paso mi pulgar a lo largo de la llenura debajo de su labio inferior, muriendo por morderlo de la forma en que la he visto hacerlo tantas veces.

—Tómame, Tutora Girl, juro por Dios que cualquier cosa que puedas querer, yo quiero más.

Sus dedos se enroscan sobre el elástico de mis bóxers, y da un suave tirón, su cálido aliento se avienta sobre mi cuello y me vuelve loco.

—Tengo una llamada y tú… te tienes que ir

Un estruendo profundo se eleva desde mi pecho cuando sus dedos se curvan, clavándose en mis pectorales mientras aprieta mi camiseta. Trató de razonar consigo misma, pero no sirvió de nada. Su necesidad está tomando el control.

Estás tan cerca, bebé... vamos...

—Me hiciste una promesa, Tutora Girl, y sé que quieres cumplirla en este momento —susurro, dejando que mi mano caiga sobre sus caderas. La agarro ahí, apretando y ella inhala con fuerza—. *Tómala.*

Cierra los ojos, levanta la barbilla, pero luego mi teléfono comienza a sonar, y es un tono reservado para una sola persona.

—*Mierda.* —Jadeo, sacando ciegamente mi teléfono de mi bolsillo.

—Hijo —la voz del entrenador Reid llena el aire.

Al instante, los ojos de Meyer se abren de golpe y se convierte en piedra frente a mí.

Me sacudo con una risa silenciosa, llevándome el dedo a los labios, pero ella ya se ha separado de mí, y giro, con el teléfono en la oreja mientras la veo desaparecer en su habitación.

—Aquí, entrenador. —Me aclaro la garganta, me ajusto la basura en los jeans y me muevo rápidamente para tirar mi bolsa de viaje sobre la cama.

Arranco mis pantuflas del bolsillo lateral, las meto en mi bolsa de juegos y me aseguro de que mi barra negra para los ojos esté en su lugar después del último juego.

—No quiero que calientes hasta treinta minutos antes del tiempo de juego de hoy. Ya repasé esto con el resto del personal, pero para cubrir todas las bases, también te lo digo.

—Entendido, entrenador.

—Estamos saliendo del aeropuerto ahora. Nos vemos en un rato.

Cuelgo, seguido de una risa baja.

Menos mal que no pidió hablar con nadie. No es que él lo anunciara si se enterara de que yo no estaba en el autobús de todos modos. Si hiciera eso, tendría que reconocer la regla que dice que los atletas deben viajar juntos a los juegos fuera de casa. Eso terminaría con mi trasero en el banco y esa no es una maldita opción.

Necesito llegar antes que el autobús para ir a lo seguro.

Pero primero, necesito cinco minutos con la morena de al lado.

Sonriendo, me deslizo dentro de su habitación, pero la encuentro sentada en la cama, su computadora portátil abierta, y un tipo aparece en la pantalla un momento después.

Mi ceño crece.

—Oye —llamo.

—Está bien, Matt, comencemos con física. ¿Tienes tu hoja de trabajo? —ella pregunta.

El tipo levanta lo que le pidió, así que retrocedo lentamente.

En el auto rentado, le envío un mensaje de texto rápido y luego me dirijo al campo.

La sonrisa en mi rostro no se va, y por primera vez en la historia, estoy más emocionado por el final de un juego que por el comienzo.

Miro mi adolorido pene con un suspiro.

Lo siento, hermano, es un gran día de bolas azules.

20

Tobias

La pelota pega en el guante de Echo con un fuerte golpe, y mi boca se curva hacia arriba.

El equipo está en el campo en segundos, pero el Entrenador les gritó la última vez que se subieron a mi espalda, así que no son más que gritos y flexiones de músculos, un par de palmaditas en la espalda y un hijo de puta me quita la gorra de la cabeza.

A Echo, sin embargo, no le importa una mierda si lo regañan.

—¡Ese fue una gran bola curva, hermano! —Él dobla su gran trasero y me levanta sobre sus hombros, girando para enfrentar al mejor bateador de Cal Poly... quien no hizo contacto con una sola pelota hoy.

El pelirrojo me muestra el dedo medio, escupiendo en el suelo, y nos reímos.

—Maldita sea, Rogers, ¿escupir en tu propio campo? —Echo se ríe—. Eso es rudo, mi hermano. Más suerte mañana, ¿eh?

—Jódanse, manténganse alejados de nuestro club esta noche, imbéciles. —Él mira, chocando con su compañero de equipo mientras retrocede.

—¿A las ocho en punto? —Echo asiente, poniéndome de pie antes de envolver sus brazos alrededor de mi cuello y tirar de mí hacia él—. Te escuché, hermano. Te escuché.

—Eres un idiota. —Me río, tomando mi guante cuando el entrenador me lo lanza.

Echo se abre camino hacia el banquillo cuando el entrenador se coloca frente a mí. Agarra mi hombro por un momento y mantiene sus ojos en

los míos mientras inclina su barbilla un poco. El gesto puede parecer pequeño para algunos, pero no lo es para mí. Una sensación de orgullo se hincha en mi pecho y asiento en respuesta.

—Para usted, entrenador.

—No, no hoy. Este equipo no ha perdido contra nuestro programa en veinte años, hijo, y no solo perdieron en casa, sino que no trajeron a un solo bastardo al plato. —Me da un pequeño apretón en el hombro—. Esto es para ti.

Aprieto la mandíbula cuando las palabras de mi madre de esta mañana vienen a mi mente, al igual que la forma en que mi padre se sentó y no dijo nada, pero Meyer lo hizo.

Ella habló cuando yo no podía, y cuando mi padre no lo haría.

Al igual que lo hizo el entrenador la noche en que le rogué a mis padres que lo dejaran quedarse a cenar.

—Ven a hablar conmigo después de las duchas —dice mientras se aleja.

Echo trota, se quita el equipo y salta, tratando de atraparme en una llave de cabeza, pero me libero, arrebatando mi gorra de su mano.

—Vas a salir con nosotros esta noche.

—No, hombre. —Pongo mi gorra en mi cabeza, moviendo mis ojos en su dirección.

—*Sí, hombre.* —Echo me empuja—. Esta es tu ciudad natal; tienes que hacérselo saber a estos muchachos de Cal Poly.

—Después de hoy, ¿crees que queda alguna duda?

—Okey, ahí está mi chico engreído.

—Jódete. —Me río.

—No, Cruz. —Hace un espectáculo de morderse los nudillos—. Voy a joder *eso.* En el suelo, en una silla, contra las malditas paredes del túnel...

Me río, mirando el premio que él señaló, y adivina, ella comienza a caminar hacia mí.

No es hasta que está al alcance del oído que la mano detrás de su espalda se hace visible, con un micrófono bien metido en su interior.

La cabeza de Echo cae con un gemido completo.

—Sabemos a quién persigue, me llevaré a la amiga —bromea, escapando dos segundos completos antes de que el camarógrafo de la morena esté al frente y al centro.

Ella levanta una ceja, pero me río, y su sonrisa se convierte en una sonrisa.

Veo al entrenador mirando hacia aquí. Él me hace una señal con un pequeño asentimiento para que entretenga a la chica, así que cuando su mano baja sobre mi bíceps, pongo mi mejor sonrisa.

Ella cambia al modo de secretaria atrevida mientras se desliza más cerca, mirando de un lado a otro entre la cámara y yo.

—Estoy aquí con el hombre al que todos se mueren por tener en sus manos, el único Tobias Cruz.

Mi sonrisa se convierte en una mueca y creo que la chica está complacida.

Es hora de aumentar el encanto hasta diez.

Es como dice el entrenador, la exposición es clave y la personalidad siempre gana.

Meyer

Bailey estuvo despierta durante toda mi última sesión, pero estaba feliz y juguetona, así que pude cambiar sus juguetes colgantes varias veces y terminar la lección sin interrupciones.

En mi anterior llamada no tuve tanta suerte, pero afortunadamente Freya, la capitana del equipo de natación, pudo entrar de nuevo una vez que ella se fue a dormir la siesta. En general, el día no fue tan difícil como esperaba al tenerla conmigo.

Queriendo aprovechar mi tiempo fuera con Bailey, la llevé al restaurante del hotel para comer un bocado rápido con el crédito de la habitación asignado por la escuela, ordenando algunas cosas para llevar a la habitación para aprovechar al máximo. Tomamos las galletas y otras cosas una vez que termino, y nos ponemos algo que podemos usar en el agua.

Trato de ignorar el hecho de que Tobias todavía no ha regresado cuando vi varios uniformes familiares desfilando en el camino hacia aquí.

Dejo nuestras cosas en el suelo, con cuidado nos metemos en el agua y, al principio, Bailey se pone rígida, su cuerpo se sacude cuando sus músculos se contraen y le sonrío, alejándola un poco de mi cuerpo. Ella se lanza hacia adelante, aferrándose rápidamente a mí y se me escapa una risa baja.

Un poco más lento, me alejo un poco más, doblando la rodilla para sumergirla más en el agua.

Ella comienza a aflojarse, así que reboto un poco y sus dedos vuelan dentro de su boca, y sus labios se curvan en una sonrisa a su alrededor.

—Mira, Bay. Es divertido. —Agarro su pequeña mano y acaricio el agua.

Chilla, sacudiendo la parte superior de su cuerpo, y me río, asegurándome de que mi agarre sea fuerte mientras trata de alejarse de mí.

Comienza a golpear el agua, riendo como loca, y mi sonrisa no podría ser más amplia. Sus ojos azules se iluminan cada vez que el agua le salpica el rostro y me mira con su sonrisa desdentada, como diciendo: "¿viste, mamá?"

—Mírate jugando en el agua. —Me inclino para besar su sien—. Qué chica tan grande, Bay.

Las lágrimas llenan mis ojos, es un momento tan agridulce.

Se está divirtiendo mucho, experimentando algo por primera vez, y no hay nadie con quien compartirlo.

Nunca hay nadie con quien compartir nada.

Mientras lo pienso, la culpa me pesa en el pecho.

Eso no es cierto.

Bianca siempre está ahí, y si no está, es accesible, al menos cuando se trata de mí. Sé que hace todo lo posible para asegurarse de que solo esté a una llamada de distancia cuando se trata de mí, porque sabe que estoy sola.

Mi hermano está ocupado y odio molestarlo, aunque se enojaría al escuchar esto, pero está tratando de crear una vida y lo dejará todo si se lo pido.

Me niego a dejarlo entrar en mis luchas por esa misma razón.

Cuando nuestra madre falleció, él todavía estaba en la preparatoria. Si no fuera por la familia de su mejor amigo, yo habría tenido que aplazar la universidad y hubiéramos tenido que mudarnos para mantenernos a flote ya que la única persona que se preocupaba por nosotros no dejó nada atrás. Ella trabajó duro toda su vida por lo poco que teníamos.

Afortunadamente, el amigo de Milo le dio un hogar y yo no tuve que dejar pasar mi beca. Al principio, iba a hacerlo de todos modos; no se sentía bien dejarlo, pero cuando se enteró, prometió no volver a hablarme si lo hacía, sabía tan bien como yo que, si se me escapaba de la punta de los dedos, probablemente nunca llegaría otra. Él nunca me habría dejado de hablar, pero confié en que mi hermanito confiaba en mí. Si no podía hacer una vida por sí mismo cuando llegara su momento, me aseguraría de hacer una para los dos.

Fue muy duro para ambos estar lejos del único otro miembro al que le importábamos, y luego Bailey bendijo nuestras vidas. Aunque Milo no está aquí, es obvio que la paz que ella me brinda se refleja en él.

Bailey comienza a frotarse los ojos, así que salgo del agua.

Al principio llora, como si quisiera volver a entrar, pero una vez que le quito el mono mojado y la envuelvo en una pequeña toalla de felpa blanca que traje de la habitación, se tranquiliza el tiempo suficiente para que yo me envuelva.

Cuando vuelvo al hotel y abro la aplicación para acceder a la tarjeta llave, una sombra cae sobre mí.

Mis mejillas se calientan, sabiendo que soy un desastre de cabello anudado y ropa chorreando, pero una sonrisa todavía juega en mis labios mientras giro.

Se derrumba instantáneamente cuando encuentro a un hombre completamente diferente parado ahí.

Mira de mí a la bola de toalla en mi mano.

—Si mi memoria no me falla, creo que recibí un correo electrónico con información de pago para la niñera para este viaje.

—Supongo que no eres tan viejo como empiezas a parecer. —Me encojo de hombros—. Tu memoria sigue intacta, decidí traer a mi niñera —miento.

Se burla, sus ojos caen en mis brazos de nuevo, pero me doy la vuelta, manteniendo a mi hija fuera de su vista. Él no merece mirarla. Su mirada vuelve a la mía, con un parpadeo de algo que no puedo y no me importa leer, corriendo a través de ellos.

—Imagina mi sorpresa cuando miré mi registro y descubrí que esta era tu habitación.

—Tú eres el que la reservó.

Su asentimiento es calculado, y desliza sus manos en sus bolsillos caqui.

—Creo que la habitación de mi pitcher terminó siendo la que está justo al lado de la tuya.

—¿Ah, sí? —Mantengo mi rostro en blanco.

Ladea la cabeza, mirándome durante varios segundos.

—¿Has visto a mi chico, Meyer?

El vómito amenaza con subir a mi garganta, pero me niego a tragar.

—¿Has intentado llamar a su puerta?

—Él no está ahí. —Sus ojos se estrechan, moviéndose a mi ventana y de regreso.

—Bueno, no sé qué decirte. —Empujo mi puerta para abrirla más, usando mi espalda para evitar que se cierre de golpe.

—El equipo dice que salió del bar hace una hora.

Del bar.

Mi estómago se encrespa.

Por supuesto, casi me olvido de las historias que siguen a los jugadores después de los partidos fuera de casa.

Es lo mismo para todos los deportes, según los pocos alumnos míos que son propensos a compartir en exceso.

—Me imaginé que ya estaría de vuelta. —Pasa los dedos por la visera de su gorra—. Oh, bueno, me llamará cuando haya... terminado. —Una risa baja lo deja—. Supongo que los viejos hábitos nunca mueren.

Aparto la mirada, negándome a caer en lo que sea que sea esto.

La verdad.

Una trampa.

Un pozo de lava con mi nombre, también conocido como realidad.

El entrenador Reid comienza a alejarse, pero se detiene bruscamente y me mira con curiosidad.

—¿No deberías estar en una llamada o algo así?

—Todas mis llamadas están hechas por el día, así que pensé en aprovechar todo lo que el hotel tiene para ofrecer antes de regresar a mi pequeño y elegante cobertizo. —Mi voz es más amarga de lo que pretendía.

Asiente lentamente, con los ojos entrecerrados, pero antes de irse, dice una cosa más.

—Si estás aburrida, puedes ver su entrevista, ya debería estar en el sitio web de la escuela. —Él se aleja.

Cierro la puerta en silencio y me concentro en lo que tengo que hacer en lugar de las preguntas que ahora amenazan con nublar mi mente. Coloco a Bailey en su corralito, le quito la toalla para que no se enrede, e instantáneamente comienza a llorar, el aire fresco ahora golpea su piel helada.

—Un momento, Bay. —Corro y lleno el fregadero con agua tibia, corriendo rápidamente hacia ella y levantándola en mis brazos una vez más.

»Oye, Bay, está bien. Ya está. —La sumerjo suavemente en el agua, usando una toalla de mano enrollada como almohada detrás de su cabeza—. Listo. Toma, ¿quieres tu mimi?

Ella se queja un poco más, pero se calma en el calor una vez que el chupón está en su boca. Se frota los ojos, así que la baño lo más rápido que puedo, agradecida cuando se acomoda en el corralito después de un tiempo suficiente para que me bañe rápidamente y libere mi cabello del cloro.

Está tarareando y fingiendo reírse cuando salgo, así que me pongo la toalla sobre el cabello y nos acomodo en la cama para que ella se alimente.

Se enoja cuando no puede jugar con mi cabello, pero paso mis dedos sobre los suyos unas cuantas veces y una fuerte exhalación sale de su nariz, haciéndome sonreír.

—Ya está, Bay —susurro.

No come mucho, está demasiado cansada de su tiempo de juego de la tarde para permanecer despierta el tiempo suficiente, así que sé que se dormirá pronto.

Debería cepillarme el cabello y hacer algo de mi propia tarea mientras pueda, pero en vez de eso, abro mi computadora, hago clic en la página web de la escuela y me desplazo hacia abajo hasta que encuentro el enlace para Avix Investigador.

El titular y la marca de tiempo que dice casi cuatro horas antes hacen que me arda la garganta, pero hago clic de todos modos.

Avix Investigador:

¿Tiene el Pitcher Playboy un juguete en casa?

Empujo el dolor que me sube por las costillas hacia abajo mientras miro la imagen del marcador de posición en el video de la entrevista, un Tobias manchado de suciedad de pie junto a una hermosa reportera. Se ve tan guapo como siempre.

Lleva la gorra al revés, una sonrisa profunda y los ojos juguetones.

Comienzo el video y la mujer habla primero.

—Estoy aquí con el hombre al que todos se mueren por tener en sus manos, el prospecto número uno de este año, Tobias Cruz.

Su insinuación es clara, y Tobias sonríe, haciéndole saber que se dio cuenta.

—Tobias, cuéntanos sobre el juego de esta noche. ¿Qué pasaba por tu cabeza cuando ese último bateador entró en la caja?

Se lame los labios, atrayendo la atención de ella y de *todos los que miran en casa* hacia su boca.

—Estaba pensando en lo que iba a pedir al servicio de habitaciones cuando volviera a mi hotel.

Una risa baja me deja.

—Está bien, ¿entonces estabas seguro de que saldrías de este juego sin una sola carrera anotada?

El orgullo me calienta, y espero que sus padres se sintieran obligados a sintonizar.

—No es el primero de la temporada, y no será el último. Estoy feliz de tener un equipo increíble detrás de mí.

—¿Fue un tipo de sabor diferente venir a tu ciudad natal y dominar contra el entrenador que no te ofreció un puesto hace tres años?

—No, fue dulce agregar otra V al récord de mi entrenador, y para que conste, incluso si Cal Poly me hubiera querido, no me habrían atrapado. El entrenador Reid es la razón por la que me he convertido en el jugador que soy, y siempre estaré en deuda con él.

Mi pulso se acelera y levanto mis rodillas, sin saber si quiero escuchar más.

—Nos encanta escuchar a un jugador como tú dar crédito donde se debe. —La joven sonríe, abriendo y cerrando los dedos contra el micrófono—. *Entonces, ¿cómo va a celebrar esta victoria esta noche, señor Cruz?* —Ella sonríe tímidamente.

La risa de Tobias es baja, sus labios se curvan hacia un lado mientras su lengua sale de nuevo para humedecerlos.

—Da la casualidad de que tengo a alguien esperándome esta noche. —La mujer abre los ojos juguetonamente, mirando a la cámara y Tobias sonríe más y agrega—: *Es bueno estar en casa.*

Mi instinto se hunde y vuelvo a mirar el encabezado de nuevo.

Cuatro horas desde que terminó el partido.

Por supuesto.

Esta es su ciudad natal, donde creció toda su vida. No hay duda, tiene gente esperando para verlo. Viejos amigos y viejos amores, viejas aspirantes esperando una segunda oportunidad.

Y no hay nada que se interponga en su camino porque Tobias es un hombre soltero. Un exitoso y carismático hombre soltero con el mundo al alcance de su mano.

No quiero estar aquí si entra dando traspiés, especialmente si cuando lo hace, no está solo, así que saco mi teléfono para ver si mi cheque de pago ya ha sido depositado, y descubro que sí.

Llamo al aeropuerto solo para decepcionarme cuando descubro que el boleto cuesta más que mi alquiler mensual porque solo los aviones

privados salen de la pista de aterrizaje local. Así que en lugar de eso, hago lo único que puedo.

Cierro y bloqueo la puerta que comunica mientras deseo contra todo lo que realmente quiero, que Tobias no regrese esta noche.

Necesito tiempo para controlarme.

Para recordar mi papel y el suyo.

Llorar donde nadie me vea, como la chica sin sentido en la que me he permitido convertirme.

Pero entonces sucede lo peor.

La risa llena el pasillo afuera de mi habitación, cada vez más fuerte hasta que ya no se filtra por la rendija debajo de la puerta principal, sino que proviene de la pared detrás de mi cabeza.

Y no es un hombre el que se ríe.

Es una mujer.

21

Tobias

El calor se propaga a través de mi cuerpo, enviando gotas de sudor rodando por mi pecho desnudo.

Gimo, mis manos resbaladizas se deslizan a lo largo del satén mientras mis músculos se contraen, relajándose un momento después.

Lamiendo mis labios, giro mi torso, y me toma un gran esfuerzo abrir mis ojos, todo para que se cierren en el mismo segundo, el latido del sol es demasiado brillante sobre mí.

¿Qué diablos?

Doblo el cuello para mirar detrás de mí, localizo una puerta corrediza que no reconozco, y cuando miro hacia abajo, me doy cuenta de que estoy en una tumbona que nunca he visto, con una sábana tirada encima.

Mis sienes palpitan, latiendo como un baterista aficionado, demasiado fuerte, demasiado duro y sin ritmo real. Se necesita todo de mí para lanzar mis piernas por un lado, empujándome hasta quedar sentado.

Mis antebrazos caen sobre mis muslos en un esfuerzo por sostenerme, y luego el chirrido de una puerta suena detrás de mí.

Mantengo la cabeza agachada, no queriendo saber quién diablos está detrás, pero entonces un agua vitaminada aparece frente a mí, con un reloj familiar atado a la muñeca de esa persona.

Mi barbilla cae de alivio.

—Mierda, entrenador. —Entrecierro los ojos hacia él, haciendo una mueca mientras lo hago.

Suelta un largo suspiro por la nariz.

—Bébete esto, tómate eso y ve a la sauna. Tienes un par de horas para sudar esta mierda y luego es hora de jugar.

Asintiendo con la cabeza, miro las gigantescas pastillas para caballos y me pongo de pie.

—¿Qué diablos pasó anoche? ¿Cómo llegué aquí? —Miro a mi alrededor, girando el hombro un par de veces para aliviar un poco la tensión del juego de ayer—. ¿Dónde diablos es *aquí?*

—Esta es mi suite, viene con una vista de la terraza. —Se ríe, seguido de un pequeño encogimiento de hombros—. Y llegaste aquí como siempre lo haces, hijo. Me llamaste después de divertirte. Envié un Uber tras de ti y les pedí que te dejaran aquí.

Mi ceño cae hacia la hierba. Ni una sola imagen de anoche me viene a la mente.

—Lo último que recuerdo es que fuimos al bar a encontrarnos con los cazatalentos de los Atletics que dijiste que vendrían a hablar conmigo en la DL, pero no recuerdo que aparecieran.

—Tienes suerte de que pude comunicarme con ellos para hacerles saber que te retiraste a tu habitación de hotel. —Levanta una ceja.

Asiento, y luego cada músculo de mi cuerpo se tensa.

Mi habitación de hotel.

Mi maldita habitación de hotel.

Mi chica.

Mi chica, que no tiene idea de que es mi chica...

Oh, mierda.

Mierda, mierda, mierda.

Anoche no... me jodí, ¿verdad?

Dejando el agua y las pastillas en la mesa, me paso las manos por el cabello y me las restriego por el rostro. Paso corriendo junto al entrenador,

corriendo en busca de mi camisa y mis zapatos, ambos cuidadosamente doblados en el sillón de adentro.

Arrojando algunas almohadas, busco mi teléfono, pero no aparece.

—¿Ves mi teléfono?

—No, ¿tal vez lo dejaste en algún lugar anoche? —El entrenador Reid me mira desde el patio.

—¡Mierda! —siseo.

—Tienes que ir a la sauna —dice de nuevo.

—Estaré bien, entrenador. —Corro hacia la puerta, abriéndola.

—¡Tobias, espera! — El entrenador Reid grita detrás de mí, pero ya me he ido.

Y cuando vuelvo a mi habitación, Meyer sale de la suya.

Hay una silla apoyando su puerta abierta, y ella tiene el asiento de seguridad de Bailey en una mano y su pañalera en la otra.

¿Se está yendo?

Patiné hasta detenerme, y sus ojos saltan a los míos en el momento en que planté mis pies.

Ella jadea, y sus labios se separan.

—Tobias.

Me estremezco.

La forma en que susurra mi nombre, como si le doliera el cuerpo, pero su mente hubiera llegado a la aceptación, hace que mi garganta arda.

—Oye. —Me acerco, y cuando se mueve, girando inconscientemente hasta que Bailey queda fuera de mi vista, mi mano sale disparada, buscando la estabilidad de la pared a mi lado.

A medida que me acerco, encuentro sus ojos enrojecidos, y sus mejillas casi del mismo color.

Ella ha estado llorando y la comprensión saca el aire de mis pulmones, pero al mismo tiempo, algo se asienta dentro de mí, permitiendo que otra respiración completa ocupe el lugar de la última.

Ella piensa que la cagué, y eso significa que, en su pequeña mente perfecta, hay algo que joder. Por otro lado, que ella asuma lo que sus hermosos ojos me están diciendo hace que me duela el estómago, pero ¿por qué no lo haría?

Es en lo que a los periódicos de la escuela les encanta enfocarse, mi mierda fuera del campo. No importa si lo lees o no, es casi imposible no prejuzgar los rápidos vistazos de los que no puedes escapar. Enyesan las cosas en los pasillos de cada edificio y las publican en todos los sitios de redes sociales que existen, pero esa no es la peor parte. Eso es comprensible, algo de lo que no puedo ni he podido escapar.

Lo que me retuerce por dentro es el hecho de que ella podría creer, aunque sea por un segundo, que significó tan poco para mí después del tiempo que pasamos juntos, pero de nuevo, puedo entenderlo. Lo odio, pero lo entiendo.

¿Cómo puede saber lo que significa para mí si yo aún no se lo he explicado? Sabe que la deseo, pero podría fácilmente, inconscientemente, trasladar eso a los titulares que lee a lo largo del tiempo.

Tobias Cruz, el Pitcher Playboy ataca de nuevo...

No.

No esta vez.

Me lanzo hacia adelante, tomando suavemente su rostro en mi mano. Se da la vuelta, pero me acerco más y ella contiene la respiración como si la idea de inhalarme fuera demasiado.

—Meyer, mírame —digo con voz áspera, con mi mano hundiéndose en su cabello—. Por favor, bebé...

Se lame los labios, parpadeando con fuerza, y cuando finalmente encuentra mi mirada con la suya, un vacío se sacude en mi pecho.

Sus ojos están desolados y sirven como un puñetazo en el estómago.

No hicimos exactamente planes para anoche, pero en mi cabeza, no era necesario. Teníamos planes y nuestros planes consistían en nosotros, juntos. Fin de la maldita historia.

No sé qué pasó anoche, pero no hice nada de lo que me arrepienta.

No hay forma.

Yo no lo haría.

No a ella.

No a ellas.

Ya ni siquiera me importa mirar a otra chica, y mucho menos tocar una, y ha sido así durante semanas, mucho antes de que su sonrisa cambiara.

Ha *cambiado.*

Nosotros hemos cambiado.

Mi cabeza comienza a temblar.

—Escucha…

—No quise asumir nada y no me debes una explicación. —Su tono es suplicante, como si me rogara que no hablara—. Somos…

—Di amigos, te reto.

Sus ojos se cierran con fuerza, una sola lágrima se escapa mientras lo hace y sirve como una cuerda alrededor de mi cuello, cortando mi suministro de oxígeno y dejando mis pulmones hambrientos.

Sus fosas nasales se dilatan y endereza la columna vertebral. Ahí es cuando ella abre los ojos.

Si no estuvieran nublados, la expresión de vacío dentro de ellos podría matarme en el acto, pero la humedad me hace saber que estoy ahí. Tiene que importarte alguien para que tenga la capacidad de lastimarte.

—Soy mamá. —Ella asiente—. Soy mamá y he sido irresponsable.

—No.

—Venir aquí fue una mala idea, lo sabía. Fue imprudente y...

—No lo digas.

—Nunca debí haber sido asignada a ti. —Traga, con la resolución deslizándose sobre ella y haciendo que mis dedos se entumezcan—. No debería estar aquí, y realmente no debería haber traído a mi hija. Cometí un error. —Traga, y la honestidad en su tono casi quema la piel de mis huesos—. Conocía la vida que llevabas y nunca debí…

Sus palabras se detienen en sus labios cuando la puerta frente a la que está parada se abre, es la puerta que conduce a mi habitación.

Nuestras cabezas se mueven en esa dirección, viendo como Neo retrocede, con una chica pegada a su cuerpo.

Su pie golpea la pañalera y se detiene bruscamente, las miradas de ambos cortan en nuestra dirección.

—Bueno, buenos días. —Neo se ríe y el rostro de la chica, que ahora me doy cuenta es la reportera del juego de ayer, se vuelve rosa. La chica baja lentamente los pies al suelo, mirando entre los tres, y Neo sonríe, lanzando algo al aire.

Mi mano vuela por instinto, atrapándolo en mi palma.

Es la tarjeta llave de repuesto de mi habitación de hotel, la que me entregó nuestro coordinador de equipo cuando las repartió al equipo tras el partido de ayer. Su manera de cubrir su propio trasero si alguien lo viera pasar por encima de mí y se preguntara por qué.

Lo miro y la sonrisa de Neo se profundiza.

—Oye, te desmayaste en la parrilla. Tres de nosotros metimos tu trasero en el auto y luego a la habitación del Entrenador anoche. Te presté un hombro y felizmente me prestaste tu habitación para que no tuviera que mantener a X despierto toda la noche en la mía.

Lo sabía.

Mi pulso se acelera, y mis ojos regresan a Meyer, pero los suyos están congelados en la puerta de mi habitación.

Neo agarra a la chica de la mano y corre por el pasillo, lanzando un saludo mientras dobla la esquina.

—¡Hola, Meyer!

Pero Meyer no dice una palabra, está estancada, inmóvil con la misma expresión de boca abierta que tenía hace unos momentos, mientras las palabras se le atascan en la garganta.

Lentamente, parpadea, sus hombros caen mientras sus músculos comienzan a ceder, y la base del asiento para autos de Bailey toca suavemente el piso.

Sus ojos vuelven a los míos, y un dolor se acumula dentro de ellos.

Ella niega con la cabeza, sin saber qué decir.

—Tobias, yo…

Doy un tirón hacia adelante, tomo su cuello en mi palma y estrello mis labios contra los suyos.

Sus músculos se tensan, pero solo por un momento, y luego cada parte de ella se derrite contra mí y me besa de vuelta.

Es profundo y angustiado, al igual que la inhalación larga y entrecortada que sigue, pero cuando empujo mi lengua dentro, ella se abre para mí, se *relaja* para mí.

Es como si finalmente pudiera respirar, y su aire me proporciona lo que sea que me estaba faltando.

Se pone de puntillas para obtener más de mí, sus brazos se envuelven alrededor de mi cuello en un intento de acercarse, así que ayudo a mi bebé. Deslizo las palmas de sus manos desde sus costillas hasta su espalda, y cuando la acerco a mí, jadea.

Busco a tientas la pañalera a sus pies, sin apartar mi boca de la suya mientras la lanzo a través de la puerta abierta, y llevo mi mano derecha a su espalda nuevamente, con cuidado mientras agarro el asiento para auto de Bailey con la izquierda, y nos conduzco a la habitación de Meyer.

Apartando el asiento del camino, dejo a Bailey en el suelo, asegurándome de que la princesa durmiente esté de espaldas, y luego paso mis dedos por el cabello de Meyer. Me inclino, levanto sus piernas y la pongo encima del pequeño escritorio, y tiro de ella hacia el borde para

que sus caderas queden alineadas con las mías. Mi pene está tan duro que palpita e intento aliviar el dolor presionándolo contra lo que sé que es su dulce y suave centro.

Un gemido sale de su garganta y estoy listo para rasgar su camisa de su cuerpo, para revelar la piel con la que he fantaseado más veces de las que quisiera contar.

—*Mierda* —jadeo, y su risa ronca me atrae de vuelta.

Tomo su boca de nuevo, mordiendo su labio inferior, exigiendo la entrada de mi lengua una vez más, y *maldita sea,* podría correrme con solo besarla.

Es sedosa y suave y sabe a que es mía.

Ella *es* mía.

—Déjame probar tu piel, Tutora Girl. —Me inclino y una de sus palmas golpea la madera debajo de ella, su cabeza cae hacia atrás con sumisión, y cuando mi aliento caliente se desplaza por la parte inferior de su mandíbula, un grito ahogado sale de sus labios.

Un jadeo que se convierte en un gemido cuando mi boca cae sobre su cuello, pero no la beso de inmediato.

Empujo la punta de mi lengua hacia afuera, lanzándola contra ella.

—¿Vas a temblar por mí, bebé?

Sus muslos se contraen y sé que he encontrado mi primer punto dulce, un punto con el que la torturaré cuando esté temblando, desesperada y necesitada. Por mí. Por más. Por jodidamente todo.

La beso ahí de nuevo y su espalda se arquea, empujando su pecho contra el mío.

Mi polla late en mis jeans. Es una puta barra, tan sólida que literalmente me duele. Me estremezco, buscando el arco de su coño, y ella sabe lo que necesito, mueve sus caderas, empujando tan cerca como puede y frotando mi dura polla.

Entonces sus piernas se levantan, envolviéndome en busca de más.

Mierda, yo necesito más.

La levanto, giro y nos dejo caer sobre la cama, mi palma se desliza hacia su trasero y la empujo hacia mí.

—Este trasero —gimo, con mi mano izquierda deslizándose hacia arriba para tocar el borde de su nalga—. He soñado con eso, me masturbé fantaseando con eso. —Muerdo sus labios y sus ojos prácticamente ruedan hacia atrás en su cabeza.

—Mía —susurro, forzando mi lengua en su boca y rodando dentro de ella, mis músculos se contraen.

Toda jodidamente mía.

Ambas.

Mis músculos se congelan y me empujo hacia arriba con una mano, lanzando mis ojos hacia la puerta, hacia el pequeño asiento gris de automóvil, con flores rosadas cubriendo la parte superior y un encaje blanco con volantes recortando los bordes.

Lentamente, me acomodo en una posición sentada, los pantalones de Meyer son ruidosos y pesados a mi lado.

Me pongo de pie y me acerco y cuando me asomo por el borde, los ojos azules de Bailey se fijan a los míos.

Y la bebita sonríe, sus pequeñas manos golpean sus costados con entusiasmo, y cuando vuelven a subir, tiene una pelota de béisbol en la mano, la de juguete que le compré hace un tiempo.

Mis ojos vuelven a su mamá, que se sienta en la cama, con los labios hinchados por mi beso y curvados hacia un lado.

Meyer le dio el juguetito que le compré a su hija, aun cuando estaba enojada conmigo, porque en realidad no estaba enojada conmigo, estaba enojada consigo misma por atreverse a esperar que fuéramos algo más de lo que sintió anoche, cuando los sonidos de otra mujer llegaron desde mi habitación.

Ella misma lo dijo, no pretendía esperarlo, y entiendo lo que estaba tratando de decir ahora.

Con cuidado desabrocho el asiento de Bailey, la levanto en mis brazos y me dirijo de regreso a Meyer.

Sus ojos permanecen fijos en los míos mientras nos acuesto en la cama, colocando suavemente a Bailey en medio de nosotros. Instantáneamente ella se da la vuelta, levantando sus manos y babeando por toda la almohada, seguida de un chillido agudo.

Meyer y yo nos reímos y nos miramos una vez más.

La tristeza brilla en sus profundos ojos marrones, pero niego con la cabeza.

—Tenías razón al asumir —le digo, tomando su rostro en mi palma—. Porque no somos solo estudiante y tutora, no lo hemos sido durante mucho tiempo en lo que a mí respecta.

Ella se muerde el interior de su labio, mirándome.

—No sé cómo diablos anoche se convirtió en lo que se convirtió, pero nunca debería haber sucedido. Quería volver aquí, y fui el primero en salir, pero luego apareció esta cosa con los cazatalentos y... debería haberte llamado. Debería haberme ido cuando pasó una hora y nunca aparecieron, pero no fue así y eso no volverá a suceder.

—No espero que tú…

—Espéralo —la interrumpo—. Sea lo que sea, espéralo, quiérelo, exígelo incluso. Solo hay otra persona en este maldito mundo a la que le permito que se meta en mi cabeza, pero bebé, tú no necesitas permiso. —Mis labios se curvan en una sonrisa—. Chica, ni siquiera querías el lugar, tal como lo recuerdo, pero lo robaste de todos modos.

Su risa es suave y mientras su barbilla baja, esos ojos suyos permanecen en los míos.

—Incluso si no lo hubieras hecho, te lo habría dado. —Mis ojos se mueven entre los suyos—. Déjame ser alguien que te importe, porque tú me importas, Tutora Girl. Ambas me importan.

—Tú sí importas, Tobias —susurra—. Y esa es una de las partes más difíciles de esto.

Algo cálido se extiende a través de mi pecho y no puedo luchar contra la sonrisa que se apodera de mí.

—Ayer puse un boleto a tu nombre para el juego de hoy. Ven, mírame lanzar. —Paso mi pulgar a lo largo de su mandíbula, y mi pulso golpea contra mis costillas cuando se inclina hacia mi toque—. Sé la razón por la que gane hoy.

Algo destella en sus ojos, pero parpadea, seguido de un ligero asentimiento.

—Okey.

Mis cejas saltan, y mi sonrisa jodidamente se amplía.

—¿Sí?

—Sí.

—¿Estarás ahí?

—Dije que sí. —Ella se ríe—. Eso significa que vendré.

Gimo, salto hacia arriba y sobre la cama hasta que estoy de rodillas en el suelo a su lado opuesto. Tiro de ella hacia mí, tomo sus labios de nuevo y la muerdo cuando juguetonamente niega la entrada de mi lengua. Arrancando, agarro mi polla con el puño y levanto una ceja oscura.

—La próxima vez que digas que *te vendrás*... lo tendrás, así que ten cuidado con tu elección de palabras, Tutora Girl, o no lo hagas, si estás lista para saltar directamente a eso.

Me pongo de pie, y su atención salta de donde estoy empuñándome a mis ojos, siguiéndome mientras doy pasos hacia atrás alejándome de ella, con los ojos cerrados.

—¿Qué estás haciendo?

—Reproduciendo tu sabor, para que cuando entre en la ducha en este momento, pueda correrme rápido.

—¡Tobias! —Ella se ríe, pero no estoy jugando.

Me meto a la ducha con una cosa en mente.

Ella desnuda y debajo de mí.

Funciona de maravilla.

22

Meyer

Le puse a Bailey el mejor conjunto que traje, un vestido de rayas rojas y azules que Bianca le compró para el 4 de julio, pero ha crecido tanto en las últimas semanas que ya le queda perfecto. Los pequeños pantalones cortos de mezclilla tienen estrellas blancas estampadas a lo largo del trasero y sus sandalias son plateadas brillantes. Mientras estoy terminando el toque final, deslizando un lazo rojo sobre su cabeza, suena el teléfono en la habitación.

Con el ceño fruncido, lo levanto.

—Hola, señorita, tengo un invitado en la recepción que pregunta por usted.

Bajando lentamente al borde de la cama, pregunto:

—¿Quién es?

—Es una mujer, señorita, pero no parece querer dar su nombre.

Asiento con la cabeza.

—Estaré ahí, gracias.

¿Qué demonios?

Agarro mi teléfono, lo meto en mi bolsillo trasero y reviso mi cabello en el espejo.

Lo dejé suelto por primera vez en lo que deben ser meses. No pensé en traer un rizador, pero usé mi cepillo y la secadora del hotel para alisarlo. Se ve bien, bastante en realidad.

Eso y el rubor y el rímel que me puse, otra vez por primera vez en mucho tiempo, y no puedo evitar sonreírle a mi reflejo.

Sigo pesando más de lo que me siento cómoda, pero Bailey solo tiene cinco meses y escuché que eso es normal. Aun así, me paso la sudadera por la cabeza para ocultar el peso extra y levanto a Bay en mis brazos, dirigiéndome al vestíbulo.

Cuando entro, miro a mi alrededor, pero no veo a nadie, y luego me llaman por mi nombre.

Giro, y mis ojos se agrandan cuando aterrizan en un par de ojos azules.

—Hola, Meyer.

—Señora Cruz… hola. —Deslizo mis dedos en la mano de Bailey—. Tobias no está aquí.

—Vine a verte a ti.

Mi rostro cae.

—Oh… mmm, ¿está todo bien?

Ella asiente, estirando la mano para rozar con sus dedos el brazo de Bailey.

—Sí, pero me gustaría charlar si tienes tiempo. ¿Puedo invitarte a un café, tal vez? Vi que tenían un pequeño café cuando entré...

Debo dudar porque levanta las palmas de las manos.

—Por favor, solo por unos minutos.

—Si, okey. —Ofrezco una sonrisa, poniéndome en línea a su lado mientras caminamos hacia el café.

—Se ve adorable —dice, sosteniendo la puerta abierta para que las dos nos deslicemos—. ¿Qué edad tiene?

—Casi seis meses.

La Señora Cruz sonríe, sentándose en uno de los asientos del bistró cerca del borde de la fuente.

—¿Y cuánto tiempo hace que conoces a mi hijo?

Mi estómago se revuelve.

—Señora Cruz.

—Es solo una pregunta, cariño, lo siento. —ella suspira—. Estoy dispersa. Por favor siéntate.

Vacilante, tomo asiento frente a ella, esperando que sea ella la que haga más preguntas para no tener que hacerlo yo.

No me hace esperar mucho.

—¿Está tratando de gatear?

—Se desliza hacia atrás, pero aún no ha descubierto todo el asunto de las rodillas hacia adelante.

Se ríe, haciendo una amplia cara sonriente a Bay y abriendo y cerrando los dedos en un gesto.

Bailey patea sus pies, saltando arriba y abajo sobre mi muslo mientras se acerca a ella.

—¿Puedo? —Su voz es tranquila, con un toque de desesperación entretejido, y sé que no solo quiere abrazar a Bay, lo necesita.

Los bebés tienen algo especial, tienen la capacidad de calmar las molestias y borrar el dolor con una simple sonrisa o un toque, así que asiento con la cabeza, pasándosela y la sonrisa que se apodera de su rostro me recuerda mucho a las que he presenciado con su hijo.

—Tobias era un bebé tan feliz —dice después de un momento—. Aprendió mucho más rápido que Talon, omitió gatear por completo y comenzó a dar pasos mientras se aferraba a las cosas a los siete meses. Habló antes, caminó antes, hizo todo antes. —Ella recuerda—. Es como si hubiera estado compitiendo con su hermano desde el primer día, y cada vez, se quedó un poco corto. Talon era mayor, por lo que era más alto, más rápido, se afeitó primero, tuvo novia primero, cosas de la vida normal, ¿sabes? Y luego, en su primer año de secundaria, Tobias tuvo un crecimiento acelerado. De repente era más alto, más rápido, tenía más novias. —Ella se ríe ligeramente, pero es hueca.

»Pensó que finalmente lo había logrado, y luego Talon entró al programa avanzado. Era como si el ciclo comenzara de nuevo. Tobias trató de vencerlo. Pidió ir a la biblioteca y se quedaba hasta tarde con sus profesores. Veía documentales y probaba esos libros de escucha que solían tener las bibliotecas...

—¿Lo hizo? —Yo trago. El dolor que se ha apoderado de su tono hace que sea difícil escuchar. Trató de ser un mejor estudiante y no entendía por qué no podía entender las cosas como los demás. Es muy difícil encontrar el tipo de aprendizaje que funcione para ti. Eso debe haberlo hecho sentir menos capaz cuando sé que eso es falso.

—Oh, sí. —ella suspira—. Él lo hizo.

—Señora Cruz…

Su sonrisa triste se acerca a la mía.

—Por favor, llámame Olivia.

Asintiendo, continúo:

—Olivia, esas son cosas buenas.

—Lo son, pero nunca me detuve a preguntarme por qué lo hizo, y ahora lo entiendo. —Sus ojos se empañan, pero vuelve a mirar a Bay, buscando esa calidez, y Bailey no la defrauda.

Sus pequeñas palmas se levantan, golpeando suavemente el rostro de Olivia, arrancando una risa tierna de la mujer.

—Tobias estaba trabajando por algo que pensó que encontraría si lograba lo que su hermano tenía. —Sus ojos azules se curvan en mi dirección—. Reconocimiento.

Sin saber qué decir, simplemente me siento y escucho más.

—Teníamos parrilladas y vecinos, o los compañeros de trabajo de mi esposo venían, y les contábamos cómo el ensayo de inglés de Talon ganó un premio, pero nunca pensamos en mencionar cómo ese mismo mes, Tobias hizo una prueba para el equipo de béisbol de primer año, y cómo treinta minutos después del primer día de pruebas, el entrenador del

equipo universitario se acercó a verlo y le ofreció un lugar en su lista ese mismo día.

Una sonrisa evocadora cubre sus labios.

—Él estaba tan emocionado, seguía diciendo que era el único estudiante de primer año en el equipo y que no había nadie de su edad en el equipo universitario en años. Tenía la sonrisa más grande, tan feliz de contarnos todo al respecto, ¿y sabes qué hice? —Sus fosas nasales se ensanchan mientras lucha contra sus emociones, y estoy casi nerviosa de que ella comparta.

Ella traga, y su mirada cae en su regazo avergonzada.

—Le dije que bajara la voz, que Talon estaba ocupado escribiendo su ensayo de admisión en la otra habitación y no podía ser molestado. Le di un billete de veinte dólares y le dije que fuera por una Mangonada, pero que no arruinara su cena. —Sus lágrimas brotan entonces, pero rápidamente mira al cielo para apartarlas parpadeando—. Ni siquiera le dije, "ten, ve a celebrar, estoy orgullosa, hijo". Simplemente lo empujé por la puerta y fui y le eché un vistazo a Talon.

Me duele el pecho por el chico que está describiendo, no muy diferente del hombre que he llegado a conocer.

Lo juzgué mal al principio. No es que no le importara la escuela, porque sí. Simplemente lucha sin importar el enfoque que adopte y parece que ha probado muchos. Cuando sintió que había fallado, puso su enfoque principal en su pasión, algo en lo que sabía que era bueno.

Pero ¿realmente importa?

Si está motivado para que le vaya bien en la escuela con el fin de hacer lo que ama en el campo, ¿es importante recordar *por qué* se esfuerza tanto para mantener sus calificaciones altas? Él las mantiene y eso es lo que cuenta. Él no está reprobando, no está a punto de abandonar.

Hace lo que tiene que hacer. Punto.

Supuse que no le importaba, pero ahora sé que eso es falso. Es como lo que compartió conmigo ayer. Avix tomó su título de estrella e hizo lo que pudo para convertirlo en un desastre, él simplemente aceptó lo que no

podía cambiar, que el mundo lo viera como deseaba y ningún logro suyo cambiaría eso.

No en casa, con las dos personas que más lo querían en el mundo, entonces, ¿por qué aquí, en un campus con miles y miles de extraños?

Honestamente, es casi como si a veces no se tomara a sí mismo en serio, como si se riera cuando los demás lo hacen porque ese es el papel que le asignan los extraños que realmente no lo conocen.

Él es Tobias Cruz, "El Pitcher Playboy". Un atleta estrella con la curva más sucia del juego, futuro oro de la MLB y una leyenda del salón de la fama.

Él es béisbol.

Dios, él es mucho más.

Olivia se aclara la garganta y se toma un momento para hacerle cosquillas en la barriga a Bailey mientras yo asiento y le agradezco a la mesera mientras llena dos tazas con café caliente.

Agrego una carga de crema, me siento en mi silla y disfruto de la bebida caliente antes de que Bailey esté lista para volver a mis brazos.

—Las peleas comenzaron poco después de eso —comparte su madre a continuación—. Ahora me doy cuenta de que eso también fue solo para llamar la atención, pero cada vez que teníamos que recogerlo en la escuela o en el parque o llevarlo a casa temprano de un torneo porque lo expulsaron del campo por una cosa u otra, lo primero que salía volando de mi boca sería algo así como "¿por qué no puedes comportarte como lo hizo tu hermano..."?

—Tu hijo te ama, Olivia —susurro, sin saber qué más decir—. Él habla de tu cocina e incluso a veces hace lo que él llama tus "famosas recetas". ¿Sabes que está ayudando a una pareja mayor en la ciudad a construir una terraza en su casa?

Su sonrisa es complacida.

—¿En serio?

Asiento con la cabeza.

—Dijo que si su padre no le hubiera enseñado cómo hacerlo, no sabría qué hacer.

Los músculos de Olivia parecen relajarse un poco y estoy agradecida por eso.

No puedo imaginar el dolor que le causa a una madre cuando se da cuenta de que ha defraudado a su hijo. Solo pensar en hacer algo malo con Bailey hace que me duela el corazón.

—Él te ama y, para ser honesta, no estoy segura de que tenga nada de esto en tu contra —le digo antes de agregar con cautela—: Él solo quiere sentir que estás orgullosa, y tal vez no de lo que está haciendo como pitcher, sino del hombre que está tratando de ser. Alguien que trabaja duro y no se rinde, que está ahí para sus amigos y compañeros de equipo cuando lo necesitan, y que se desvive por una chica que apenas conoce.

Acompañándome en secreto a casa en la oscuridad para asegurarse de que estuviera a salvo cuando él no sabía más que mi nombre y color de cabello. Cómo, una vez que lo supe, empezó a recogerme sin que yo se lo pidiera. Sugiriendo que me haría la cena cuando veía mi refrigerador vacío mientras se aseguraba de no reconocer ese hecho mientras lo hacía, porque fue criado mejor que eso.

Le sonrío a Olivia y un largo suspiro la deja.

—Tal vez me equivoqué con ese hombre —dice en voz baja, permitiendo que Bailey tome sus manos y use las suyas para ayudarla a sostenerse—. Simplemente pensé que estaba tratando de aprovecharse de mi hijo, pero tal vez realmente lo salvó.

Mis cejas se juntan e inclino mi cabeza ligeramente, pero luego me doy cuenta.

Mi hijo tuvo la suerte de tener una segunda oportunidad, entró en una escuela con un empujón de ese hombre...

Las palabras de Olivia de nuestra última conversación vuelven a mí, seguidas de lo que Tobias me dijo hoy.

Solo hay otra persona en este puto mundo a la que permito que se meta en mi cabeza...

—El entrenador Reid.

Oliva asiente.

—Tobias llegó a casa un día con todas estas ideas en la cabeza y, para ser honesta, no creíamos nada de eso. Yo estaba tan enojada, era un estudiante de último año, sus calificaciones subían y bajaban y acababan de ser expulsado del equipo de béisbol.

¿Lo echaron de su equipo?

—Entonces vino este hombre con un polo azul, devolviéndole el fuego que le habíamos visto perder directamente a sus ojos azules, y yo estaba aterrorizada de que el hombre desapareciera, haciendo que la caída fuera diez veces más difícil la segunda vez. Un día, empacó todas sus cosas y se fue al día siguiente. Nos llamó desde la escuela, nos mostró su habitación y nos presentó a algunos de sus nuevos compañeros de equipo. Ya sabes, ¿en una videollamada? —Levanta a Bailey sobre su hombro, palmeando su trasero y haciéndola rebotar ligeramente mientras sus ojos nublados vienen a los míos—. Estaba feliz y sonriente y... él *es* feliz, ¿verdad?

Asiento con la cabeza.

—Lo es… y no le duele que la escuela lo pinte como un dios.

Una fuerte carcajada brota de Olivia.

—Lo digo en serio, hay carteles gigantes de él en los pasillos, y esta pancarta del tamaño de una valla publicitaria fuera del departamento de atletismo. Quiero decir, habla de darle a alguien una gran ego, ¿verdad? —bromeó, y su risa continúa.

—Apuesto a que le encanta.

—Oh, sí.

Ella suspira, con una sonrisa agradecida en sus labios.

—Tiene suerte de tenerte, Meyer. —Ella inclina la cabeza—. No eres solo su tutora, ¿verdad?

Mi boca se abre, pero no sale nada, y miro mi regazo con una sonrisa.

Cuando mis ojos se encuentran con los suyos, encuentro un brillo de conocimiento dentro de ellos.

—Él es… me gusta estar cerca de él y cuando no lo estoy… quiero estarlo.

Olivia lucha contra una sonrisa. No gana.

—¿Pero?

Mis labios se contraen y miro a Bailey.

—*Pero*... las cosas son mucho más complicadas. Mi vida y la suya... —Niego con la cabeza, sin saber qué más decir.

—Mi esposo era carnicero cuando lo conocí. ¿Quieres saber qué era yo? —Levanta una ceja y responde antes de que tenga tiempo de decir una palabra—: Vegetariana.

Una risa me deja, y ella me guiña un ojo.

Touché.

Olivia mira hacia la fuente de agua a nuestro lado y sonríe cuando una paloma desciende para posarse en una roca, como si una nueva sensación de calma se hubiera apoderado de ella.

—Hombre, seleccionado en la primera ronda, ¿eh? —Sus labios se curvan aún más—. Mi bebé.

Mi nariz arde cuando mis emociones sacan lo mejor de mí y cuando Olivia me mira, nuestras risas se quiebran.

Dejando mi taza sobre la mesa, me inclino sobre ella.

—¿Harías algo por mí?

Olivia ladea la cabeza y, para mi sorpresa, dice:

—Dime.

23

Tobias

Echo se pone de pie y le tiende una mano al árbitro mientras trota hacia mí en el montículo.

Me limpio la frente con la manga y miro al siguiente bateador mientras se dirige hacia el plato, pero cambio mi atención a E cuando se pone frente a mí.

Escupe, levantando su guante para cubrir su boca, para que ningún imbécil pueda leer sus labios mientras me regaña.

—Hermano, ¿qué diablos estás haciendo? —sisea—. Ese es el tercer hijo de puta que golpeas.

—Está hablando mierda.

—Noticia de última hora, idiota, todos lo hacen. No olvides quién tiene la polla balanceándose en su rostro cada turno al bate. —Si las cámaras no estuvieran en él, estaría dándome una buena mirada en este momento—. No sé lo que está pasando, pero aguanta, perra. Quieres estar enojado con algo, enójate con el hijo de puta que te pegó un doble y dejó su trasero atrapado en esa base.

—Jódete.

—Así es, jódeme. —Golpea su guante con el puño cerrado—. Justo aquí, bebé. Duro y rápido, tal como me gusta.

No puedo evitar reírme y la sonrisa de Echo desaparece.

Golpea mi brazo izquierdo con su guante, señalándome mientras se coloca detrás del plato, se vuelve a colocar la máscara de catcher y el árbitro nos da la señal.

Entonces, obligo a mi ira a volver a su verdadera forma, una ardiente sensación de decepción, y hago lo que mi hermano me pide, lo que mi equipo necesita.

Hago mi maldito trabajo y poncho a los siguientes dos bateadores, permitiendo que el tercero batee por despecho, sabiendo que Coop logrará el out en el centro, y lo hace.

En mi periferia, el entrenador cruza los brazos, escupiendo a un lado mientras me mira, pero mis ojos se mueven al asiento dos espacios a la izquierda del plato, todavía vacío dos entradas después.

Jodidamente me escuece.

Afortunadamente, soy el siguiente al bate, así que cuando el entrenador trata de acercarse a mí, tengo una excusa para sacarlo, agarrar mi mierda y volver al campo.

Porque soy un masoquista, mis ojos se dirigen directamente al asiento en el que se supone que deben estar sentadas mis chicas, y mi corazón se cae a mis pies, casi derribándome en su camino de regreso.

El asiento ya no está vacío, pero mis chicas no están sentadas ahí… mi mamá sí.

Mi mamá está en mi juego.

Camino hacia la cerca, golpeando mi palma contra el metal cálido, y no podría evitar la sonrisa en mi rostro, aunque lo intentara.

Mi mamá sonríe tímidamente, deslizando el lazo de Bailey en su cabello.

Tutora Girl.

Mierda, esa chica. Quería que supiera que ella la envió.

Con la confianza de un tiburón en un estanque de peces, doy un paso hacia el plato, girando para señalar a mi madre antes de adoptar mi postura.

Muevo los dedos, los envuelvo con fuerza alrededor del bate y levanto las manos por encima de la oreja derecha.

Yo sé lo que está por servirme, y le dejaré tener su gloria... porque después de eso lo voy a dejar en ridículo.

Tomo el strike, y luego clavo su slider[11], tomando la primera base.

Cuando miro hacia las gradas, mi mamá está de pie, con las manos cruzadas frente a ella y lo veo. Por primera vez en mucho tiempo lo siento, el orgullo de mi madre.

Mis pulmones se inflan y aprieto los dientes, porque mierda, es demasiado.

Ella está aquí, en mi juego en nuestra ciudad natal. Es más de lo que esperaba y hasta este maldito momento, no tenía idea de cuánto quería esto.

Tengo una persona a la que agradecerle, y tengo la sensación de que me está mirando en este momento desde su habitación de hotel, así que miro a la cámara a lo largo de la primera línea de base, sabiendo que se acercarán y digo algo que solo ella entenderá.

—Sin mentiras.

A partir de ahí, salgo disparado el resto del juego y le muestro a mi madre exactamente de lo que soy capaz.

Y cuando vuelva con la chica que me está esperando, podría rogarle que me deje hacer lo mismo.

Después del juego, trato de hablar con mi mamá, pero el autobús está programado para regresar a Avix en una hora y para mantener mi farsa de estar en él, tengo que quedarme con el equipo.

Mi mamá me pide que la llame cuando llegue para que podamos conversar, y después de una rápida promesa, corro al vestidor.

[11] slider es un lanzamiento de bola que gira lateralmente y hacia abajo a través de la zona de bateo del bateador. Se lanza a una velocidad que es más baja que una bola rápida, pero más alta que la bola curva.

Tomo una ducha apresurada y empaco mi mierda para hacerle la vida más fácil al gerente de equipo, y me dirijo hacia la salida, pero cuando salgo del vestidor y entro al pasillo, el entrenador está ahí.

Está apoyado contra la pared, con las manos en los bolsillos. Volviendo su cabeza en mi dirección, y agarra el palillo entre sus labios.

—El primero en salir, como siempre.

—Sí, entrenador. —Asiento con la cabeza, notando mentalmente que son cuarto para las tres, y que la última hora de salida del hotel es a las cuatro.

—¿Qué pasó ahí fuera hoy, hijo? Desperdiciaste lanzamientos, sumados a tu conteo, son dos bateadores menos que puedo darte en el juego del viernes.

Lamiendo mis labios, miro hacia otro lado.

—Lo siento, entrenador.

—Lo sientes —reflexiona—. ¿Eso es lo que le dirías a los cazatalentos si te preguntaran?

—¿Te refieres a los que no existían? —Miro hacia él, sin saber por qué solté eso justo ahora.

Las arrugas en la esquina de sus ojos se profundizan ligeramente.

—Te lo dije, los cancelé.

—También me dijiste que estaba jodiendo, pero estaba con los chicos, la forma en que lo dijiste...

Sus cejas se hunden.

—No dije que estuvieras haciendo otra cosa que lo que acabas de repetir, no es mi problema si lo lees de manera diferente.

La inquietud se agita en mis entrañas y asiento.

Tal vez tenga razón, tal vez estoy tan acostumbrado a hacer cosas estúpidas que saqué conclusiones yo mismo.

Sus rasgos se tensan y se lame los labios.

—Si tienes algo que decir, hijo, dilo.

—Anoche y esta mañana me sentía mal. —Me encojo de hombros—. Tenía la intención de regresar temprano a mi hotel, no tenía planeado joder por ahí.

Sus ojos se estrechan aún más.

—Entonces supongo que no hizo ningún diferencia de cualquier otra noche para ti, ¿eh? —Aprieto mis labios, sin saber si la indignación que capto en su tono es real o está en mi cabeza—. Sales y la jodes, rompes todas las reglas que *yo* establecí, y luego me llamas para limpiar tu desorden, y luego lo repites. Lo he hecho más veces de las que recuerdas, pero de repente, ¿estás enojado conmigo por haber redactado las cosas de la manera en que lo hice cuando *te* estaba ayudando? —Da una patada a la pared, y sus brazos se cruzan sobre su pecho mientras me estudia.

Me invade la culpa y una desagradable sensación de vergüenza. Hace tiempo que no salgo así, pero no es su culpa que no se dé cuenta de los cambios que he hecho en mí. Solo puede basar mi comportamiento en lo que ha visto, y ha visto muchas tonterías mías a lo largo de los años.

—Lo siento, entrenador —le digo, mirándolo a los ojos con el respeto que se merece y esperando que pueda leer mi honestidad por lo que es. Él está ahí para mí y me ha apoyado más veces de las que puedo contar. Siempre puedo confiar en que él hará lo correcto para mí y no debería haber dejado que mis emociones me afectaran hoy cuando pensé que Meyer me plantó.

Lo mismo ocurre con la noche anterior. Nunca debí permitir que nada de eso sucediera, y eso depende de mí, no del hombre que me dio un lugar para dormir. Habría estado más enojado conmigo mismo si hubiera vuelto con Meyer así, ruidosamente y sin darme cuenta de lo que estaba haciendo.

Después de un segundo, el hombre me atrae hacia él y me da palmaditas en la espalda.

Mientras se aleja, entrecierra los ojos.

—Sabes que puedes decirme si está pasando algo, algo que te preocupa... ¿quizás alguien?

Mis labios se curvan, pero bajo los ojos al suelo antes de volver a mirar hacia arriba.

—Estoy bien, entrenador.

Levanta una ceja, pero niego con la cabeza.

No estoy listo para compartir nada con nadie, todavía no. Ella tropezó ante la idea de estar atrapada en los medios antes, por lo que solo empeorará.

Xavier sale del vestidor, con Neo y Echo justo detrás de él.

Disminuyen la velocidad al pasar junto a nosotros, asienten con la barbilla y se despiden del entrenador.

—Necesito ir al aeropuerto —dice, con un pequeño ceño fruncido en su frente mientras busca en su bolsillo, sacando dos pastillas más de las que me dio esta mañana, las que debo haber olvidado en su habitación—. Ten, tómate esto, recupera algunos electrolitos en tu cuerpo y descansa un poco en el camino a casa.

Me las meto en la boca y me las paso con la mitad de mi Agua Vitaminada.

Él asiente, frunce el ceño y luego me da una palmadita en el hombro mientras comienza a alejarse, pero se detiene después de un par de pasos y se gira hacia mí con una sonrisa.

—Oye, eh, ¿qué es "no es mentira"?

Una risa me deja, y lamo mis labios.

—Un mensaje para una amiga.

—Claro... —Su boca se tuerce—. Comunícate conmigo después de tu examen el jueves, ¿de acuerdo?

—Sí, entrenador.

Casi rebotando en dos pies, espero a que el hombre golpee la salida, y luego doble en la dirección opuesta.

Media hora más tarde, estoy caminando por el vestíbulo del hotel y salgo al jardín que conduce a nuestras habitaciones, pero mientras me acerco, mis ojos son llamados a la izquierda.

Hago una pausa donde estoy, y algo en mi pecho se aprieta.

Meyer está sentada sobre una toalla en el césped, y Bailey está acostada boca arriba frente a ella. Se inclina sobre ella, lo que facilita que Bay juegue con el largo del cabello de su mamá.

Su cabello.

Está suelto, tal vez incluso un poco rizado.

¿Por mí?

De alguna manera parece más largo, y Bailey lo está disfrutando.

No me doy cuenta de que estoy caminando más cerca de ellas hasta que los ojos de Meyer se levantan hacia los míos.

No estoy seguro de lo que ve en mi rostro, pero su pecho se eleva con una inhalación completa, y la más suave de las sonrisas curva sus labios.

Dando los últimos pasos para llegar a ella, me inclino y la agarro de la mano, levantándola.

Ella me mira, la preocupación tira de su frente mientras sus ojos se mueven entre los míos. Abre la boca, pero no tiene la oportunidad de hablar porque cubro sus labios con los míos.

Mis manos se deslizan por su cabello y, al principio, la beso lentamente, antes de presionar mi boca contra la suya con más firmeza. El dulce aroma de canela y vainilla llena mis pulmones, conquistando mi mente y empujándome hacia adelante. Tomo su cabello largo con mi mano libre, envolviéndolo alrededor de mi palma mientras tiro de su labio inferior entre los míos, dándole pequeños tirones a ambos. Abriendo los ojos, me inclino hacia atrás para mirarla.

Sus mejillas están sonrojadas de una manera que hace que mi cuerpo se caliente y me muera por ver más, pero son sus ojos los que no puedo dejar de mirar.

Son brillantes y abiertos, el marrón oscuro brilla con un tono cobrizo añadido, pero más que eso, es lo que no puedo ver lo que hace que mis músculos se flexionen. No hay tensión a la vista, ninguna tensión entre sus cejas y ninguna vacilación en su toque. Es como si ella estuviera conmigo en este momento, totalmente. Completamente. Sus miedos y ansiedades están escondidos, al menos por ahora, y esta vez, cuando mi mano cae, liberando su cabello, es ella quien se empuja hacia adelante, se estira y tira de mis labios hacia abajo para encontrar los suyos.

Todo lo que puedo pensar es *mierda, finalmente.*

Finalmente, ella está haciendo lo que yo quería, que tomara lo que *ella* quiere.

Y parece que mi Tutora Girl quiere más de mí.

Gracias a la mierda, también, porque yo no estoy seguro de poder tener suficiente.

24

Avix Investigador:

¿Globos rosas o azules? ¿Tiene el Pitcher Playboy alguna explicación que dar?

Tobias

Empujo las puertas dobles de la sala de conferencias, bajo los escalones de dos en dos y empiezo la pequeña caminata a través del campus hacia el apartamento de Meyer, pero cuando paso por el centro de estudiantes, una foto me llama la atención y me detengo bruscamente, entrecerrando los ojos.

No...

Saco mi nuevo teléfono de mi bolsillo, abro la aplicación de la escuela y me desplazo hacia abajo hasta la sección de periódicos.

Seguro como la mierda, ahí está.

Hago zoom en la imagen que se publicó en el periódico escolar esta mañana y se me sale una maldición. Es de Meyer y de mí, parados justo afuera de las puertas de nuestra habitación de hotel, con el asiento de seguridad de Bailey a nuestros pies. Mi mano está en el aire y los ojos ansiosos de Meyer están sobre mí. La foto debe haber sido tomada segundos antes de que agarrara su rostro y reclamara sus labios esa primera vez.

La reportera con la que Neo se enganchó tuvo que haber regresado sigilosamente al pasillo para tomar esto y vendérselo a nuestro personal aquí, sabiendo que le pagarían una tonelada más de lo que le pagarían a su propia escuela.

Una cosa es publicar una foto mía sin camiseta en la portada del periódico escolar para ayudar a aumentar sus ventas y visitas en línea, pero otra es explotar a Meyer y a Bailey.

Tendré que hablar con el entrenador sobre esto más tarde, ver si hay algo que pueda hacer.

Era demasiado bueno para ser cierto que pudiera mantener un perfil bajo hasta que estuviera lista.

En lugar de hablar con ella por teléfono, me dirijo a su casa, pero cuando toco, es Bianca quien responde.

Sus ojos se agrandan y jala la puerta para cerrarla detrás de ella.

—Oh, hola.

—Hola. —Entrecierro los ojos con una risa.

—¿Meyer está adentro?

—No está, en realidad, salió antes.

—Está libre hoy.

Blanca asiente.

—Sí.

Arrugo la frente.

—¿A dónde fue?

Abre la boca y luego la cierra, sus mejillas se llenan de aire mientras se encoge de hombros.

—Llámala y pregúntale.

—Está bien... —Mis ojos se estrechan—. ¿Sabes si vio el periódico de la escuela hoy?

—No ha estado en el campus, así que lo dudo. —Se cruza de brazos, apoyándose en el marco de la puerta—. ¿Por qué?

Saco mi teléfono de mi bolsillo, lo levanto y ella se inclina.

Ella se lanza hacia adelante, arrebatándome la cosa de la mano, y la suya disparada hacia arriba para cubrir su boca con un ahogado "oh mierda" siguiéndola. Su mirada tensa se eleva hacia la mía.

—Ella definitivamente no ha visto esto. ¡No le hables de eso!

Mi cabeza tira hacia atrás.

—Quiero decir, solo espera hasta verla para decírselo, o mostrárselo, y si ella lo ve primero, está bien, pero no como… enviándoselo o algo así. Déjala tener el día sin añadir una nueva preocupación. —Bianca se

muerde las uñas—. Salió, así que no hay nada que puedas hacer al respecto de todos modos, ¿sabes?

Con el ceño fruncido, asiento.

—Correcto. ¿Crees que se enojará?

Una risa brota de su garganta, pero es burlona, por no mencionar un poco ansiosa.

—Sí, lo hará, podría tener un mini colapso para acompañarlo. Eso jodidamente apesta, te lo aseguro.

—¿En dónde está?

Sus ojos vuelan hasta los míos.

—Llámala y pregúntale —repite—. Me tengo que ir, se supone que debo estar en una llamada de Zoom, pero apagué mi pantalla cuando tocaste, así que podrían estar tratando de hablar conmigo todo este tiempo.

Asintiendo, doy un paso hacia el campus mientras intento llamar al celular de Meyer, pero ella no responde.

Llegamos tarde a casa anoche y se suponía que me llamaría esta mañana, pero cuando no lo hizo, pensé en esperar hasta después de mi examen para llamarla en caso de que pudiera estar durmiendo hasta tarde.

Supongo que no se quedó dormida porque ya se levantó y salió por la puerta antes de las diez y media.

Empiezo a enviarle un mensaje de texto, pero luego mi teléfono parpadea con el nombre de Xavier.

—¿Qué pasa, hermano?

—Hermano, ¿dónde estás? Dijimos que queríamos irnos a las diez.

Espera, ¿qué?

—¿Ir a dónde? Acabo de salir de mi examen.

—Nosotros también, hijo de puta, pero vamos al juego de MiraCosta, ¿recuerdas? ¿Para ver al tercera base que está tratando de tomar mi lugar en el equipo el próximo año?

Mierda.

—Sí, sí, estaré ahí en diez. Estoy en el campus. —Cuelgo y, con un suspiro, me dirijo a casa y le envío un mensaje de texto a Meyer.

Yo: *Quiero verte hoy, Tutora Girl. Déjame hacerte la cena.*

Aparecen tres pequeñas burbujas, haciéndome saber que ella está respondiendo, pero desaparecen un par de veces antes de que finalmente llegue un mensaje.

Mi Tutora Girl: *Hola, lo siento, pero no voy a estar en casa esta noche.*

Mis pies se congelan en su lugar, y aparece un ceño fruncido al instante. Antes de darme cuenta de lo que estoy haciendo, he escrito *bueno, ¿dónde diablos vas a estar?,* pero lo borro rápidamente y pongo algo que oculta la posesividad que arde dentro cuando cada hueso de mi cuerpo grita para mostrarlo.

Yo: *Ah, ¿sí?*

No quiero sonar como una perra llorona, así que rápidamente envío algo más, para que ella no tenga que responder a eso.

Yo: *¿Qué tal el desayuno?*

Mi Tutora Girl: *Diría que sí, pero no quiero decir que sí y que tenga que cancelar. Hoy tuve un imprevisto, pero te llamaré esta noche cuando tenga la oportunidad.*

Aprieto la mandíbula y quiero preguntarle dónde está y dónde estará, y por qué podría no estar en casa. Ella no tiene auto y Bianca está en su casa, entonces, ¿qué otra opción hay y por qué no me invitó a acompañarla?

Ahora que terminé mi examen, estoy libre y como ambos estamos desocupados, algo que probablemente no vuelva a suceder, ya que ella solo está libre por el viaje a Bispo, quería llevarla a algún lado, salir del campus para poder tenerla para mí solo otra vez.

Dos días no fueron suficientes, pero ¿tal vez fueron suficientes para ella?

Ni siquiera me preguntó por mi...

Mis pensamientos se cortan cuando suena mi teléfono.

Mi Tutora Girl: *Por cierto, revisé tu calificación... ¡SABÍA QUE APROBARÍAS EL EXAMEN!*

Mi boca se tuerce a un lado, y lamo mis labios, haciendo que mi trasero se mueva hacia mi casa de nuevo.

Justo ahí estaba todo lo que necesitaba, solo algo de ella.

Dijo que me llamará esta noche y responderé en el maldito primer timbre.

Xavier y Neo me están esperando afuera cuando llego, y subimos al vehículo de X, rumbo al juego.

Saco el artículo del periódico de la escuela una vez más y me desplazo hacia abajo hasta la sección de comentarios donde la gente hace apuestas sobre quién es Meyer y si el bebé en el asiento para autos es mío. Están los

haters habituales llenando el hilo, pero son los emojis de ojos de corazón y los comentarios de "suertudo" en los que me concentro.

—¿De qué estás sonriendo ahí atrás, hijo de puta? —Neo se burla.

—Tu hermana me envió desnudos —bromeo, levantando la vista a tiempo para esquivar su golpe y ver cómo Xavier niega con la cabeza.

Guardo mi teléfono en mi bolsillo, golpeando el respaldo del asiento.

—Entonces, ¿cómo vamos a hacer esto? ¿Deslizarnos en silencio, sentarnos y ver cómo este equipo intenta parecer un equipo?

—Nah, tuvimos una idea mejor. —X se ríe, asintiendo hacia Neo.

Neo levanta una bolsa del suelo y me la arroja.

El contenido se derrama en mi regazo y no puedo evitar reírme.

Bueno, está bien entonces.

Es la segunda entrada nos cambiamos y nos abrimos paso por el pasillo principal que conduce a los asientos de cubo sobre sus banquillos.

La multitud comienza a reír y gritar y, tal como querían mis muchachos, llamamos la atención del equipo local con nuestros disfraces de tiburón. El equipo de cámara se acerca a nosotros, colocándonos en la pantalla grande. Entonces, hacemos el pequeño baile que hace nuestra mascota en los juegos locales y agitamos nuestras aletas de tiburones en círculos.

Los entrenadores niegan con la cabeza, y algunos de los jugadores que no tienen sus boxers apretados se ríen, bailando.

Tomamos los asientos a nivel del campo con los que el entrenador nos conectó y nos relajamos para ver el partido, pero después de media hora, estas malditas cosas nos están matando, así que salimos de ellos y se los pasamos a algunos chicos borrachos de fraternidad filas atrás.

En la cuarta entrada, Xavier ha visto todo lo que vino a ver y, para su frustración, el chico no está nada mal. Tiene la capacidad para hacer a X correr por su dinero el próximo año si el entrenador decide contratarlo, y

podría hacerlo. Si se ve así de limpio aquí, solo se verá mejor cuando juegue en un nivel más alto y contra oponentes dignos.

X sube los escalones y Neo suspira a mi lado, volviendo la cabeza hacia mí.

La preocupación se alinea en sus ojos, pero asiente y sé lo que está pensando.

Él y su amigo lo resolverán, él estará ahí afuera con él día y noche, ayudándolo a romper su trasero y empujándolo como solo lo haría un buen amigo.

—Vamos, hombre. Nuestro chico va a necesitar una cerveza o cinco. —Neo se pone de pie, ofreciéndome una mano, pero mientras me pongo de pie, algo atrae mis ojos hacia la izquierda, y cada músculo de mi cuerpo se tensa.

Dos secciones más arriba y cuatro asientos a la derecha, una familiar bola de cabello desordenado brilla bajo el sol.

Inseguro de estar viendo las cosas bien, cierro los ojos con fuerza, sacudo un poco la cabeza y, cuando se abren, nada ha cambiado. Es ella.

—Cruz —responde Neo, y lo miro de mala gana.

—Vayan, voy a quedarme atrás, los alcanzo luego.

—¿Estás seguro, hermano? Porque una vez que lleguemos a la fiesta, no podremos conducir.

Asiento, empujándolo mientras vuelvo a sentarme en el asiento.

—Estoy bien, hombre —le digo, sin estar seguro de que todavía esté ahí para escucharlo.

Todo lo que sé es que Meyer *está* aquí, en un juego de béisbol de la universidad junior a treinta kilómetros del campus cuando ni siquiera pude hacer que la chica fuera al mío, un juego de universidad D jodido 1[12] en el que *yo* juego. Seguro, ella habría estado en mi último si no hubiera

[12] D1: División 1. Universidades de división 1 ofrecen el mayor nivel de competencia. Suelen ser grandes escuelas con grandes presupuestos deportivos.

encontrado la oportunidad de enviar a mi madre en su lugar, pero ese no es el jodido punto.

Ella está aquí y mientras miro a la chica al otro lado del campo, me doy cuenta de que no solo está aquí... está aquí con alguien, eso o el chico a su izquierda ha decidido ser amistoso, intentando charlar con ella y esperando a ver si muerde.

Creo que ella está mordiendo.

Ella se inclina, robando las palomitas de maíz del hijo de puta rubio, y se ríe cuando él le arroja un puñado pequeño. Sacando a ciegas mi teléfono de mi bolsillo, la llamo, con mi rodilla rebotando mientras espero a ver qué hace.

Me inclino hacia adelante cuando ella comienza a hurgar en su bolso, pero va al correo de voz antes de que pueda sacarlo, así que vuelvo a marcar rápidamente y luego su teléfono está en sus manos.

Mi pulso late con fuerza y luego me golpea cuando ella lanza lentamente la cosa hacia abajo, y mi llamada ni siquiera es desviada sino ignorada por completo.

Entonces se pone peor.

Meyer se mueve en su asiento y, de repente, Bailey está ahí, en su regazo, pero no se queda ahí mucho tiempo.

El tipo que está a su lado la atrapa y la atrae para besarla en la mejilla.

Como a mí me gusta hacerlo.

Él la sostiene contra él.

Como la forma en que lo he hecho, también.

La ira y la confusión nadan en mis entrañas, seguidas por una punzante sensación de celos, todo eso mezclado con el calor, y podría vomitar.

¿Quién diablos es este tipo?

Nunca lo he visto y desde aquí, parece un hijo de puta alto y de aspecto decente.

Lleva una gorra como se debe llevar una gorra y sus tatuajes se ven debajo de las mangas de su camiseta. No está apretada como si fuera un adicto al gimnasio, pero es fácil ver que está en forma.

Y mi chica está a gusto con él, quizás demasiado a gusto.

Otro pensamiento golpea, picando mi interior de una manera que no puedo explicar.

¿Es el padre de Bailey?

Nunca hemos hablado de eso, si ella tiene uno o no. Quién es o cómo es.

Si era un buen hombre o un mal hombre, o digno de ser llamado *hombre.*

Debe serlo, si este es él, porque está sosteniendo a una de mis chicas y la otra sentada a su lado nunca lo dejaría acercarse si no fuera así.

De cualquier manera, la chica a su derecha no es suya para tocarla.

Ella es mía.

Salgo volando de mi asiento y muevo mi trasero alrededor del estadio, parándome en el túnel por el que se verán obligados a salir al final de este juego.

El tiempo parece pasar lentamente, pero finalmente su risa me asalta y mis dedos comienzan a temblar. Mientras dan un paso alrededor, el chico la rodea con un brazo, atrayéndola hacia él mientras ella empuja a Bailey en su carreola.

Pateo la pared, saltando justo en frente de ellos y bloqueando su camino.

Meyer se sacude, y su cabeza salta con un grito ahogado.

Sus cejas se juntan.

—Tobias.

—¿Tobias? —repite el tipo, con su cabeza girando hacia mí—. ¡Santa mierda! Eres Tobias Cruz…

Sus palabras se cortan cuando mi puño se conecta con su mandíbula, enviando su cuello hacia atrás y él cae.

—¡Oh, Dios! —Meyer grita.

Salto sobre él, retrocediendo para golpearlo de nuevo, pero ella empuja mi hombro.

—¡Detente! —Ella fuerza su cuerpo entre los nuestros, tocando suavemente la piel rota de la mejilla del imbécil—. ¿Estás bien?

Escupo por encima de su hombro, justo en el rostro del chico y ella se da vuelta, con los ojos desorbitados por la ira.

—¡¿Qué demonios te pasa?! —grita, empujándome, así que me pongo de pie y ella me sigue.

—¿Qué sucede contigo? ¿Eh? —Lanzo una mano—. ¿Qué demonios soy?

Nada, como lo he sido para mi familia durante años.

Como si estuviera sin balón.

Como era antes de que el entrenador me diera más.

Como era antes de que ella llegara a mi vida.

No me doy cuenta de que estoy retrocediendo, hasta que mi hombro choca contra la pared de concreto opuesta a donde ella está, con el rostro tenso.

—¿Sabes qué? —Niego con la cabeza—. A la mierda con esto. Vete a la mierda.

—¡Cuidado con tu maldita boca, hombre! —grita el tipo mientras se pone de pie.

Mis labios se curvan y me lanzo hacia delante de nuevo, pero entonces Meyer se interpone en mi camino. En mi cara.

Parándose jodidamente cerca y mi cuerpo comienza a temblar.

Bebé...

—Él es mi hermano.

Parpadeo, y luego parpadeo de nuevo, ladeando lentamente la cabeza mientras la miro, buscando una señal de engaño, pero no encuentro nada.

Entonces, uso sus propias palabras, buscando una verdad que necesito más que el aire de mierda.

—No es mentira.

Sus hombros caen y niega con la cabeza, susurrando:

—No es mentira.

—¿Él es tu hermano?

— Él es mi hermano.

Asiento, mirando a un lado mientras exhalo un largo y ahogado suspiro y cuando miro hacia adelante, la agarro por la muñeca, tirando de ella hacia mí.

—¿Y yo qué?

—Tobias...

—Nah-ah. —Inclino mi barbilla, con mi corazón todavía golpeando contra mis costillas. Necesito escucharlo. Ahora. Necesito sentirlo—. Dime, bebé… ¿yo *qué soy?*

Su sonrisa es suave, pero un fuego ruge detrás de sus ojos cuando dice:

—Más.

No espero, la necesidad es demasiado fuerte.

Choco mis labios con los suyos y mi bebé se derrite contra mí, besándome de vuelta.

—Cúbrete los ojos, Bay —se susurra burlonamente detrás de nosotros, y Meyer se ríe mientras se aleja.

No le toma mucho recordar que acabo de poner a su hermano sobre su trasero, y entrecierra los ojos expectante, pero es innecesario.

Sé cuando la he jodido, y puedo abordarlo como un hombre.

Sosteniendo mi palma, se la ofrezco al chico y mientras entrecierra los ojos, puedo ver la sonrisa oculta en sus labios mientras choca su mano con la mía, permitiéndome estrecharla.

Su agarre es fuerte y decidido y cuando lo suelta, se pone de pie en toda su altura, que no está tan lejos de la mía.

Aun así soy más alto.

—Mi culpa, hombre. No sabía que eras su familiar.

Levanta una ceja rubia, sus nudillos suben para secarse la sangre que gotea por su mejilla.

—Entonces, si no lo fuera, ¿no tendrías ningún problema en golpearme el trasero?

—Ninguno en absoluto.

Meyer deja caer su rostro entre sus manos, pero su hermano se ríe, y su otra mano viene a acariciar mi bíceps.

—Entonces supongo que este "más" con el que ella te llamó significa que eres bueno con mi hermana.

—Cuando ella me deja serlo, es terca como la mierda.

Él se ríe y Meyer niega con la cabeza, mirando al cielo.

—Suena bien. —Mira a su hermana, que empieza a mover la cabeza con fervor.

—Milo, no —dice ella intencionadamente.

Su sonrisa se expande más.

—Entonces, ¿podemos saltarnos todo esto y llegar a la parte en la que Tobias Cruz está parado frente a mí?

Meyer gime, agarra la carreola y se aleja, dejando a su sonriente y *sangrante* hermano delante de mí.

25

Tobias

Meyer se sienta a mi lado en el sofá, con Milo y Bianca en el suelo discutiendo sobre quién hizo reír a Bailey más fuerte. Continuamente miran a Meyer para resolver la discusión, pero ella sigue encogiéndose de hombros.

—¡Puaj! —Bianca se tira de espaldas sobre el puf—. Ella solo está siendo amable porque nunca ve tu trasero.

—No, ella solo está tratando de no ofender tu *malcriado* trasero.

Su boca se abre.

—¡No me ofendo!

—No, solo eres un dolor en el trasero y se lo echas en cara a la gente durante semanas.

Espero que Bianca le grite, pero simplemente se ríe, y se da la vuelta para agarrar a Bailey y ponerla boca abajo.

—Dile a tu tío Milo que es un bastardo mentiroso, Bay.

Meyer pone los ojos en blanco y deja caer la cabeza hacia atrás.

El fiasco en el campo de hoy me dejó sintiéndome como un idiota, así que cuando Meyer me invitó a acompañarlos a almorzar, me negué. No quería interrumpir más su tiempo juntos, pero cuando Milo se dio cuenta de que no tenía planes y me dirigía a casa, el tipo me rogó que fuera. Me refiero a las manos de oración y todo el asunto.

No le tomó mucho convencerme, yo quería ir desde el principio, y saber que él estaba más que de acuerdo con la idea era todo lo que necesitaba.

Bianca se reunió con nosotros en el parque después de eso, pero Bailey comenzó a quejarse y en lugar de que todos volviéramos a la habitación de hotel de Milo, como Meyer había planeado hacer, regresamos a su casa.

Bailey comienza a frotarse los ojos y baja la cabeza sobre el pecho de Bianca, por lo que Milo agarra una almohada al lado de Meyer y la mete debajo de la cabeza de Bianca. Él se desliza más cerca, dándole palmaditas en el trasero mientras canta en voz baja una canción de cuna que nunca he escuchado.

Desde aquí, no puedo ver el rostro de Bailey, pero sus pequeñas mejillas se aplastan con lo que sé que es una sonrisa, y la mía curva mis labios.

Al sentir los ojos de Meyer sobre mí, la miro y, efectivamente, ahí están, pero esta vez, no aparta la mirada. Entonces, giro mi cuerpo para quedar frente a ella, levantando mi brazo izquierdo hacia el respaldo del sofá.

Miro hacia enfrente.

—¿En qué piensas, bebé?

Sus mejillas se tiñen de un rosa perfecto y tarda un segundo, pero luego su pequeña sonrisa suave se levanta.

—Estabas celoso hoy —susurra.

—Mierda, sí, lo estaba.

Una risa tranquila la abandona y deja caer la cabeza sobre el cojín, pero ni una sola vez esos embriagadores ojos marrones se mueven.

Quiero inclinarme y poner mis labios sobre los suyos, pero no lo haré. No delante de su hermano, ese tendría que ser su movimiento.

Y ellos también deben pensar lo mismo, porque Bianca dice:

—Solo bésalo ya.

El rubor de Meyer sube por su cuello y lentamente mira a su mejor amiga.

—Me muero por ver qué sucede cuando se vierte gas sobre el fuego, así que, por favor, hazlo. —Blanca sonríe.

Milo pone los ojos en blanco, pero luego salta sobre su codo.

—¿Por qué no salen, chicos? Sé que mi escuela se vuelve loca los jueves por la noche ya que casi nadie tiene clases mañana. Es probable que este lugar sea diez veces más grande que el mío. Tiene que haber algún lugar para relajarse.

—Sí, claro. Bailey…

—Está dormida, chica[13]. —Bianca me da una expresión implacable—. Sé qué hacer si se despierta. Sé que no te quedarás afuera toda la noche, pero sabes que podrías hacerlo si quisieras, porque estaremos aquí.

Milo asiente, mirando de mí a su hermana.

Meyer abre la boca, pero él niega con la cabeza, evitando que ella diga exactamente lo que él sabía que estaba a punto de decir.

—Mañana estaré aquí todo el día. Hoy tuvimos todo el día. Déjame hacer esto, nunca puedo ayudarte.

—Me ayudas todo el tiempo. —Ella frunce el ceño.

—Las llamadas telefónicas no son lo mismo —le dice.

—Es la cosa perfecta —argumenta.

Los hombros de Milo bajan una pulgada.

—Déjame estar aquí de una manera diferente. Ve, diviértete. Tobias cuidará de ti y estaremos aquí cuando regreses. —Comparten una mirada que no puedo explicar.

Mientras la inquietud todavía tira de sus músculos, Meyer se gira hacia mí.

Inclino mi cabeza, evaluándola.

—Están de fiesta en la casa del equipo esta noche. ¿Podemos pasar un rato por ahí? Han estado sobre mi culo últimamente, preguntándome dónde he estado. —Sonrío, arrastrando mis nudillos a lo largo de su hombro—. Déjame mostrarles.

Por favor, bebé...

[13] Dicho en el original en español.

La anticipación tiene mi abdomen apretado.

Meyer busca algo en mi expresión y la suya comienza a suavizarse, pero hay un ligero tirón en los bordes de sus ojos, como si estuviera luchando con algo en el interior y lo que sea, podría ganar, tomar la decisión por ella, una que no termine a mi favor.

Y lo entiendo, lo hago.

Es una mujer ocupada con la escuela, el trabajo y Bailey. Su tiempo de inactividad no es realmente tiempo de inactividad porque está agotada, comprensiblemente. No tengo ni puta idea de cómo maneja todo lo que hace, y lo hace como una maldita reina. Todo lo que sé es que me gusta ser parte de eso.

Eso, y quiero que me siga dejando.

Mis labios se curvan hacia un lado, haciéndole saber que está bien si no está dispuesta a hacerlo. Estoy bien con exactamente lo que estamos haciendo ahora. Solo quiero estar cerca de ella, así que es más que sorprendente cuando susurra:

—Okey.

Mis ojos se estrechan.

—¿Okey?

Ella se ríe, poniéndose de pie, y mis ojos la siguen.

—Sí, okey.

Me levanto a su lado, mi sonrisa es jodidamente ridícula, pero no me importa. Me muero por tenerla a mi lado y bajo mi brazo.

Por demostrar que ella es mía.

Los demás se ríen y Meyer se muerde el labio.

—Déjame poner a Bailey en su cuna y nos vamos.

—Cuando estés lista, mamá.

La observo acercarse, agacharse para agarrar a Bailey y desaparecer en su habitación antes de volverse hacia su hermano y mejor amiga.

—¿Debería sentirme culpable como la mierda en este momento?

Bianca se ríe, arrastrándose para ponerse de pie. Ella planta sus manos en mis hombros y asiente brevemente.

—Sí, deberías —susurra—. Eso significa que la respetas como mamá.

—Creo que significa que la ama.

Mi cabeza se vuelve hacia Milo y frunzo el ceño, pero rápidamente se convierte en una risa cuando Bianca gira rápidamente, golpeándolo con una almohada que ni siquiera la vi agarrar.

—Hazte útil y ve a buscarnos un helado o algo.

Milo sonríe, me saluda y sale por la puerta.

—¿Él siempre te escucha?

Blanca sonríe.

—Los inteligentes, sí.

Ambos miramos hacia el pasillo cuando suena el chirrido de la puerta de Bailey. Meyer sale de la habitación y se pasa las manos ansiosamente por los jeans.

Me acerco a ella, la agarro de las manos y la jalo hacia mí.

—¿Segura que quieres ir? Podemos poner una película en su lugar.

—Creo que ya nos terminamos Netflix —bromea con una sonrisa—. Vámonos antes de que cambie de opinión.

Salimos por la puerta en cinco segundos exactos.

Me encanta cómo no se detuvo para mirarse en el espejo o tomarse el tiempo para cambiarse.

Me encanta cómo se siente cómoda con su propia piel y ha dejado de esconder su cuerpo debajo de su sudadera holgada.

Creo que eso significa que la ama...

Miro a la chica a mi lado, y antes de que pueda alcanzar la manija de la puerta de mi camioneta, la hago girar contra ella, inclinándome y tomando sus labios con los míos.

Meyer responde instantáneamente, devolviéndome el beso con tanta necesidad como la que yo siento, pero cuando sus manos comienzan a deslizarse por mi piel, me alejo, y dejo caer mi frente en la suya.

—Sube a la camioneta, Meyer, o puede que no lo logremos.

—Creo que estoy bien con eso —jadea.

Mi risa se convierte en gemido y me libero de sus manos errantes.

—De ninguna manera, estoy listo para presumirte.

Ella muerde su labio inferior entre los dientes y mi pecho retumba. Me separo, prácticamente corriendo alrededor del maldito capó.

—En la camioneta, Tutora Girl. Ahora.

Ella se ríe y se sube directamente.

Al entrar en la casa, Cooper es la primera persona que me ve, y levanta las manos en el aire, la cerveza se derrama de su vaso en el suelo a sus pies.

—¡Oh! ¡Su jodida alteza real, nos ha honrado con su presencia! —Hace una reverencia fingida.

Sonriendo, golpeo mi palma con la suya.

—¿Qué pasa, hijo de puta? —Él sonríe—. ¿Finalmente sacaste la cabeza de tu trasero, o qué?

Mis dedos se aprietan alrededor de los de Meyer y la jalo hacia adelante, colocándola frente a mí y los ojos de Coop vuelan hacia los de ella.

Está sorprendido, eso es seguro, pero su sonrisa permanece en su lugar.

—¡Meyer! —Él vuela hacia adelante, abrazándola, y la cerveza vuelve a salpicar.

Lo agarro por el cuello, tirando de él hacia atrás, pero Meyer simplemente sonríe, sacudiendo su pie para quitarse las gotas de cerveza de los dedos.

—Hola, Cooper. —Ella mira de él a mí y de regreso.

Cooper hace lo mismo.

—¿Tú y Cruz? —Él silba—. Eso es...

Levanto una ceja, pero es Meyer quien termina la oración por él.

—¿Inesperado? —Meyer me da una sonrisa astuta antes de volver su atención a Cooper—. Créeme, lo sé.

Cooper sonríe, encogiéndose de hombros.

—Bueno, a rockear, chica.

Meyer se ríe y yo muevo las cejas, arrastrándonos más adentro de la casa, saludando rápidamente a las personas con las que nos cruzamos, pero sin detenernos.

Es cuando entramos en la sala principal que la gente realmente se pone ruidosa.

Los ojos de Neo se encuentran con los míos y comienza a ladrar, saltando sobre la mesa de billar en medio del juego de alguien. Se tapa la boca con las manos, atrayendo la mayor atención posible.

—Amigos, quítense el sombrero y saquen las esposas. ¡Es hora de asegurar a una mujer o puedes ver cómo se va, porque el maldito Tobias Cruz ha vuelto a la casa!

El equipo grita como si estuvieran en un maldito club nocturno, y vuelvo a mirar a los ojos de Neo, deslizando mis dedos por mi garganta como diciendo 'corta la mierda'.

Frunce el ceño, pero luego ve a Meyer a mi lado y se estremece.

Entonces el imbécil grita de nuevo.

—Y a todas ustedes, encantadoras damas, manténganse vestidas y manténganse alejadas de mi chico... —Su sonrisa es lenta, y cambia toda su atención a Meyer—. Porque ahora tiene mujer y confíen en mí cuando digo que ella es material de primera línea. No tienen ninguna posibilidad.

Lo sigue con un guiño, saltando para dirigirse hacia nosotros, pero ya estamos bombardeados por el resto de los chicos, cada uno muriendo por acercarse y saber más sobre la chica en mi brazo.

Me han visto salir con más chicas de las que me gustaría admitir, algo de lo que estoy jodidamente avergonzado ahora, pero nunca me han visto venir con una.

—Eres literalmente una celebridad para tu propio equipo —murmura Meyer con los dientes apretados.

—¿Estás orgullosa? —bromeo, y sus labios se tiran hacia un lado.

Ella piensa que soy jodidamente adorable.

Es raro, me encanta que lo haga.

Nadie quiere ser adorable, pero si a ella le gusta, quiero serlo.

Daniel Rojas, uno de mis pitcher de relevo, se adelanta primero.

—Rojas, ella es…

—Hola, Meyer. —Se enfoca en ella, asintiendo con la barbilla en mi dirección—. Cruz.

Frunzo el ceño, y mis ojos se mueven entre los dos.

Meyer lo saluda.

—Hola, Danny, ¿cómo te va?

—Bien, bien. —Él sonríe, pero es empujado hacia un lado cuando Allen, el hermano menor de nuestro shortstop, se acerca.

Allen sonríe.

—Meyer, ¿qué pasa?

—¡Hola! —Sus labios se curvan y se inclina hacia adelante, dándole un medio abrazo—. ¿Recibiste mi correo electrónico ayer?

—Diablos, sí, lo hice.

Meyer se ríe.

—Bien ganado. Apuesto a que tu entrenador estaba listo para hacerte fiesta después de eso.

—Mi cuerpo te lo debe.

—¿Qué demonios, hermano? —Hago un chasquido y las cabezas de ambos se giran hacia mí.

Junto con algunos otros a nuestro alrededor también.

—¿Tu *cuerpo* se lo debe? —Doy un paso delante de él—. ¿Hablas en serio en este momento? ¿Vas a venir a esta casa y dices algo así? ¿De mi chica?

—Tobias —susurra Meyer.

Sus palmas se levantan en el aire.

—Sí, me refería a la patada en el trasero que mi entrenador me daría en el gimnasio y en las escaleras, hombre. Legítimo, mi cuerpo, mis músculos... no quise decir nada más con eso. —Sus ojos pasan brevemente por encima de mis hombros—. Ella es una tutora increíble, eso es todo.

Tutora.

Es una tutora increíble, dijo.

Por supuesto.

Aquí estoy yo, emocionado de presentarles a mi chica a todos estos hijos de puta, pero la mayoría ya la conocen. Ella es tutora del departamento de atletismo y es su mejor tutora en eso. Dar clases particulares a atletas es su trabajo, pasar tiempo con atletas es para lo que le pagan.

Hay un destello de calor en mi abdomen, una desagradable llamarada de celos.

Pero entonces los dedos de Meyer se flexionan junto a los míos, recordándome que su mano todavía está *en* la mía, y la tormentosa sensación desaparece.

Con una calma que no siento del todo, pero con confianza, miro a mi chica.

—Lo es, mi hermano.

Hay una ansiedad que percibo en ella, pero sonríe, e imagino que tiene toda esa cosa del ángel y el demonio.

Es una cualidad jodida, la posesividad, pero es una cualidad.

Y creo que a ella le gusta.

De todos modos, no la traje aquí para tener una noche de mierda, así que me trago la parte de mí en la que todavía estoy trabajando y levanto nuestras manos unidas, besando sus nudillos mientras nos guiamos los pasos finales hacia mis compañeros de equipo.

Resulta que ella solo conoce a dos personas más aquí, y el resto se turna para pararse frente a nosotros para saludarnos. El lado positivo es que les gusta, pero por supuesto que ellas les gusta.

¿Qué puede no gustarles?

Como grupo, pasamos el rato en la cocina, pasando la siguiente hora riendo. Hacen bromas, coquetean y tratan de meterse debajo de mi piel, pero no funciona.

Podría haber pasado hace sesenta minutos, pero no ahora. No después de verla con mi equipo. Hay un respeto entre ellos y ella, uno que se ganaron en su propio tiempo, y saber eso se siente jodidamente bien.

La ven como una persona, no como un juguete, y me encanta la mirada en los ojos de estos imbéciles cuando se dan cuenta de que es mía. Mía, mía. Como en no solo una cita para la noche.

—Entonces, Meyer, ¿cómo te quedaste atrapada con este tipo? —Mi amigo Franky se deja caer a su lado y le pasa el brazo por encima del hombro—. Todo el mundo sabe que soy el que se balancea fuerte en el sur.

Aparto su brazo de un golpe, jalando a mi chica frente a mí, y enroscando mis manos alrededor de su cintura.

—Sí, hermano, balanceas fuerte... pero también te quedas balanceándote.

Franky se pone de pie, con una sonrisa de borracho en su rostro.

—Una vez no pude hacer que el momento contara, pero para ser jodidamente justos, ¡tenía media botella de José!

Los chicos se ríen y Meyer oculta su sonrisa dejando caer la barbilla sobre su pecho.

—Ya saben cómo va, Franky, José, no funciona.

—¡Esa es la última vez que les digo una mierda! —grita con una sonrisa, girando cuando dicen su nombre.

Neo se voltea hacia el grupo y comienza a contarles una historia sobre él y X en la preparatoria, así que me inclino hacia adelante y acerco mis labios al oído de Meyer.

—Para que conste, mi región sur es impresionante como la mierda, estoy hablando del tamaño del polo norte.

Los hombros de Meyer tiemblan con su risa y echa la cabeza hacia atrás, pero cuando sus ojos marrones se encuentran con los míos, un peso se desliza en ellos, oscureciendo los bordes dorados de mi vista.

En el momento en que sus labios se mueven, son todo lo que veo. Regordetes, llenos y embriagadores. Los tomo con los míos, mordiéndola juguetonamente cuando se aleja.

—Voy a salir y llamar a Bianca para ver cómo está Bailey —susurra.

—Iré contigo.

—Quédate. —Ella gira en mis brazos—. Vuelvo enseguida.

Si no fuera política el dejar a un estudiante de primer año afuera de la puerta para que se dé cuenta de quién entra, la habría seguido, pero como lo hacemos, me quedo plantado donde estoy, con un ojo en la puerta principal y el otro en mis amigos.

Meyer

En el frente, camino hacia el borde del camino de entrada, manteniéndome a la vista del tipo de seguridad en la puerta, y me dejo caer sobre el césped.

Le envío un mensaje de texto a Bianca para no arriesgarme a despertar a Bailey y luego miro a lo largo de la calle.

Esto es "Ruckus Row" aquí en el campus, cada casa en el bloque está afiliada al campus. El equipo de chicos y las casas de fraternidades se alinean en este lado de la calle, mientras que el otro está formado por equipos femeninos y de hermandades.

Ambos lados están bien iluminados esta noche, los LED brillan por todas partes, la música fluye de la mayoría, pero hay algunas casas silenciosas. Ven mañana, los patios estarán llenos y la gente irá de casa en casa a la caza de lo que sea que estén buscando esa noche.

Unos buscarán pasar un buen rato, otros buscarán una buena forma de olvidar...

La última vez que estuve aquí, fue por las razones equivocadas, una noche de la que me he arrepentido durante demasiado tiempo, pero en algún punto del camino, ese arrepentimiento se desvaneció en algo más, algo un poco más peligroso.

Se transformó en esperanza.

Es completamente imprudente, al menos en lo que a mi corazón se refiere. Me conozco a mí misma y no permitiré que mi vida se desvíe del rumbo. No puedo. Tengo que pensar en Bailey, pero estaría mintiendo si dijera que no se romperá otra parte de mí al ver al hombre que he llegado a conocer alejarse... como lo hizo el que creí conocer antes.

Como todos los hombres de mi vida, aparte de mi hermano.

Si lo hace, será mi culpa.

Cuando lo haga, será mi culpa...

Yo soy la que permitió que las cosas llegaran tan lejos.

—Bueno, esto es familiar.

Mi cabeza gira a la derecha y me pongo de pie.

—¿Qué estás haciendo aquí?

Entrecierra los ojos y va a hablar, pero un par de tipos salen por la puerta y lo ven.

—¡Qué pasa, entrenador! —Uno lo saluda, mientras que el otro asiente con la barbilla.

—Muchachos. —Asiente bruscamente, observando cómo se deslizan detrás del volante de un Chevy azul antes de volverse hacia mí—. Pasé por tu casa hoy.

Mi rostro cae, la tensión flota en mi estómago.

—¿Por qué?

Se burla, la malicia se aleja del sonido de su garganta.

—Me pregunto, Meyer. —Él se acerca—. ¿Por qué iría, mmm?

Trago saliva, negando con la cabeza.

—No lo sé.

—¿Dónde estuviste hoy?

—Eso no es de tu interés.

—¿No? —Mete las manos en los bolsillos, inclinando la cabeza con una mirada condescendiente en sus ojos—. ¿Ni siquiera vas a intentar mentir para salir de esto, diciendo que le estás dando clases a alguien a las once en una conocida noche de fiesta en este lado del campus?

Me quedo mirando sin decir palabra y sus labios se adelgazan.

—Supongo que no has estado en línea o en el campus hoy —continúa, con una fuerte inquisición en su tono—. Si lo hubieras hecho, no creo que estuvieras aquí en este momento, por otra parte, pensé que eras más inteligente en esta etapa, pero supongo que estaba equivocado.

El pánico se hincha en mi pecho y tengo que luchar para no sacar mi teléfono de nuevo.

—¿Has venido aquí a buscarme?

—Vine aquí para ver cómo estaba mi atleta —espeta—. Llevo todo el día llamando a Tobias y no ha contestado ni una vez. —Él me mira—. ¿Tienes algo que ver con eso?

—Estaba con Milo —me apresuro—. Él apareció esta mañana para sorprenderme.

Levanta la barbilla, haciendo todo lo posible por descifrar si soy honesta desde hace cinco segundos, me niego a decirle nada.

—Recibí el registro de calificaciones de Tobias hoy, su promedio general es casi un tres. —Él se para alto—. Ya terminaste, Meyer.

—Quedan tres semanas de clases. Todavía necesita ayuda…

—Tiene un poco de seguridad en su clase problemática, gracias a tu... dedicación. Estará bien —dice bruscamente—. Él será eliminado de tu agenda para cuando te registres mañana, y la volveré a llenar con otros.

Un dolor agudo golpea contra mis costillas, y mis próximas palabras me abandonan antes de que tenga tiempo de pensarlas.

—Puedes sacarlo de mi agenda todo lo que quieras…

Levanta una ceja.

—No hagas algo de lo que te arrepientas, y te arrepentirás. No olvides que ya no estás becada, Meyer. Piensa en Bailey.

—En cada movimiento que hago, estoy pensando en ella.

—Tus acciones dicen lo contrario. ¿Necesito recordarte que puedo hacer que todo esto desaparezca? No solo el trabajo…

—¿Cómo puedes ser así conmigo? —Lo interrumpo, con mi pánico transformándose en otra cosa—. Solo estoy tratando de terminar la escuela para poder cuidar de mí y de mi hija. ¿Por qué lo haces mucho más difícil de lo que tiene que ser?

—No me pongas esto encima.

—No te necesitaré para siempre, lo sabes. —No quiero susurrar—. ¿Y entonces qué?

Está callado por un momento, pero cuando habla, es tan insensible como siempre.

—Tienes una condición y es alejarte de mis atletas, *especialmente de* Tobias.

—Entonces, *¿por qué* estoy en tu departamento? ¿Por qué me asignas a tus atletas? ¿Por qué me lo asignaste a *él?*

—Otra vez, no me pongas esto encima. —La ira ensombrece sus rasgos y echa un vistazo rápido a su alrededor antes de volverse hacia mí—. Haz lo que te dije y todo estará bien.

—No es tan simple.

—Hazlo así de simple.

Mis ojos comienzan a arder, pero no voy a llorar.

No todavía.

En el momento en que desaparece en la noche, levanto mi teléfono con las manos temblorosas. Sé exactamente a dónde ir según sus comentarios y abro la aplicación para estudiantes.

Ni siquiera tengo que hacer clic en la pestaña de noticias, porque este artículo llegó a la página principal, al igual que la foto que lo acompaña.

Mi corazón cae a mis pies mientras nos miro a los tres, y mi teléfono cae al césped mientras levanto mis manos para taparme los ojos. No puedo esconderme de eso.

Hazlo así de simple, dijo.

En otras palabras, termínalo y rápido.

Unas palmas caen sobre mis hombros, y el suave toque hace que mi corazón se encoja. Sus manos se deslizan hacia abajo, envolviéndome por detrás y luego sus labios están en mi cuello, mi mandíbula, mi oído.

—¿Viste la foto?

Asiento, mi cabeza cae contra su pecho, con los ojos fijos en la pantalla iluminada encajada en la hierba a mis pies.

—Nos vemos bien juntos, los tres.

Las lágrimas pinchan en la parte posterior de mis ojos, y de nuevo, asiento con la cabeza.

Lo hacemos.

—¿Estás molesta, bebé? Todavía no tuve la oportunidad, pero planeé pedirle al entrenador Reid que nos ayudara —dice, y esas lágrimas se hinchan, amenazando con derramarse—. Él podría ser capaz de hacer que se alejen de nosotros. Sé que si se lo pido, hará todo lo que pueda…

Las lágrimas caen. Rápidamente levanto la mano, tiro de sus labios hacia los míos y corto su pensamiento, permitiendo que todo el sentido común se me escape, sabiendo que es una idea cruel, pero incapaz de contenerme de todos modos.

Tobias gime, su mano vuela para agarrar mi rostro, pero desaparece rápidamente en mi cabello, y me doy la vuelta, la necesidad de acercarme a él es abrumadora, desgarradora.

Como si estuviéramos completamente en sintonía el uno con el otro, su brazo baja en el momento en que salto, mis piernas lo envuelven mientras su firme agarre se aprieta.

—Bebé... —jadea, su beso es profundo y devastadoramente perfecto.

Mi cuerpo duele con emociones en conflicto, retorciéndose y girando a un ritmo insoportable.

Miedo y deseo.

Miedo y comodidad.

Deshonra y devoción.

Sin embargo, todavía susurro:

—Llévame a casa.

Y lo hace, pero para mi sorpresa, me da un beso de buenas noches en mi puerta, con una sentida promesa de un mañana.

Poco sabe él, que llegará mañana, mi mente estará clara y se seguiré las órdenes que me dieron.

Estoy a merced de un hombre que no merece ser llamado así, y no hay nada que pueda hacer al respecto.

26

Tobias

He estado fuera de casa desde las cinco y cuarto de la mañana, y no estaré en casa hasta alrededor de las siete, siendo hoy una jornada doble. Planeaba llevarle un café a Meyer de camino al calentamiento, pero eso no sucedió. Después de clase esta mañana, el entrenador dijo que necesitaba que viniera para que pudiéramos ver un video del juego, a pesar de que cubrimos la mayoría en nuestra última reunión. Sin embargo, si ayuda a asegurar la victoria, estoy totalmente de acuerdo y él lo sabe.

Mi llamada a Meyer va directamente al correo de voz, así que le envío un mensaje de texto rápido, haciéndole saber que llevaré la cena esta noche para que no se llene con cereal o mantequilla de maní, algunos de los únicos artículos que parece conservar almacenado en su casa.

En mi casillero, tiro mi mierda adentro, me visto rápidamente, y justo antes de cerrar mi casillero, suena mi teléfono.

Mi Tutora Girl: *Tengo que trabajar esta noche.*

Maldita sea, eso apesta.

Empiezo a decirle que estaré ahí cuando salga cuando llega otro mensaje de texto.

Mi Tutora Girl: *Bianca me va a recoger.*

Eso es un fastidio, pero no es gran cosa. Me alegro de que haya encontrado un aventón en lugar de caminar a casa como antes.

Yo: *Iré después.*

Mi Tutora Girl: *Tengo que levantarme muy temprano. Lo siento.*

Frunzo el ceño ante el mensaje.

Lo siento. Como en, no puedo ir, ¿lo siento?

Una pizca de molestia brota en mis entrañas, pero me la sacudo.

Iré a su trabajo esta noche, cenaré con ella como pueda. Ella estará feliz con eso.

Sí, eso funcionará.

Salgo al campo con mi equipo, dando vueltas en el banquillo mientras calientan ya que no lanzaré esta noche; mi lanzamiento cuenta para la próxima serie, ya que este equipo ocupa el último lugar en la liga. Es un día muy largo, pero es bueno ver a los muchachos de la segunda y tercera fila unirse con el resto del equipo y hacer lo que sea necesario para lograr la victoria. Sin embargo, el entrenador fue inteligente y dejó a X y a Neo en el campo para mantener las cosas en orden y mantener nuestro número de carreras permitidas en su mínimo histórico.

Para cuando termina el segundo partido, todos están agotados, el sol brilla más fuerte ahora que estamos en mayo. Aquí nunca hace demasiado calor, pero estamos en un campo de césped rodeado por una tonelada de metal, así que hace calor. Sin embargo, yo no estoy cansado, estoy emocionado.

Me salto las duchas, me cambio rápidamente a mi ropa de calle y salgo sin decir una palabra.

—Tobias.

Me detengo con un chirrido y retrocedo hasta que puedo ver la oficina del entrenador Reid.

—¿Qué pasa, entrenador?

Frunce el ceño, dejando su portapapeles, con sus llaves todavía en su mano izquierda mientras lo baja al borde del escritorio.

—¿Te saltaste las duchas?

—No jugué, pensé que estaría bien hasta llegar a casa. —Me encojo de hombros, mirando el reloj de su pared.

Sus ojos se estrechan.

—¿Por qué tanta prisa? Iba a ofrecerme para llevar al equipo a cenar.

—Oye, se lo merecen, pero eh, ¿me necesitabas para algo? Porque, si no, voy a correr.

Me mira un momento, seguido de un lento asentimiento.

—Hazlo, te veo mañana.

—Hasta mañana, entrenador.

Salgo por la puerta y, unos minutos después, entro el restaurante, pero Meyer no se encuentra por ningún lado.

La chica que limpia las mesas me ve venir y trata de alejarse, pero la alcanzo.

—Oye, ¿está Meyer aquí?

Ella suspira, negando con la cabeza.

—Si Meyer estuviera aquí, ya me habría ido.

—Okey... ¿así que se fue a casa temprano?

—Ella no apareció hoy, playboy. —Arroja un plato a la papelera y lo retira de la mesa—. Mejor suerte la próxima vez.

La preocupación me golpea y me apresuro a salir por la puerta, tratando de llamarla de camino a su casa, pero ni siquiera suena. Su correo de voz lo recoge al instante.

—*Mierda.*

Tomo velocidad y llego a su apartamento en un tiempo récord.

Nadie abre la puerta después de mi primer golpe, así que toco con mis nudillos un poco más fuerte y luego la cerradura hace clic en el otro lado.

Meyer la abre lentamente y el aire sale como un silbido de mis pulmones, directamente fuera de mí.

—Mierda, gracias a Dios. —Me lanzo hacia adelante—. Pensé…

Me congelo después de un solo paso cuando me doy cuenta de que tiene la puerta cerrada, solo se ve su rostro y una fracción de su cuerpo. Ninguna parte de ella cruza el umbral de su entrada.

—¿Qué ocurre?

—Nada, estoy cansada.

—¿Es por eso que no estás en el trabajo?

Sus ojos se abren un poco.

—Sí, yo... no me siento bien.

—¿Puedo ir a buscar algo de sopa o algo así? Un 7UP, ¿quizás un poco de ginger ale? —La inquietud se arremolina en mis entrañas y no sé por qué—. ¿O podría quedarme y cuidar a Bailey esta noche para que puedas descansar?

Ella frunce el ceño y sus ojos caen al suelo.

—Bianca viene a ayudar. Estuvo aquí antes, así que, si estoy enferma, ya ha estado expuesta. Es solo... más fácil. Además, tienes un partido mañana.

—No tengo hasta el lunes.

—Correcto —susurra, todavía sin mirar hacia arriba—. Debería ir a acostarme.

Un peso repentino cae sobre mí.

—¿Entonces mañana?

—I-Iré a casa de mi hermano.

Mi cabeza tira hacia atrás.

—¿Qué?

—Sí, nos compró boletos de tren. Salimos por la mañana así que...

—¿Vas a pasar la noche?

—El fin de semana.

—Me voy a Nashville el lunes, tenemos un doble, y termino la serie el martes, no estaremos en casa hasta más tarde esa noche, luego me voy otra vez el miércoles por la noche.

—Sí, lo vi. Buena suerte.

¿Buena suerte?

—¿Estás bien?

Sus ojos se arrugan y asiente, incapaz o no dispuesta a mirarme a los ojos.

—¿Se trata de la foto? Ya te lo dije, le pediré al entrenador que lo quite.

Su pierna comienza a rebotar y se le escapa una risa temblorosa.

—Bebé, ¿qué…

—Escuché a Bailey, tengo que irme.

Mis hombros caen, pero logro asentir. Dijo que no se siente bien, así que todo lo que puedo hacer es creer en su palabra.

—Está bien, Tutora Girl. ¿Te veré el domingo por la noche, tal vez?

Su sonrisa es de labios cerrados, y luego cierra la puerta, dejándome en el otro lado.

La tensión tira de mis músculos, pero me estiro a través de ella.

Solo que todo vuelve cuando menos de quince minutos después, de camino a casa después de recoger un plato del camión de tacos del centro, veo a Bianca cruzando el campus con Cooper, en dirección opuesta a la casa de Meyer.

Para cuando llega el viernes por la noche, me convenzo de que Meyer no quiere que me sienta obligado a quedarme con ella cuando no se siente bien, me dijo que Bianca estaría ahí para ayudar aunque no fuera cierto.

Pero luego, cuando le envié un mensaje de texto para asegurarme de que llegara bien a la casa de Milo, y todo lo que obtuve fue un rápido "sí", comencé a dudar. Empeoró cuando el texto de buenas noches del sábado quedó sin respuesta.

Si hubiera sabido dónde vivía Milo, podría haber conducido hasta ahí en ese momento y haberme ofrecido a llevarlas de regreso esta noche, pero no lo sé, por lo que he estado estacionado en el borde de la propiedad de la escuela, justo en frente de la calle que conduce al callejón del apartamento de Meyer desde el mediodía.

Han pasado horas, y ahora el sol se ha puesto por completo, y todavía no hay señales de ella, así que pruebo su teléfono una vez más sin suerte.

Poniéndome de pie, me subo a mi camioneta y hago lo único que puedo.

Me dirijo a casa, hago las maletas para Nashville y me meto en la cama, pero el sueño no llega.

Antes de darme cuenta, mi alarma suena y el agotamiento está en pleno efecto.

Me duele el cuerpo, pero me lanzo a la ducha y, cuando salgo, Echo está listo y esperándome en la cocina, con un batido de proteínas en la mano.

—Te ves como una mierda, hermano.

—Me siento como una mierda, hermano. —Tomo el batido, meto unas cuantas Vitamin Waters en la bolsa que me llevaré al avión y nos vamos.

Voy a tener que ponerme los auriculares y poner mi música a todo volumen para ocultar el hecho de que no estoy exactamente en el juego.

El entrenador me mataría por quitar el ojo del premio.

Pero el premio se ve muy diferente hoy en día.

Meyer

Los últimos días han sido estresantes, el único alivio fue el hecho de que sabía que Tobias estaba a horas de distancia, así que no tenía que lidiar con todo lo que venía con él estando cerca. Esperaba que se calmara mientras no estaba, pero solo estaba tratando de convencerme de algo que sabía que estaba lejos de ser verdad. Yo no era simplemente una chica para él.

Yo era más.

Por eso me dolía muchísimo cuando, como un reloj, todos los días me enviaba mensajes de texto.

No estaba enojado ni me cuestionaba. Era dulce y tonto.

Me dijo que le dijera cosas a Bailey como si ella entendiera o me hacía preguntas sobre lo que estábamos haciendo y cómo estaba ella. Preguntas que quedaron sin respuesta y, como resultado, comenzaron a cambiar.

El coqueteo pasó a la preocupación, la preocupación a la frustración, y ahí fue cuando se instaló la ira.

El último que leí fueron tres palabras simples que casi me mataron.

"¿Qué diablos, Meyer?" él envió, y después de eso, dejé de abrirlos.

Pero ahora es martes, el día en que él regresa, y mis nervios están altos.

Estoy en mi tercer estudiante del día cuando llega el quinto texto de Tobias.

Debería haber sabido que no debía ignorarlos, porque momentos después de que mi teléfono vibra en el escritorio a mi lado, algo me dice

que mire hacia arriba, y mientras lo hago, todo el aire sale de mis pulmones.

Tobias está subiendo los escalones de la biblioteca.

Mi garganta se obstruye, y me pongo de pie, metiendo mis cosas en mi bolso con pánico.

—Lo siento mucho, tengo una emergencia. Te enviaré un correo electrónico. —Salgo corriendo, me dirijo a la parte trasera de las estanterías y me escabullo por donde él entró.

Me empiezan a sudar las palmas de las manos y me apresuro a rodear el edificio, siguiendo el camino para sillas de ruedas que conduce al centro de desarrollo estudiantil. Me deslizo dentro y me apresuro al baño, encerrándome en una sala abierta para amamantar. Me dejo caer en la mecedora, con mis manos subiendo para cubrir mi cara.

Mis labios tiemblan, las lágrimas brotan de mis ojos y calientan mis mejillas en su camino hacia abajo.

Tomo una respiración profunda, exhalando. *No puedo hacer esto.*

Niego con la cabeza, mirando al vacío.

No estoy segura de cuánto tiempo me siento ahí, pero cuando mi teléfono vibra en mi bolsillo delantero, me sobresalto.

Con el corazón apesadumbrado, lo saco, con miedo de mirar la pantalla, pero mientras lo hago, descubro que no es un mensaje de texto de Tobias, sino un correo electrónico de la oficina de admisiones de la Universidad de Florida.

Un extraño entumecimiento se desliza sobre mí y me lamo los labios.

Lo abro con las manos temblorosas y, mientras leo la carta de aceptación, es como si mis entrañas se abrieran de par en par, creando un enorme agujero a su paso.

Es doloroso y profundo y de repente, es difícil respirar.

Me pongo de pie, luchando por el aire que parece que no puedo encontrar, pero luego miro hacia el cambiador en la esquina y pienso en Bailey.

Del futuro que podemos tener en lugar del que no podemos.

Es una tortura alejar los pensamientos que me consumen, dejar ir la esperanza que permití tan imprudentemente, pero es como dije antes.

La realidad es tan triste como serena.

Salgo de la habitación, me echo agua en el rostro y me apoyo en la encimera para respirar hondo.

Una vez que reviso a Bailey, me apresuro a casa, rezando para que Tobias no esté parado en mi porche cuando lleguemos.

Para mi mala suerte, ahí está.

Mierda.

27

Tobias

El rostro de Meyer cae, y se congela donde está.

La ira estalla y me empujo del marco de la puerta, pero toda la presión en mi cuerpo desaparece cuando ella se acerca.

No me di cuenta de lo mucho que necesitaba verla a ella y a Bailey. Ver con mis propios ojos que están bien, pero cuando me doy cuenta de que están bien, lo que en el fondo supe todo el tiempo, la tensión regresa.

—¿Qué diablos, Meyer? —Mis hombros cuelgan, mi tono es golpeado, incluso para mis propios oídos.

Ella aprieta sus labios, deslizándose a mi lado y abriendo su puerta.

Impotente, la observo mientras hace rodar suavemente la carreola de Bailey dentro del apartamento.

Lentamente, me mira, y no es difícil ver que es lo último que quiere hacer.

Un dolor agudo golpea mi estómago y estiro mi torso para aliviarlo.

—¿Qué está pasando?

—Nada —dice rápidamente—. He estado ocupada.

—¿Demasiado ocupada para contestar el teléfono? —Me acerco.

—No tengo mucho tiempo en este momento.

—¿Incluso para mí?

Un suspiro tembloroso sale de sus labios y mira a todos lados menos a mí.

—Mi agenda está repleta y...

—¿No estoy en tu agenda, mamá?

—No, de hecho. No estás...

Estaba bromeando, pero la firmeza en su tono remueve algo dentro de mí y mis músculos se tensan.

—¿Qué?

Lentamente, su cabeza se levanta.

—Ya no estás en mi agenda, Tobias. Tus calificaciones han subido. Volverás a trabajar con tu equipo durante el horario de las horas de estudio. Eso debería ser suficiente para que pases los exámenes finales.

—Está bien... —digo, con la inquietud haciendo que mi pulso se acelere—. Lo que sea, está bien, no importa, pero dime ¿cuándo puedo verte? Puedo llegar temprano o tarde, para acompañarte a clase o para dejar a Bay. Lo que sea que funcione para ti, ahí estoy.

Los ojos de Meyer se nublan y aparta la mirada.

—¿Bebe que está pasando? —Doy un paso adelante, pero sus palabras hacen que me detenga.

—Ya no eres mi alumno, Tobias. —Su voz se quiebra, y estoy demasiado atascado para registrar lo que está diciendo hasta que me cierra la puerta en el rostro.

Mi pecho se aprieta, y el resto de mi cuerpo me sigue mientras obligo a mis pies a deslizarse hacia atrás. Con cada paso, mi confusión crece y cuando llego a mi camioneta aún en marcha, inactiva en el espacio donde la estacioné en mi prisa, mi mente caótica se frustra.

Ya no soy su alumno, dijo. Bueno, ¿y qué demonios?

Soy su hombre.

Ella es mi chica.

Y Bay...

Trago saliva, tropezando un poco mientras me arrastro hacia el asiento del conductor.

No estoy seguro de lo que acaba de pasar, pero sé que algo no está bien.

Ella se está alejando, *empujándome* y no entiendo por qué.

Ella está...

Yo...

Mi frustración se convierte en ira y estoy bastante enojado cuando llego a la casa del entrenador, una casa de dos pisos a un par de cuadras del campus.

Hay algunos autos enfrente, pero no me importa. Golpeo mi puño en la puerta, y no me detengo.

No le toma mucho tiempo abrir la puerta, y mientras lo hace, por encima de su hombro, veo al resto del cuerpo técnico sentado alrededor de una mesa de juego, con humo de cigarro llenando el lugar.

—¿Por qué estoy fuera de su agenda?

Sale, cerrando la puerta detrás de él.

—Hijo…

—¿¡Por qué estoy fuera de su puta agenda!? ¡Tienes que obligarla a que me ponga de regreso!

—*Necesitas* calmarte.

—¡No puedo! ¡Devuélvemela!

Su cabeza tira hacia atrás, su ceño fruncido se profundiza.

—Devolvértela… hijo, ella era tu tutora, nada más.

Antes de que pueda pensar, incluso antes de que sepa lo que estoy haciendo, mi puño vuela, conectando limpiamente su mandíbula.

Su cabeza se gira hacia un lado y yo me quito de encima.

Mi rostro cae, y me lanzo hacia él.

—Entrenador, yo…

Se aleja, arrojando mis manos lejos de él.

—Vete a casa.

—¡Mierda! —grito, pasándome las manos por la cabeza y girando para mirarlo de nuevo—. Lo siento, no quise decir…

—Dije que te fueras a casa, no quiero verte hasta que sea hora de salir al campo mañana. —Él mira, escupiendo sangre a un lado—. Encuentra otro lugar para vestirte.

—Sí, entrenador. —Trago saliva, un sentimiento familiar surge dentro de mí, haciendo que mis sienes latan y mi cuerpo se sienta pesado.

El arrepentimiento es un hijo de puta, y ese hijo de puta me conoce bien.

La pelota sale de mi mano con un silbido y la rodilla de Echo cae al suelo mientras se desliza hacia la derecha para atraparla.

—*Bola dos* —grita el árbitro.

El regreso de Echo tiene más calor de lo normal, pero lo ignoro.

Con la mandíbula apretada, apunto mi pie izquierdo hacia adelante, inclinándome hasta que mis hombros estén paralelos a mi rodilla. Listo para lanzar desde la recta final, miro de derecha a izquierda, haciéndoles saber a los bastardos de primera y tercera que no me he olvidado de ellos.

Echo pide una curva, pero niego, mientras le pido la siguiente, hasta que me da lo que quiero.

Una bola rápida.

Con una respiración profunda, mis fosas nasales se dilatan y retrocedo, liberando un maldito cañón, pero esta vez el guante de Echo golpea el suelo.

Pelota baja.

¡Mierda!

Aprieto los dientes, estiro las cuerdas de mi cuello y me fijo de nuevo.

Una vez más, Echo intenta la curva, pero sacudo la cabeza y baja la barbilla.

Se está enojando, pero no me importa.

Mi juego, mi pelota, mi puto lanzamiento.

Suelto con un silbido y, una vez más, el árbitro grita bola y el hijo de puta camina hacia primera.

Mi primer pase por bola oficial de la temporada.

Mi cabeza está jodidamente gritando por dentro, pero tiro de todo lo que tengo para contenerme, simplemente salgo del montículo y señalo al bastardo de barriga grande.

No jodas conmigo, azul. Hoy no.

El hombre simplemente niega con la cabeza, y cuando giro la mía, veo al entrenador saliendo al campo.

¡Mierda!

Da un paso adelante, mirándome a los ojos con tensión en los suyos.

—¿Necesitas salir del campo?

—No.

—¿Estás seguro?, porque…

—Dije que no, entrenador. Déjame terminar.

—Las bases están llenas y tienes un out.

—Sé lo que tengo y lo que no.

Abre la boca, pero recuerda que las cámaras están sobre nosotros y asiente enérgicamente.

—Haz tu maldito trabajo, hijo.

Girando los hombros, me acomodo la gorra, miro al otro lado del campo y luego miro de frente a mi hermano.

Echo asiente, golpea su guante y se deja caer en su posición, así que hago lo mismo.

Estamos casi al final de su alineación, es un niño de Kentucky con un promedio de bateo por debajo de 230. Sentarlo será pan comido.

Echo no cede y deja caer dos dedos, así que asiento, cediendo.

Una curva será.

Se la envío al hijo de puta, pero sé que en el momento en que sale de mi palma que estoy jodido. Esa bebé salió demasiado rápido, mostrándose a sí misma, y observo con disgusto cómo el agarre del punk se aprieta alrededor del cuero grueso.

La pelota se conecta con el bate en el jodido lugar perfecto en el jodido momento perfecto.

Su swing es duro y sólido y no deja caer ni los hombros ni la cabeza, ese chico lo manda... justo por encima de la maldita pared.

Un jodido Grand slam[14].

Lanzo mi guante al suelo, pateándolo mientras los cuatro hijos de puta recorren las bases hasta el plato.

Echo sale a hablarme, pero le doy la espalda, girando hacia el otro lado cuando me jala del cuello, obligándome a mirarlo.

No sé por qué, pero empujo al tipo lo suficientemente fuerte como para que se tambalee hacia atrás y luego el árbitro está en mi espacio, gritándome algo, pero no puedo oírlo.

Me zumban los oídos, brilla el sol y lo siguiente que sé es que tengo la placa del pecho del árbitro en la mano.

Lo jalo hacia adelante, todo para hacerlo caer sobre su trasero.

Mis entrenadores y la mitad del equipo están en el campo ahora, pero sé lo que viene.

El árbitro da la señal y me expulsan del juego.

El entrenador Reid agarra mi camiseta, pero me alejo de un tirón, incapaz de mirarlo mientras corro hacia el túnel y hacia el vestidor.

En el interior, me arranco la camiseta del cuerpo, mi gorra ya se ha ido, y doblo la rodilla.

[14] es un jonrón con las tres bases ocupadas por corredores, por lo que se anotan cuatro carreras, la mayor cantidad posible en una jugada.

Empiezo a arrancar mierda de la pared, tiro todo lo que puedo agarrar y me deleito con el sonido del metal contra metal, pero no es lo suficientemente fuerte como para ahogar el dolor.

La maldita confusión.

El dolor que nunca quise sentir, pero que siento.

Esto es peor, muchísimo peor que cuando mis padres me dieron la espalda en mi último año.

Peor que cuando me di cuenta de que nunca estaría a la altura de mi hermano a sus ojos.

Peor que cuando pensé que nunca más volvería a pisar un campo como parte de un equipo.

Me siento débil, como un marica.

Como una pequeña perra.

Porque, mierda, estoy bastante seguro de que mi corazón se está rompiendo.

Directamente hacia arriba desgarrando pequeños pedazos dentro de mi cuerpo y abriendo cada vaso sanguíneo con su extremo.

Mi cuerpo se desliza a lo largo de los casilleros hasta que mi trasero golpea el suelo, y mi barbilla golpea mi pecho.

No podía manejar ninguna de esas cosas y realmente no puedo manejar esto.

Meyer

Estoy de rodillas frente al televisor cuando dicen mi nombre.

Requiere esfuerzo, pero desvío la mirada de la pantalla y encuentro a Bianca parada ahí, con su bolso colgado de un brazo.

—Oh, chica[15]. —Las lágrimas brotan de sus ojos al instante y se precipita hacia mí, cayendo al suelo a mi lado—. Sabía que estabas viendo el partido.

Me inclino hacia ella, negando con la cabeza, pero la sensación me evade. No puedo sentir sus brazos cuando me envuelven y no tengo idea de lo que susurra en mi cabello.

Simplemente se rompió en el campo, ahí mismo para que todos lo vieran, Tobias enloqueció.

Todo es mi culpa.

—No cariño, no es tu culpa.

Suelto un aliento entrecortado.

—Lo es. —Me balanceo, luchando por contener las lágrimas—. Sabía lo que pasaría, sabía que él era más de lo que todos veían. Sentí algo esa noche hace meses. Le dije... le dije que no podía ser su tutora. Debí haber peleado más duro con él. Debería haber luchado más duro contra mí misma.

No debería haberme enamorado de él.

Pero lo hice, sabiendo todo el tiempo que nada podría salir de eso.

Permitir que Tobias me ame sería egoísta, porque le estaría quitando a alguien más a quien ama, y eso está mal.

No merece sentirse traicionado por nadie en su vida, y sé que eso es exactamente lo que sucedería, así que es mi trabajo asegurarme de que no suceda.

Porque no hay otra opción, y como aquí no puede haber un ganador, felizmente seré la mala si eso le ahorra el más mínimo dolor.

No importa qué, ambos perdemos un poco.

Solo tengo que asegurarme de que él pierda menos que yo.

[15] Dicho en el original en español.

Me limpio el rostro y me libero del agarre de Bianca, empujándome lentamente para ponerme de pie.

—Chica, ¿qué estás haciendo? —susurra, observando cómo me saco la sudadera por la cabeza y aliso los mechones sueltos de cabello hacia atrás.

—Preparándome.

—¿Para qué?

Hay un fuerte golpe en la puerta momentos después y sus ojos se cierran.

Mis labios se tuercen y asiento, y con una respiración temblorosa y una fuerza que no siento, abro la puerta, revelando a Tobias al otro lado.

—Tutora Girl...

28

Tobias

Tropiezo, me caigo en una persona, ¿o tal vez es un árbol?

Me río, lo empujo, pero no se mueve.

Un árbol.

Tomo otro trago de la botella y me acerco a las jaulas. Me deslizo dentro, dejo la botella junto a la puerta y pulso los interruptores, los engranajes se activan y silban a mi alrededor.

Agarrando un bate, me acerco a la X roja hecha de cinta adhesiva en el suelo y me pongo en mi postura.

La primera bola pasa como un látigo y me río, tambaleándome un poco antes de volver a prepararme.

Me balanceo, pero fallo y me tambaleo hacia adelante, atrapándome en los eslabones de la cadena de metal.

Se suelta una pelota que golpea contra mis costillas y me tambaleo hacia atrás.

—Mierda. —Mi mano cae sobre mis costillas, pero mi cuerpo se sacude cuando me golpea en el pecho, me quita el aire y me hace tropezar contra la cerca.

Jadeando, me inclino, golpeo los botones en la pared, pero antes de que pueda presionar el interruptor de apagado, otra viene volando, clavándome en la mandíbula y mi cuerpo se desploma, estrellándose contra el suelo con mi espalda contra la caja.

¿Qué haces aquí, Tobias?

—Quería verte. Necesitaba verte.

—No deberías haber venido.

Hago una mueca, y una bola conecta con mi barbilla.

—¿Por qué? Todo estaba bien. Estábamos bien.

—No hagas de esto algo que no fue.

Otra bola envía mi cabeza a estrellarse contra los eslabones de la cadena detrás de mí, y empiezo a toser, escupiendo sangre en el aire.

—No sé lo que se supone que significa eso, pero es una mierda. Yo sé que me quieres, sé lo que sientes. Detén esto, lo que sea que estés haciendo, déjalo.

Hay un fuerte impacto contra mi frente, luego algo cálido se desliza por mi rostro.

—Necesito que te vayas, Tobias, y por favor, no vuelvas.

—Cariño, solo... solo dime lo que hice y lo arreglaré, lo cambiaré mamá, seré todo lo que quieras que sea si me dejas ser tuyo...

Meyer se ríe, pero suena más como un llanto. No llores, bebé. No llores...

—¿Eso es una broma? Te vi en el campo, perdiste la cabeza. No puedo tener a alguien que actúe de esa manera cerca de mí o... o de mi hija.

Me tambaleo hacia adelante, mis ojos comienzan a rodar en mi cabeza.

Todo jodidamente me duele.

—Nunca haría nada que la pusiera en peligro. A ella o a ti. Meyer, te am…

—Aléjate de mi casa, Tobias, o llamaré a la policía y les diré que me estás acosando.

Gimo, mi cuerpo es golpeado con una pelota de nuevo, pero no tengo idea de dónde me golpean.

Todo jodidamente duele, pero nada podría doler más que las últimas palabras que Meyer me dijo antes de cerrarme la puerta en la cara.

—Tú no eres nada.

Oigo un crujido y luego me ahogo con algo espeso y cálido.

Todo se vuelve negro.

Podría quedarme ahí, desmayado en el suelo, durante días, no lo sé. Todo lo que sé es que cuando mis ojos se abren, estoy encorvado sobre el cemento cubierto de césped de la jaula de bateo. Está oscuro, mi cuerpo está ardiendo y estoy cubierto de mi propia sangre.

Levantando la mano, y accidentalmente toco mi nariz, haciendo una mueca.

—Mierda —gimo.

Un zumbido profundo resuena en mis oídos y miro hacia arriba, encontrando que la máquina de pelotas todavía está encendida, pero el balde está vacío.

Miro todas las bolas que me rodean, y es fácil saber qué sucedió: la cosa me pateó el trasero. Mi pecho retumba cuando me pongo de pie, apago la mierda y hago una nota mental para limpiar este desastre antes de que alguien más tenga la oportunidad de verlo.

Arrastrando mi trasero por la parte de atrás de los vestidores, me meto en la ducha. El agua me quema, pero le doy la bienvenida al dolor.

Solo cuando estoy saliendo me miro en el espejo, confirmando lo que ya sé. Mi nariz está rota.

Envuelvo firmemente el nudillo del dedo índice alrededor del puente de mi nariz, y presiono mi pulgar hacia el lado opuesto. Uso mi otra mano para mantener la estabilidad, apretando los dientes mientras lo coloco en su lugar. Comienza a verter un poco más de sangre, pero esta vez, estoy listo, después de haber hecho esto una o dos veces antes, y pellizco la cosa con una toalla rota que tenía lista.

Me dejo caer en el banco, apoyo mi cabeza contra el casillero, y en el segundo que lo hago, todo el dolor regresa, y no tiene nada que ver con los moretones que cubren mi cuerpo.

No puedo creer el lugar jodido en el que me he metido.

No jodidamente cualquier mujer, sino una mujer hermosa, de buen corazón, fuerte como la mierda con una hermosa y preciosa niña no me quiere. ¿Por qué lo haría?

Soy un desastre.

No pienso, solo actúo.

Los últimos días han sido un ejemplo perfecto de lo pedazo de mierda que puedo ser.

No puedo creer que golpeé a la única persona de la que he podido depender sin problemas, la única persona que no me dejó cuando terminó conmigo, que no me masticó y escupió.

La única jodida persona que ha estado a mi lado, me levantó cuando me caí y me puso de nuevo en marcha cuando mis jodidas ruedas se rompieron.

Él apenas podía mirarme a los ojos ayer.

De nuevo... ¿por qué diablos lo haría?

Soy un desastre.

Él lo sabe, mis padres lo saben.

Meyer también debe haberse dado cuenta ahora.

Con una fuerte exhalación, cierro los ojos... y llevo la botella a mis labios.

Son cinco para las siete cuando finalmente estoy arrastrando mi trasero al vestidor mientras el equipo se va.

—Oh-oh, el chico dorado llega tarde. —Un punk de segunda fila escupe, pero cuando me giro para mirarlo, ya se ha ido, así que sigo caminando.

Echo está terminando de atarse los zapatos cuando entro.

—¿Qué pasa, hermano? —murmuro, con mi jodida cabeza palpitando.

—Vete a la mierda, hermano. Estás jodido. —Me detiene con el hombro al salir, haciéndome tropezar un poco.

Me dejo caer en el banco y pateo mis pantuflas, arrancando lentamente mis zapatillas de deporte de mi casillero y poniéndolas en mis pies.

Neo viene desde atrás, dejándose caer en el banco a mi lado con un suspiro.

Me burlo.

—¿Tú también?

—Estoy fuera de eso, hombre. —Deja su mierda en el suelo, tirando de su sudadera sobre su cabeza—. La cagué, tomé un poco de Molly, y la bajé con licor como un idiota.

—Maldita sea, hombre, y pensé que yo era el idiota.

—Lo eres, pero no estás solo. —Él sonríe, pero se cae rápidamente.

Aguantando la respiración, me las arreglo para ponerme de pie de nuevo y caminar hacia el dispensador por un vaso de agua rápido.

—Sí, tráeme uno, ¿sí?

Asintiendo, lleno otro y se lo acerco.

Neo abre la palma de su mano y dentro de ellas hay dos píldoras azules familiares. Me ve mirando y se burla.

—El entrenador Reid al rescate.

Un ceño tira de mis cejas.

—¿Rehidratación?

—Más bien limpia tu sistema. —Se las mete en la boca, bebe el agua y se pone de pie—. Dos más esta noche y estaré bien.

La inquietud se desliza sobre mí.

—¿Qué quieres decir?

—¿Recuerdas cómo salí sucio en la prueba de la pretemporada el año pasado? —Se quita los joggers sobre los zapatos, con los pantalones cortos de gimnasia ya puestos debajo—. El entrenador dijo que si vuelvo a actuar como un tonto, que se lo haga saber y él hará lo que pueda, así que le dije a primera hora de la mañana y me dio esto. —Se gira hacia mí, arrojando

su gorra en el casillero—. No quería, y me pateó el trasero, pero no puedo volver a salir sucio, hombre.

Neo me da una palmada en el hombro, y si no estuviera metido en mi cabeza, podría hacer una mueca por el tiro que la máquina de pelotas me dio ahí, pero todo en lo que puedo pensar es en la noche después del juego de Cal Poly.

En cómo no recuerdo haber bebido mucho y las pastillas que me dio al día siguiente.

Las mismas pastillas azules.

—Cruz, vámonos, o será peor para nosotros.

Sabiendo que tiene razón, lo sigo hasta el campo de práctica.

Como podríamos haber imaginado, el equipo está parado ahí, esperando a que aparezcan los dos últimos hijos de puta antes de que se les permita comenzar.

No hay una cagada de una persona.

La cagas, cagas a todo tu equipo, y el entrenador nos golpea duro.

Comienza con carreras cortas en pista, luego carreras cortas, pero cuando siente que no estamos dando todo, nos llama a la cerca y nos envía a correr cinco kilómetros, sin dejar a nadie atrás, alrededor del campus.

Pero no ha terminado.

Tenemos cinco segundos para respirar antes de que ordene cinco vueltas alrededor del campo.

Dos y media vueltas adentro y estoy inclinado sobre un bote de basura de hojalata, vomitando mis entrañas.

Mi cuerpo está resbaladizo por el sudor y cada puto centímetro de mí está adolorido.

No he dormido, no he comido y no me he afeitado. Apenas puedo levantar mis jodidas extremidades, y mucho menos pararme en el césped caliente y lanzar una maldita pelota.

—Nadie interrumpe los ejercicios de posición hasta que se terminan las vueltas como equipo.

Observo con furia el maldito bote de basura y me meto el dedo en la garganta para obligar a que salga más licor, pero no vomito nada. Me quito la camisa por la cabeza y me limpio el rostro. Mi mano libre cae sobre mis caderas mientras trato de recuperar el aliento.

—¡Vamos! — El entrenador hace sonar su silbato, pero yo simplemente lo miro por encima del hombro.

Baja su portapapeles, mirándome.

—¿Tienes un problema, hijo?

Cuando no hago nada más que escupir a un lado, comienza a caminar hacia mí.

Mi cabeza está jodidamente golpeando y me duele respirar. Estoy pensando en todo tipo de cosas locas y probablemente me esté cayendo por un pozo sin fondo que he imaginado. Todo lo que sé es que estoy enojado con todo y con todos, y no tengo la capacidad mental para esta mierda en este momento.

Así que paso junto al hombre.

A la mierda con esto.

—Tobias... ¡Tobias!

No le hago caso y no vuelvo al vestidor.

Me quito toda mi mierda y salgo del campo, directamente hacia la puerta, con sus ojos ardiendo en mi espalda todo el camino.

Voy a casa, me ducho y me derrumbo en la cama.

Todo lo que quería hace cuatro meses era terminar el año con una temporada ganadora y convertirme en profesional.

Ahora, todo lo que quiero es ver a Meyer a los ojos y escucharla decir que me quiere, que valgo la pena. Que valgo más. Que ella cree en mí, me elige y sabe en su corazón que puedo ser lo que ella necesita, lo que Bailey necesita.

Pero eso no va a pasar, porque me recordó lo que me han dicho una y otra vez

No soy lo suficientemente bueno.

No soy digno.

Desearía poder ver a Bailey, besar sus mejillas regordetas y hacerle entender que no la dejaré, pero su mamá me dejará a mí.

Todo lo que sé es que no puedo volver a antes de que fueran mías.

El tipo que el mundo ha visto en los últimos días es quien soy ahora.

Este es el nuevo yo.

El yo que no es querido por ella.

Me quedo dormido, sabiendo que todo es cuesta abajo desde aquí.

29

Meyer

—Bailey. —Me inclino para agarrar el trozo de manzana que me arrebató del plato, pero ya se lo llevó a la boca.

Sus ojos se agrandan y aprieta sus pequeños músculos en un intento de aferrarse a él.

—Bien, bien. Espera. —Lo saco de sus dedos, reviso los extremos para asegurarme de que ninguna parte se rompa y lo giro, dejándola pasar sus encías hinchadas por él. No tarda mucho en ablandarse y tengo que quitárselo.

Se tira hacia atrás sobre su manta y comienza a fingir llorar, algo que descubrió recientemente la ayuda a conseguir lo que quiere.

—Bailey, bebita. Detente. —La levanto, pero ella dobla la espalda, y si no la hubiera sujetado bien, podría haberse caído de mis brazos—. Está bien, mamá. Shh.

Rebotando en la parte superior de mi cuerpo, acaricio su pequeño trasero, ofreciéndole chupón y lentamente comienza a calmarse, pero yo no puedo.

Ha estado cada vez más irritable en los últimos días y no puedo evitar sentir que tengo la culpa.

Dicen que los bebés pueden sentir el estrés, y yo no he sido más que un caso perdido.

Ella duerme menos, al igual que yo, y no es bueno para ella.

No es bueno para ninguna de las dos.

¿Cómo puedo sentirme tan mal haciendo lo correcto por ella cuando la miro?

Paso mi palma sobre su suave cabello, y lentamente ella se acomoda contra mí.

Las lágrimas brotan de mis ojos y miro hacia el techo para detenerlas. Debería colocarla en su cama, pero no me atrevo a moverme. Solo quiero abrazarla un poco más.

Pero luego hay un golpe en mi puerta.

Mi respiración se aloja en mi garganta y me tenso, a regañadientes acomodo a Bailey en su almohadilla de juego debajo de mí.

Oigo un segundo golpe y me pongo de pie, con el pulso acelerado.

Bianca tiene una llave, así que no llamaría.

Solo hay otra persona que podría ser, y no lo he visto desde que lo miré a la cara y le mentí.

Los pelos en la parte de atrás de mi cuello se erizan cuando alcanzo la manija, pero incluso entonces me detengo, preguntándome si se dará por vencido y se irá, pero luego sigue un tercer golpe y entonces abro la puerta.

Mi corazón cae a mis pies mientras miro hacia un par de ojos azules completamente diferentes.

—¿En dónde está? —*El entrenador Reid* espeta—. ¿Dónde está Tobias?

Mis hombros se levantan y niego con la cabeza.

—No lo sé…

—No *mientas* —dice furioso, intentando esquivarme para entrar en mi casa, pero salgo de ella y me deslizo con él.

Salgo de un tirón de la puerta, cerrándola detrás de mí.

—¿Qué diablos crees que estás haciendo?

Él se mueve hacia atrás, con una ceja levantada.

—¿No se me permite entrar en tu casa?

—No. —Una risa sin humor me deja—. No puedes.

—Yo no puedo, ¿pero él sí?

Mi columna se endereza y él entrecierra los ojos.

—No sabes nada. Te sientas y te deleitas con el hecho de que estoy atrapada bajo tu pulgar, de la misma manera que trataste de llevar a Milo ahí.

—Supongo que tu hermano es más inteligente que tú.

—No es tan fácil de manipular, más bien.

—No me eches la culpa de tus decisiones de mierda —responde bruscamente—. Ambos sabemos que los haces repetidamente. Acepté pagar tus clases cuando perdiste tu beca después de quedar embarazada. ¡No lo arruines follándote a mi jugador estrella!

Mis órganos arden dentro de mí, y miro hacia otro lado.

—Te odio.

—Mira… cariño, no quiero hacer esto ahora, solo dime si él está ahí.

Muerdo mi mejilla.

—No lo he visto, no desde que lo "hice así de simple".

Ladea la cabeza y estoy segura de que me llamará mentirosa, pero no lo hace. Lo contrario, de hecho.

El hombre asiente.

—Supongo que eso tiene sentido.

Frunzo el ceño y quiero preguntarle qué quiere decir, pero no quiero darle la satisfacción de tener la ventaja una vez más.

Resulta que no tengo que hacerlo porque él siempre la tiene.

Su expresión comprensiva se transforma rápidamente en una de contención.

—Se quedó dormido durante un juego, se perdió dos prácticas y cuatro días de clases.

Oh, Dios.

—Hicieron trabajos de investigación en historia, y ahora tiene un borrador atrasado. Su examen final vence el miércoles.

Un dolor agudo recorre mi columna.

Y ahí está, la razón de su contención, por lo que compartió esta información conmigo.

Niego con la cabeza.

Él asiente con la suya.

—No.

—Meyer, sí.

—No hay forma.

—Lo arreglarás.

—No.

—No te estoy dando a elegir.

—No puedo.

—¡Dije que lo arreglaras! — él grita.

Salto y sus manos se levantan mientras respira para calmarse.

—Estoy... —Exhala un fuerte suspiro por la nariz para calmarse—. Lo siento, pero Meyer, lo harás.

—No lo haré, no puedo estar cerca de él.

Abre la boca, pero rápidamente la cierra mientras me mira con los ojos entrecerrados.

—Te enamoraste del chico... como realmente te enamoraste de él, como si alguna vez pudiera funcionar para ustedes dos.

Aprieto la mandíbula, pero no digo nada, y él se ríe, pero es burlona.

Se levanta la gorra y luego se la vuelve a poner lentamente.

—Trabajarás con él los próximos dos días. Haz eso y te transferiré de vuelta a tu antiguo departamento. Si no lo haces y él reprueba, pierde la elegibilidad…

—Y tú pierdes tu campeonato.

Sus ojos se estrechan.

—Sí, tienes razón, pero piensa en el chico, ¿okey? Ya que has sido floja con tu moral, una vez más, ponte en su lugar. Tienes la oportunidad de ayudarlo, y estará en tu conciencia si no lo haces.

Las lágrimas se forman en mis ojos sin permiso.

—Esto hará más daño que bien, tienes que saber eso. Puede que te ayude en este tramo final, pero ¿qué sucederá con él después de eso?

—Ese será su problema.

—Él confía en ti.

—Y perdió eso cuando dejó que una chica se interpusiera en su juego.

—Algunas personas son humanas por dentro, no máquinas.

—Algunas personas son estúpidas. —Camina hacia atrás—. Le diré dónde estar y cuándo.

—¿Qué pasa si él no aparece?

Sus pies se detienen en donde está, su tono es de resentimiento.

—Ambos sabemos que lo hará.

Miro hacia otro lado y luego se ha ido.

Y como parece que me gusta el dolor, entro, abro mi computadora y voy directamente a la página del periódico de la universidad.

Mi corazón se desploma mientras leo los artículos de la semana pasada, cada uno de ellos criticando a Tobias y documentando su "espiral descendente" como lo llaman.

Hay tomas de él peleando en el campo, entrando al bar, e incluso una de él desmayado en la mesa de picnic del patio.

Se me oprime el pecho, es como si una vaina de angustia me sofocara de adentro hacia afuera.

Yo provoqué esto.

Le robé su felicidad y si no hago lo que me piden, seré responsable de robarle su futuro. No tiene idea de que el hombre que admira es un imbécil malicioso que lo destruirá si es agraviado. Nada es más importante para Tobias que este siguiente paso, luego cumplir el objetivo que se propuso, lograr lo que tantos han jurado que no podría.

Tobias está hecho de suciedad y sudor, del juego, y sin él, estará perdido.

Es su vida, su futuro.

No puedo dejar que se le escape.

Tengo que ayudarlo, no importa cuánto me rompa a cambio.

Mi estómago está en mi garganta, mi corazón está a mis pies y mi mente está tan confundida como siempre.

Sabía, tal como lo sabía el hombre que lo envió, que él aparecería hoy.

Es una tortura enfermiza, pero necesaria.

He tenido mi computadora portátil abierta y notas en la mesa de picnic durante los últimos diez minutos. He intentado hablar, entablar una conversación relacionada con el trabajo, pero Tobias aún no ha dicho una palabra.

No ha abierto su mochila.

De hecho, ni siquiera estoy segura de que *trajera* su mochila.

El hombre aún no se ha movido.

Pero él está mirando.

Sus ojos están quemando mi piel, haciendo que mis nervios bailen de punta y mis músculos se tensen en todos los ángulos.

Aclarándome la garganta, trato de no moverme ni temblar mientras giro mi computadora portátil hacia él, pero sus manos vuelan hacia adelante y jalo las mías justo a tiempo para que él cierre la pantalla de un golpe.

Mis ojos saltan a los suyos y su mirada se agudiza.

—¿Hablas en serio? —chasquea, sus palmas se aprietan en un puño sobre la mesa.

Él me mira fijamente, con la ira en su mirada luchando por mantenerse quieta, pero disolviéndose con cada segundo que pasa. Está esperando que yo responda, que diga algo, lo que sea, me imagino, pero no podría hablar aunque lo intentara.

Porque ahora que he mirado hacia arriba, finalmente encontrándome con sus profundos ojos azules, mi interior se licua. Todo arde, quema como una herida abierta enconada en la que se presiona una punta afilada.

Tiene ojeras que solo provienen de la falta de sueño, su barba normal es cinco veces más marcada e incluso podría haber perdido algunos kilos, pero nada de eso se compara con la mirada perdida en sus ojos.

La confusión.

El dolor.

¿El odio?

—Háblame. —Sus antebrazos se aprietan—. Háblame...

—Tobias, por favor.

—No. No me digas Tobias. —Se lanza hacia adelante, alcanzando mi mano, pero la jalo hacia atrás, colocándola en mi regazo y el dolor en su mirada refleja la sensación en mi pecho—. ¿Por qué estás haciendo esto?

—Detente.

—No lo haré. Jodidamente no lo haré. —Se pone de pie, dando un paso alrededor de la mesa, cayendo lentamente sobre sus rodillas a mi lado, obligándonos a mirarnos a los ojos.

Mi pulso golpea contra mi sien, en mi garganta. En todas partes. Por todos lados, y solo se vuelve más fuerte cuando su nudillo sube, apretando mis pulmones y atrayendo mi mirada hacia la suya.

Un siseo áspero y entrecortado se desliza por mis labios y los aprieto.

—Háblame. —Él frunce el ceño.

—Deberías irte.

—Dije que no lo haré, así que deja de intentarlo.

Mi determinación se está desmoronando, así que me libero, me pongo de pie y meto mis cosas en mi bolso, pero él me detiene, así que lo dejo todo y corro.

—¡Meyer! —grita, corriendo detrás de mí, pero su voz se escucha más lejos—. Maldita sea, Meyer. ¡Espera!

Acelero el paso, agradecida de que el lugar donde nos vimos esté en el borde del campus y todo lo que tengo que hacer es cruzar el patio, atravesar el callejón y llegar a la puerta de mi casa.

Sus pasos golpean detrás de mí, así que empiezo a correr.

Me olvido de mirar hacia la calle antes de cruzar y grito cuando un automóvil casi me atropella, y tengo que desviarme para salir corriendo a la calle.

— ¡Mierda! *Meyer!*

Las lágrimas corren por mi rostro y mi cuerpo tiembla, pero sigo corriendo.

Lo escucho gritarle algo al conductor, como si fuera su culpa, y lo que suena como un puño contra un capó, pero no miro hacia atrás.

Estoy en la puerta de mi casa un minuto después, extendiendo la mano y agarrando la perilla, y luego su gran palma cae sobre la mía, congelándome ahí.

Mi bolso es arrojado a mis pies, y él agarra la parte superior de mi brazo, haciéndome girar con una fuerza suave.

—¿Qué pasa contigo? —casi grita—. ¡Casi te golpean!

—Vete.

—Deja de decirme que me vaya.

—No puedo… —Mi pecho se agita—. Por favor, no puedo.

—¿No puedes qué? —pregunta, y cuanto más mira, más se le caen los hombros—. ¿No puedes qué, bebé?

—¡Vete! —grito, mis mejillas se calientan con mis propias lágrimas y Tobias se aleja de mí, sus ojos recorren mi rostro mientras retrocede, dándome el espacio que estoy exigiendo pero que realmente no quiero.

—¿Qué está pasando realmente, Meyer?

Su tono es tan suave, mis gritos ya no son silenciosos, sino que rompen mi garganta.

Abre la boca para hablar, pero la puerta a mi espalda cruje mientras se abre, y Bianca me mira a los ojos, con una pregunta en los suyos.

¿Debería quedarme o irme?

Mi labio se contrae y asiento con la cabeza, por lo que sale, apretando mi brazo con preocupación en su mirada.

Está bien, B. Vete.

Ella asiente con la cabeza, se sube a su auto y se aleja.

Ambos la vemos irse, necesitando ese segundo libre para respirar, pero luego sus luces traseras se pierden de vista, y todo lo que queda somos nosotros.

Tobias se frota la barba de la mandíbula y me mira lentamente.

—No te quiero aquí. —Me las arreglo para que mi voz no se rompa—. Por favor, vete.

—No lo entiendo —murmura, con la derrota tirando cada parte de él hacia abajo—. ¿Qué hice? He repetido cada minuto que he pasado contigo una y otra vez y no lo entiendo. ¿Fue el artículo? ¿O tal vez la fiesta? Solo quería presumirte ante mis amigos. Si no estabas preparada para eso, deberías habérmelo dicho. Yo solo... pensé que te sentías cómoda con nosotros y que podrías haber necesitado una salida nocturna con gente de

tu edad, que tal vez lo disfrutarías, pero no necesito eso —se apresura—. No lo necesito. Puedo renunciar a todo eso.

—Tobias, por favor.

—Sé que la cagué, sé que no soy alguien que te merezca. —Él mira hacia otro lado, el desprecio por sí mismo dibuja sus rasgos tensos y lo hace caminar—. Pero pensé, contigo pensé que tal vez yo era... dios, solo soy un maldito idiota.

No es mi intención, pero mi cuerpo se mueve un paso hacia él, y es un movimiento que él no se pierde.

Su mirada corta la mía, y creo que ha dejado de respirar.

Debería retroceder, prestar atención a las advertencias que susurran en mi cabeza y recuperar el espacio entre nosotros, pero el hombre destrozado frente a mí ahoga las voces y me deja inmóvil.

Su mandíbula se aprieta, sus dedos se contraen a los costados y lentamente, muy, *muy* lentamente, se acerca a mí.

Mis manos se pegan a la puerta, y no estoy segura de estar respirando.

Comienza a decir algo, pero es interrumpido por el suave grito de Bailey desde adentro.

Una ardiente sensación de alivio se dispara a través de mí y me doy vuelta, corriendo hacia su habitación, pero fue una falsa alarma.

Estaba buscando su chupón, y lo encontró, sus ojos aún están cerrados y su respiración nuevamente suave.

Cuelgo mi cabeza en mis manos, las lágrimas pinchan mis ojos y se deslizan por los bordes mientras trato de no hacer ruido, rezando para que él se haya ido cuando salgo de la habitación.

No lo hizo, y lo que es peor.

Él está adentro, parado justo afuera de la habitación, con el peso del mundo descansando sobre sus anchos hombros.

Cierro la puerta de Bailey y él se acerca.

Me arrastro hacia un lado, desesperada por aire que no esté infundido con su aroma, pero él me agarra por el brazo, reteniéndome.

—Tobias.

—Tutora Girl —dice con voz áspera, tragando mientras se arrastra más cerca.

Dios, es un hombre tan hermosamente roto.

La miseria cubre su rostro y la esperanza delinea sus ojos, levanta la mano para tocarme el rostro, haciendo una mueca de dolor cuando yo me estremezco.

Temblando como yo tiemblo.

—No hagas esto más difícil.

—No me niegues cuando me quieres.

Mis músculos se tuercen, un tornado gira en mi abdomen mientras las sirenas de precaución suenan en mi cabeza. Mi mano se dispara, aferrándose a su muñeca y cierro los ojos con fuerza.

—Por favor —respira, y siento el calor de su cuerpo más cerca—. Por favor, bebé.

Mis fosas nasales se ensanchan con una inhalación tensa y dolorosa.

—Tú no entiendes… no puedo.

Él nunca permitirá esto...

—Por favor —suplica, y sus labios patinan a lo largo de los míos, están tan cerca.

—No puedo.

Él destruirá todo mi mundo...

—Estoy enloqueciendo. Estoy jodidamente frito. No puedo pensar, comer, dormir. —Sus manos comienzan a temblar—. Dime que no sientes lo mismo y me iré en este momento. —Se mueve más cerca—. Dilo, bebé, y me iré. Lo juro, solo... dilo. Dime que no me amas.

Niego con la cabeza, mis ojos se abren, fijándose en los suyos mientras me derrumbo de adentro hacia afuera, repito mis palabras, pero esta vez como una tierna confesión.

—No puedo.

30

Tobias

Choco mis labios con los suyos, mis manos instantáneamente se enroscan en su cabello y tiran de ella más cerca, tan jodidamente cerca como sea posible.

Estoy jodidamente muriendo. Sofocándome, mis pulmones están tan hambrientos, y solo ella tiene el aire que necesito.

Mi cuerpo está temblando, desesperado por cualquier cosa que esté dispuesta a darme y si la forma en que me escala me dice algo, está lista para darme mucho.

Tómalo todo, Tutora Girl, ya es tuyo.

No estoy seguro si gimo o suspiro, pero mierda, mis vías respiratorias se abren, llenándose con su aroma y haciendo que mis entrañas bailen. Cada nervio de mi cuerpo está despierto, listo.

Malditamente necesitado.

Pero solo por ella.

Tomando su culo, nos balanceo, la llevo a la sala de estar y la coloco en el borde de la cómoda.

Sus codos golpean la pantalla del televisor mientras tira frenéticamente de mi camisa, levantando los brazos para que pueda arrancar la suya de su cuerpo y lo hago, pero antes de ir por su sostén, tomo su rostro entre mis manos, deteniéndonos a ambos.

Sus ojos salvajes saltan a los míos y maldita sea si mi polla no se hincha más, diez veces más dura.

Ella está en llamas, tiene un hambre en su mirada que nunca había visto, y una necesidad en su toque que no tiene comparación.

—Necesito asegurarme de que entiendes que esto no es lo que busco. Esto no es lo que quiero de ti. —La miro profundamente a los ojos, viendo más allá de la superficie, deseando que me lea correctamente—. Te quiero. Toda tú y todo lo que viene contigo. Lo bueno, lo malo, lo jodido. Lo quiero. Cada pedacito de eso.

Su labio inferior comienza a temblar, así que lo tomo entre mis dientes, mordiéndolo suavemente.

Te tengo. Tus miedos y tus problemas.

Te tengo...

—Te quiero, quiero estar *dentro* de ti, pero si solo me prometes un lugar, aquí es donde quiero que sea. —Presiono mis nudillos en su pecho, sobre su corazón—. Justo aquí, ¿entiendes lo que estoy diciendo?

Se atraganta con sus palabras, las lágrimas se acumulan en sus ojos y el miedo se apodera de mí como una prensa, retorciendo mis músculos y creando un nudo en mi garganta.

—Fui horrible contigo. —Su voz es estrangulada.

—No puedo soportarlo.

—Tobias —Ella intenta apartarse, pero me mantengo firme.

Agarrando la parte posterior de su cabeza, mantengo sus ojos en los míos.

—¿Me amas?

—No es tan simple.

—¿Tú. Me. Amas?

Su cuerpo se relaja, sus dedos temblorosos abandonan mi cuello, deteniéndose sobre mi pectoral izquierdo. Ella presiona ahí.

—Bebé —le digo.

Y finalmente dice:

—Sí.

Eso es.

Eso es todo.

Mía.

Levantándola de la cómoda, la pongo lentamente sobre sus pies, con sus profundos ojos marrones muy abiertos y fijos en mí mientras uso el dorso de mis dedos para bajar los tirantes de su sostén por sus hombros. Me inclino hacia adelante, besando su clavícula mientras mis palmas se deslizan alrededor de sus costillas, pero me encuentro con un material elástico.

Meyer se ríe cuando me alejo, y la sonrisa con la que me golpea me hace gemir y tirar de ella hacia mí.

—¿Qué es esta hechicería?

Su lengua se desliza entre sus dientes y suavemente me aparta.

La única razón por la que lo hago es porque la mirada en sus ojos es directa.

Me empuja hacia atrás hasta que mis rodillas se encuentran con el metal de la cama plegable, así que bajo mi trasero sobre ella, ajustando mi polla en mis jeans.

Sus dedos se deslizan a lo largo de su piel, juntándose entre sus senos, y solo entonces noto el pequeño clip ahí. Lo desabrocha, y sus pechos caen de la delgada tela, están llenos y redondos, altos y tentadores. Sus pezones son de un rosa suave y pálido.

Ella se desliza más cerca, y mis palmas encuentran sus caderas, deslizándolas hacia arriba y sobre sus costillas, pero me detengo debajo del hueco de sus pechos.

—Dime, mamá —gruño—. ¿Tus pezones son un buen lugar o están demasiado sensibles?

—No lo sé, campeón, ¿lo son? —ella bromea, con el deseo engrosando su tono.

Gimo, me deslizo más hacia el borde y tiro de ella hacia mí.

—Es hora de averiguarlo.

—Suave —dice con voz áspera, su pecho sube y baja rápidamente, la anticipación la pone ansiosa.

El borde de mi lengua comienza en la parte más llena de su pecho, y lamo mi camino hacia arriba.

Instantáneamente, su pezón se pone tenso, sobresaliendo por mi toque, así que cierro mis labios a su alrededor, girando y saboreando, pero no lo chupo. No esta noche, al menos.

La cabeza de Meyer cae a un lado con un gemido bajo, y sus dedos se deslizan por la parte posterior de mi cabeza.

Para ser justos, le muestro a su pecho izquierdo el mismo amor, y su cuerpo se contrae.

—Es un buen lugar.

Meyer inclina su cabeza hacia abajo, aplastando sus labios contra los míos.

Su beso es necesitado, y sé que la espera es tan jodidamente insoportable para ella como lo es para mí.

—¿Estás depilada para mí? —Mordisqueo sus labios, mis dedos se enroscan en sus pantalones, y sus muslos se aprietan, su cuerpo tiembla mientras los empujo hacia sus rodillas. Ella jadea en mi boca, y sostengo sus ojos mientras deslizo mi mano entre sus piernas. No es hasta que la punta de mi dedo está alineada con su abertura, que permito que mi toque encuentre su calor.

Su jadeo se mezcla con mi gemido y empujo hacia arriba, deslizándome hacia adelante y cubriendo mis dedos con su excitación. Sus párpados revolotean, pero nunca los quita de los míos, y no desvío la mirada hasta que mis nudillos rozan su clítoris. Su gemido me hace doler, y las yemas de los dedos que aprietan mis hombros envían una onda de choque a través de mi cuerpo, directamente a mi jodida ingle.

Finalmente, bajo los ojos, y tal como pensaba.

—Depilada.

—Prueba.

Mis ojos saltan a los suyos, y gimo, levantando mis dedos a mis labios, como ya tenía la intención de hacer, pero aparentemente no lo suficientemente rápido para mi chica. Aunque no los pruebo, no todavía.

Me pongo de pie, mirándola mientras tomo su cuello con una mano, y la otra a una pulgada de mi boca.

Lentamente, arrastro mi nudillo a lo largo de mi labio inferior y luego lo alineo con el suyo. Es una tortura, saborearla por su olor y no chuparme cada pedacito de ella, pero ella quiere jugar. Así que jugaremos.

—¿Quieres que te pruebe, mmm? —Deslizo mi labio inferior a lo largo del suyo—. Tú primero.

Espero que ella dude, pero no lo hace. Mete mi labio en su boca y mi bebé muerde.

Un estruendo que llega hasta los huesos sube por mi pecho y estrello mi boca contra la suya, presionando con firmeza y buscando cualquier resto de su sabor.

La desesperación se arrastra por mi espina dorsal cuando sus gemidos se hacen más fuertes. Cada músculo de mi cuerpo se tensa, mi polla se estira y mi chica lo sabe.

Sus manos abren mis jeans, y con mucho gusto me los quito, empujando mis boxers hacia abajo con ellos.

Sus ojos caen y sus labios se separan, mientras aprieta sus muslos para cerrarlos.

—Agárrame.

Ella no titubea. Sus dedos se envuelven alrededor de mi eje, apretando, y lentamente me bombea en su palma. Mis abdominales se contraen y ella se pone de rodillas, sus ojos se clavan en los míos mientras mete la cabeza de mi pene en su boca.

Me chupa, me raspa con los dientes y sonríe a mi alrededor cuando siseo.

—Oh, ¿crees que eso es divertido? —Me muevo hacia atrás, la jalo para que se ponga de pie, giro y la empujo hacia atrás hasta que su trasero cae donde una vez estuvo el mío.

Juntos trepamos por el colchón elástico hasta que su cabeza se encuentra con una almohada. Se pone de espaldas, su pequeña mano furtiva se desliza entre nosotros otra vez, y me agarra, pasando la punta de su pulgar sobre las venas abultadas.

Me flexiono en su palma y ella se lame los labios, liberándome.

Me retiro, alineo mis caderas y deslizo mi polla a lo largo de su abertura.

—Mierda —gruño, agregando algo de presión, y mis bíceps se aprietan.

Desesperado por una parte de ella, dejo que la cabeza se deslice dentro.

Mi cuerpo arde, su pecho está agitado y no puedo esperar más.

—Abre para mí, bebé.

Sus piernas se abren un poco más, empujo un poco más y luego me mira directamente a los ojos.

Un estruendo profundo vibra en mi garganta, y ella se flexiona a mi alrededor, su espalda se arquea fuera de la cama, su cuello pide ser succionado. Lamido.

En vez de eso, muerdo, y mi bebé gime debajo de mí.

Estoy dentro de ella en el siguiente segundo, el calor de su coño hierve la sangre en mis venas, y mi cuerpo toma el control.

Con embestidas lentas y completas, me balanceo dentro de ella.

Jadea en el aire que nos rodea, y empujo un poco más profundo, mientras mi cabeza cae en el hueco de su cuello.

—Me moría por esto —admite con un tono bajo y tórrido.

Mis músculos se flexionan a su alrededor.

—¿Durante cuánto tiempo?

Sus manos caen sobre mi espalda desnuda y levanta más las rodillas.

—Mucho.

Muerdo su clavícula y ella gime, retorciéndose a mi alrededor y mi polla se hincha aún más.

A ella le gusta.

Su agarre sobre mí se aprieta, pero no le doy más.

Salgo todo el camino y mi bebé hace pucheros.

—¿Qué tanto? —Paso las yemas de mis pulgares sobre sus pezones, y ella jadea, agarrando las puntas de mi cabello en un intento de jalarme, pero me mantengo firme.

—Meses, Tobias —traga saliva, levantando las caderas en busca de algún alivio—. Meses.

Gimo, beso el punto de su piel que magullé con mis dientes y me conduzco de vuelta al interior.

Esta vez, cuando agarra mi rostro, dejo que arrastre mi boca hacia la suya.

Meyer mete la lengua en mi boca y le devuelvo el beso con la misma fuerza.

Mi presión arterial está por las nubes, con mi necesidad de correrme ahí mismo, pero solo cuando ella esté lista.

Entonces, me siento, presiono sus rodillas contra el colchón y levanto su trasero.

Saco mi polla lentamente y empujo más rápido, más fuerte, mi mano derecha baja sobre su clítoris, y la izquierda se extiende hacia adelante para agarrar su pezón puntiagudo.

Ella baila contra mí, con sus ojos entrecerrados y sosteniendo los míos, y cuando doy en el clavo, profundamente dentro de ella, su cuello se estira, con un gemido frenético.

Aun así, ella no aparta la mirada y algo cambia.

Todo cambia.

La suelto, alcanzando ciegamente detrás de mí para agarrar el borde del edredón, y lo levanto sobre nosotros, atrincherándonos dentro. Bajo

sobre ella, llevándonos pecho con pecho, piel con piel, mis ojos con sus ojos hermosos y perfectos.

—Meyer —susurro, dejando caer mi frente sobre la suya y sus labios se curvan en la más suave de las sonrisas.

Levanta las piernas, las cierra alrededor de mis caderas y levanta un poco la barbilla, rozando su boca con la mía.

—Tobias —me susurra de vuelta.

Te necesito, eso es lo que acabamos de decir.

Eso es lo que esto significa.

Te amo.

Me follo a mi bebé lento y constante, y no paro hasta que se muerde el labio para no gritar, pero lo quiero. Todo eso.

Entonces, presiono mi boca contra la suya, y ella gime dentro de mí, su cuerpo vibra debajo de mí, y luego se corre a mi alrededor.

Su coño late, agarrándome como una manga hecha a la medida, y yo gruño, y mi mano aprieta su cabello.

—Córrete por mí —me ruega, y gruño en su boca.

—Okey, bebé. —La penetro lo más profundo que puedo y le doy lo que quiere.

Mi semen se vierte en ella, mezclándose con su excitación.

Sus dedos se deslizan a lo largo de mi espalda.

—Estás temblando.

—Te sientes bien, como mía. —Presiono más profundo, sacudiéndome dentro de ella.

Mi gruñido es profundo en el pecho y sus labios se separan.

—Bésame.

Lo hago, y sus manos se envuelven alrededor de mi cuello.

Nunca me he sentido más satisfecho que en este momento, mi chica escurridiza y saciada en mis brazos.

Desesperado por más, sí, pero satisfecho.

No tiene mucho sentido, sin embargo, tiene perfecto jodido sentido.

Ninguna cantidad de esta chica será suficiente.

Siempre querré más.

Necesitaré más.

Desearé más.

De ella.

De esto.

De nosotros.

Eso nunca va a cambiar. Lo supe hace semanas, tal vez incluso meses.

Meyer me pertenece.

Punto.

Estirando mis piernas, mis labios se curvan en una sonrisa, y el calor del cuerpo de Meyer hace que sea muy fácil abrir mis ojos. Todavía está en un sueño profundo, su espalda desnuda a mi vista, su largo cabello castaño derramándose sobre la almohada y la mitad en mi rostro.

Entierro mi rostro en su cuello, besándola ahí y ella se mueve, pero no es más que un atisbo de sonrisa en sueños. De la manera más furtiva posible, salgo de la cama, haciendo todo lo posible por no despertarla.

Bay aún no se ha despertado y, por lo que sé, podría ser la primera vez que duerme después del amanecer.

Son cuarto para las seis, así que es un poco más tarde de lo que normalmente me despertaría, pero antes de anoche, no había dormido mucho. Cuando lo hice, estaba durmiendo de la estupidez, no como un sueño real.

Hoy, sin embargo, estoy jodidamente refrescado, sintiéndome bien, pero también culpable como la mierda.

He jodido a mi equipo últimamente, he dado la mitad, tal vez incluso menos de la mitad de mí mismo y eso es una mierda.

Necesito volver a eso, pero antes necesito una carrera rápida, mi cuerpo está cargado de toxinas que necesitan ser liberadas.

En la cocina, me sirvo un vaso de agua en silencio y saco el marcador de la pizarra de borrado en seco, y le escribo una nota rápida, sabiendo que probablemente se despertará antes de que yo regrese.

Nuestra ropa está por todos lados, algo de lo que me doy cuenta cuando voy en busca de la mía y encuentro un zapato debajo de la cama, y el otro cerca de la puerta trasera.

Sonrío.

Ni idea de cómo sucedió eso.

Moviendo algunas cosas alrededor, busco mi camisa y finalmente la localizo en el pequeño espacio entre el sofá y la mesa auxiliar. La libero, haciendo una mueca cuando su bolso se vuelca y la mitad de la mierda se cae.

Mis ojos se lanzan a la cama y aunque ella se mueve, no se despierta, y hago una nota mental para mover esta cosa cuando regrese para agarrar lo que cayó detrás. Mientras tanto recojo lo que puedo alcanzar. Con la cartera en la mano, voy a colocarla encima, pero mis dedos rozan el plástico transparente del lado opuesto. Curioso, le doy la vuelta para mirar. Dentro de la pantalla protectora, enmarcada en piel sintética, está su identificación.

Miro su foto, sonriendo por cómo, incluso aquí, su famoso moño está en su lugar, y luego mis ojos se desvían hacia la derecha.

Cada parte de mí se tensa, el aire de mis pulmones se evapora y juraría que la sangre de mi cuerpo incluso ha dejado de fluir por la forma en que mis órganos parecen apretarse, doblarse y torcerse.

El apellido de Meyer no es Sanders, como me dijo.

Es Reid.

El entrenador Reid no es solo su jefe.

Él es su maldito papá.

31

Meyer

El suave clic de la puerta al cerrarse hace que mis ojos se abran y al instante me asalten los recuerdos de la noche anterior.

De la irresistible carga de deseo que oscurecía los ojos de Tobias.

De la textura áspera de sus manos mientras recorrían cada centímetro de mi cuerpo.

De cómo, incluso después de nuestra segunda ronda, no fue suficiente.

Él necesitaba más.

Quería más.

Mis dedos se levantan, recorriendo mi cuello, el lugar que se negó a descuidar durante más de cinco segundos. Ya fueran sus manos, su barbilla, su lengua... seguía regresando por más, encendiendo el punto sensible en llamas con cada movimiento que hacía.

Ni una sola vez se centró en sí mismo. Fui toda yo, toda la noche, y cuando se durmió a mi lado, todo en lo que podía pensar era en lo perfectamente que encajaba ahí.

Rodando sobre mi espalda, mi brazo cae al espacio ahora vacío y mis labios se curvan. El calor de su cuerpo sigue ahí, al igual que la hendidura en la almohada.

Me inunda una inesperada sensación de comodidad, pero dura poco, porque en el siguiente segundo, me empujo hacia arriba sobre mi codo, y lo primero que veo... es mi billetera.

No.

Mi pecho se hunde y no puedo respirar. Es como si el metal se filtrara en mis pulmones y se endureciera por segundos.

No, no, no...

Me levanto de la cama, cayendo sobre mis rodillas mientras las mantas me envuelven y levanto mi billetera hacia mi cara.

Mi licencia de conducir.

Se fue.

Corriendo por la habitación, busco mi teléfono, lo arranco del cargador y marco rápidamente su número.

Suena una vez y va al correo de voz.

—¡Mierda! —siseo, intentándolo de nuevo, pero esta vez, no suena.

Presa del pánico, llamo al hombre que sé que fue a ver, pero la línea sigue sonando.

Llamo a Bianca para ver si puede venir a quedarse con Bailey, así puedo encontrarlo antes de que él lo encuentre.

—¡Hola, estoy ocupada! —Su correo de voz contesta—. Deja un mensaje y, si tienes suerte, te devolveré la llamada.

Maldición.

Mi corazón llora y caigo sobre mi trasero de nuevo, agarrando mis piernas mientras miro hacia el techo, rezando para no ponerme en una situación de la que me arrepentiré por el resto de mi vida.

Es con ese pensamiento en mente que abro la carta de aceptación de la UOF ignorada desde hace mucho tiempo y hago clic en el enlace provisto.

Tobias

Empujo las puertas y me dirijo directamente a la oficina del entrenador, y decir que está sorprendido de verme es quedarse corto.

Su cabeza se levanta de su cuaderno y lentamente deja su bolígrafo.

—Tobias.

—Yo, eh… —lamo mis labios, frotándome la nuca—. Pasé por tu casa. Tu auto no estaba enfrente, así que vine aquí.

Se forman arrugas a lo largo de su rostro.

—No podía dormir con el gran juego tan pronto.

Asiento con la cabeza, me doy la vuelta para alejarme de él y dejo que mis ojos deambulen por las fotos en la pared, ninguna de las cuales muestra a una hermosa chica de cabello castaño. Todas son de entrenadores, atletas y estrellas de la MLB. El trabajo de su vida; el enfoque de su vida.

—¿Qué me diste?

—¿De qué estamos hablando exactamente?

—Esa noche después del juego de Cal Poly. —No me giro, pero mis ojos cortan los suyos—. ¿Qué me diste, entrenador?

Lentamente, se acomoda en su silla de cuero.

—Hijo…

—Neo me dijo qué eran esas pastillas, las que le diste. Las que pusiste en mi mano a la mañana siguiente cuando no podía recordar una mierda, sin ni siquiera haber bebido una segunda botella de cerveza.

—No sé de qué estás hablando.

—Okey. —Asiento, arrojando la identificación de Meyer en el escritorio—. ¿Qué sabes de eso?

El hombre se pone rígido visiblemente, y sé que su mente está dando vueltas, tratando de averiguar qué es lo mejor que decir, pero se demora lamiéndose los labios.

Finalmente, me mira a los ojos, con la verdad escrita dentro de ellos.

—Tobias…

—No lo entiendo. —Niego con la cabeza—. Has pasado los últimos tres jodidos años edificándome en todo momento. Rescatándome en cada jodida esquina. Encendiste el puto camino y me drogaste a través de él. Pensé que eso significaba que confiabas en mí, que me respetabas, que valía algo a tus ojos.

Ladea la cabeza.

—Y pensaste bien, no he hecho nada para hacerte suponer lo contrario.

Agarro el borde de su escritorio, inclinándome hacia adelante para que mi rostro esté alineado con el suyo.

—Si eso es cierto, mírame a los ojos y dime que no eres la razón por la que Meyer ha estado haciendo todo lo posible para alejarme.

La vena de su mandíbula se tensa.

—Mi relación con ella no tiene nada que ver con mi relación contigo.

—Mientras ella y yo no tengamos una, ¿verdad? ¿Porque soy lo suficientemente bueno para liderar tu equipo, pero no soy lo suficientemente bueno para amar a tu hija?

—Cuidado —dice lentamente.

—¿Por qué? ¿Porque es la verdad?

El entrenador Reid se lame los labios de nuevo.

—Tobias —habla con cautela—. Has sido mi prioridad durante años, lo sabes, ella es...

—No. —Niego con la cabeza y me levanto del escritorio, ahora mirándolo fijamente—. Lo que sea que vayas a decir, simplemente no lo digas. No quiero escuchar cómo soy más importante que tu carne y tu sangre, porque eso es una mierda.

—No fue una mierda cuando te beneficiaste de eso, ¿verdad?

—¡No lo sabía! —grito—. Si lo hubiera hecho, me habría dado la vuelta y le habría dado todo lo que he recibido de ti, sin dudarlo. No es de

extrañar que no me haya hablado de ti, nadie quiere reclamar aquello de lo que se avergüenza.

—No te quedes aquí y actúes como si fueras un hombre honorable, Tobias.

—No se trata de ser honorable, entrenador. Se trata de la decencia humana, algo que le damos a los extraños en la calle, pero ¿qué decencia le has mostrado a ella?

—Más de lo que te das cuenta, parece.

—Al igual que conmigo y ella, ¿verdad?

Sus ojos se estrechan.

—Vamos, entrenador, sabes a lo que me refiero. ¿Cómo, después de que la convenciste de que se alejara de mí, te *diste cuenta* de que ella significaba más para mí *de lo que parecía?*

—No hubo convencimiento, Tobias. Estabas tomando todo su tiempo. —Él me observa de cerca—. Lo que significaba que tenía menos para los demás. Necesitaba dejarte para recuperar sus ingresos normales.

—¡Me dijiste que me tomara todo su tiempo! —grito—. ¡Dijiste que ganaba más cuando estaba conmigo!

Entrecierra los ojos y tira la cabeza hacia atrás cuando se da cuenta:

—Empezaste a reprobar a propósito...

—¡No me jodas! —Me doy la vuelta, pasándome las manos por el rostro.

Le robé su tiempo, lo que le robó parte de su sustento, lo que le robó a Bailey.

Mierda, hombre.

Le robé a Bailey.

—Hijo...

Una risa burlona me deja, y mi barbilla cae sobre mi pecho.

—No soy tu hijo.

Lentamente, me enfrento al hombre que he admirado durante los últimos tres años, el hombre en el que esperaba convertirme algún día, alguien que te da esperanza cuando no tienes ninguna, que te sostiene la puta cabeza cuando el peso del mundo te arrastra hacia abajo, y de repente, ni siquiera lo reconozco.

No tiene fotos de Meyer en su pared.

Nunca ha hablado de ella.

Ni siquiera insinuó sobre tener una familia.

Todo lo que le importa es su trabajo, su carrera.

El béisbol no es solo todo lo que tiene, es todo lo que es.

Yo quería ser él.

Nunca seré una maldita cosa como él.

—No soy tu hijo —repito—. Y no quiero ser tratado como tal por un hombre cobarde que cuida a su equipo más que a su propia familia. —La vergüenza se apodera de mí—. Ella está luchando, tiene poco o nada, y ni siquiera se queja. ¿Podrías hacer mucho más por ella y en vez de eso lo desperdicias conmigo? ¿Me das una casa y una camioneta y dejas que ella se las arregle sola *y* con su hija?

—¿Quién crees que cubre la matrícula de esa chica, eh?

—Ella tiene un promedio perfecto, puede hacer eso sin ti.

—Eso demuestra cuánto sabes.

—¡Entonces jodidamente dime!

—No es asunto tuyo, concéntrate en ese contrato de nueve millones de dólares que se te presenta, gracias a lo que yo te ofrecí. —Se pone de pie—. Todo lo que he hecho, lo hice para asegurarme de que llegarías a donde estás ahora. Todas esas veces que cubrí tu trasero y te saqué de un apuro. Las veces que saqué tu culo de los bares o me deshice de tu compañía por ti.

—No te pedí que hicieras todo eso.

—Sí, lo hiciste, Tobias. Hazte cargo de eso.

—Esto no es lo mismo.

—Es exactamente lo mismo. —Él mira, y luego algo parpadea en sus ojos—. Pero asumo que nunca llegó a contarte lo de la noche en que la recogí en la puerta de tu casa, ¿verdad?

Mi rostro cae, y el peso de una docena de rocas se desploma sobre mi pecho.

Él niega con la cabeza.

—Sí, no lo creo. No soy el único que esconde partes de mi vida. La chica es un problema, Tobias, es una mentirosa nata, y estoy tratando de mantenerte alejado de eso. Lo último que necesitas es una sanguijuela.

—¿Qué quieres decir? —Trago saliva, y cuando no dice nada, me lanzo hacia adelante, lo agarro por la camisa y lo arrojo a los estantes a nuestro lado—. ¡Dije, ¿qué quieres decir con eso?! ¡¿Estás diciendo que estuve con ella antes?! ¡¿Que no la recuerdo?!

Nunca podría olvidarla, no lo haría.

—¿Por qué crees que ella no quería ser tu tutora, *Playboy?* —El entrenador Reid aparta mis manos de él, manteniéndose erguido—. Los recuerdos pueden ser una perra.

Me tambaleo hacia atrás, buscando en mi mente y saliendo vacío.

—Bailey... —Mi mirada cae al suelo y me paso la mano por la cabeza—. Ella... ella es...

Ojos azules.

Levanto la vista, sorprendido por la expresión atónita en el rostro de mi entrenador.

Me mira, su cabeza se inclina más y más hacia un lado, las arrugas que enmarcan sus cejas se profundizan, y luego el hombre se ríe.

Una carcajada plena, inesperada, incrédula, que me acelera aún más el pulso.

—Bueno, estaré jodidamente condenado. Realmente eres un hijo de puta despistado. —Él niega con la cabeza—. Sal de aquí y pon tu trasero en jaque.

—Vete a la mierda —escupo—. *Vete. A. La. Mierda.*

Me aparto, con el cuerpo hormigueando. Toda la puta rabia se está gestando en mi pecho, y un millón de otras emociones girando con ella.

—Si crees que vas a jugar a las casitas con mi hija y que te lo voy a permitir, te equivocas. Te tengo por seis semanas más, chico.

—La escuela termina en tres.

—Y nuestra temporada continuará hasta finales de junio, no actúes como si no entendieras lo que estoy diciendo. ¡Hiciste un trato conmigo!

Me doy la vuelta, y mi puño golpea la pared a una pulgada de su rostro como un martillo.

—Yo te llevé a la cima, estamos en la serie mundial y en camino para el juego de campeonato —bromeo.

—Ahora me traerás a mi protegido —dice con frialdad—. Regresarás a tu casa que yo pago, tomarás una maldita ducha y harás tu maldita maleta. Llegarás a la puerta a tiempo para subir al autobús, dominarás estos próximos juegos y estaremos en camino al gran juego. Yo obtendré mi estandarte, mi oro por mi desarrollo del programa, y tú obtendrás tu contrato. —Se arrastra más cerca—. Y después de eso, te habrás ido, y no serás nada más que un recuerdo para mí *y* Meyer.

Eso jodidamente pica, su rápida indiferencia, pero no más de lo que me disgusta.

—El hecho de que creas que soy un hombre así es prueba de que no me conoces en absoluto. —Niego con la cabeza, dando pasos hacia atrás alejándome de él—. Puede que haya tenido una pelea con mis padres, pero mi papá era un buen hombre y me enseñó cosas mejores que dejar a las personas que amo, y yo la amo. Las amo a las dos.

Con eso, empujo las puertas dobles hacia el túnel, pero los pasos del bastardo me siguen.

—¡Aléjate de ella, Tobias! —me grita—. Al final solo la lastimarás, y lo sabes. Todas esas chicas en el camino, la fama que has estado persiguiendo. ¿Cuántas veces has dicho que todo lo que necesitabas era

la libertad para hacer lo que quisieras en el mundo? ¡Nunca podrías dejar ir todo eso!

Le doy una mirada rápida por encima de mi hombro, y aunque no estoy seguro de lo que transmiten mis ojos, su rostro cae cuando digo:

—Obsérvame.

Meyer

Durante la última hora, he estado haciendo un agujero en mi alfombra, paseando sin pausa por el corto tramo de mi sala de estar, cuando de repente, hay un suave golpe en la puerta de mi casa.

Mis manos vuelan a mi pecho, y me congelo donde estoy.

Los minutos han pasado abismalmente lentos mientras espero con alfileres y agujas a que regrese Tobias, porque sabía que lo haría, pero ahora que está al otro lado de la puerta, no sé si puedo abrirla.

Tengo miedo.

No sé qué decirle y no tengo ni idea de lo que está a punto de decirme.

Pero para empeorar las cosas, el pequeño indicio de esperanza al que me he aferrado de que tal vez no se salió de la pared, que tal vez simplemente salió a correr para ordenar sus pensamientos, de repente parece un pensamiento completamente ingenuo.

Me refiero a Tobias, y es cualquier cosa, si no directo.

Dios, se merece el mismo respeto.

Entonces, inhalo todo el aire que mis pulmones hambrientos me permiten y abro la puerta.

Sus ojos están en sus pies, y cuando mira, su atención se mueve por encima de mi hombro.

Ni siquiera puede mirarme.

Dando un paso atrás, entra, cerrando la puerta en silencio detrás de él y luego estamos en la sala de estar.

Me muerdo el labio mientras él pasa el suyo entre los dientes, entrecerrando los ojos hacia el patio trasero.

—¿Es cierto... —Su voz es vacilante.

—Tobias…

—¿Es verdad, Meyer?

—Por favor, dime que no fuiste con él.

Eso llama su atención, y gira su cabeza en mi dirección, con sus cejas casi tocándose en el centro.

—Por supuesto que lo hice.

—Oh, Dios. —Mis manos ahuecan mi boca, y las lágrimas brotan de mis ojos mientras me siento en la cama.

Tobias se precipita hacia mí.

—Le dije que no me importa una mierda. Nada de eso. Solo te quiero a ti. A ustedes dos.

—No entiendes. —Las lágrimas caen.

—¿Qué, que me mentiste?

Mi cabeza se levanta de golpe, y el dolor en su mirada refleja el mío.

—No lo hice.

—Una mentira por omisión es lo mismo, Tutora Girl —dice con voz áspera, cayendo de rodillas ante mí. Agarra mi mano en la suya.

Cierro los ojos, y una suave sonrisa cubre mis labios. Dios, ¿qué tan egoísta puedo ser?

Estoy sentada aquí tan concentrada en mi propia vida que está a punto de derrumbarse a mi alrededor cuando a él le arrojaron una bomba esta mañana.

Esto es mucho para él también.

Mis ojos se abren para encontrarlo esperando, con una mirada de ternura que me dan ganas de llorar por una razón completamente diferente.

—Tobias. —Tomo su mejilla y mi corazón se encoge cuando él se apoya en mi palma, y sus labios rozan mi muñeca—. Es por eso que me negué a ser tu tutora al principio, o... *traté* de negarme.

—¿Por qué, bebé? —Sus labios rozan mi muñeca, sus ojos cansados se clavan en los míos.

—Porque por mucho que pretendiera lo contrario, sabía a dónde conduciría, sabía lo que significaba para mí estar cerca de ti… por eso esperaba, pero no, que fueras un idiota.

Su risa es baja y un poco triste, y siento el dolor en lo profundo de mis huesos.

—No quería causarte problemas o ponernos en un centro de atención del que no pudiéramos salir, que él vería, y que al final nos lastimaría a los dos.

—Me merecía saberlo —dice simplemente.

—Sí —susurro—. Lo merecías, pero tú lo amas, y no quería ser la razón por la que lo miraras de manera diferente.

—Pero esto no se trataba de él, Meyer. —Frunce el ceño, su tono es suave pero firme—. Esta es mi vida y nunca debí haberme perdido ninguna parte de la suya. La amo, como imagino que un padre ama a una hija y ni siquiera sabía que era mía.

Mis cuerdas vocales se arrugan, y mi garganta se seca.

—¿Qué?

Se pone de pie y se deja caer sobre el borde del colchón a mi lado.

—Lo digo en serio. Lo hago.

Me pongo de pie, negando con la cabeza.

—¿Qué estás tratando de decirme en este momento?

Él se pone de pie, y la ira se abre paso en sus ojos.

—Estoy diciendo que amo a mi hija y quiero estar aquí para ella. Que estaré aquí para ella.

—Mierda —grazno, al borde de la hiperventilación.

—Le dije a tu papá que no puede detener esto. No puede interponerse en nuestro camino.

Mi mano se acerca a mi boca, las lágrimas brotan y amenazan con ahogarme.

—Oh, Dios... Tobias.

Viene hacia mí, agarrando mi rostro con una ternura torpe, con la desesperación ahogando el azul de sus ojos.

—Tobias…

—Sé lo que tenía sobre tu cabeza. Me habló de la matrícula, de nosotros. Estoy molesto, sí, tal vez más que molesto, pero... pero está bien. Estoy dispuesto a olvidar todo si eso significa tenerte.

La derrota me envuelve, y el dolor en mi pecho se duplica mientras miro al hombre frente a mí.

Levanto mis manos, colocándolas sobre las suyas, y suavemente quito sus palmas de mi rostro.

—Estás completamente equivocado.

Retrocedo y él me alcanza, pero niego con la cabeza y me giro para sacar un archivo del cajón.

Al entregárselo, observo cómo sus ojos se fijan en el encabezado de la primera página, y una expresión confusa proyecta una sombra sobre su hermoso rostro.

—Custodia... yo no... —Sacude la cabeza.

—Tobias, Thomas Reid no es mi papá. —Yo trago—. Él es mi esposo.

32

Tobias

La carpeta se desliza de las yemas de mis dedos, y todos los papeles que contiene caen al suelo.

Me siento como si me hubieran dado un puñetazo, justo en el estómago, en la sien, en el puto pecho.

Hace una hora, estaba confundido, enojado, y luego pensé que Bailey era mía, y de alguna manera, a través de esa ira y confusión, todo se sintió bien. Mejor que bien.

De repente tenía todas las cosas que no sabía que quería, pero en el momento de la supuesta comprensión, no podía imaginar la vida sin ellas. Ahora aquí estoy, mirando a los ojos de su mamá y todo lo que me consume es la pérdida.

¿Cómo es posible que sesenta minutos de conocimiento duelan como una puta vida de tener algo que de repente me ha sido arrancado?

No puedo respirar.

—Lo siento tanto —dice con voz áspera—. Yo…

Se interrumpe cuando levanto una mano y me alejo de ella porque necesito un jodido minuto. Me alejo varios pasos deseando que mi pulso se calme, que mi mente se enfríe y mi cuerpo deje de temblar, pero no funciona.

Esposo. Dijo esposo.

Levanto la mano para tocarme el rostro y la miro por encima del hombro.

—¿Estás jodidamente casada? —Mis cejas se elevan—. Eres la esposa de alguien. La esposa *de otra* persona.

Sus hombros se mueven hacia adelante y se encoge sobre sí misma.

—Puede que esté casada con el hombre, pero no soy su esposa, Tobias —susurra, su tono está lleno de vergüenza.

—Oh, vamos, Meyer. —Me doy la vuelta para mirarla—. No me jodas, no en este momento.

Estoy enojado, frustrado, pero sobre todo me duele.

Todo dentro de mí me arde.

Saber que ella amó antes que a mí, que se entregó por completo a un hombre que no soy yo, que técnicamente pertenece a otra persona, a alguien a quien yo también amé, me hace sentir destrozado. Traicionado.

Nunca supe que un corazón realmente podría doler, pensé que eso era algo que decía la gente.

Estaba equivocado.

Es real.

Está jodido.

—Tobias —suplica, con un tono tan destrozado como me siento—. Puedo prometerte que lo que sea que esté pasando por tu mente en este momento no se parece en nada a la realidad de la situación.

—Podrías haberme dicho. Deberías habérmelo dicho.

Ella asiente, y las lágrimas se acumulan en sus ojos.

—Quería hacerlo.

—Eso no es suficiente.

—Lo sé, yo… —se traga su excusa y asiente de nuevo—. Lo sé.

Aparto la mirada de ella, mi cabeza tiembla mientras trato de entender, de procesar esto.

Una cosa era cuando pensaba que él era su papá. No sentí ni un ápice de traición, y creo que es porque el hombre era grande para mí, o eso

pensaba. Él llenó el pequeño espacio que yo mismo dejé abierto cuando decidí seguir mi sueño. Saber que el entrenador Reid hizo eso por mí y la ignoró redirigió mi ira. Estaba herido por ella, enojado por ella, pero ahora estoy un poco enojado con ella, un poco herido por ella.

La mujer de la que me enamoré está casada. Ella no es libre para amarme de vuelta.

Ella no es libre de permitirme amar a su hija.

La hija del entrenador Reid.

Trago saliva, decir ese hecho en mi propia mente me retuerce las costillas, es como si un ser sobrenatural se hubiera metido dentro de mi cuerpo, me agarrara y se negara a soltarme.

Mis ojos caen al suelo brevemente, pero luego hago una doble toma.

Papeles de custodia...

¿Por qué tendría esto? Ya tiene a Bailey. Ella es su mamá. Es su hija.

Me inclino, tomo algunos de los formatos ahora esparcidos alrededor de mis pies, rozando unas pocas líneas, pero no entiendo lo que dice.

Y luego veo el nombre al lado de la palabra "peticionario", y no es el de Meyer impreso ahí.

Me arde la piel, se me hunde el pecho y niego con la cabeza.

Una fuerte sensación de temor me invade, y mi garganta comienza a obstruirse cuando obligo a mis ojos a mirarla.

—Bebé...

Una suavidad recorre sus rasgos, y me da una pequeña y triste sonrisa lateral.

No...

No tengo que preguntar, me dice.

—Thomas hizo que los prepararan. Él, mmm —su voz se quiebra—. Tiene una manera de hacerse entender, quiere asegurarse de que sepa que no es alguien que fanfarronea.

Mi estómago cae a mis pies.

—¿Él te amenazó… con ella?

Una pequeña risa la deja, pero es más un llanto, y sus ojos se mueven hacia el techo. Una vez que regresan a mí, la angustia dentro de ellos me quema.

No puedo soportarlo.

Me pongo de pie, voy hacia ella y la tomo en mis brazos.

Sus suaves sollozos sacuden su cuerpo y la aprieto con más fuerza.

—Está bien —le digo, pasando mis manos por su largo cabello castaño—. No dejaré que te haga esto.

—No hay nada que puedas hacer —respira.

—Sí hay, puedo contratar al mejor abogado que existe. Gastaré todo lo que me corresponde. Mierda, le daré todo, no me importa. No permitiré que te haga daño y que se la lleve.

Ella niega con la cabeza, mirándome con esos grandes ojos marrones.

—Tobias...

—Haré eso por ti.

Sus palmas caen sobre mi pecho.

—Él y yo, tenemos un acuerdo. —Jadea a través de sus lágrimas—. Lo puso todo en un contrato que no tuve más remedio que firmar.

La desesperación en su mirada es sofocante, pero alcanzo a preguntar,

—¿Qué hay en el contrato Meyer? —Estoy casi jodidamente asustado de averiguarlo.

—Dice que, si le cuento a alguien sobre él y yo, sobre nuestro matrimonio o el hecho de que tenemos una hija juntos, acepto cederle todos los derechos sobre Bailey, y si me meto con alguno de sus atletas, estoy de acuerdo con lo mismo.

Mi rostro cae, y mi cuerpo se entumece.

Estar conmigo lastimará a esa niña.

Me siento jodidamente enfermo.

Tengo ganas de darle una paliza a ese pedazo de mierda.

Las palmas de Meyer se deslizan un poco más arriba.

—¿Sabes por qué hizo eso?

Apretando la mandíbula, sacudo con fuerza la cabeza y beso suavemente la suya cuando una lágrima se desliza por el rabillo del ojo.

La sonrisa de Meyer es rota.

—Porque te lo dije.

Mi cuerpo se pone rígido.

—Meyer.

Ella asiente en respuesta.

—¿Así que esa parte era verdad? Tú y yo... entonces, ¿cómo sabes que ella no es mi...? —Las palabras salen volando de mí al instante, pero la mirada en sus ojos hace que cesen con la misma rapidez. Hablo a través del nudo en mi estómago—. Ya estabas embarazada cuando nos conocimos.

—Sí —susurra.

—¿Qué pasó? —Mis hombros caen—. Necesito saber todo. Cuéntamelo todo.

Meyer asiente, toma una respiración profunda y destrozada y me lleva atrás en el tiempo.

Quince meses antes

Febrero, semestre de primavera. Segundo año.

Meyer

La música de todos los géneros suena desde todas las direcciones, lo que se suma a la escena caótica que es Ruckus Row los viernes por la noche. Todo el lugar está iluminado de un extremo a otro, hay risas y charlas fuertes en el aire frío de la noche.

Mirando alrededor, tiro del dobladillo de mi sudadera de la Avix University, asegurándome de que llega muy por debajo de mi cintura, como si hubiera algo que ocultar.

Lo hay, pero nadie lo sabrá hasta dentro de un par de meses, si lo que leo en línea es cierto.

Por favor, que sea verdad.

—¡Lo encontré! —Bianca dice desde detrás de mí.

Forzando una sonrisa, me giro hacia su derecha mientras cierra la puerta trasera del auto de su nuevo novio, Cooper.

Ella agita su teléfono en la mano. Justo entre los asientos, tal como dije que sería.

—¿Qué haría él sin ti?

—Pasar mucho tiempo con la loción, eso es seguro.

Una risa me deja y Bianca sonríe, deslizando su brazo a través del mío.

—No creas que voy a comprar esa sonrisa falsa ni por un segundo. —Ella me sacude, y nos vemos de frente—. No estoy segura de por qué tu insistencia en salir esta noche y aunque ambas sabemos que me lo dirás muy pronto, ese no es el punto. El punto, sin embargo, es que podemos irnos en este momento. Quiero decir, tengo las llaves del hombre. Podríamos llevar a ese chico malo a dar una vuelta rápida. —Ella levanta una ceja, pero sé lo que está haciendo, y la amo por eso.

Aunque tiene razón. Vine aquí por una razón y es para olvidar, para dejar ir mi nueva realidad y ser la chica que era hace una semana, antes de que esas dos líneas azules lo cambiaran todo. Al menos durante un par de horas.

—¿Y saltarte una fiesta de fraternidad? ¿Estás loca? —Yo juego mi papel.

—Aww, chica, eres tan linda. —Ella nos guía a través de las pocas personas reunidas cerca del porche, y un estudiante de primer año en la puerta la abre para

nosotras, permitiéndonos entrar—. Es una fiesta en la casa del equipo, no una fiesta de fraternidad, pero créeme, habrá muchos tiburones en el mar, si sabes a lo que me refiero, todo lo que tienes que hacer es sonreír y dejar que comience el frenesí.

Mis pulmones se expanden con una inhalación completa y miro alrededor de la habitación.

—O tal vez todo lo que tienes que hacer es quedarte ahí luciendo bonita.

Frunciendo el ceño, la miro y ella inclina ligeramente la cabeza.

—Chica, no mires, pero el gran tiburón blanco de esta perra está mirando hacia aquí.

Mi cabeza salta hacia adelante.

—¡Oh, Dios! ¿Qué dije? —Ella se ríe, arrastrándome a un lado.

—Lo siento. —Me río—. No veo a nadie de todos modos.

—Eso es porque él es suave. Lo verás cuando quiera que sepas que está mirando, pero cariño, está mirando.

En ese momento, Cooper se apresura, con la molestia clara en su mirada oscura.

—Lo siento, pero tengo que irme. El hijo de puta idiota de primer año necesita un rescate en el centro.

Blanca niega con la cabeza.

—No puedes conducir.

—Y él no puede pelear así que… —Otros dos tipos caminan detrás de él, haciéndome reír.

Me giro hacia Bianca y quito mi brazo del suyo.

Ella niega con la cabeza, pero yo ya estoy asintiendo con la mía.

—Ve, estaré aquí cuando regreses.

—No te voy a dejar aquí. —Ella frunce el ceño.

—La mitad de mi dormitorio está aquí en alguna parte —le recuerdo—. Estoy bien.

—Esto podría tomar un rato, Meyer. —Coop se estremece.

—Chicos, deténganse en serio.

—Pero yo soy compañera. —Bianca pisa fuerte.

—B, vete.

Cooper no la deja protestar de nuevo, pero la arrastra hacia la puerta y luego me quedo sola.

Deambulando por la habitación, saludo a algunas personas que reconozco, y participo en una conversación ligera cuando una chica con el pelo púrpura y un aliento que huele a buen tiempo me mete en una.

Sin embargo, a cada paso que doy, soy muy consciente de la sombra que me sigue.

Curiosa, salgo de las áreas de estar llenas de gente, cruzo el umbral de la cocina y, como pensé que podría suceder, esa sombra se acerca, cubriendo mi cuerpo por detrás.

Alcanzo la manija de la puerta corrediza, pero la mano de otro cae justo encima de la mía, manteniéndola en su lugar.

Miro hacia arriba y por encima de mi hombro, encontrando una gorra negra hacia abajo y una sonrisa demasiado profunda para ser honorable. Sus ojos son probablemente peores, llenos de insinuaciones, pero no puedo verlos debajo de la visera oscura bajo la que los ha escondido.

El tipo es tan alto, se eleva sobre mí con facilidad y huele a sol y brisa marina, y a noches de verano. Su aroma es fresco y acogedor.

Y luego la bestia habla, y puedo sentir el tono grave hasta los dedos de mis pies.

Sí, este hombre es la debilidad de una chica despreciada.

O mejor amigo.

Probablemente el primero.

Cuando esa sonrisa suya crece, parpadeo, me sonrojo y entrecierro los ojos, recordando en ese momento que había hablado, pero lo que no recuerdo es haber escuchado una palabra.

—Lo siento... ¿qué?

Su risa es baja.

—Dije hola.

—Hola —digo inexpresivamente, inclinando mi cabeza ligeramente—. ¿Me has estado siguiendo toda la noche, y "hola" es lo mejor que tienes?

—Entonces, sabías que te estaba siguiendo.

—Eres... un poco difícil de perder.

—Nunca me pierdo. —Él sonríe.

—Okey... —me río, y esta vez, cuando voy a salir por la puerta trasera, me deja.

Como pensé que haría, me sigue.

—Si sabías que te estaba observando, ¿por qué no me llamaste? —Tropieza un poco, riéndose de sí mismo cuando su brazo sale disparado para agarrar el poste del patio.

Lucho contra una sonrisa.

—Pensé que si tenías algo que decir —me giro hacia él, apoyándome contra el borde de la cerca—, lo dirías eventualmente.

—¿Y si quisiera decir que creo que eres hermosa?

—Entonces supongo que tendrías que repetírselo a otra persona, porque esa no es una línea que funcione conmigo.

Él tira de su labio inferior entre los dientes, su sonrisa se amplía.

—Sí, ¿y qué línea funcionaría?

Sofoco mi propia sonrisa, bajando mi mirada a la hierba por un momento. Cuando miro hacia arriba, es solo con mis ojos, y me encojo de hombros.

—¿Qué tal una real?

—Una real. —Pone a prueba su pensamiento—. Porque eres hermosa no es lo suficientemente real para ti, está bien —bromea, y luego se estira, girando su gorra hacia atrás sobre su cabeza, finalmente revelándome todo su rostro.

Estoy sorprendida, mis palabras, si es que tengo alguna, obstruyen mi garganta mientras unos fascinantes ojos azul océano se encuentran con los míos. Mi pulso salta en mi pecho cuando se establece el reconocimiento.

A esto se refería Bianca cuando dijo el gran tiburón blanco.

Este es Tobias Cruz, el nuevo pitcher superestrella de Avix University. Lo reconozco por los carteles.

Se supone que es el gran fiestero, pero si eso es cierto, ¿por qué está aquí conmigo en lugar de estar ahí con el resto de su equipo?

Tobias comienza a caminar más lejos en el patio, y cuando no me muevo, se detiene, mirándome por encima del hombro.

—¿Vienes?

—¿Al rincón más oscuro de una casa que no es la mía con un completo extraño? No. —Me río—. No lo creo.

Se gira, ahora caminando hacia atrás para poder mirarme.

—Excepto que no soy un extraño. Sabes mi nombre, es por eso que no me lo has pedido, y sobre lo que no piensas... —Ladea la cabeza, arrastrando las palabras—. Tengo la sensación de que no viniste aquí esta noche para pensar, pero adelante, hermosa chica, corrígeme si me equivoco.

Paso mi lengua a lo largo de mis dientes y esta vez, mi sonrisa se libera.

—No te equivocas, pero tendría que estar ciega para no reconocerte en los carteles, así que eso no es muy justo.

—Olvídate de todo eso. —Se encoge de hombros—. ¿Qué pasa con la última parte... —Se calla, con un brillo curioso en sus locos ojos azules.

Algo tira de mis músculos, pero logro responder.

—Tampoco te equivocas en eso.

—Entonces ahí está. —Extiende los brazos en broma juguetona—. Eso fue muy real. ¿Tengo suerte ahora? —Su sonrisa no podía ser más amplia.

La risa se me escapa y él se une, moviendo la barbilla.

—Vamos, hermosa chica. Da un paseo conmigo.

Él podría ser la última persona con la que debería estar caminando esta noche, pero no es como si él lo sepa ni lo sabrá nunca. Puede que sea una muy mala decisión unirme a él, pero he tomado un montón de esas últimamente, entonces, ¿qué es una más?

Estoy aquí para mí esta noche, así que no voy a permitir que los pensamientos de los demás entren en mi cabeza.

Entonces, acepto su oferta, me coloco a su lado, y seguimos hacia el punto más alejado del patio trasero.

En el borde de la valla, se deja caer sobre la hierba, así que lo sigo y, lentamente, mis ojos se adaptan a la oscuridad que nos rodea.

Tobias toma un sorbo lento de la botella que tiene en la mano y sus hombros parecen caer. Es como si él también tuviera muchas cosas en la cabeza, pero su manera de olvidarse de sus problemas por un rato es concentrarse en los míos. Él me estudia.

—Entonces, viniste aquí para olvidar algo, pero estás completamente sobria.

Me burlo, mirando hacia otro lado.

—Créeme, desearía no estarlo.

—Escuchemos por qué.

Mi cabeza se gira hacia la suya y levanta las cejas, expectante.

—Yo estoy borracho, y tú estás sobria. Yo soy sexy, y tú eres hermosa. Claramente deberías decirme algo sucio.

—Eso no tiene sentido.

—No hay mucho de eso en la universidad. —Sus labios se curvan.

Está bien, eso es justo.

—Tú primero.

—Pshh. —Se mueve para poder apoyar los codos en las rodillas dobladas—. ¿Qué hay para contar? Toda mi suciedad está ahí para que todos la vean. —Sus ojos encuentran los míos—. A los medios les encantan los problemas.

—¿En cuántos problemas puede meterse realmente un tipo que está afuera de la fiesta en lugar de adentro? —bromeo.

Su sonrisa me dice que tenía razón al sentir su sarcasmo, al entenderlo por lo que era.

—Exactamente. —Da un fuerte tirón de su barbilla—. Me gustas.

—No me conoces.

—No es necesario. —Niega con la cabeza—. Pienso que quiero, sí, pero ya me gustas a pesar de todo.

—¿Sí? —Me inclino hacia él—. ¿Y qué es lo que te gusta exactamente?

Espero que tenga que pensar, que busque algo bueno que decir que no suene inventado en el acto, pero no se toma un momento para pensar.

El hombre habla sin dudarlo ni un segundo.

—Me gusta que me hayas ignorado en lugar de venir a mí. Me gusta que supieras que estaba mirando y no hiciste nada para asegurarte de que siguiera. Me gusta que intentaras escapar de mí y me gusta que no quisieras caminar conmigo. —Su sonrisa sale de nuevo entonces—. Quiero decir, me gusta más lo que hicieras, pero… —Se ríe, y me muerdo el labio interior para no sonreír—. Me gusta que caminaras sola toda la noche, que no necesitaras un grupo de chicas a tu lado para sentirte mejor o segura, y me gusta que seas la única chica aquí con una sudadera y jeans.

Ruedo los ojos juguetonamente.

—Lo dudo.

—No. —Se ríe, pero luego sus rasgos se transforman en algo un poco más profundo, más emocionante—. Pero sobre todo, me gusta que me pidas que te cuente algo.

Me empieza a picar la garganta y me veo obligada a aclararla.

—Pero no me contaste nada.

—Todavía estaba decidiendo si estabas jugando o no.

—¿Y ahora?

—Ahora sé que no lo haces.

—¿Todo porque quería hablar?

—La mayoría de las chicas no tienen interés en hablar conmigo. —Me mira directamente a los ojos y yo le devuelvo la mirada.

Es extraño, su elección de palabras me lleva a asumir que están pronunciadas desde un lugar de engreimiento, como si estuviera alardeando de sus aventuras, pero su tono no coincide del todo.

Es casi como si desaprobara sus elecciones.

En sí mismo y en sus elecciones.

Llámalo corazonada, supongo.

O pensamiento ingenuo.

—Dime tu nombre —dice entonces.

Mi sonrisa es pequeña.

—Meyer.

—Meyer. Me gusta.

—Por supuesto que sí, estás borracho —bromeo.

—Quizás, aunque aun así me gusta. —Él asiente y luego mira hacia el patio—. Entonces, ¿por qué estás aquí esta noche, Meyer?

Tomo una respiración profunda, y cuando abro la boca, sale una risa abatida.

—Para olvidar —digo antes de repensarlo—. Vine aquí esta noche para olvidar.

Me mira de nuevo y no estoy segura de lo que esperaba, pero lo que dice no es eso.

—¿No lo hacemos todos de alguna manera? —Entrecierra los ojos hacia la botella en sus manos—. Para olvidar la semana de mierda que tuvimos o el examen que se avecina, la discusión con nuestros amigos o… la visita a casa de mierda con nuestra familia.

—La realidad de mierda en la que de alguna manera nos encontramos.

Él sonríe y me mira.

—Exactamente. Podemos rompernos el culo, pero al final del día somos lo que el mundo hace de nosotros. La expectativa es una perra, ¿eh?

Bebería por eso.

Me ofrece la botella, pero me río con un movimiento de cabeza.

—¿Qué pasa si no quiero ser lo que se espera? —pregunto, más para mí pero mirándolo a él—. ¿Qué pasa si quiero hacer estallar las estadísticas y convertirme en más? ¿Qué pasa si quiero ser la historia de éxito?

Tobias me evalúa por un largo momento. Tal vez incluso un minuto completo antes de que asienta con la cabeza.

—Entonces diría que tú y yo tenemos mucho en común, hermosa chica. —Su voz está llena de emoción, y sus ojos...

Tengo que mirar hacia otro lado.

Algo se gesta dentro de ellos, algo que reconozco.

Algo que siento en lo más profundo de mis entrañas, más en los últimos días que nunca.

Nostalgia.

Una desolada sensación de soledad.

Y tal vez no tenga sentido.

Tengo amigos, él tiene amigos, pero aquí estamos, dos extraños en una fiesta, sentados solos en la oscuridad teniendo una conversación que se siente más íntima que nada en mucho, mucho tiempo.

—Quiero ayudarte —dice en voz baja.

Me giro hacia él, y mientras le toma un segundo, él me mira, con una ardiente sensación de determinación en su mirada.

—¿Ayudarme cómo?

—A olvidar —dice con intención directa.

—A olvidar.

Presiono mis palmas con más firmeza en el suelo, y él asiente, más para sí mismo que para mí.

—Sea lo que sea que viniste aquí a olvidar, quiero que eso suceda. Puedo hacer *que eso suceda, pero quiero poder hacerlo nuevamente mañana, y nuevamente*

después de eso. —Sus ojos se posan en mis labios y mi estómago da un vuelco—. Dime que puedo.

Los músculos de mi centro se tensan y se me hace difícil respirar.

Se vuelve aún más difícil cuando sus dedos grandes y toscos se deslizan a lo largo de mi mandíbula, dejando un rastro de fuego y piel de gallina a su paso. Su toque se extiende más hasta que su mano se envuelve alrededor de la parte posterior de mi cuello.

Tobias me mira fijamente con sus penetrantes ojos azules y de repente soy papilla delante de él, libre para tomar.

Para él... para que lo tome.

Acerca su cuerpo más, sus labios ahora flotan a una pulgada de los míos.

Sus ojos se cierran, su agarre se aprieta, su cálido aliento se acerca cada vez más, y luego me apresuro a decir:

—Estoy embarazada.

Cada músculo de su cuerpo se congela, y esos párpados se abren de golpe, estrechándose más y más por segundo.

—No es mentira —susurro asintiendo con la cabeza, aunque no preguntó nada.

No tenía que hacerlo, sus ojos lo hicieron por él.

—Lo estoy, con un hombre que apesta, pero no sabía que apestaba y ahora sí porque cuando le dije, se enojó y me acusó de mentir, como si fuera a mentir sobre eso, y luego me enteré que se ha estado tirando a otra chica de mi edad y yo no quise decir nada todo el tiempo y ahora yo…

Jadeo, y mi divagación nerviosa se corta cuando él golpea su boca contra la mía.

Sus labios son carnosos, su beso es duro y profundo, y cuando su lengua demanda entrada, se la doy con alivio.

Le devuelvo el beso al hombre, y es un beso como ningún otro. No solo me está besando para ayudarme a olvidar, me está besando porque quiere hacerlo.

Quiere apoderarse de mis pensamientos, mente y cuerpo, y quiere que yo se lo permita.

No estoy segura de poder contenerme si lo intentara.

Cada parte de mí quiere cada parte de él.

No se siente como un cuerpo sexy y un buen momento.

Se siente como... más.

Es como si lo necesitara esta noche. No a alguien, sino a él, y por extraño que parezca, creo que él también me necesita esta noche.

No tiene sentido.

Pero tal vez no se supone que lo tenga.

Estoy aquí para olvidar, para dejar ir.

Entonces, elimino todas mis inhibiciones y hago exactamente eso.

Me suelto y me pierdo en él.

No espero a que Tobias me acueste como una frágil princesa.

Lo agarro por el cuello y tiro de él hacia abajo sobre mí.

No protesta, pero se acomoda entre mis piernas.

—Déjame llevarte a mi habitación —dice, sus labios ahora rozan el hueco de mi cuello—. No quiero que nadie te vea así.

Mi corazón se acelera, y mi mente con él.

—No te preocupes por mí.

Hace una pausa, sus ojos azules inyectados en sangre encapuchados me inmovilizan.

—Déjame llevarte a mi habitación.

No tiene motivos para preocuparse si me ven debajo de él de esta manera, pero está tan claro como el día que lo hace. Por qué, no lo sé, pero deslizo mis manos entre nosotros y desabrocho sus jeans.

—Meyer...

Se muele contra mí, y mi cuerpo estalla en escalofríos.

—Si nos movemos, puede que me vaya.

Él gime, dejando caer sus labios en mi oído. Muerde la piel ahí y yo tiemblo debajo de él.

—Entonces no te muevas, chica hermosa.

Una risa me deja, y juntos pateamos nuestros zapatos de nuestros pies, perdemos nuestros jeans, y entonces él está en mi entrada.

Sus ojos se clavan en los míos, y me besa con fuerza, susurrando contra mi boca:

—Voy a deslizarme dentro de ti ahora.

Muerdo su labio inferior y hace exactamente lo que dice.

Empuja todo el camino dentro de mí en un largo y lento empuje.

Nuestros gemidos se mezclan, nuestra respiración se convierte en jadeos cortos.

—Eres tan jodidamente suave. —Él gime, apretando sus caderas contra las mías, y las levanto, deseando que profundice más.

Tobias me da lo que quiero, pero tiene una idea aún mejor.

Nos da la vuelta, se sienta y me pone en su regazo, justo sobre su eje.

Llega más lejos de esta manera, y me estremezco contra él.

Él sonríe, levantando su gorra de su cabeza y colocándola hacia atrás sobre la mía. Sus manos se deslizan por mis muslos hasta que llega al dobladillo de mi sudadera y la jala hacia abajo.

—Ahora, si alguien nos ve, no puede ver ninguna parte desnuda de ti.

Mi risa es ronca y giro mis caderas en respuesta.

Su lengua sale, deslizándose a lo largo de su labio inferior y la tira entre sus dientes, con sus ojos moviéndose entre los míos.

Y luego me besa de nuevo.

Ponemos el mismo esfuerzo, empujando y rodando e inclinando nuestros cuerpos para obtener el máximo placer. Mis pezones duelen por ser tocados, y es como si él lo sintiera, sus manos desaparecen debajo de mi blusa y dentro de mi sostén, donde me masajea con una suave aspereza que hace que mi cabeza caiga hacia atrás.

Abro los ojos y una sonrisa adorna mis labios.

Miro las estrellas arriba, perdida en el aroma a mi alrededor, en la sensación de él dentro de mí.

Nuestros cuerpos están resbaladizos por el sudor, sobrecalentados, y cuando él se flexiona dentro de mí, mi coño lo aprieta.

Agarra mi cabello, tirando un poco para que lo mire, y mis dedos de los pies se curvan por la mirada diabólica en sus ojos. Nuestros toques se vuelven frenéticos, electrizantes.

Desesperados.

Estamos justo ahí, los dos.

Agarro su rostro, besando sus labios y empujando su cabeza hacia mi pecho para poder susurrarle al oído.

—Voy a correrme, Tobias...

—Mierda, hermosa chica. —Él gruñe, sus embestidas se vuelven más salvajes, y toma mi trasero en sus manos, apretando. Su pene se hincha dentro de mí y deslizo mis brazos debajo de los suyos, mis dedos se extienden a lo largo de su espalda, y él sopla un fuerte aliento contra mi piel.

Nos corremos, nuestros cuerpos se ponen rígidos, pero aun así, él se mueve dentro de mí, persiguiendo, entregando, hasta lo último que hay para ofrecer, exigiendo un orgasmo de cuerpo completo de cada uno de nosotros.

El hombre obtiene lo que quiere, los escalofríos se apoderan de mí, cubriendo cada centímetro de mi cuerpo y estoy segura de que mi corazón va a latir fuera de mi pecho, late muy fuerte.

Estoy jadeando, buscando una respiración constante que mi cuerpo se niega a dar, pero hay una sonrisa en mi rostro.

Así es como se supone que se siente el sexo.

Crudo y primitivo, una toma de cuerpo completo. Sin pensamiento, sin plan, sin contenerse.

— Jesús, mierda. —Cae de espaldas, rodando y llevándome con él.

Su sonrisa se extiende, y empuja hacia arriba sobre su codo, mirándome fijamente.

—Te dije que me gustabas.

Me río, escondiendo mi rostro con mi codo cuando empiezo a sonrojarme, no es que él pueda verlo aquí.

No es que pudiera diferenciarse del rubor que mi orgasmo ya trajo a mis mejillas.

Se mueve a mi alrededor y me sobresalto cuando su palma se envuelve alrededor de mi tobillo.

Mirándolo, observo cómo desliza mi ropa interior y mis jeans por mis muslos, levantando mis caderas de la hierba mientras alcanza la curva de mi trasero.

—No estoy tratando de que te vayas —dice con voz áspera, mirándome—. Pero no pasará mucho tiempo antes de que alguien venga a buscarme.

Asiento con la cabeza.

—Sí, a mí también. —Pienso en Blanca.

Sus labios se contraen y se pone de pie de un salto completamente desnudo, poniéndose su propia ropa.

Espero que tome mi mano y me ponga de pie, que regresemos adentro o que me ofrezca un trago para que me vaya, pero él no hace ninguna de esas cosas.

Él vuelve a caer a mi lado, mirando hacia el cielo como yo.

Mañana estaré adolorida en todos los lugares correctos, y no podría importarme menos porque esta noche estoy satisfecha.

Libre.

Sé que no durará mucho, todo mi mundo está a punto de cambiar y estoy aterrorizada, pero la vida es inesperada, por decir lo menos, así que esta noche voy a olvidar el mañana y simplemente... acostarme aquí en la oscuridad con un extraño.

Nos sentamos en silencio durante unos minutos antes de que atrape su cabeza girándose hacia mí en mi periferia.

—Nunca he hecho esto antes —admito en la oscuridad, mirándolo lentamente—. Tener una aventura de una noche.

—No empieces ahora. —Frunce el ceño—. Dije que quería hacer esto mañana.

Lucho por contener las lágrimas, forzando una pequeña sonrisa con los labios apretados.

No tiene idea de lo que está diciendo, pero no voy a reventar la burbuja en la que estamos, así que cuando saca su teléfono, presiona algunos botones y luego me pide mi número, se lo doy.

Nos sentamos ahí, sin hablar durante unos minutos más, y luego gritan mi nombre con una voz minuciosamente familiar.

El color desaparece de mi rostro, y en lo que parece una cámara lenta, me empujo sobre mis codos, mirando vacilante hacia el sonido.

Thomas avanza con pasos rápidos.

Su silueta se acerca, la luz detrás de él oculta su expresión, y trato de tragar, pero el nudo en mi garganta se mantiene fuerte.

—Mierda —respiro.

—Entrenador —dice Tobias.

Mi pulso se acelera, golpeando contra mis costillas a un ritmo peligroso.

—Sí, hijo, estoy aquí.

¿Hijo?

—No quieres entrar a la casa, Entrenador. El equipo no está siguiendo exactamente la regla de no beber esta noche. —Puedo oír la sonrisa de Tobias, pero no me atrevo a mirarlo.

—No te preocupes, no lo haré, solo vine a llevar a tu amiga, ¿recuerdas? —dice Thomas.

Mis cejas se fruncen y dejo caer mi mirada a la hierba, pero entonces la mano de Thomas está frente a mi cara.

No tengo que mirar hacia arriba para saber que está insistiendo, así que deslizo la mía en la suya, permitiéndole levantarme.

Avergonzada y repentinamente arrepentida, no puedo mirarlo a los ojos, pero sí a Tobias.

Se frota la parte de atrás de su cabeza, mirando de mí a su entrenador.

—Él, eh, supongo que te llevará a casa —me dice.

Todo lo que puedo hacer es asentir y luego me doy la vuelta, siguiendo al hombre por la puerta lateral. Me deslizo dentro de su auto sin decir una palabra, y sé al instante que no vamos a ir a mi dormitorio.

Vamos a su casa.

Fuera de eso, me cuenta por qué apareció esta noche y sigue con promesas de nuestro futuro.

Inconscientemente, mi mano cae a mi estómago, y le hago una propia al pequeño que crece dentro de mí.

Todo va a estar bien ahora.

Es como si se quitara un peso de encima en este momento cuando Thomas enciende la esperanza donde a mí no me quedaba ninguna.

Estaremos bien...

Tiempo presente

Tobias

No puedo sentir mis piernas, y ni siquiera estoy seguro de estar respirando.

Me siento muerto por dentro. Enfermo.

Disgustado.

—Mierda... Meyer... —Mi voz es tensa, y apenas puedo mirarla.

Las lágrimas se acumulan en sus ojos.

—Está bien.

—Nada de eso está bien. —Empujo mis palmas en las cuencas de mis ojos—. ¿Cómo pude ser tan hijo de puta?

—Estabas borracho, sucede. —Sus labios se contraen y levanta un hombro—. Y yo estaba enojada, y la ira se convirtió en imprudencia, supongo. Quería vengarme de él, pensando estúpidamente que le importaría, así que salí y ahí estabas tú.

Trago saliva, agarrando su mano y llevándola a mis labios.

—¿Realmente te vi de inmediato?

—Desde la puerta en el momento en que entré. —Su sonrisa es triste—. Realmente estabas borracho. —Ella se ríe, pero se calma—. Yo era un desastre, así que encajamos esa noche.

—Encajamos, punto, Tutora Girl. —Trago saliva, y una frustrante sensación de satisfacción y tristeza me atraviesa al mismo tiempo—. No puedo creer que estuve dentro de ti cuando ella estaba ahí.

Meyer aprieta mi mano.

—Thomas, él...

La ira se acumula dentro de mí, creando una tormenta acalorada en mis entrañas.

—Te dijo que yo lo llamé para… —Mierda, apenas puedo decirlo—. Para limpiar mi desorden, ¿no?

Ella lame las lágrimas de sus labios.

—Sí, lo hizo.

—No lo hice, no te hubiera hecho eso. Es conocido por aparecer al azar. Tuvo que ser al azar.

—Creo eso ahora —dice con voz áspera, cerrando los ojos y apoyándose en mi mano cuando ahueco su mandíbula—. En ese momento no lo hice. Me dijo que estarías demasiado mal para recordar al día siguiente. Que eso era lo que hacías, te emborrachabas y te acostabas con quien estuviera frente a ti, y luego la soltabas. Me dijo que leyera los periódicos y viera todo lo que necesitaba saber. Así que lo hice, y cuando no llamaste como

dijiste que lo harías —se encoge de hombros—. Me enamoré de todas sus mentiras en ese entonces, me casé con él una semana después y un mes después me di cuenta de que, al hacerlo, él era mi dueño. Perdí mi ayuda financiera porque él ganaba demasiado dinero y perdí mi beca porque aplacé un semestre para tener a Bailey. Él solo quería el matrimonio para poder cubrir su trasero si la gente descubría que se había follado a una estudiante, y para poder amenazarme con mi hija si alguna vez dejaba que se revelara quién era su padre. Fue un gran truco, incluso trató de colar a mi hermano en el contrato, trató de obligarlo a ingresar al equipo de béisbol como suplente, cuando tenía una posición inicial en el equipo de su escuela.

—Pedazo de mierda. —Niego con la cabeza.

—Perdí todo por lo que había trabajado, así que cuando me empujó el contrato, ofreciéndome un poco de alivio, lo tomé. Ese hombre cambió toda mi vida, tanto para bien como para mal —dice con un devastador toque de aceptación.

Mi frente cae sobre la suya, y ella agarra mis muñecas con fuerza.

—Si él cumpliera con sus amenazas de llevársela, yo... ella es mi hija, Tobias —llora—. Mi todo, ni siquiera puedo pensar en…

—Shh, bebé, lo sé —susurro, haciendo todo lo posible por ser la jodida roca aquí cuando en realidad quiero gritar—. Lo sé.

—Tienes que dejarme ir —susurra.

De ninguna manera.

Sus ojos se encontraron con los míos.

—Y tienes que prometerme que no te derrumbarás esta vez, no te partiste el trasero para perderlo todo.

Tú y Bailey lo son todo.

Meyer llora.

—Tal vez con el tiempo...

—Sí, bebé. —El calor sube por mi garganta, la determinación dispara todos mis nervios—. Tal vez.

Definitivamente. Posi-jodida-tivamente.

—Tobias...

—Tutora Girl.

Presiona sus labios contra los míos, pero no es relajante.

Duele.

Jodidamente arde.

Es su adiós.

Está loca si cree que estoy de acuerdo con eso o asume que alguna vez lo estaré.

No lo haré, pero sé que ella necesita esto.

Necesita la seguridad de saber que su pequeña niña está segura y protegida, y solo puede ser así si yo estoy fuera de escena, así que le daré lo que necesita.

La dejaré ir, me iré y mantendré mi palabra en todos los ámbitos.

Me matará, pero la alternativa acabaría conmigo, al igual que con ella.

Entonces, cuando presiona su boca con más firmeza sobre la mía, soy yo quien se aleja.

Con pasos lentos y pesados, pongo espacio entre nosotros, muriendo un poco por dentro cuando sus labios comienzan a temblar, nuestros dedos se entrelazan hasta que nuestros cuerpos están demasiado separados para tocarse, y se ven obligados a caer a nuestro costado.

Sus sollozos se hacen más fuertes y se tapa la boca con la palma de la mano para ocultar el sonido.

Eso casi me atrapa, pero antes de romperme, me obligo a darme la vuelta.

Salgo de la casa de Meyer y no miro atrás.

33

Tobias

Conduje durante horas después de salir de la casa de Meyer. Horas, y no fue hasta que estuve a ciento cincuenta kilómetros de distancia que me di cuenta de a dónde iba.

Ahora, son más de las tres de la mañana, y finalmente me arrastro fuera de mi camioneta y subo el corto camino hacia la puerta principal, pero ni siquiera tengo la oportunidad de sacar mi llave, porque mi mamá se me adelantó.

Está de pie en el porche oscuro, esperándome, tal como dijo que estaría cuando la llamé desde la carretera y le conté todo lo que había sucedido.

Ella me dijo: "Ven a casa, bebé" sin saber que ya lo hacía.

Tan subconsciente como podría haber sido la decisión, era la correcta. Los necesito en este momento, y eso se confirma en el momento en que me encuentro con los ojos llorosos de mi madre.

Todo dentro de mí se desmorona y camino directamente hacia sus brazos abiertos.

—Mamá —grazno—. La amo. No puedo perderla. No puedo.

—Oh bebé, lo sé —llora, apretándome fuerte—. Lo sé.

—Lamento haberla cagado antes. —Yo trago—. Debería haber sido mejor. Me criaron mejor.

—Cariño, no, detente. —Su voz tiembla y jadea por aire a través de sus lágrimas—. Lo siento. Lo siento tanto, lo siento tanto por todo. Eres mi bebé, y te amo. Cada parte de ti, lo siento tanto.

Mi papá se coloca detrás de ella, colocando su mano sobre sus hombros, y ella retrocede, con lágrimas derramándose de sus ojos.

Él esboza una sonrisa con los labios apretados, asiente con la cabeza y cuando se acerca, inseguro, me acerco para abrazar al hombre.

Sujeta mi espalda con fuerza, palmeándome con sus manos un par de veces.

—Todo va a estar bien, hijo.

—No lo sé, papá. No puedo hacer esto.

—Oye. —Se aleja, agarrando mis hombros y cerrando sus ojos con los míos—. Tú puedes hacer cualquier cosa; ¿Me escuchas? —Su agarre se aprieta—. Eres Tobias Cruz, un hombre de honor. Fuerte y decidido. Nunca te rindes y no vas a empezar ahora.

Mis ojos se nublan y miro hacia otro lado.

—¿Cómo se supone que voy a dar un paso en ese campo cuando sé que ella está sufriendo sola?

Mi papá me da palmaditas en la mejilla, atrayendo mis ojos hacia los suyos.

—Ella no está sufriendo sola, hijo. Estás sufriendo ahí mismo con ella, aunque no estés a su lado, ella lo sabe, y le dolería más verte fracasar. Tú lo sabes. —Baja la barbilla y yo asiento.

—¿Y mi entrenador? ¿Cómo se supone que debo actuar para un hombre como él? Quiero matarlo.

—Entonces mátalo con los actos de un hombre, porque Dios sabe que eres diez veces más grande que él.

Dejo escapar un fuerte suspiro y dejo caer la barbilla contra mi pecho, pero él la levanta.

—Tú… —Mi papá traga, la humedad se acumula en su mirada—. Eres *nuestro* hijo, y te has convertido en un hombre que cualquier padre o madre se sentiría honrado de llamar suyo. Vas a mostrarle a ese bastardo lo que eso significa. Vas a volver a esa camioneta y vas a hacer aquello para lo que naciste, hijo. Vas a mostrarle al mundo de qué estás hecho, y

luego le vas a mostrar lo mismo, y mientras lo haces, ahí estaremos. Tu mamá y yo. —Él traga, su voz se quiebra—. Lo que necesites, lo que quieras, lo que hagas. Estaremos ahí. Siempre. No importa qué.

Estarán ahí.

Mis padres.

Estarán ahí para mí.

Ellos creen en mí.

Ellos me ven.

Mis músculos de la mandíbula se contraen y asiento, mirando de mi mamá a mi papá.

Puedo hacer esto.

Por ellos.

Por ella.

Por mí.

Voy a hacer esto.

Meyer

Puedo hacer esto, repito por centésima vez en la corta caminata desde mi apartamento hasta el departamento de atletismo, y aunque no estoy tan segura de creerlo, lo *estoy* haciendo.

Estoy tan cansada de vivir bajo el control de otro, ya no puedo más.

Lo único que tiene sobre mí es ese acuerdo prenupcial, pero hice el sacrificio que exigió, uno en el que usó a su propia hija como peón. Renuncié al hombre que amo, para que el hombre con el que me casé no pudiera quitarme a mi hija de los brazos.

Pero no renunciaré a nada más. Ni a mi tiempo, ni a mi nombre, ni a mi futuro.

Lo necesitaba este año. Él lo sabía y yo lo odiaba, al igual que estoy segura de que él sabía también eso.

Si me hubiera alejado cuando me di cuenta de que realmente era un pedazo de mierda, habría tenido que dejar la universidad porque nunca hubiera podido pagar mis propios gastos, sin importar cuántos trabajos de medio tiempo pudiera encontrar. Dejarlo hubiera significado sumergirme en un todo más grande, y Bailey se merecía más. Entonces, acepté lo poco que me ofreció y encontré el más mínimo consuelo en el hecho de que mi hija tendría un lugar seguro al que llamar hogar. Eso, y el conocimiento de que dentro de unos pocos años, años que ella ni siquiera recordaría, me graduaría con las herramientas que necesitaba para mantenerla por mi cuenta. Estaríamos libres de Thomas Reid, y ella nunca estaría expuesta al odio dentro de su corazón.

Al igual que nunca le permitiré saber el dolor que él me causó.

Fue devastador cuando me pintó una promesa de puestas de sol y en su lugar entregó una tormenta de destrucción, pero eso no fue nada comparado con el dolor hueco dentro de mí ahora.

Pero incluso a través del dolor y el anhelo, hay alivio, y la culpa que causa la sensación solo trae más dolor.

Ya no necesito a Thomas.

Entonces, es con ese pensamiento que mantengo la cabeza en alto y entro en su oficina, sabiendo que saldrá por la puerta en unos minutos a partir de ahora.

Su cabeza se levanta y sale volando de su asiento, pero el hombre se congela cuando levanto mis manos tan alto como mi pecho y dejo que la computadora portátil de mierda que me dio caiga a la vieja madera con un fuerte golpe.

—¿Qué diablos estás haciendo? —Él me mira—. Sé que viste el autobús cargando enfrente. Deberías estar lejos de aquí en este momento.

Tomo una respiración profunda y digo:

—Renuncio.

Sus ojos se estrechan aún más.

—¿Qué quieres decir con que renuncias?

—Quiero decir, he terminado. Con este trabajo, con esta escuela, con todo eso.

—¿Vas a abandonar?

—Me transfiero a Florida.

La conmoción se apodera de su rostro, pero no puede ocultar la pizca de esperanza, y es repugnante. Esperada, pero repugnante, no obstante.

—¿Qué? —pregunta lentamente.

—Sí, y como probablemente puedas acceder a cualquier cosa relacionada conmigo, *esposo,* te lo diré. —Asiento con la cabeza. —Obtuve una nueva beca, completamente académica, por lo que no es necesario que informe los ingresos de mi cónyuge. Bailey obtiene un lugar en el programa de desarrollo infantil y tienen vivienda familiar. Nos vamos cuando terminen las clases y no volveremos.

Sus ojos se estrechan.

—No enviaré cheques por correo a todo el país.

—No los aceptaría si lo hicieras.

—Tampoco firmaré ningún papel de divorcio.

—Como si pudiera permitirme presentar una demanda contra ti.

Se lame los labios, su barbilla se inclina ligeramente.

—¿Se trata de…

—No —me apresuro, negando con la cabeza, deseando que mis lágrimas no se muestren—. Ni siquiera pienses en terminar esa oración. No puedes hacer preguntas y ya no tengo que responderte. Sé muy bien lo que requiere ese contrato de mí, pero no hay nada ahí que diga que tengo que quedarme y verte todos los días. Así que me voy y me llevo a *mi* hija conmigo, y antes de que intentes tirarlo por ahí a pesar de todo, déjame decirte ahora. —Planto mis manos en su escritorio y me inclino

hacia adelante—. Sé que no te importa, así que sigue adelante y sonríe, saluda con la mano... incluso ríete. No hace la diferencia para mí.

—Sabes que esto solo se complicó cuando empezaste a husmear alrededor de mi pitcher.

—No —no quiero susurrar, pero esa es la forma en que sale mi voz—. Esto se complicó cuando me manipulaste para que me casara contigo para tu propio beneficio.

—Tomaste lo que te ofrecí, ¿no?

—Fui ingenua y temerosa, y te aprovechaste de eso para salvar tu propio trasero, pero habías estado haciendo eso todo el tiempo, ¿verdad? Así que no debería haberme sorprendido. —Levanto un hombro, sacudiendo mi cabeza al vil hombre frente a mí—. Debería haberme dado cuenta de eso cuando nos conocimos en el pasillo del centro de tutoría, que empezaste a aparecer ofreciéndote a llevarme a casa, pero solo en las noches, nunca a la luz del día. Si no, definitivamente la noche en que me besaste en el estacionamiento frente a mi dormitorio, pero solo después de que subiste tus vidrios polarizados. Debería haber visto a través de ti, pero era joven y tonta. —Empujo hacia arriba y él me mira por un momento, y su mano sube para frotarse la mandíbula—. Menos mal que ya no soy esa chica.

Con un movimiento de cabeza, me giro hacia la puerta, pero sus palabras me hacen detenerme.

—No te odio, Meyer —dice a mi espalda—. ¿Lo sabes?

Mirando por encima de mi hombro, encuentro su mirada azul.

—Ojalá lo hicieras. ¿Lo sabes?

No espero una respuesta.

Me alejo.

Espero que me siga una sensación liberadora, que me inunde y me levante los hombros, que alivie la tensión de mis músculos y despeje la bruma de mi mente.

Pero ninguna de esas cosas sucede.

De hecho, me siento más pesada, más débil, pero no tiene nada que ver con dejar atrás a ese hombre, y todo que ver con el que me mira a través de la ventana del autobús de viaje que tengo enfrente.

Su cabeza cae contra el asiento, y siento su peso en mi pecho.

Sus labios se inclinan hacia un lado un poco como si estuviera diciendo *está bien, Tutora Girl. Vamos.*

Entre tantas otras cosas.

Me está haciendo saber que está bien, que entiende.

Me está demostrando que está cumpliendo su promesa, que está aquí, empujando de la forma en que le pedí que lo hiciera, de la forma en que tiene que hacerlo.

Las lágrimas se acumulan en mis ojos, y fuerzo mi propia sonrisa.

Estoy muy orgullosa de ti, Tobias.

Como si pudiera oírme, sus facciones se tuercen, pero asiente y cuando le devuelvo el asentimiento, cierra sus hermosos ojos rotos.

Se me escapa un sollozo, pero hago lo que él necesita, lo que ambos necesitamos.

Salgo corriendo lo más rápido que puedo para que no tenga que verlo.

Es la caminata más dura y larga que he dado.

Adiós, mi campeón.

34

Meyer

Estoy perdida en mis pensamientos, mirando al otro lado de la habitación cuando Bianca se acerca a mí.

— ¿Estás bien? —me pregunta.

Asiento con la cabeza, una sensación agridulce me invade mientras miro alrededor del pequeño espacio al que he llamado hogar durante el último año y medio.

—Solo trato de descubrir cómo puedo odiar un lugar que amo tanto. —La miro—. Este es el único hogar que Bay ha conocido, donde la traje el día que nos dieron de alta del hospital. Es donde dijo su primera palabra. se dio la vuelta y se levantó.

—Es donde te enamoraste… —agrega.

Me arde la garganta.

Donde mi corazón se rompió en mi propia mano.

Ha pasado casi un mes desde que Tobias y yo hablamos, y ha pasado en minutos lentos y tortuosos.

Casi un mes desde que dejé el centro de tutoría y puse mi aviso de treinta días en este lugar.

Casi un mes y nada se siente más fácil todavía, y no tengo mucha fe en que alguna vez lo hará, pero tal vez algún día.

Tal vez con el tiempo...

Yo trago.

Una y otra vez, traté de sacar todo de mi cabeza, pero necesitaba saber que él estaba bien y que estaba haciendo lo que prometió siendo el tipo duro que es.

El hombre noqueó sus finales fuera del parque, sacando más de noventa en cada uno de los exámenes, y luego vinieron los grandes juegos.

Vi todos los que se transmitieron, leí todos los artículos que publicó la escuela, y justo esta semana, mientras empacaba mi sala de estar, me senté en mi cama, con Bailey en mi regazo, y lo vi lanzar una bola curva que aseguró a los Avix Sharks el puesto número uno en el juego del Campeonato de la Serie Mundial de la NCAA.

Él fue un as, dentro y fuera del campo.

Lloré, orgullosa de él, y traté de sentarme durante la entrevista que siguió, pero no pude pasar de las primeras preguntas. Ese es el día que desconecté el televisor y desconecté Internet.

Thomas tampoco me ha dicho una palabra en semanas, no es que yo quiera que lo haga, y aunque no es una sorpresa, todavía es alucinante que a un hombre se le pueda decir que su hija está siendo trasladada al otro lado del país y ni siquiera pestañee.

Pero, de nuevo, nunca fue un gran hombre y nunca la reclamó como suya.

—¿En qué estás pensando? —pregunta Bianca.

—Cómo odio dejar este lugar, pero realmente no puedo esperar para irme. —Mis ojos se deslizan hacia los suyos, y mis labios se tuercen—. ¿Eso tiene algún sentido?

—Sí, chica. Lo tiene —susurra.

Los trabajadores de la mudanza que el abuelo de Bianca contrató para mí salen de lo que siempre ha sido el dormitorio de Bailey.

—Cuidado. —Me tiro hacia adelante, pero Bianca me jala hacia atrás.

—Déjalos hacer su trabajo. —Ella me sacude suavemente.

—Sí. —Mis hombros caen, y doy una última mirada alrededor.

La mayoría de las cosas aquí vienen con el lugar, pero las pocas cosas que son mías, quiero que se muevan en una sola pieza. Lo último que necesito es un nuevo gasto porque estos muchachos no saben cómo ser cuidadosos con una cuna.

—No puedo creer que no estarás aquí conmigo el año que viene —dice, y cuando la miro, se ríe para quitarse las lágrimas y me da un abrazo—. Te voy a extrañar a ti y a Bay.

—Oye. —Parpadeo rápidamente, tratando de no pensar en esa parte todavía. Estar solo en Florida no será fácil, pero la tranquilidad vale la pena por las dificultades que conlleva—. No se llora en vacaciones.

Solloza, luego me aparta y se pasa el dorso de los dedos por debajo de los ojos.

—Perra, las vacaciones aún no comenzaron. Me prometiste un mes, son treinta días por minuto, y no comienza hasta que bajemos *del* avión, así que deja de intentar acortar mi tiempo. —Se agacha, levantando el asiento de seguridad de Bailey en sus manos—. Ahora toma tu bolso, pon la llave en el mostrador y vámonos.

Hago lo que dice y me meto dentro de su auto.

Sale del estacionamiento, pero cuando llegamos al final del callejón que da al frente de la escuela, duda y me mira.

—El equipo se va hoy. Es el último partido antes de que tengan la oportunidad de llevárselo todo.

Mi pecho se contrae, y una mezcla de dolor y orgullo se hincha dentro de mí.

—Se lo llevarán todo —respiro, mirando a mi mejor amiga—. Gira el auto, B. Las vacaciones te esperan.

Las lágrimas brotan de sus ojos, pero asiente y gira el auto hacia la izquierda.

—Maldita sea, claro que sí.

Así de simple, dejo atrás la Avix University, así como todo lo que contiene.

Incluyendo una gran parte de mí misma.

Mi corazón da un brinco en mi garganta y me pongo sobre mis rodillas, deslizándome muy lentamente por la arena cálida para acercarme a Bailey, quien aún no se ha dado cuenta de que soltó el cubo de arena en el que se ha apoyado.

Está golpeando la tapa de plástico duro, mirando el agua a no más de diez metros frente a nosotras. Después de cada pocas palmadas, dobla los codos y se lleva las manos abiertas al pecho, nada más que la fuerza de sus piernas y el apoyo de su espalda la mantienen de pie.

Puedes hacerlo, bebita.

—¡Santa mierda! —Bianca resopla, con una bolsa de papas fritas colgando de su boca, daiquiris en cada mano.

Bailey se sacude, cayendo sobre su trasero, y yo caigo sobre el mío con un resoplido.

—¡Maldición! —Sonrío, aplaudiéndole a Bay cuando mira en mi dirección—. ¿Te asustó la tía B? —La levanto, besando sus pequeñas mejillas regordetas—. ¿Qué haces parada sola, eh? Deja de crecer tan rápido.

Bianca se inclina, dejando que las papas caigan sobre el sillón y yo me quedo con Bailey, limpiándole los pies y el trasero antes de dejarla en el corralito junto a nosotras.

Instantáneamente, obliga a su cuerpo a caer hacia adelante y usa la red lateral para ayudarse a ponerse de pie. Sus dedos se envuelven alrededor del borde y luego nos mira por encima.

Nos reímos y acepto la bebida que me ofrece Bianca.

—No puedo creer que ya hayan pasado tres semanas. —Ella suspira—. ¿Estás segura de que no podemos posponerlo otro mes? No es como si tuvieras que volver por trabajo.

—Lo sé, pero quiero instalarme, aclimatar a Bailey y reunirme con el centro de desarrollo infantil ahí. Deberías venir conmigo. No es Hawái, pero quiero decir, es Florida. Se parece mucho, ¿no? —bromeo.

—¡Mal! —grita, siendo demasiado dramática—. Muy mal, pero estás loca si crees que no iré a ayudarte a desempacar.

Brindamos, tomando tragos lentos y satisfechos de nuestras copas.

Bailey comienza a llorar entonces, y mis ojos se deslizan en su dirección, pero ella no me mira.

Instantáneamente, ella se deja caer sobre su trasero, con su pequeño labio sobresaliendo en un puchero.

—Bay, ¿qué pasa?

Doy un paso hacia ella, pero luego los pelos en la parte de atrás de mi cuello se erizan, congelándome en el lugar.

Las manos de Bailey se levantan, sus palmas se abren y se cierran mientras se estira, esperando a que la levanten, pero no por mí.

Mi bebita no tiene que esperar mucho, porque en el siguiente segundo una sombra cae sobre mí, se mueve a mi lado, y ahí está él.

Con pantalones cortos y una camiseta, y una gorra negra girada hacia atrás sobre su cabeza; no me presta atención, pasa de largo y se detiene justo en frente de mi bebita.

Bailey sacude sus pies, y la suave risa que él le da envía escalofríos por mi espalda.

Mi garganta se seca cuando se inclina, levantando a mi hija en sus brazos. Él la acerca a su pecho, con un brazo envuelto alrededor de ella, y el otro agarrando su pequeña mano.

Solo después de que él la inhala, el hombre se voltea hacia mí.

Estoy bastante segura de que mi boca está abierta, pero no sale nada, y luego me da algo que no me ha dado en mucho tiempo.

Su infame sonrisa.

—Hola, Tutora Girl.

Se me escapa una mezcla entre risa y llanto, y entonces él está frente a mí.

Mi pulso late tan salvajemente que estoy segura de que puedes verlo a través de mi piel e inclino mi cabeza un poco hacia atrás, no queriendo perderme ninguna parte de él.

—¿Hola? —Trazo cada centímetro de su rostro—. Estás parado frente a mí, en una playa privada en Hawái, ¿y hola es lo que me dices?

Él sonríe, suelta la mano de Bailey y envuelve su brazo alrededor de mi cintura. Me jala hacia él.

Quiero ponerme de puntillas y besarlo.

Quiero pasarle a Bailey a Bianca y desaparecer con él por un tiempo.

Quiero tocarlo, amarlo, conservarlo.

Pero la preocupación se arremolina en mi abdomen y es suficiente para mantener mis pies plantados en la arena.

—¿Qué estás haciendo aquí?

Una suavidad cae sobre él y su palma se ensancha sobre mi espalda.

—Vine por mis chicas.

La tranquilidad en sus ojos me hace entrecerrar los míos, y luego la más tierna de las sonrisas pule sus labios carnosos.

—Ya no tienes que preocuparte, bebé —promete, con tono cálido y devoto—. Ahora es toda tuya.

Mis pulmones se expanden, estirando mi caja torácica al máximo, e inconscientemente coloco mi mano en la espalda de Bailey.

—¿Qué? —digo.

—Él renunció a sus derechos, todo lo que tienes que hacer es presentar los papeles, y se acabó.

La humedad nubla mis ojos, obstruye mi garganta y parpadeo a través de las emociones abrumadoras.

—Enséñame.

—Está en mi maleta, pero te lo juro, es legítimo. Mi agente hizo redactar los papeles él mismo. Todo lo que tenía que hacer era firmar. —Una sonrisa de complicidad se asoma en sus labios.

—¿Él simplemente... la entregó?

—Sí, bebé, lo hizo —susurra, entendiendo que, si bien es un momento emocionante, también es desgarrador de una manera que no puedo explicar.

Thomas firmó. Entregó a su hija como si no fuera nada.

Ella nunca fue nada para él... pero lo es *todo* para mí, y Tobias lo sabe.

—¿El matrimonio?

Sus ojos parpadean.

—También tengo esos papeles. No eres suya, nunca lo fuiste, nunca lo serás.

Mis músculos se relajan y me acerco a él.

—Tobias…

—Terminé la temporada —interrumpe, la seriedad lo supera—. Hice lo que dije que haría, lo que te prometí, y luego hice lo que tenía que hacer.

—No tenías que hacer nada por mí.

—Sí, tenía que hacerlo. —Su frente cae sobre la mía y mantiene mis ojos como rehenes—. Dijiste que con el tiempo, Tutora Girl. Bueno, se acabó el tiempo.

—Tobias. —Mi voz se quiebra, el agradecimiento y la culpa me abruman—. El draft, es en cinco días.

—Has estado prestando atención, ¿eh?

Mis rasgos se suavizan y me guiña un ojo, moviendo la barbilla.

Tanto Bianca como yo nos giramos y miramos por encima del hombro.

A quince metros de distancia se encuentra un gran grupo de rostros familiares, Echo, sus padres y mi hermano entre ellos, así como un hombre con un traje negro.

En el momento en que se dan cuenta de que los estamos mirando, silban y gritan, lanzando sus manos al aire, haciéndonos reír a los tres.

Mi cabeza vuelve a Tobias, que ya me está mirando.

—El resort nos está prestando su sala de conferencias. El equipo de cámara y el equipo de mi agente estarán aquí en unos días para prepararlo.

—Pero has trabajado toda tu vida para esto, esto es lo que siempre quisiste, pisar ese escenario.

—Quise —enfatiza, trazando mis labios con el pulgar.

—Este es un gran momento para ti. Tu carrera...

—Mi vida. —Sus labios presionan suavemente la sien de Bailey—. Mi futuro. —Agarra la mano de Bailey una vez más—. Mi mundo. —Lentamente, sus palmas caen al lugar sobre su pectoral izquierdo, con sus ojos claros y enfocados en los míos—. Nada de lo que pueda hacer y ningún lugar al que pueda ir significará nada si no tengo a mis chicas para volver a casa, te quiero a mi lado cuando llegue la llamada, y te quiero ahí todos los días después de eso.

—Tobias... —Mis lágrimas caen y él se acerca—. No tenías que hacer esto. Habría ido a ti.

—Lo sé, bebé, y esa es la belleza de esto. De nosotros. Quieres para mí lo que yo quiero para ti, pero hablaremos de eso más tarde, porque ha pasado mucho tiempo, bebé, y voy a necesitar que me beses ahora. —Me río y él se lame los labios, sus cejas saltan cuando me mira profundamente a los ojos—. A partir de aquí, pase lo que pase, lo superaremos juntos. Somos los tres, ahora y para siempre.

Le paso mi bebida a ciegas a Bianca, envuelvo mi mano alrededor de su cuello y jalo sus labios hacia los míos, pero me muevo hacia atrás un segundo antes de que se toquen.

Su pecho retumba y mi sonrisa se estira mientras susurro:

—¿No es mentira?

Y luego reclama mi boca como suya. Otra vez.

Hace meses, no tenía ni idea de cómo llamar al Pitcher Playboy, el atleta estrella de Avix U.

Pero ahora lo sé y es mi sello favorito de todos.

Mío.

Fin

Avix Investigador: ¡Últimas noticias!

El entrenador en jefe del equipo de béisbol Avix Sharks, Thomas Reid, renunció hoy después de que surgieron acusaciones que afirmaban que había violado las reglas de la NCAA. Si bien no se reveló a la prensa de qué se le acusó exactamente, nuestra fuente extremadamente creíble nos dice que violó la regla de compensación y estaba usando fondos del departamento para poner una sonrisa en los rostros de sus jugadores. No solo eso, sino que también se dice que deslizó algo en las bebidas de sus jugadores en un retorcido juego de manipulación. Presuntamente, por supuesto. Teniendo en cuenta que se retiró después de la mejor temporada de su carrera, diría que no hay duda de si es culpable o no. Ese hombre debería haber sabido que no había que JUGAR así con los chicos.

Bueno, eso es todo para nosotros en el Investigador. ¡Nos vemos el próximo año escolar, Sharks!

DIRTY

EPÍLOGO

Dos años más tarde

Tobias

Echo se pone de pie y mira al árbitro antes de correr hacia mí.

El bateador niega con la cabeza, alejándose del plato, agarrando el cilindro de su bate con una hilarante cantidad de ira.

Muevo mi barbilla cuando él se acerca al montículo, y mi chico sonríe.

Levanta su guante para ocultar sus labios.

—Solo necesitaba un estiramiento rápido. —Se ríe, mirando alrededor al estadio con entradas agotadas—. Mierda, hermano, esta mierda es salvaje.

—Te dije que te gustaría la nueva vista.

—Sí, solo me tomó dos temporadas llegar aquí. —Echo muestra su sonrisa—. ¿Crees que el hombre que firmó mi cheque está feliz ahora?

—No todavía. —Lanzo una mirada rápida hacia el banquillo de los equipos visitantes—. Le prometimos un campeonato.

—Eso hicimos. —E baja la barbilla, mirándome fijamente a los ojos—. ¿Vamos a dárselo?

La emoción se dispara por mi espina dorsal, haciendo que se me erice el vello de la nuca.

Esto es jodidamente todo.

Este es el pináculo del juego.

De mi juego.

Ya tengo el mundo para ir a casa también, ahora es el momento de llevar a casa el sueño.

Levanto una sola ceja.

—¿Me vas a dar lo que quiero?

—¿Vas a dejarme elegir a dónde iremos a cenar esta noche? —él responde.

Se me escapa una risa rápida y asiento con la cabeza a mi mejor amigo.

—Déjame terminar con esta mierda rápido, y lo tienes.

—Bola curva es mi hombre. —Golpea mi manga, regresando a su lugar.

Estiro mi cuello, haciendo girar la pelota en mi palma, y miro hacia los asientos justo detrás de la caja de bateo, donde mi familia está sentada mirando.

Cuando firmé mi contrato, mi agente me aseguró un palco en la parte superior, una suite privada cubierta con vidrio y aire acondicionado, pero Meyer aún tiene que aprovechar ese beneficio. Quiere estar en el lugar exacto en el que le dije por primera vez que la quería, y hasta ahora, por cada juego en casa que hemos tenido, ella ha estado ahí sin importar el clima. Tiene que agradecerle a Milo por eso, a él le encanta la maldita caja y se pone en modo niñera rápidamente siempre que tenga acceso a ella. Es un buen trato, y el hombre tampoco se pierde un juego. Meyer no estaba bromeando cuando dijo que él quería estar ahí para ella. El semestre después de que ella se mudó aquí, él estaba justo detrás de ella y yo no podría haber estado más agradecido.

Mi trabajo me lleva a todas partes, así que saber que ella lo tiene a él cuando yo me voy hace que este trabajo sea posible. Él es una gran parte de la razón por la que puedo rendir como lo hago, porque sé que, pase lo que pase, mi chica tiene a alguien que la cuida.

La mudanza a Florida ha sido buena para nosotros, y los Miami Marlins también lo han sido.

Me tratan bien, y la prensa que rodea mi nombre hoy en día no es más que decente.

Hablan sobre el juego y mi futuro en él, apostando a que será largo aquí en el Sun Life Stadium.

Soy un maldito ángel a sus ojos, y con mis próximos seis lanzamientos, también seré su jodido Dios.

Con una última mirada a mi esposa, me preparo.

Tomo una respiración profunda, y luego estoy encendido.

Estoy a punto de ganar la maldita Serie Mundial.

Meyer

Cuando era pequeña e imaginaba mi vida, me vi a mí y a Milo viviendo uno al lado del otro, nuestra mamá en una pequeña casa en la parte trasera de uno de las nuestras. Esperaba encontrarme con un hombre que llegara a casa y quisiera besarme como lo hacían las parejas en las películas, que dejara su maletín en la mesa cerca de la puerta y se desatara la corbata mientras se dirigía hacia mí.

Yo tendría la cena esperando y nuestros hijos estarían bien educados y emocionados de hablar con nosotros sobre su día.

Pero aquí estoy, un año después de terminar la universidad y mi vida no se parece en nada a lo que imaginé.

Es mucho más.

Sí, Milo vive a treinta kilómetros de distancia, pero eso no es nada en una carretera de Florida, y lo veo al menos de tres días a la semana, y aunque mi mamá no puede estar con nosotros, me gusta pensar que ella está cerca, que sus cenizas nadaron sobre las olas desde la costa de California hasta la costa de Miami, como si hubiera encontrado el camino hacia nosotros.

Encontré al hombre, o más bien, él me encontró a mí, pero no tiene maletín y se queja cuando tiene que usar corbata.

Pero sí usa una gorra de béisbol negra tirada hacia abajo como ningún otro.

Me besa cuando llega a casa, y en cualquier otro lugar para el caso.

No tengo la cena lista cuando llega a casa porque a mi hombre le gusta ser parte de todos los aspectos de nuestras vidas, y las comidas no son diferentes. En cuanto a los niños bien educados, bueno, ni siquiera estoy segura de lo que eso significa.

Tengo una niña pequeña, y ella actúa como una niña pequeña, como debería. Llora si está molesta y ríe cuando está entretenida. Sonríe cuando está feliz y hace pucheros cuando está triste.

Bailey es dulce y de buen corazón, y lo más preciado, y no solo para mí, sino también para su papá.

Y Tobias *es* su papá, en todos los sentidos que cuentan.

No podría imaginar un mejor hombre o padre si lo intentara. No estoy convencida de que exista.

Empujándome para ponerme de pie, deslizo mis dedos a través de la cerca de alambre mientras se prepara para el último lanzamiento de la temporada, el lanzamiento que encenderá el fuego del joven que lleva dentro y solidificará todo lo que esperaba que fuera cierto, pero de lo que no estaba tan seguro en diferentes etapas de su vida.

Lo tiene en él.

Es capaz y suficiente.

Es mucho más que suficiente.

Como si pudiera escuchar mis pensamientos, Tobias levanta un poco la barbilla, permitiéndome ver sus ojos debajo de la visera de su gorra.

De repente, persona tras persona, fila tras fila salta para ponerse de pie, y mis ojos flotan de un lado a otro, verde azulado y negro cubriendo el lugar en todos los ángulos. El eco de la multitud vibra a mi alrededor, la

fe que tienen en su pitcher hace que mis ojos se llenen de lágrimas y mi sonrisa favorita aparece en los labios de Tobias.

Ni siquiera está nervioso, en lo más mínimo.

Está listo para esto, trabajó duro para llegar aquí en este momento.

—Vamos, campeón. Haz de esta tu curva más sucia hasta el momento.

Él hace exactamente eso.

El lanzamiento se realiza, y la multitud está celebrando incluso antes de que el árbitro haya cantado.

Los Miami Marlins ganan la Serie Mundial en su campo local.

Antes de que tenga tiempo de mirar detrás de mí, la seguridad está a mi lado, empujándome hacia abajo y a través de la pequeña abertura que conduce al campo, no hay duda en mi mente que Tobias les dio instrucciones estrictas para hacer exactamente esto.

Ya está a medio camino de mí, con su guante en la tierra, y luego estoy en sus brazos.

Tobias nos hace girar, besándome con fuerza en los labios mientras me pone de pie y agarra mis mejillas con ambas manos.

—¿Qué tal lo hice, Tutora Girl? —Él sonríe, mientras el sudor resbala por su frente.

—Diría que lo hiciste bien, campeón.

—Malditamente jodidamente cierto. —Golpea sus labios contra los míos de nuevo, mirando hacia la suite, desde donde Bianca y Milo están siendo escoltados, con Bailey en sus brazos.

Se acercan algunos muchachos, su entrenador los sigue, felicitando y abrazando a Tobias.

Aprovecho el momento para deslizar mi mano en mi bolso, y mi estómago estalla con mariposas mientras lo hago.

A los hombres se les acercan algunos otros vestidos con trajes, y mi esposo se gira hacia mí, atrayéndome contra él, y mientras lo hace, siente el juguete ahora aplastado entre nuestros cuerpos.

Con un pequeño ceño fruncido, se echa hacia atrás, riéndose cuando ve la pequeña pelota de béisbol en mi palma.

—Mierda, la trajiste. —La toma en su mano, la lanza y la atrapa en su palma.

—No. —Niego con la cabeza—. La *compré.*

Él frunce el ceño y luego vuelve a mirar la pelota.

—Esta... esta es nueva. —Sus ojos se lanzan hacia los míos.

—Sí —asiento con la cabeza—. Lo es. Bailey todavía está aprendiendo a compartir, así que...

En ese instante, el juguete se olvida. Cae a nuestros pies y me agarra el rostro una vez más, pero esta vez, para mantenerme quieta.

—Bebé... ¿estamos embarazados?

Se me escapa una mezcla entre llanto y risa y asiento con la cabeza.

—Sí, lo estamos.

—Oh, Dios... —se corta a sí mismo y grita al aire. Inclinándose, me levanta, con sus brazos apretados alrededor de mis rodillas, y comienza a trotar.

Riendo, aguanto con todas mis fuerzas, y él corre directo a la sección de reporteros, interrumpiendo la entrevista que estaban teniendo con el entrenador en jefe.

Todos están más que felices de dirigir sus micrófonos al hombre del momento.

Pero no los deja hablar, al menos no todavía.

Me baja a su lado, se inclina hacia el micrófono y anuncia a los millones de personas que miran:

—¡Esta noche es una de las mejores noches de mi vida! —grita, haciendo que la multitud se altere de nuevo—. ¡Acabamos de ganar el juego de todos los juegos y mi hermosa esposa me acaba de decir que estamos esperando al bebé número dos!

Las lágrimas caen de mis ojos, y entierro mi rostro en su pecho, y sus brazos se cierran con fuerza alrededor de mí mientras los fans enloquecen, felices por el hombre al que han llegado a amar.

Felices por los dos.

—¡Bailey! —Él grita entonces, y miro por encima de mi hombro para encontrar que los demás finalmente pudieron llegar.

Lo suelto, y Bianca prácticamente salta sobre mí, chillando y aplaudiendo como una loca, y Milo entra a continuación.

Bailey ya está en los brazos de su papá y ahí es exactamente donde ella se queda mientras él da entrevista tras entrevista ahí mismo en ese campo.

Me quedo atrás, mirando a las dos personas más importantes de mi vida, con la palma de la mano apoyada en la tercera.

La reacción de Tobias a la noticia fue más de lo que esperaba. Sabía que estaría encantado, lo hemos estado intentando durante ocho meses, pero ni siquiera me había detenido a preguntarme cómo se sentiría su emoción de mi lado.

No tenía eso antes y no tengo palabras para los sentimientos que me invaden.

Cada parte de mí, desde lo más profundo de mi centro hasta la punta de mis dedos, está radiante. Es como si estuviera parada en el aire, el peso de mi cuerpo me ha eludido y temo que si trato de hablar, todo lo que saldrá será un revoltijo de palabras.

No podría pedir más en esta vida, no cuando ya he sido tan bendecida.

Nos costó mucho llegar aquí. Tuvimos nuestros altibajos, pero mirando hacia atrás, no hay un momento del que me arrepienta, ni un solo segundo de eso.

Porque si volviéramos y quitáramos lo malo, no quedaría nada bueno en pie.

Todo el dolor y las dificultades nos llevaron a este mismo momento de una forma u otra, ninguno de nosotros sería lo que somos hoy sin el camino que nos llevó llegar hasta aquí.

Amor y apoyo inquebrantables, eso es lo que tenemos.

Eso es de lo que nuestras vidas estarán llenas en los próximos años.

—¡Mami!

Parpadeo, mirando hacia abajo para encontrar a Bailey corriendo hacia mí, su gorra de béisbol oculta la mitad de su rostro. Sonriendo, la levántalo para que pueda verla bien.

—¡Bailey Bay!

—¿Ya estás lista? —dice ella, su Y suena más como una I y tiene los ojos azules muy abiertos por la emoción.

Me inclino, así estamos más al nivel de los ojos y pongo mis manos en sus pequeñas caderas.

—¿Lista para qué, cariño?

—¡Papá dijo que vamos a tener un bebé! — ella se aleja, corriendo unos pasos, todo para volver corriendo—. ¡Vamos a buscarlo!

Me río, poniéndome de pie, dejo que tome mi mano y me guíe a donde quiera, sabiendo muy bien a dónde me lleva.

Justo al lado de Tobias.

Mi pequeña niña de papá.

Tobias me atrae hacia él, susurrándome sucias promesas de lo que la noche me depara, al oído.

Mi marido cumple cada una de ellas.

¡Avix Investigador!

¡Atención, Sharks! ¡En esta edición especial, solo impresa del Investigador, compartimos algunas noticias importantes! ¡El propio Pitcher Playboy de Avix University ya no es un playboy!

Pero eso lo sabíamos, ¿no?

¡La última vez que informamos sobre el semental que es Tobias Cruz, fue para romper los corazones de docenas en todo el campus con la noticia de su boda de invierno! ¡Esta vez, estamos encantados de ayudar a la feliz pareja a anunciar el nacimiento de su segundo hijo! ¡Nos dicen que él y su madre están sanos y se dirigen a casa mientras hablamos!

Entonces, en nombre de todos nosotros aquí en AU, ¡queremos felicitar al señor y la señora Cruz por el nacimiento de su hijo, Easton!

Sí, vemos lo que hizo ahí, señor Cruz, ¡y estamos todos a favor!

¡Eso es todo lo que tenemos hoy!

Asegúrense de sintonizar la próxima semana... tenemos un mariscal de campo salvaje en nuestras manos.

Hasta entonces, Sharks.

Fin... otra vez

DIRTY

SWEET POISON

MEAGAN CURVE BRANDY